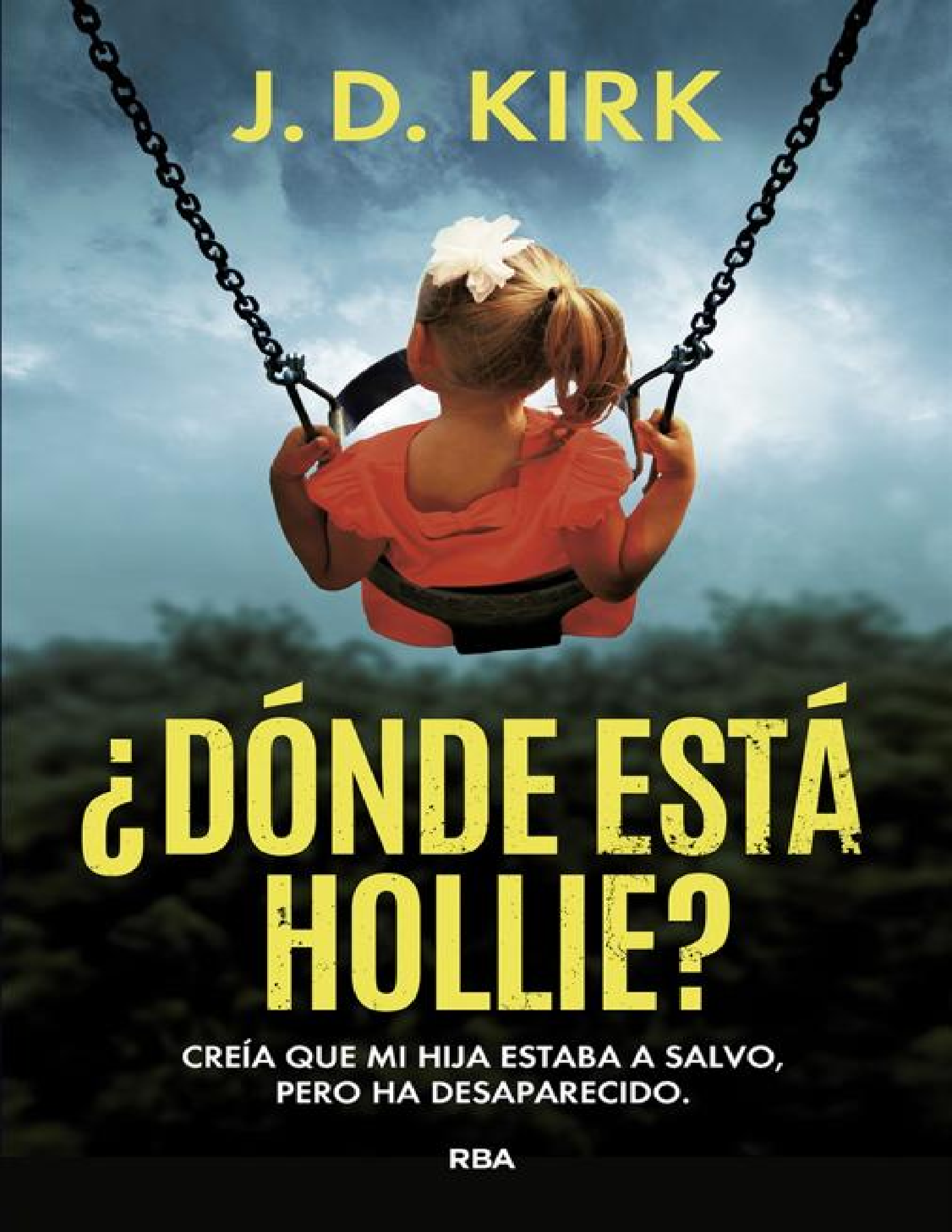
J. D. KIRK



¿DÓNDE ESTÁ HOLLIE?

CREÍA QUE MI HIJA ESTABA A SALVO,
PERO HA DESAPARECIDO.

RBA

J. D. KIRK

¿DÓNDE ESTÁ HOLLIE?

CREÍA QUE MI HIJA ESTABA A SALVO,
PERO HA DESAPARECIDO.

Traducción de Antonio Jiménez Morato

RBA

Índice

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. VIERNES
1. ELIZABETH
2. ELIZABETH
3. ELIZABETH
4. ELIZABETH
5. ELIZABETH
6. ELIZABETH
7. ELIZABETH
8. ELIZABETH
9. ELIZABETH
10. ELIZABETH
11. ELIZABETH
12. SASHA
13. SASHA
14. ELIZABETH
15. ELIZABETH
SEGUNDA PARTE. SÁBADO
16. ELIZABETH
17. ELIZABETH
18. ELIZABETH
19. ELIZABETH
20. ELIZABETH
21. ELIZABETH
22. ELIZABETH
23. ELIZABETH
24. SASHA
25. ELIZABETH
26. ELIZABETH
27. ELIZABETH

28. ELIZABETH
29. SASHA
30. ELIZABETH
31. ELIZABETH
32. ELIZABETH
33. ELIZABETH
34. ELIZABETH
TERCERA PARTE. DOMINGO
35. ELIZABETH
36. ELIZABETH
37. ELIZABETH
38. ELIZABETH
39. ELIZABETH
40. ELIZABETH
41. ELIZABETH
42. ELIZABETH
43. ELIZABETH
44. ELIZABETH
45. ELIZABETH
46. ELIZABETH
47. ELIZABETH
48. ELIZABETH
49. ELIZABETH
50. ELIZABETH
51. ELIZABETH
52. ELIZABETH
53. ELIZABETH
CUARTA PARTE. LUNES
54. ELIZABETH
55. ELIZABETH
56. ELIZABETH
57. ELIZABETH
58. ELIZABETH
59. ELIZABETH

60. HOLLIE
QUINTA PARTE. UN AÑO DESPUÉS
61. LA MADRE DE HOLLIE

Título original inglés: *My Daughter is Missing*.

© del texto: J. D. Kirk, 2025.
© de la traducción: Antonio Jiménez Morato, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: enero de 2026.

REF.: OBEO013
ISBN: 979-13-7031-095-0

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA QUINN.

A LA CARRERA Y LIBRE,

MÁS ALLÁ DEL PUENTE DEL ARCOÍRIS.

PRÓLOGO

Puedo sentir su dolor en el pecho, como si fuera mío.

¿Es su llanto lo que escucho?, me pregunto.

No quiero pensar en ello. No quiero ni imaginar cómo me llama. Grita mi nombre. Sin parar de suplicar que vaya a buscarla, que vaya a rescatarla, que de una vez la lleve de vuelta a casa.

O quizá ahora esté completamente extenuada. Quizá haya llorado tanto que ya no le queda voz y solo puede quedarse allí sentada. Callada. Muda. Paralizada por el terror.

No quiero pensar en nada de eso, pero no me queda más remedio que hacerlo. No puedo detener las imágenes que brotan sin cesar en mi cabeza. Su rostro. Su voz.

Apenas nueve años, sola y llena de miedo. Aterrorizada.

Me siento mal. Es una enorme sensación de impotencia. Siento que todo mi mundo se derrumba a mi alrededor, como si todo lo bueno de mi vida me hubiera sido arrebatado. Hecho trizas.

Mi hija ha desaparecido.

Han secuestrado a mi hija.

Todo esto es culpa mía.

Pero voy a recuperarla. Voy a traerla de vuelta a casa.

Cueste lo que cueste.

PRIMERA PARTE

VIERNES

1

ELIZABETH

Puede ser que sea esta la noche en que finalmente la mate.

Mabel Walker. Mi archienemiga. La pesadilla de mi vida. La Zorra Mayor de todo el West End de Edimburgo. De hecho, tal vez de toda Escocia.

Es la presidenta de la asociación de madres y padres de alumnos del colegio, una posición que ha alcanzado gracias a su capacidad para entrometerse en todo y a los aires de superioridad que alimenta con el dinero de su marido. Riqueza, glamur y una hija que es la primera de la clase en todo. Eso la ha convertido en la depredadora alfa de la ampa, y además es todo lo que yo no soy.

Y si hay algo que le gusta es recordármelo.

Tengo una fantasía en la que agarro a Mabel por las orejas y le giro la cabeza como si fuera la tapa de un tarro de mermelada. O el bote de la mayonesa. En realidad, el envase da lo mismo, y su contenido importa menos aún. Lo determinante es su gesto cuando la giro, ya que es el momento en que, de una vez por todas, deja de quejarse por cualquier cosa.

No es una fantasía recurrente. No sueño con ello todos los días, ni nada por el estilo. De hecho, solo me regodeo con ello en momentos muy concretos.

Por concretarlo: cada vez que estoy en su compañía.

Por supuesto, la posibilidad de hacerlo real no lo convertiría en algo tan satisfactorio como lo es en mis fantasías. En el mundo real, Mabel no tendría problema en cuestionar mi técnica mientras le arranco la cabeza:

—Elizabeth —diría—, lo estás haciendo fatal. ¡Si es que lo haces todo mal!

Luego me explicaría con su tono condescendiente cómo lo haría ella. O, lo que es lo mismo, cómo se hace «mejor».

Como si yo necesitase que alguien me recuerde mis defectos.

Es una fantasía divertida, pero no me lleva a ninguna parte. Dudo que ni siquiera la decapitación bastase para que Mabel Walker dejara de arruinarme la vida.

Tal vez salga de dudas esta noche.

El baile de Halloween es una de las fechas señaladas en el calendario social del colegio, y Mabel insistió en que la asociación de madres y padres, a la que prácticamente me obligó a unirme el día en que la conocí, tenía que dar lo mejor de sí misma en el evento.

Mabel dio ejemplo al dar lo mejor de sí misma recaudando el importe y ocupándose de sellar las manos en la puerta de acceso, lo que significaba que a los diez minutos ya había completado su tarea. De ese modo podía entrar en el salón para ver el desfile, ayudar con la elección del premio al mejor disfraz y todas las demás cosas divertidas.

A mí, en cambio, me tocó encargarme de los aperitivos, lo que significa pasarse toda la noche sentada frente al puesto, enfrascada en la venta de los productos a niños de nueve años disfrazados que solo saben gritar.

Las cosas que hacemos por nuestros hijos.

Por suerte, pude entrar un momento en el salón y echar un vistazo al desfile de disfraces, justo a tiempo para ver a mi Hollie con su traje de mariposa: nueve años, el pelo recogido en dos coletas y henchida como un pavo real. Puede que hayan corrido algunas lágrimas. Mías, no de ella.

A comienzos de semana me esforcé en explicarle que las mariposas no son criaturas especialmente aterradoras, pero me dijo que, *para mi información*, la mariposa monarca no solo es muy tóxica, sino que además las investigaciones han demostrado que «muestra tendencias caníbales».

Esas fueron sus palabras, no las mías. Creo que se había esforzado en memorizarlas, porque sonrió y levantó el puño cuando consiguió decirlas de corrido.

Sin embargo, su disfraz no es de mariposa monarca. Se ha disfrazado de una monstruosidad rosa brillante con corazones simétricos en las alas que me llevaron casi dos días pintar, mientras ella pasaba las horas tumbada en el sofá con los auriculares puestos y sin apartar la cara de la pantalla de su tableta.

Dicho esto, no tengo ni idea de cómo es una mariposa monarca, así que incluso cabe la posibilidad de que se haya disfrazado de una.

La saludé con un discreto movimiento de la mano desde la puerta mientras desfilaba pavoneándose al son de «Monster Mash» de Bobby Pickett, y se le iluminó la cara. Ojalá pudiera decir lo mismo de Mabel. Cuando reparó en que me había escapado para ver a mi hija, señaló con un cabeceo en dirección a la mesa de los aperitivos y luego frotó el pulgar y el índice como si fuera una traficante de drogas cuando exige el pago, y pasó de inmediato a no prestarme atención al mismo tiempo que saludaba a Jessica, su hija.

Jessica Walker. La niña más desagradable que puedas imaginarte. Ignorante, arrogante..., ¿repugnante? ¿Es demasiado decir algo así de una niña? Es posible. Pero estoy bastante segura de que acosa a Hollie desde hace tiempo, aunque ambas lo niegan. Hace tiempo que pasa algo. Lo noto.

Qué suerte tienen Jessica y su madre de que mi hermana no esté aquí. Sasha llegaría al fondo del asunto. Y si hay algo que no le gusta nada a Sasha son los acosadores.

Ni tampoco los niños, conviene tenerlo presente. Excepto Hollie, claro. Con Hollie las cosas eran diferentes. Ni siquiera Sasha era inmune a sus rizos castaños y sus pecas, ni a esa risita que parece salir de algún lugar cerca de los dedos de los pies. Con Hollie fue amor a primera vista.

No me moví de donde estaba hasta que terminó el desfile, luego volví a la mesa de los aperitivos, donde he estado desde entonces, con el pequeño Drácula como única compañía.

Ya ha vuelto cuatro veces con puñados cada vez más pequeños de monedas calientes que deja en la mesa delante de mí para que sea yo quien cuente la cantidad exacta.

No me importaría si fuera uno de los niños más pequeños, o incluso uno de los menos capaces, pero es un chico despierto que va directo de cabeza a estamparse con la enseñanza secundaria.

Entiendo que no debe de ser fácil ver a través de los agujeros de esa careta de plástico, y seguro que el azúcar de los tres refrescos junto a la bolsa grande de caramelos que ya me ha quitado de las manos explican esa hiperactividad. Sus ojos, o lo que alcanzo a ver de ellos, no son más que dos grandes círculos negros, como si estuviera completamente colocado.

También se han acercado unos cuantos gorrones, almas en pena a los que sus padres no han querido o no han podido dar algo de dinero. Les he pasado a escondidas unos cuantos dulces; una vez hemos llegado al acuerdo de que eso debía quedar entre nosotros. Son buenos chicos. Creo que mi secreto está a buen recaudo.

¿Y si no lo está? ¿Y si alguien se va de la lengua y Mabel Walker aparece furiosa en el vestíbulo exigiendo revisar las existencias y el dinero que hay en la caja?

Bueno, quizá hoy, después de todo, sea *finalmente* el día de retorcer cuellos.

La mesa de los aperitivos está ya recogida, los padres han llegado para recoger a sus herederos y el DJ que han mandado de Las canciones cursis de Darren ha puesto a todo volumen una canción especialmente pomposa de Barry Manilow con la intención de vaciar la pista. Y funciona. Para sorpresa de nadie.

Jessica Walker ganó el premio al mejor disfraz, claro. No podía ser de otro modo. No me habría importado tanto de no haberse tratado de un disfraz de Bella, de *La bella y la bestia*. A ver si me explico, tampoco es que una mariposa sea algo mucho mejor, pero ¿Bella?, ¿de veras?

Lo único del disfraz que daba un poco de miedo era que, con el peinado y el maquillaje, parece que podría acabar en alguno de los antros más cutres del barrio, y eso a pesar de que no tiene ni la mitad de la edad legal para consumir alcohol.

Solo espero que Hollie no esté demasiado decepcionada. Quiere ganar ese premio desde su primer baile de Halloween en el colegio,

cuando aún estaba en su antigua escuela, y con esta van ya seis derrotas de los siete bailes a los que acudirá antes de entrar en secundaria. El año que viene será su última oportunidad antes de ir al instituto. Tendremos que darlo todo.

O sabotear a Jessica Walker.

Hollie se está tomando su tiempo para salir del baile. Casi todos los demás niños ya han aparecido a la carrera para reunirse con sus sonrientes padres y madres, o con sus hermanos mayores, y luego han corrido para buscar sus chaquetas en los ganchos que hay fuera de las aulas. Harry Potter pasa junto a mí y me saluda con su varita. Junto a la puerta principal, el Power Ranger rojo espera a su madre con toda la paciencia del mundo.

Siento una punzada de culpa cuando Drácula casi atropella a su abuela, que al parecer es quien lo cuida mientras su madre está en el hospital. La pobre anciana parece rondar los noventa años, y pasarán horas antes de que el organismo de su nieto pueda asimilar todo ese jarabe de maíz con alto contenido en fructosa. Se pasará toda la noche dando vueltas por la casa.

Aun así, tengo la certeza de que la asociación de madres y padres dará un buen uso a la libra con ochenta peniques que ha gastado.

Y ya que sale el tema...

—¿Ya has hecho caja, Elizabeth?

Me giro desde la puerta del vestíbulo y veo a Mabel de pie, a poco más de un palmo de mí, mientras Jessica no para de revolotear impaciente a su lado, como si mi mera existencia supusiera un gran inconveniente para ella.

—La recaudación —repite Mabel, mientras mira de reojo la pequeña caja abollada que sostengo en las manos. Algo en su

mirada y en su tono me hace pensar que me ha descubierto cuando trataba de salir por la puerta con ella—. ¿Has hecho ya las cuentas?

No odiaría tanto a Mabel si todo el veneno que hierve dentro de ella se manifestara en su exterior. Por desgracia, no es así. Es casi diez años mayor que yo, pero aparentamos la misma edad. Es increíble lo que pueden hacer un poco de cuidado, unos productos básicos de hidratación y setenta y pico mil libras de cirugía estética.

No me molesto en responderle y le entrego la caja en la que he guardado las ganancias de la noche. Mabel se la lleva al oído, la agita y luego muestra su decepción con un profundo suspiro.

—Parece que el castillo de juegos para trepar tendrá que esperar un poco más —murmura, y luego me hace un gesto con la cabeza.

Es un gesto seco, brusco, de arriba abajo. Prefiero suponer que es su forma de despedirse con educación, así que le devuelvo el gesto, lo que me vale un bufido de fastidio.

—¿Y bien? —pregunta, y comprendo que mi habilidad para interpretar los gestos ha fallado de una manera estrepitosa—. ¿No tienes nada que decir?

La miro fijamente durante un momento y al fin entiendo lo que quiere.

—Ah, sí. Enhorabuena, Jessica —digo, y al hacerlo esbozo la sonrisa más amistosa que puedo para la niña—. Estás muy...

La miro de arriba abajo, e intento dar con la palabra adecuada. Tiene el trofeo agarrado del brazo que le cuelga desganado, como si ya se hubiera olvidado de él.

—Amarilla —concluyo.

—¡Mamá! —se queja Jessica, y alarga la palabra hasta que termina en unas seis aes que se elevan en un tono ascendente.

—Está bien, ya vale, sí —responde Mabel, y luego se dan la vuelta para alejarse sin siquiera mirarme, camino del Bentley donde sin duda las espera el padre de Jessica.

Las sigo con la mirada mientras se alejan hasta darme cuenta de que ya no oigo a Barry Manilow. En cualquier otra circunstancia, esa sería una buena noticia, pero Hollie aún no ha aparecido. De repente la imagino acurrucada detrás de una pila de sillas, envuelta en sus alas de papel, sin poder parar de llorar desconsolada por no haber ganado el premio al mejor disfraz.

Oh, no.

Soy una idiota.

Había puesto todo su corazón en ese trofeo de plástico. Estaba convencida de que este era su año. Todo esto la destrozará.

Así que comienzo a preparar un discurso de ánimo en el momento en que empujo las puertas del salón. La música se ha detenido, pero las luces de la mesa del DJ no dejan de parpadear, y con sus colores tiñen las barras, espalderas y el parqué del suelo con círculos rojos, verdes y azules.

El pinchadiscos está demasiado ocupado en recoger su equipo de audio como para prestarme atención cuando entro a la carrera. Calabazas y esqueletos de papel me lanzan miradas lascivas desde las paredes, con sus ojos vacíos y oscuros.

Donnie, el conserje de la escuela, me mira de arriba abajo antes de seguir barriendo el suelo con un cepillo ridículamente ancho que se pliega en el centro como si de unas tijeras se tratase. Ya ha amontonado una impresionante cantidad de caramelos a medio masticar y envoltorios de patatas fritas, y se le nota que está furioso por tener que estar allí a esas horas de la noche.

Pero, bueno, podría decirse que su estado habitual es ese: furioso.

El señor Wilkinson, el único miembro masculino del claustro de la escuela —y, sospecho que no por casualidad, el director en funciones—, está de pie sobre una silla, desde donde despega un monstruo de Frankenstein de papel crepé que habían colocado sobre la salida de emergencia. Debe tener unos cuarenta y tantos años, pero aparenta diez menos, y, aunque no lo sabe, es el protagonista de muchas conversaciones subidas de tono entre las madres cuando esperan a la salida de la escuela.

La señorita Goodall, la profesora de Hollie, está por allí cerca, dedicada a ofrecer risitas de apoyo y pestañeos. Está claro que ella tampoco es inmune a los encantos del señor Wilkinson.

Pero a quien no se ve por ninguna parte es a Hollie.

La pila de sillas detrás de la que la había imaginado escondida no existe. Sin embargo, hay algunos aparatos de gimnasia apilados en una esquina, así que me acerco allí con prisa, sin dejar de ensayar mi discurso de «la próxima vez vamos a ganar ese premio» en previsión del desastre de mocos y lágrimas que temo encontrarme oculto allí.

Pero no. No encuentro nada.

No está allí.

Las luces de discoteca barren el vestíbulo como si fueran focos, y llegan a todos los rincones. Hollie no está en ninguno de ellos.

Hollie no está aquí.

2

ELIZABETH

Algún tipo de trampilla en mi pecho se abre de golpe y deja que mi corazón se hunda hasta llegar al estómago. Oigo cómo mi respiración cambia antes de sentir el cambio. Me araña al entrar y al salir a través del espacio cada vez más estrecho de mi garganta.

Hollie no está aquí.

Mi hija no está aquí.

He estado en la puerta todo el tiempo. No ha pasado por delante de mí. La habría visto. Aparte de la salida de incendios, que habría activado la alarma y es la única manera de salir de allí sin pasar por donde yo estaba sentada.

Tiene que estar aquí. Ha de estar aquí. Pero no está.

Se me pone la piel de gallina en cada rincón de mi cuerpo, porque quiere darme a entender que ha pasado algo.

Algo va mal.

Donnie, el conserje, pasa el cepillo junto a mis pies y me hace dar un respingo. Murmura algo, o quizá gruñe, al pasar. El olor de su sudor me abrasa las fosas nasales y se me queda pegado en el fondo de la garganta.

Y los resplandecientes focos no detienen su baile de colores a lo largo y ancho de las paredes.

Al principio no alcanzo a escuchar la voz que me habla. Estoy demasiado concentrada en no cejar en el empeño de pensar, de intentar razonar, de no dejar de respirar.

Solo cuando el DJ ha encendido las luces del techo, el resto del mundo parece enfocarse de nuevo.

—Eh, hola. ¿Elizabeth?

—¿Qué?

La palabra es poco más que un grito ahogado. Un sollozo. Me giro y me topo con la señorita Goodall, que no deja de sonreírme. Es joven, tendrá poco más de veinte años y ese alegre aspecto de presentadora de televisión infantil que hace que todos los niños la adoren.

Lleva un cárdigan de lana y tiene las manos entrelazadas delante del pecho, como una bibliotecaria a punto de darme a conocer las maravillas del sistema de clasificación decimal Dewey.

—¿Todo bien? —pregunta con su voz alegre y optimista.

—Hollie —es lo único que consigo decir.

La profesora frunce el ceño por un instante, pero enseguida vuelve a esbozar una sonrisa.

—¡Estaba estupenda esta noche! ¿Qué es lo que pasa? ¿Se ha olvidado algo?

Las palabras se me atascan en la garganta. No quiero decirlas en voz alta.

Decirlas en voz alta las convierte en realidad.

Decirlas en voz alta las hace verdaderas.

Sacudo la cabeza. Trago saliva. Me fuerzo a pronunciar las palabras, pero no salen de mi boca.

En lugar de eso, echo a correr. En apenas unos segundos llego a la puerta, acciono los picaportes de la puerta y salgo al pasillo. Quizá esté allí. Quizá me espere.

Seguro que eso es lo que pasa. Solo soy una exagerada, me entra pánico por cualquier nimiedad. Lo más probable es que me esté esperando allí fuera. A lo mejor se pregunta dónde me he metido. Estoy haciendo el tonto.

Pero el pasillo está vacío. El vestíbulo donde estaba la mesa con los aperitivos también está desierto.

La señorita Goodall entra corriendo en el vestíbulo. Oigo cómo me llama.

—¿Elizabeth? ¿Está bien?

Las palabras brotan de mi boca. Esta vez no puedo tragármelas. Ya no puedo negarlas. Expreso el peor y más terrible de mis miedos.

—Hollie. No sé dónde está.

—¿Qué quiere decir?

Ahora recorro cada uno de los pasillos, a zancadas, aunque la mayoría están a oscuras. La profesora se ve obligada a correr para seguirme el ritmo.

—¡Que no la encuentro, a eso me refiero! —grito, y mi desesperación rebota en las paredes que brillan por la pintura satinada—. No está en el vestíbulo. No ha salido. ¡No sé dónde está!

—Seguro que ha ido al baño o algo así —aventura la señorita Goodall.

Puede que tenga razón. Por supuesto, quizá eso sea todo. Pero me parece condescendiente, como si yo fuera uno de sus niños de ocho años que lloran porque necesitan que los tranquilicen a fuerza de convencerlos de que su juguete perdido aparecerá al final.

Doblamos la esquina del pasillo y llegamos a donde está su aula. El detector de movimiento enciende las luces automáticas con un ruido sordo, y estas disipan la oscuridad.

—He estado sentada en la puerta toda la noche —digo, y luego llamo a Hollie. Mi voz suena aguda y estridente. Se adelanta a mis pasos, busca en cada pasillo y cada rincón, para regresar luego con un eco vacío.

—Probablemente no se haya dado cuenta cuando ha pasado.

Sé que no lo dice con mala intención. Sé que solo intenta tranquilizarme. Pero el tono de regocijo con el que habla la profesora me detiene en seco y me obliga a dar media vuelta.

—¡Va vestida de mariposa gigante! —le suelto casi a gritos—. Debe tener un metro de envergadura. ¿Cómo no voy a verla?

La señorita Goodall da un paso atrás, impactada. Tengo que frenar en seco el impulso de disculparme y, en su lugar, darme la vuelta para seguir el camino hacia el aula.

Sin embargo, apenas logro dar unos pocos pasos antes de ver algo que me hace detenerme de nuevo.

La chaqueta de Hollie sigue allí. Sigue colgada de su percha. Es la única que queda.

Parece por completo fuera de lugar. Y parece realmente muy pequeña, pequeñísima.

Sus zapatos también están ahí, justo en el mismo sitio donde los dejamos después de que la ayudara a ponerse las zapatillas de ballet. Están encajados debajo del banco, bien ordenados, el uno al lado del otro.

La ropa de Hollie sigue aquí.

Y por más que revisemos cada uno de los baños, todas las aulas y rebusquemos por los rincones, el nudo en mi estómago ya sabe la verdad.

La ropa de mi hija está aquí.

Pero mi hija no está.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, todo mi mundo se derrumba.

3

ELIZABETH

La señorita Goodall vuelve a asegurarme que todo irá bien, pero ya no la escucho. No tiene la menor idea de lo que dice.

Pero ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo podría saber ella que he vivido con el miedo de saber que este momento llegaría? ¿Cómo podría ni siquiera imaginar que he estructurado los últimos ocho años de mi vida con la finalidad específica de evitar que esto sucediera?

Nadie podría. Porque nadie lo sabe.

Bueno, casi nadie.

No para de ofrecer las explicaciones más triviales cuando su compañero llega a la carrera por el pasillo que hay detrás de ella.

—Hola, señoras, ¿se han perdido? —pregunta el señor Wilkinson, y nos lanza una sonrisa encantadora.

En lugar de reprenderlo de inmediato por ese saludo condescendiente, la señorita Goodall se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y se esfuerza por no sonrojarse.

Me doy la vuelta haciendo como que no están ahí e intento girar el pomo de la puerta del aula. El mecanismo hace el ruido seco al golpear contra el marco. Cerrada con llave. Estaba abierta cuando llegamos. Algunos de los chicos se han cambiado dentro.

—¿Pueden abrirla? —Es una orden, no una pregunta—. Podría haberse quedado dentro.

—¿Quién? —pregunta el señor Wilkinson.

—¿Quién va a ser? —le espeto—. ¡Hollie!

—¿Hollie? —Primero me mira a mí, luego a la puerta y al final a la señorita Goodall—. ¿Por qué iba a estar Hollie ahí?

—Cree que se ha perdido —dice la señorita Goodall, y no puedo evitar preguntarme si a los profesores de primaria les enseñan a hablar con esa condescendencia o es algo que les sale de forma natural.

—¡No *creo* que se haya perdido! —grito, y puedo oír la angustia de mi voz cuando resuena el eco por el pasillo—. No la encuentro, lo que significa que se ha perdido.

—Vaya, no pasa nada. Seguro que está bien. Tenga la certeza de que aparecerá —me asegura el señor Wilkinson.

Lo dice sin perder la sonrisa, y una parte de mí, una que está muy en el fondo de mí, quiere sacudirlo. Pero en lugar de eso, dirijo mi agresividad hacia la puerta, y la sacudo con violencia.

—¿Alguien puede abrir, por favor?

Los profesores intercambian miradas. Puedo sentir cómo me juzgan. La madre histérica, la que pierde la cabeza por nada.

—Lo siento, no tengo la llave —dice al fin la señorita Goodall.

Intenta suavizarlo con una pequeña mueca y un encogimiento de hombros, como si el hecho de que mi hija pudiera estar encerrada allí sola y aterrorizada fuera solo un pequeño desliz por su parte.

El señor Wilkinson señala con el pulgar hacia atrás.

—Donnie debe de tener la llave maestra. —Me mira, con la cabeza inclinada como señal de afectada simpatía—. ¿Quiere que vaya a

buscarla?

No me fío de cómo puede sonar si respondo en voz alta, así que me limito a sacudir la puerta de nuevo y luego lo miro con ira.

—Iré a buscar la llave maestra —dice.

Apenas por un instante, tan rápido que casi no llega a notarse, su mano roza la espalda de la señorita Goodall. Ella intenta no delatarse, pero puedo ver cómo asoma el destello de emoción en sus ojos. O bien están inmersos en los primeros compases de una relación, o bien a punto de empezar una, aunque él debe de sacarle quince años como poco.

—Bueno, dese prisa —le espeto; me ofende que pierdan el tiempo, precisamente ahora, con esos gestos de afecto.

Él se aleja corriendo, y yo llamo a la puerta, apoyo las manos contra el cristal esmerilado como si así pudiera ver a través de él, y traspasar la oscuridad que hay más allá.

—No pasa nada, cariño. Estoy aquí. Mamá está aquí.

No sé por qué he puesto todas mis esperanzas en que esté dentro del aula. Nada hace indicar que pueda ser así, y todos los indicios lo desmienten. Pero necesito concentrarme en un punto. En algún lugar. O bien está ahí dentro, o bien está en cualquier otro lugar que no es ahí.

La segunda posibilidad es demasiado grande, demasiado abrumadora. No puedo ni siquiera planteármela. Tiene que estar en el aula. Tiene que ser así.

Si no está, eso solo puede significar una cosa. El más profundo y oscuro de mis miedos se ha hecho al fin realidad.

—¿Y si ha venido Sasha a recogerla?

Oír como de pasada el nombre de mi hermana me impacta como lo haría una maza. Siento que todo el aire de mis pulmones se me escapara de golpe.

—¿Qué ha dicho? —susurro.

—Sasha. Es la tía de Hollie, ¿no? La ha mencionado varias veces de un tiempo a esta parte.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Cuándo?

Hace años que Hollie y yo no hablamos de Sasha. Y aún más tiempo desde la última vez que la vio.

—Solo... —dice la profesora mientras se encoge de hombros. Sonríe—. No lo sé. Un par de veces, hace poco. Estábamos hablando de diferentes tipos de familias, parientes, ese tipo de cosas, y Hollie mencionó que tiene una tía...

—Sasha no tiene ya relación con nosotras —digo—. No forma parte de nuestras vidas.

—Oh. Lo siento mucho.

—No es necesario que lo sienta.

Me alejo de ella e intento abrir la puerta una vez más. Me esfuerzo todo lo posible por no mostrar lo mucho que me tiemblan las manos.

Ella se queda allí al lado, sin decir nada. Puedo sentir su mirada sobre mí, sin dejar de observarme, estudiarme, juzgarme.

—¿Puede hacer algo, por favor? —le grito—. Quedarse ahí mirando no nos ayuda a encontrar a Hollie.

El tono severo de mi voz la deja desconcertada, pero no permite que esa sensación dure mucho. Enseguida vuelve a sonreír, como si todo esto fuera una tormenta en un vaso de agua.

—Sí, claro. Verá, voy a volver a mirar por el vestíbulo, es posible que haya vuelto por allí —dice.

—Bien —respondo, y ella se marcha apresuradamente, dejándome sola con la ropa de mi hija y la puerta cerrada del aula.

Ahora que los dos profesores se han ido, no tengo a nadie a quien dirigir mi ira, salvo a mí misma. Pero puedo sentirla, ardiente: me abrasa por dentro.

¿Cómo he podido permitir que ocurra esto?

¿Cómo, a fin de cuentas, he podido perder a Hollie de esta manera?

No pasó frente a mí. Estoy segura. La habría visto, incluso entre el tumulto al final del baile la habría visto. No hacía otra cosa que buscarla con la mirada. Solo aparté la vista cuando Mabel Walker me habló, y eso apenas duró un minuto, como mucho.

Estábamos en medio del pasillo. Hollie me habría visto.

A menos que...

¿Y si hubiera pasado a hurtadillas? ¿Y si aprovechó mientras yo estaba pendiente de Mabel y su horrible hija?

En teoría, sí. Pero ¿por qué lo haría? Hollie no tiene motivos para no confiar en mí.

Ella no lo sabe.

Siento náuseas en el estómago.

Ella no conoce mi secreto.

No puede estar al tanto de ello.

¿O sí?

4

ELIZABETH

El regreso del señor Wilkinson me devuelve al aquí y ahora. Trae consigo un enorme manojo de llaves, y las revisa una por una, con la intención de encontrar la correcta.

—¡Tenemos prisa! —lo apremio, y él me lanza una mirada de disculpa, luego se decide por la que cree que es la llave correcta.

Una rápida comprobación en la cerradura revela que no es la de esa puerta. Aprieto los puños y mis dientes rechinan y me balanceo de un pie a otro mientras él prueba otras dos antes de dar con la correcta.

En cuanto la llave gira, lo aparto, abro la puerta de un empujón y busco el interruptor de la luz. Todo se ilumina, y disipa la oscuridad para revelar el desorden del aula. Las paredes están cubiertas de dibujos de colores, junto a carteles con las tablas de multiplicar, citas acerca de la bondad y las palabras cuya ortografía han trabajado a lo largo de la última semana.

Estuve en esta clase por última vez el día antes de las vacaciones de mitad de trimestre, cuando invitaron a los padres a descubrir lo que habían hecho los niños. Hollie me había agarrado de la mano para guiarme en una visita relámpago por cada una de sus diversas creaciones artísticas y por los distintos logros que había alcanzado.

Aprovechó cada momento de mi visita, me hizo arrodillarme junto a su pupitre mientras repasaba página tras página sus ejercicios de ortografía y las sumas, me mostró todas las que había hecho correctamente y me explicó con la mayor naturalidad los pocos «errores tontos» que había cometido.

Se aferró a mi presencia todo lo que pudo, mucho después de que todos los demás padres se hubieran marchado. No me importó lo más mínimo. Al contrario.

Ahora mi mirada se dirige de manera instintiva al pupitre de Hollie y a la silla de tamaño reducido que hay debajo.

Vacía. Como el resto del aula. Me tiemblan las piernas. Me agarro a una estantería para mantenerme en pie, justo cuando un alboroto detrás de mí que llega desde el pasillo anuncia el regreso de la profesora de Hollie.

—Desde luego, no está en el vestíbulo, y tampoco está en ninguno de los baños —dice la señorita Goodall. Y en esta ocasión, por primera vez, detecto una nota de preocupación en su voz.

Oigo la conversación que tiene lugar a mis espaldas. Mi corazón se ha convertido en un tambor que retumba en mi pecho.

Ba-dum. Ba-dum. Ba-dum.

—Donnie no la ha visto —dice el señor Wilkinson—. Va a echar otro vistazo por el centro, y luego revisará las imágenes de las cámaras de seguridad.

—He preguntado y ningún profesor la ha visto después de acabar el baile —añade la señorita Goodall.

Ba-dum. Ba-dum. Ba-dum.

Aún no me he dado la vuelta. No quiero dejar de mirar el pupitre de Hollie, en medio del silencio vacío del aula que parecer burlarse

de mí.

¿Pueden oír los latidos de mi corazón? ¿Cómo pueden no oírlos?

Mi mente se adelanta, como si avanzase veloz a través de su conversación, pasa por encima de toda su cháchara y se dirige hacia la horrible e inevitable conclusión.

La única conclusión a la que se puede llegar.

Una conclusión que destrozará mi mundo.

La señorita Goodall es la primera en llegar a ella.

—¿Y si pensamos en llamar a la policía?

Se hace el silencio en el pasillo. Un silencio pesado, opresivo. No era una afirmación, era una pregunta, y por eso esperan mi respuesta.

Cierro los ojos. Respiro hondo. Intento sosegar los latidos de mi corazón.

Incluso con los ojos cerrados, no dejo de ver el pupitre vacío de Hollie. Su pequeña silla. Todos esos dibujos y pinturas que mostraba con tanto orgullo.

No podemos implicar a la policía. Si lo hacemos, será peor. Hollie correrá un peligro mayor incluso que el que ya corre. Lo investigarán todo. Indagarán en cada detalle de mi pasado y rebuscarán en todos mis trapos sucios.

Igual que la última vez.

Dejo escapar un gemido y me vuelvo hacia los profesores que esperan en la puerta, la señorita Goodall justo un paso por delante del señor Wilkinson. Sus sonrisas han desaparecido, las han sustituido unas expresiones preocupadas.

Fruncen los ceños aún más al ver la sonrisa avergonzada que esbozo.

—Dios mío. Lo siento mucho.

Se miran de nuevo. Esta vez, lo que trasluce sus rostros se acerca más a la confusión.

—¿Lo siente? ¿Qué quiere decir? —pregunta la señorita Goodall.

—No tiene nada de qué disculparse, señora Jones —me asegura el señor Wilkinson.

—Está en casa —respondo. Me tapo la cara con las manos, tratando de ganar tiempo y de que mi excusa resulte creíble—. Dios. Pero qué idiota soy.

—¿Cómo que está en casa? —pregunta el señor Wilkinson. Echa un vistazo arriba y abajo por toda el aula—. Pensaba que...

—¡Uf! Pero qué estúpida soy. Se me olvidó que mi pareja iba a recogerla. No estaba segura de que fuera a quedarme para ayudar a recoger, así que le pedí que viniera a por ella. Los más probable es que esté ya en pijama.

Las mentiras salen de mi boca con total naturalidad. Pero bueno, siempre ha sido así.

Esperaba que esta explicación bastase para convencer a los profesores, pero ambos me miran fijamente, con la misma expresión.

—Ah. —El señor Wilkinson parpadea un par de veces, como si le costara procesar esta nueva información—. ¿Está segura?

—Dijo que estuvo en la puerta toda la noche. Y ella llevaba un disfraz de mariposa gigante —dice la señorita Goodall, que utiliza mi propio argumento en mi contra—. Parecía muy insistente al respecto...

—Sé lo que dije —la interrumpo—. Y lo siento. Pero Mabel me acorraló durante unos instantes. ¿Conoce a Mabel? De la asociación

de madres y padres.

El señor Wilkinson se estremece. Apenas se le nota, pero es suficiente para que me caiga un poco mejor. También me da una oportunidad.

—Ya sabe cómo es ella. Clive, mi pareja, no la soporta, y lo más probable es que se escabullese con Hollie bajo el brazo. Tendría demasiadas prisas por escapar como para preocuparse por la chaqueta y los zapatos de Hollie.

Me río. En mis oídos suena hueco y falso. Todo mi ser siente que es una traición, pero tengo que convencerlos. Tienen que creerme.

—Dios. Qué vergüenza. Deben de pensar que estoy loca.

La sonrisa, que brillaba por su ausencia en el rostro de la señorita Goodall, vuelve a aparecer. Sin embargo, el señor Wilkinson parece menos convencido. Es lógico. La directora está de baja por maternidad y él la sustituye. La responsabilidad de un niño desaparecido recae en última instancia sobre él.

Me adelanto a sus objeciones antes de que tenga oportunidad de expresarlas.

—Esperen, déjeme enviarle un mensaje para asegurarnos —sugiero, y saco el teléfono. Escribo a toda prisa un mensaje a Clive. Me tiemblan los dedos. El mensaje solo es legible gracias al autocorrector.

Voy para casa. ¿Quieres que te traiga algo?

El visto del mensaje aparece casi de inmediato. Siento las miradas de los profesores sobre mí mientras escribe su respuesta.

Estoy bien, gracias.

Dejo que mi cuerpo se relaje, y finjo que toda la tensión ha desaparecido.

—Sí, sí. Está allí —anuncio.

—Oh, menos mal, gracias a Dios —dice la señorita Goodall—. Nos ha dado un buen susto.

—Lo sé. Lo sé, de veras que lo siento —me disculpo, y paso al lado de ella. Tengo que salir. Tengo que encontrar a Hollie.

Ella se aparta, pero el señor Wilkinson aún me bloquea el paso. Me sonríe, pero hay algo ligeramente enigmático en su sonrisa, como si sintiera que le falta algo, pero no sabe qué es.

—Siento todo este dramón —digo, y él solo niega con la cabeza para subrayar lo innecesario de la disculpa.

—No se preocupe —responde. Se muerde el labio inferior durante unos instantes—. ¿Seguro que todo va bien? Parecía muy angustiada.

—Bueno, es que lo estaba —digo, y casi me ahogo con otra carcajada—. Pero estoy bien. Todo está en orden.

No me quita los ojos de encima. Sus iris son de un marrón tan oscuro y profundo que casi parecen negros. Podrías ahogarte en ellos si no tuvieras cuidado.

—Bueno... Veremos cómo está Hollie el lunes por la mañana —dice, y su tono deja claro que no me lo pregunta, me informa de que realmente lo comprobará el lunes. Si Hollie no va al colegio después del fin de semana, tendré algunas preguntas para usted.

Y no será el único.

—Por supuesto. A primera hora del lunes —respondo.

No tengo ni idea de dónde está mi hija. No tengo ni idea de por dónde empezar a buscarla.

Pero tengo unas sesenta horas para encontrarla.

¿Y si no lo consigo? ¿Si no consigo que vuelva sana y salva al colegio para entonces?

Entonces se desatará el infierno.

Y todo lo que he hecho hasta ahora para protegernos habrá sido en vano.

5

ELIZABETH

Quiero correr, pero no me atrevo. Los profesores podrían estar mirándome, cualquiera podría verme, y no puedo arriesgarme a que me vean entrar en pánico.

Puedo dejar el pánico para dentro de un minuto, cuando esté a salvo en el coche, pero por ahora mantengo la compostura.

Mi aliento forma pequeñas nubes en el aire frío de la noche a medida que camino, tan despacio y con tanta calma como me es posible, hacia mi coche. El mío es el último aparcado en la estrecha calle de sentido único que hay detrás del colegio.

Llegamos demasiado tarde para entrar en el aparcamiento y casi demasiado tarde para quedarnos con el último lugar en la fila de coches de esta calle.

Todos se han ido. Todos menos yo.

Llevo la chaqueta de Hollie. Parece muy ligera. Muy pequeña. No queda en ella rastro alguno de su calor, ni siquiera cuando la aprieto contra mi pecho.

No dejo de caminar. Mis ojos se mueven sin cesar de un lado a otro, no dejan de buscar en la oscuridad que rodea el edificio de la escuela.

Creo ver un movimiento junto al coche y estoy a punto de gritar el nombre de Hollie. Pero se trata de mi sombra, que se difumina sobre

la pintura. No es mi hija. No es nadie.

El coche se desbloquea en cuanto pulso el botón y las luces parpadean, lo que me deja deslumbrada. Me escondo dentro y cierro la puerta. Incluso con la puerta bien cerrada, el eco de mi respiración se torna áspero. Irregular.

Mi pecho se inflama, henchido, como si mis pulmones crecieran hasta ser demasiado grandes para que los contenga. Me controlo lo suficiente como para esperar a que las luces del techo se apaguen y vuelva la oscuridad dentro del habitáculo, y solo entonces entierro la cara entre las manos para ahogar el grito que ya no puedo contener.

Brota de mi interior, de algún lugar antiguo y primitivo. De algún sitio donde estaba enterrado desde hace mucho tiempo. Lo reprimo, intento contenerlo, pero ya no puedo hacer nada para detenerlo, y todo mi cuerpo se sacude con el esfuerzo.

No sé cuánto tiempo permanezco así, entre sollozos y gritos. ¿Treinta segundos? ¿Cinco minutos? ¿Más? El tiempo ya no significa nada.

Llegado un momento, mi angustia se atenúa lo suficiente como para permitirme recuperar el control. Me enderezo en el asiento, con las manos aferradas al volante, y escudriño la oscuridad exterior.

Necesito pensar. Necesito diseccionar esto de una manera racional. ¿Dónde puede estar Hollie?

Discutimos esta noche, justo antes de salir de casa. El recuerdo hace que las lágrimas broten de nuevo, pero esta vez soy capaz de tragármelas. No puedo permitirme perder más tiempo.

Se quejaba de que su disfraz no le quedaba bien, me decía que le era incómodo, que estaba todo mal.

Ya llevábamos veinte minutos de retraso. Sabía que Mabel Walker iba a estar más que enfadada. Perdí los estribos. Le dije a Hollie que de haberse molestado en ayudar en su confección, o al menos se hubiera probado el disfraz la noche anterior, cuando le dije que lo hiciera, no estaríamos en esa situación.

Me respondió con muy malos modos. Era la ansiedad por el premio al mejor disfraz que la atenazaba. Era algo de lo que yo estaba al tanto, incluso entonces, pero eso no me impidió reprenderla y levantar la voz. No es algo de lo que esté orgullosa.

Mi pareja, Clive, intentó apaciguar los ánimos, pero ni Hollie ni yo estábamos de humor para escucharlo, así que salimos furiosas de casa y durante el corto trayecto hasta llegar aquí estuvimos en silencio.

Pero ella me había saludado con la mano durante el desfile. Me había sonreído y parecía contenta de verme. Estaba segura de que las cosas iban bien.

Pero ¿y si no era así? ¿Y si Hollie seguía enfadada? ¿Y si había visto la oportunidad de escabullirse por el pasillo y escaparse? ¿Sería capaz de hacer algo así?

Es un pensamiento horrible que me hiela la sangre. Sin embargo, en este momento, casi me parece que podría ser uno de los deseos que yo pediría.

Estamos a principios de noviembre, Halloween fue de hecho hace dos días, y una niña de nueve años no puede acumular su rencor durante mucho tiempo en medio de la fría y oscura noche escocesa antes de que la tentación del chocolate caliente y el cómodo pijama se vuelva demasiado fuerte.

Si se ha escapado, no habrá ido muy lejos. No puede haberlo hecho. Estará por aquí cerca. Estamos a poco más o menos un kilómetro de casa, y es una zona poco peligrosa de la ciudad, incluso a estas horas de un viernes por la noche.

Giro la llave en el contacto. El rugido del motor al arrancar y las luces que se encienden en el salpicadero me resultan extrañamente tranquilizadores.

Estará enfurruñada, eso es todo, echándome la culpa por no haber ganado el concurso. Se habrá escapado para demostrarme algo, para darme una lección.

Pero la temperatura no para de caer en picado, y además le da miedo la oscuridad. A estas alturas ya se habrá dado cuenta de su error. En caso de que no haya llegado ya a casa, seguro que lo hace justo mientras llego yo con el coche.

Me inunda una pequeña oleada de esperanza. Incluso de euforia. Me río, y esta vez no me parece algo falso ni forzado.

Estará bien. Me he permitido preocuparme sin motivo. Ha vuelto enfadada a casa, eso es todo. Allí estará Hollie, y estará bien.

Hollie estará bien. Repito las palabras como un mantra en mi cabeza mientras comienzo a alejarme de la acera.

Y las luces parpadeantes de la calle proyectan largas sombras, que tienen la forma de unos dedos que, detrás de mí, parecen decididas a seguirme hasta casa.

6

ELIZABETH

El trayecto a casa es rápido y frenético. Rebusco en todas las calles mientras conduzco, a la busca de cualquier señal de unas alas de mariposa rosa en su camino a casa.

Pero no las encuentro.

Las hileras de los edificios georgianos de piedra arenisca de India Street se elevan a ambos lados del coche una vez doblo la esquina. Hasta ese momento, nunca me había fijado en lo altos que son y, de repente, tengo la sensación de que conduzco por el fondo de un profundo desfiladero.

Las luces me hacen guiños desde una docena de ventanas de guillotina, donde la mayoría de las cortinas están corridas para protegerse de la oscuridad.

Sin embargo, no hay ninguna luz en la ventana del dormitorio de Hollie. Las cortinas están abiertas, tal y como las dejamos. De milagro, a esta hora tan tardía, consigo aparcar más o menos delante de la puerta principal de nuestro bloque.

Cierro el coche con llave y subo a toda prisa los escalones. Los dos leones de piedra del tamaño de un perro terrier que se alzan a ambos lados de la puerta, vestigios del esplendor de tiempos remotos, mucho antes de que el edificio pasara de ser una casa

unifamiliar a un edificio de tres plantas, me observan en silencio mientras busco las llaves dentro de mi bolso.

No sin cierto esfuerzo, consigo destrabar la cerradura y subo los escalones de dos en dos hasta llegar al último piso, donde está la puerta de nuestro apartamento.

Técnicamente es el ático de Clive, pero también es nuestro hogar, él no deja de insistir en ello. El de Hollie y el mío.

Me tomo unos segundos para recuperar el aliento y colocarme el pelo, luego consigo adoptar una sonrisa creíble y entro.

Lo que pase ahora es lo que lo decidirá todo.

Desde el mismo pasillo puedo ver directamente la cocina que está al fondo. La luz está encendida y oigo a Clive conversar con uno de los pódcasts que escucha, como si los otros pudieran oír lo que les dice. Parece como si les respondiese a ellos antes que a mí. Como tenga que oírle otro resumen del tedioso programa político con el que está obsesionado esta semana, voy a...

Bueno, no voy a hacer nada, como es obvio. Pero no dejaré de dar vueltas a algunas ideas.

Mientras Clive sigue ocupado en la cocina puedo echar un vistazo a las otras habitaciones. Hollie no está en el salón. Tampoco en su habitación. Giro el pomo de la puerta del baño y se abre. Corro la cortina de la ducha y compruebo que allí no está, luego vuelvo al pasillo y me encuentro a Clive con un cuchillo de cocina en la mano.

—¡Dios mío! —musito, y él da un paso atrás, con la palma de la mano apoyada contra su pecho.

—Maldita sea. Casi me da un infarto —dice con voz aguda. Ha levantado la voz, aunque puede que sea por el pódcast. Todavía lleva los auriculares puestos y desde aquí puedo oír el bisbiseo de

los comentarios políticos mordaces—. Creía que eras un maldito ladrón.

—Pues no lo soy —respondo, y luego lanzo una mirada muy intencionada al cuchillo que sigue apuntando en mi dirección. Descubro restos de chocolate en ambos lados de la hoja, y de repente percibo el olor de galletas en el horno.

Clive sigue mi mirada hasta toparse con el cuchillo, lo mira como si no estuviera seguro de qué hacer con él, y lo baja con un rápido movimiento.

—¡Uy! Lo siento. —Se pasa la otra mano por el pelo gris y ralo. Es siete años mayor que yo, pero aparenta el doble. Sus labios finos se tuercen en algo que está a medio camino entre una sonrisa y una mueca—. De verdad pensé que eras un ladrón. No te oí entrar.

Señala una de sus orejas y luego pone los ojos en blanco, como si debiera hacerme partícipe de un chiste malo que acabase de oír.

—¡Alastair Campbell pregunta por qué Venezuela no es la Arabia Saudí de Latinoamérica!

La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

—¿Qué demonios significa eso?

La verdad es que no me importa lo más mínimo. Ni en el mejor de los casos podría hacerlo. Pero ya he preguntado. He entrado en la conversación y su rostro se ilumina ante esta repentina muestra de interés.

—A ver... —comienza, pero, por suerte, otra idea lo distrae. Mira por encima de mi hombro, hacia el pasillo, y a las puertas que han quedado abiertas a cada lado—. Espera. ¿Dónde está Hollie?

Siento una sacudida en el pecho, como si se me hubiera parado el corazón. Nada más entrar, terminé de perder la esperanza de que

estuviera allí. Pero me aferraba a la idea de que pudiera estar en la cocina, de que pusiera al tanto a Clive de todo lo que ha pasado esta noche, del modo en que le han robado el concurso de disfraces, y que se había tenido que volver a casa sola porque tiene la peor madre del mundo.

Pero no está allí. Él no la ha visto. Mi pequeña sigue ahí fuera.

Sola.

La mentira cobra forma antes de pensar siquiera en ella. Y la oigo por primera vez al mismo tiempo que Clive.

—Se queda a dormir en casa de una amiga —digo.

—¿Una amiga? ¿Una fiesta de pijamas? —Frunce el ceño de forma graciosa, como si la sugerencia fuera absurda sin más—. ¿Qué amiga?

—Una amiga de clase —digo—. Suzie. Le dije que le acercaba ahora un pijama y la ropa para mañana.

Soy la primera sorprendida por mi rapidez mental. Espero que no se me note en la cara.

—¿Suzie? —Se pasa la lengua por los dientes. Son carillas, en realidad. Se las puso en Turquía, en una clínica barata. Se notan, aunque yo siempre le aseguro que no es así—. No creo haberla oído mencionar a ninguna Suzie antes.

Yo tampoco. No conseguí recordar a ninguna niña de la clase de Hollie que no se llamara Jessica Walker. Vive a cinco casas de distancia, así que no me sirve. Además, Clive nunca se creería que Hollie quisiera quedarse allí. Suzie es un nombre que se me ocurrió de la nada, sin más.

Me mira con curiosidad.

—¿Seguro que no la has matado? —pregunta.

—¿Qué?

—Estoy de broma —dice, y me sonríe con aire burlón—. Menuda pelea teníais antes de salir. ¿Lo habéis solucionado? ¿Volvéis a ser amigas?

—Sí, todo bien —respondo, impaciente por marcharme.

—Bien. No podría soportar que mis dos chicas favoritas estuvieran peleadas —dice Clive. Creo que ha terminado ya; aun así, continúa —. ¿Dónde vive esa tal Suzie?

Esta vez sí que dudo, apenas un par de segundos, mientras mi cerebro trabaja a toda velocidad para recordar el área de influencia del colegio. Necesito tiempo para buscar a Hollie, pero si le doy una dirección que esté demasiado lejos del colegio Clive podría sospechar.

—En Rose Street —suelto. Está justo en el límite. Lo suficientemente lejos como para que me dé tiempo a buscarla.

—Uf —dice. Frunce los labios, arrugando las líneas de su rostro—. Va a ser una pesadilla aparcar a esta hora. A menos que...

Da unos golpecitos con la parte plana del cuchillo contra su pierna, inmerso en sus pensamientos. Por un momento, las voces metálicas que salen de sus oídos son lo único que se escucha en el pasillo.

Al fin asiente con la cabeza.

—Sí. George Street entonces. Es tu mejor opción. Aparca allí y baja andando. Pero ten cuidado. ¿Viernes por la noche? Puede haber mil idiotas por allí. Va a ser una pesadilla para ella intentar dormir. ¿Seguro que no es mejor traer a Suzie aquí? —Se pavonea lleno de orgullo—. Le estoy haciendo sus galletas favoritas.

Por supuesto. Siempre tiene pequeños detalles como ese para ella. Para las dos, en realidad. Eso se le da realmente bien.

—No pasa nada. Está muy emocionada —digo, y miro de manera deliberada hacia la puerta de la habitación de Hollie.

Clive se apoya contra la pared, y mueve las cejas con intención de resultar sugerente.

—Bueno, pues un poco de libertad para los adultos —ronronea—. ¿Qué hacemos para entretenernos?

—Ja, ja, cómo no —respondo, y me rasco un repentino picor en el cuello—. Será mejor que me vaya, o no me dejará en paz.

Noto que se inclina para darme un beso en la mejilla, pero ya me he dado la vuelta, ya me alejo, camino hacia la salida.

—Espera un momento.

La orden es tajante y repentina. Me detengo a solo unos pasos de la puerta principal y lo miro por encima del hombro.

—¿No te olvidas de algo? —pregunta Clive.

Señala con el cuchillo la habitación de Hollie.

—¿La ropa?

—Ay —finjo una risa y me detengo justo antes de darme una palmada en la frente—. Claro, qué idiota.

No me quita ojo mientras retrocedo unos pasos para entrar en la habitación de Hollie. Su uniforme escolar aún está tirado sobre la cama, y media docena de peluches dispersos por el suelo. Solo el señor Floppsity permanece en pie junto a la almohada, con sus largas orejas raídas que cuelgan a ambos lados de su cara de felpa con ojos vidriosos.

Hollie lo tiene casi desde que nació. Lo ha cuidado desde el primer día, es su compañero inseparable. Su consuelo. Lo agarro por la

cabeza y me lo meto bajo el brazo. No sé muy bien por qué, solo es un peluche, pero sé que me sentiré mejor si lo tengo conmigo.

Reúno un montón de ropa al azar, la meto en la mochila de Hollie y me la cuelgo al hombro.

Esta vez consigo llegar hasta la puerta y salir al rellano de la escalera antes de que los gritos de Clive me alcancen.

—¡Elizabeth, espera!

Casi no me detengo, salgo a la carrera, pero no puedo hacerle sospechar que algo va mal, así que hago de pareja obediente y espero a que me alcance.

Ha cambiado el cuchillo por un túper. Noto el calor en la parte de abajo y huelo el aroma que se escapa por la tapa semiabierta cuando lo pone en mis manos.

—Galletas —me dice—. Recién salidas del horno. Sus favoritas.

Miro el túper. Incluso a través del relieve de la tapa las pepitas de chocolate brillan mientras se enfrían.

—Hay media docena de esas delicias. ¡Asegúrate de que las comparte con Suzie!

—Lo haré —le digo.

Luego bajo las escaleras, paso junto a los leones de hormigón que custodian la puerta principal del edificio y salgo en busca de mi hija.

Me limito a rezar para que no sea demasiado tarde.

7

ELIZABETH

Conduzco de vuelta hacia la escuela a paso de tortuga, porque recorro con la vista cada acera, ajena a los taxis que tocan el claxon, impacientes, detrás de mí. Espero ver a Hollie en cada esquina y en cada curva, pero, si está camino de casa, ha debido escoger otra ruta.

Paso junto al parque por el que pasamos a veces cuando volvemos a casa de paseo, por si hubiera ido allí. Sin embargo, solo encuentro unas cuantas botellas rotas y un grupo de adolescentes borrachos, así que no me quedo a dar más vueltas por allí. Hollie se habría dado la vuelta en cuanto los hubiera oído y habría huido a casa.

Le ponen nerviosa los chicos mayores. Es frágil. Pensar en ello hace que se me forme un nudo en la garganta y me corran por las mejillas unas tibias lágrimas. Dedico unos segundos a sollozar en cuanto estoy de vuelta al coche, antes de recomponerme lo suficiente como para arrancar hacia la escuela.

No hay ningún vehículo en el aparcamiento cuando llego. Aun así, paso junto al edificio a muy poca velocidad, y solo cuando estoy un poco más adelante me detengo y apago el motor.

Una parte de mí se convence de que debería llamar a los padres de los otros niños de su clase. Quizá se fue con uno de ellos, no con

esa Suzie que no existe en realidad, claro, pero sí con alguien.

Aunque ahora mismo no recuerdo el nombre de ninguno de los niños, debo de tener los números de teléfono de algunos de los padres debido a mis obligaciones en la asociación de padres. Sin embargo, no me atrevo a llamarlos. Si lo hago, tendré que decirles el motivo de la llamada.

Y no puedo permitir que nadie lo sepa. No todavía.

Además, dudo que en realidad puedan ayudarme.

Si hay alguna respuesta, tiene que estar en la escuela.

Mis ojos se encuentran con los del señor Floppsity, sentado en el salpicadero frente a mí, y juraría que ese cabronazo de orejas caídas no deja de juzgarme mientras saco una galleta de la caja y me la meto en la boca antes de salir del coche.

La escuela primaria Oakbridge ocupa un edificio pequeño, que no obstante impresiona. Es de la época victoriana, construido en piedra arenisca que brilla con un color gris dorado al sol y está catalogado como edificio histórico. Ahora, sin embargo, alejado de las farolas, parece esconderse en las sombras, con sus agujas y sus altas ventanas envueltas en la oscuridad.

La puerta principal que da al patio está cerrada con llave, pero la valla lateral mide apenas metro y medio de altura. Cuando estoy segura de que no hay moros en la costa, salto sobre ella y, agachada, corro hacia la puerta trasera.

Por el camino, echo un vistazo en cada uno de los rincones, por si Hollie está allí escondida, entre temblores y mal resguardada del frío.

Cada rincón vacío solo me causa más dolor y decepción.

El edificio tiene alarma, pero mi posición en el consejo de padres me faculta para conocer el código de seguridad. Lo que no tengo, sin embargo, es una llave.

Busco en el patio una piedra con la que romper el cristal esmerilado de la puerta, pero no hay suerte. En cambio, mi mirada se detiene en el cubo de basura con forma de rana que hay junto al cobertizo para las bicicletas, con la boca siempre abierta para devorar cualquier basura que se le ofrezca.

No está sujeta, y es que tampoco es ligera. La arrastro hasta la puerta trasera, me apoyo en ella, lista para levantarla sobre mis hombros, cuando una vocecita me dice que pruebe a girar el pomo de la puerta.

Y gira. La puerta se abre hacia dentro. El aire caliente generado por el sistema de calefacción industrial hace que parezca que el edificio exhala vaho, y su aliento me golpea la cara. Un pasillo oscuro se alza ante mí y, de repente, tengo la sensación de haber entrado en las fauces de una terrible bestia gigante, y estoy a punto de ser devorada por completo.

Que la puerta esté abierta es una buena y una mala noticia. Significa que no tengo que romper una ventana con una gran rana de metal.

Pero también significa que no estoy sola. Debe de haber alguien más en el edificio.

Entro. Las tablas del suelo crujen bajo mis pies, a modo de advertencia. Pero no le presto atención y avanzo hacia las entrañas de la bestia.

8

ELIZABETH

Alguien me mira fijamente desde las sombras en cuanto doy un paso dentro. Hay unos ojos que me observan desde la oscuridad, me estudian, no dejan de escrutarme, exigen saber qué hago allí.

Jadeo y empiezo a balbucear una explicación antes de reparar en que se trata de mi propio reflejo, que me mira desde el cristal de una puerta interior.

Tardo unos segundos en recobrar el aliento para seguir, y doy un paso adelante dentro de la escuela.

El edificio tiene dos plantas. La mayoría de las aulas, el salón de actos y el comedor están en la planta baja. Arriba hay otras dos aulas, la sala de profesores y las oficinas del director y del conserje. También hay una sala de música y un pequeño estudio de grabación que la asociación de madres financió hace unos años, pero que rara vez se utiliza.

La ampa también costeó las cámaras de seguridad de la escuela, después de que un loco accediese un día a la clase de quinto de primaria, se sentara en medio del aula y se negase a salir de allí. Al final, la policía lo sacó del recinto y lo denunciaron, pero el incidente desató una revisión completa de los protocolos de seguridad que llevó a instalar cámaras tanto dentro como fuera del edificio.

Cámaras que, hasta ahora, había olvidado por completo y que son las mismas que, ahora soy consciente de ello, me habrán registrado al arrastrar la papelera por el patio.

Y por las que se me verá ahora, mientras intento pasar desapercibida por los pasillos que conducen al salón de actos.

El vestíbulo resuena en silencio, como si los ecos de diez mil niños del pasado y del presente vibraran aún en sus paredes. La mesa de los dulces está ya recogida. La silla en la que pasé la tarde sentada ha sido apilada junto a otras en un rincón. Todos los gusanitos y los caramelos que habían derramado han sido ya barridos.

De no haber estado aquí para verlo con mis propios ojos, nunca me habría atrevido a afirmar que el baile había tenido lugar.

Las grandes puertas batientes del salón, a diferencia de las de las aulas, no tienen cerradura. Empujo una de ellas lo suficiente para asomar la cabeza. Luego, cuando estoy segura de que no hay nadie allí, avanzo a hurtadillas y la cierro con cuidado una vez estoy dentro.

Las únicas ventanas están en lo alto, casi a la altura del techo, aunque de todos modos llega muy poca luz desde fuera. El haz de luz de la linterna del teléfono dibuja un óvalo alargado en el suelo. Lo muevo de izquierda a derecha mientras camino cerca de las paredes del salón, buscando...

¿Qué? ¿Se puede saber qué busco? ¿Qué espero encontrar en realidad? No es que Hollie vaya a saltar sobre mí desde las sombras. Lo más probable es que me muriera del susto si lo hiciese.

Pero lo aceptaría si eso significase que está a salvo.

Me detengo al llegar a la salida de incendios. Está en la pared del fondo, casi en la esquina. Un trozo de Blu-Tack que se utilizó para

pegar los adornos de Halloween a la pared, encima de la puerta, sobresale entre la pintura blanca reluciente como un tumor. Capta mi atención y me dedico a mirarlo fijamente, por si albergase algún significado oculto.

De ser así, no tengo ni la menor idea de cuál pueda ser.

Me fijo en la salida de incendios. Tiene una ancha barra de apertura en el centro y solo debe utilizarse en caso de emergencia. Sin embargo, en los días más cálidos, los profesores la abren a veces para que entre aire fresco en el salón, por lo que la han desconectado del sistema de alarma contra incendios.

Incluso con todos los niños entre carreras y bailes de esta noche, fuera hacía demasiado frío como para abrir la puerta, ¿verdad? Intento recordar el desfile de disfraces. ¿Estaba abierta entonces?

Por fuera no tienen ni picaportes ni tiradores, así que nadie podría haber entrado por ahí, pero ¿podría haberla abierto la propia Hollie y haberse esfumado? O, peor aún, ¿podría haberla abierto al seguir las instrucciones de alguien que estuviera fuera y haberse ido con quien fuera?

¿Y si se la han llevado?

No recuerdo si hay una cámara en el salón, así que apunto con la linterna hacia las paredes y las recorro con el haz de luz. Hay un destello en el extremo opuesto, justo encima de la puerta principal. El reflejo de la luz en un cristal pulido.

A medida que me acerco, distingo la forma de la cámara. Me mira directamente, un ojo electrónico que reluce y que está orientado hacia abajo.

Si está encendida, y no tengo motivos para sospechar que no lo esté, alguien podría observar lo que hago en este preciso momento.

Nada más pensar en ello, bajo la linterna hacia el suelo y comienzo a golpear con frenesí la pantalla hasta que el haz de luz se apaga.

La acústica del vestíbulo parece amplificar el sonido de mi respiración. Escucho, con la expectativa de oír unos pasos, acaso unas voces o incluso unas sirenas que se acercan.

Nada.

Solo mi respiración. Apenas los latidos de mi corazón. Nada más que el terror que retumba en mi cabeza.

Si alguien me ha visto, no parece haber hecho nada al respecto.

En cambio, la cámara. La cámara me ha visto. La cámara ha visto todo lo que ha pasado aquí esta noche.

Y eso significa que sé exactamente lo que tengo que hacer.

9

ELIZABETH

La escalera de la escuela es casi tan antigua como los cimientos victorianos del edificio, por lo que cruje y gime al sentir mi peso mientras subo con sigilo. Me detengo cada dos escalones, y aguzo el oído para detectar cualquier sonido que pueda alertarme de que alguien se acerca.

El silencio es opresivo, apenas roto por los latidos de mi corazón y por el ocasional crujido de la vetusta madera.

Al llegar arriba, me topo con un laberinto de pasillos oscuros. La distribución de la planta superior siempre me ha resultado confusa, incluso a plena luz del día. Ahora, en la oscuridad y presa del pánico, estoy desorientada por completo. Me planteo la posibilidad de encender otra vez la linterna del teléfono, pero el riesgo de que me descubran es demasiado grande. Decido, en cambio, dejar que mis ojos se acostumbren a la penumbra y avanzo poco a poco.

Las tablas del parqué bajo los pies son traicioneras, cada paso amenaza con delatar mi presencia. Camino, pegada a la pared, y tanteo cada tabla antes de apoyar todo mi peso. El olor a madera vieja y húmeda mezclado con la cera para suelos me resulta familiar y extraño al mismo tiempo. He sentido esos olores docenas de veces, en reuniones de la ampa y en las obras de teatro escolares.

Esta noche, sin embargo, se aferran al fondo de mi garganta, más penetrantes y pronunciados que nunca.

Paso por delante de la sala de profesores; la puerta está entreabierta. Por un instante, creo ver algo de movimiento en el interior, pero solo son imaginaciones mías debido a la escasa iluminación.

Aun así, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que alguien me observa.

La oficina del conserje está al final del pasillo, pasado el despacho del director y el estudio de música. Cada puerta junto a la que paso es un posible escondite para cualquiera que pueda estar en el edificio. Espero que se abran de golpe cuando paso ante cada una, y que revelen alguna figura aterradora con una capucha que me acecha desde su interior.

Eso no ocurre, aunque estoy tan tensa que en cualquier momento puedo tener un ataque; cada sombra es una amenaza; cada sonido, sea real o no, una advertencia.

Apenas me separan unos pasos de mi objetivo cuando un ruido repentino en la planta baja me paraliza. Me pego a la pared, sin atreverme siquiera a respirar. ¿Es el viento? ¿Algo que ha caído? ¿O es algo, quizá alguien, más?

¿Y si es Hollie? La sola posibilidad hace que mi corazón se acelere y estoy a punto de llamarla, pero me detengo a tiempo. No me atrevo. No debo emitir ni un sonido. En el caso de que no sea ella, quienquiera que esté ahí abajo sabrá que estoy aquí, y todo habrá terminado.

Hay un armario de madera junto a la puerta de la oficina del conserje, lleno de productos de limpieza y toallas de papel. Me

acuclillo para refugiarme tras él en la oscuridad, mientras escucho para comprobar si hay más movimiento en la planta de abajo.

Nada.

Tardo unos segundos en conseguir que mi corazón se sosiegue, y unos cuantos más en reunir el valor para moverme. Me mantengo agachada y deslizo la mano por la puerta, hasta dar con el picaporte. Es un pomo viejo de latón, frío y liso al tacto.

Lento, lo más lento que me es posible, lo giro. Me he preparado para que la puerta esté cerrada con llave, aunque no tengo ni idea de qué haré en tal caso. Sin embargo, para mi sorpresa, el pestillo cede y la puerta se abre unos centímetros.

No surge ningún grito desde el interior. Ni avisos urgentes, ni gritos de pánico. Aún en cuclillas, me introduzco en la oficina, cierro la puerta y pierdo unos segundos descansando con la frente apoyada contra la gélida madera.

La habitación es muy pequeña, y además está abarrotada. Parece más un armario de los trastos de la limpieza que una oficina, aunque la mayor parte de la maquinaria de limpieza más voluminosa se guarda en un cuarto de la planta baja. Los cepillos y las fregonas están alineados contra una pared, como si aguardasen a que un pelotón de fusilamiento los ejecutase.

Hay un par de botas viejas justo al lado de la puerta; ayudan a explicar el olor rancio que parece impregnar el aire del lugar. Hay tres tazas vacías sobre distintas superficies. La papelera, obsérvese la ironía, está llena a rebosar y tendrían que haberla vaciado hace ya unos días.

Para ser la de un hombre encargado de mantener la escuela en buen estado, la oficina del conserje tiene todo el aspecto de estar

más que descuidada.

El monitor de control de las cámaras de seguridad está instalado en la pared ubicada al fondo de la habitación. Me acerco con sigilo tras esquivar los cachivaches para echar un vistazo. Aunque, por encima de todo, es la visión del tablero de control lo que me revuelve las tripas. Los huecos entre palancas y botones están cubiertos de polvo y migas.

Hay un bolígrafo sobre la mesa. Lo uso para pulsar las teclas hasta que el monitor se enciende. La luz de la pantalla resulta casi cegadora en la oscuridad, y en cuanto puedo cambio su inclinación un poco hacia abajo, pues tengo miedo de que llame la atención.

La pantalla se divide en doce cuadros, cada uno de los cuales ofrece las imágenes que captan las cámaras. La mayoría no muestran más que penumbra, y solo puedo saber dónde están gracias al texto que aparece en la parte inferior de cada una.

Salón, comedor, pasillos del uno al seis, oficina y, además, tres cámaras externas. Hay suficiente luz en una de ellas como para distinguir con nitidez un cubo de basura con una tapa con forma de rana junto a la puerta trasera.

Tendré que encontrar el modo de borrar las imágenes. Las del vestíbulo y los pasillos también.

Reparo en que no hay cámaras en la sala de profesores. Está claro que los profesores valoran su privacidad.

Estas imágenes en directo están muy bien, pero no me sirven de ayuda. Si pretendo borrar las huellas de mi visita y buscar unas imágenes donde aparezca Hollie, habré de encontrar la forma de acceder a las grabaciones anteriores, y no tengo ni idea de cómo funciona el sistema.

Así que echo un vistazo por la habitación para buscar algún tipo de guía de usuario o manual. Entonces las encuentro.

Están metidas en el cajón inferior de un archivador viejo, oxidado y maltrecho. Encajadas en el hueco. Escondidas, fuera de la vista. Arrugadas.

Un par de alas de mariposa de papel, decoradas con unos corazones pintados de color rosa. Están rotas, con los bordes irregulares y desiguales.

Siento cómo se me acelera el torrente sanguíneo. Una cacofonía de ruidos me retumba en la cabeza.

Por eso no reparo en el sonido de los pasos en el rellano, ni en el crujido de la puerta al abrirse.

No reparo en nada de eso hasta que una mano me agarra la nuca, y un aliento cálido y fétido me golpea en la cara.

—¿Pero qué demonios crees que estás haciendo?

10

ELIZABETH

Me giro, levanto el brazo y me libero de la mano que me agarra. Donnie, el conserje, me escruta con el ceño fruncido. Los dedos nudosos se le han curvado hasta transformarse en garras, y al apretar la mandíbula sus finos labios dejan al descubierto unos dientes cubiertos de sarro.

Los niños lo llaman Janny, un modo de nombrarlo que siempre me ha parecido demasiado cariñoso para este viejo monstruo miserable, con su eterno ceño fruncido y sus cejas salvajes, con ese aspecto de estar siempre a punto de perder los estribos.

Es un hombre cascarrabias, rencoroso, que nunca se molesta en ocultar la aversión que le tiene a su trabajo, así como al resto del personal, o en general a todo el mundo.

Y tiene parte del disfraz de Hollie escondido en el cajón inferior del archivador de su oficina.

—Un momento. —Su voz muestra el tono ronco de los habitantes del casco antiguo de Glasgow y no deja de mirarme de arriba abajo —. Te conozco.

Por supuesto que me conoce. Me ha visto casi todos los días del curso durante los últimos dos años.

Pero, por otra parte, suelo tomarme las molestias de no causar una impresión demasiado duradera en nadie.

—Eres la madre de esa niña —concluye, y no parece dispuesto a añadir nada más.

Todavía muestra un rictus de enfado, pero ya no parece dispuesto a agarrarme.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunta—. No deberías estar aquí. Pensaba que eras uno de esos malditos adolescentes que solo se dedican a buscar problemas. Podría haberte partido la cabeza.

Lo dice como si fuera un comentario sin importancia, pero, si tengo en cuenta lo que acabo de encontrar en su cajón, me sienta como un puñetazo en el estómago. No dejo de sostener una de las alas de mariposa de Hollie. Mi voz es poco más que un graznido cuando le enseño el papel arrugado.

—¿Dónde has encontrado esto?

No lo mira, se limita a sostenerme la mirada.

—No es asunto tuyo.

—Es de mi hija. Formaba parte de su disfraz. —Se lo digo con un tono de evidente urgencia, mi miedo ya convertido en desesperación —. ¿Dónde lo has encontrado? ¿Dónde está ella? ¿Qué le has hecho?

Frunce aún más el ceño arrugado, las profundas arrugas de la frente trazan dibujos hacia su rostro, las agrestes cejas se unen hasta formar una única oruga gris.

—¿De qué demonios me hablas? Estaban en el suelo. Las recogí. ¿De acuerdo?

Reparo en que las alas de papel se han pegado a las puntas de mis dedos. Hay algo en ellas. Algo pegajoso. Algo rojo.

—¡Sangre! ¡Es sangre!

Se me quiebra la voz cuando las palabras salen de mi boca. No quería admitirlo, pero ¿qué otra cosa podía ser?

—¿Por qué hay sangre en ellas? ¿Dónde está Hollie? ¿Qué le has hecho?

—¡Estaban en el suelo! —me grita; las venas del cuello se le marcan como maromas y me salpica la saliva espumosa que le sale de la boca—. Las vi y pensé que quienquiera que fuera su dueño podría buscarlas, así que las guardé aquí.

Miente. Estoy segura. Algo sabe.

Ha hecho algo.

—Ahora voy a tener el detalle de ser amable contigo —me dice, aunque su tono no lo refleja—. Voy a dejar que te largues de aquí y no le diremos ni una palabra a nadie. —Se pasa la punta morada de la lengua por los labios—. Será nuestro secretito. No habrá ningún problema.

Niego con la cabeza. Me tiembla todo el cuerpo.

—No. No, no voy a ir a ningún sitio. ¡Dime dónde está!

Se yergue todo lo que puede. Casi puedo oír cómo le crujen los huesos de la espalda al encajar en su sitio.

—No me digas que vas a obligarme a hacerlo por las malas —me advierte.

Su voz es poco más que un siseo. Un susurro. Vaya guasa.

Oigo el crujido del papel con forma de ala de mariposa y miro hacia abajo para ver cómo se arruga en mi mano. Observo, indiferente, cómo cierro los dedos hasta convertirlos en un puño, los pies me impulsan hacia delante y me lanzo sobre él, lo golpeo con ambos puños y le grito.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué le has hecho?

Tarda en reaccionar. Apenas le da tiempo a abrir los ojos cuando empiezo a golpearlo, arañarlo, empujarlo y zarandearlo con todas las

fuerzas que tengo, y algunas más.

Deja escapar un grito de sorpresa y levanta los brazos para defenderse, pero lo he pillado desprevenido, y pierde el equilibrio. Se agarra a mí para evitar la caída, pero tropieza y sale de la oficina entre tambaleos, ya sin posibilidad de retorno.

Desde fuera llega un ruido. Es imposible describirlo. Es sólido, y aun así parece húmedo. Agudo, y al mismo tiempo sordo.

No es un sonido que haga pensar en nada bueno. Me revuelve las tripas y, de repente, dejo de ser una simple observadora externa, vuelvo a cobrar conciencia de mi cuerpo, regreso a aquella habitación, recupero el control.

Puedo oír el sonido húmedo de mi respiración. Solo la mía. Desde el rellano no llega más que el silencio. Un silencio pesado, ominoso, de los que trastocan la vida.

Mis pies, que hace un momento estaban tan dispuestos a lanzarme a la acción, ahora parecen decididos a mantenerme clavada en este sitio. Sin embargo, los obligo a avanzar, me arrastro paso a paso hacia la puerta.

Lo primero que veo es la mancha de sangre. Está justo en la esquina del armario detrás del que me escondí hace unos minutos, y se desliza hacia abajo trazando pequeños ríos por las vetas de la madera.

Donnie yace boca arriba, con una pierna doblada debajo de él y la cabeza torcida en un ángulo extraño. Ha desaparecido esa mueca petrificada tan característica que parecía un arreglo inconcluso. Tiene todo aspecto de hallarse en un completo estado de placidez, siempre que se deje de lado la mancha roja de la sien y el charco que se expande lento pero inexorable por el suelo sobre el que yace.

La cabeza me da vueltas. El suelo bajo mis pies parece haberse reblandecido, dotado de la textura del caramelo caliente, y me succiona hacia abajo, amenaza con asfixiarme.

No es la sangre, al menos no *solo* la sangre. Es el hecho de que sea yo quien ha causado esto.

—Dios mío —susurro. Me tapo la boca con una mano temblorosa para impedir que nada más salga de mi boca, pero las palabras se escapan de todos modos—. Dios mío, ¿qué he hecho?

Es una pregunta estúpida, e inútil. Sé perfectamente lo que he hecho. Ya no hay escapatoria.

Lo he matado.

La verdadera pregunta es: ¿y ahora qué hago? Quizá sea el momento de llamar a la policía. Si Donnie le hizo daño a Hollie, entenderán lo que he hecho. Si la ha escondido en algún sitio, me ayudarán a encontrarla. Echarán abajo este lugar si fuera necesario.

Puede que esté viva. Puede que no sea demasiado tarde para salvarla.

Aunque eso signifique que no vuelva a verla.

Voy a llamarlos. Esto ha ido demasiado lejos.

Saco el teléfono antes de cambiar de parecer. Hay una notificación de mensaje en la pantalla. Es de un número que no reconozco. Enviado hace tres minutos.

Lo pulso y tengo que contener los sollozos cuando una foto se amplía hasta llenar la pantalla.

Es Hollie, atada y con los ojos vendados, temblorosa sobre un sofá de cuero raído con los leotardos y el top que llevaba para su disfraz de mariposa. Hay una hoja de papel apoyada a su lado, con tres palabras escritas con rotulador.

LO SÉ TODO.

No pienso en lo que significa. Ni siquiera me atrevo. En cambio, me concentro en mi hija. Aunque no puedo verle los ojos, las marcas que le ha dejado la pintura rosa en la cara me dicen que ha llorado.

Me dejo caer sobre los talones, incapaz de mantenerme en pie, y me limito a balancearme hacia delante y hacia atrás. Imágenes de ella que me llama, me grita, me suplica que vaya a buscarla se agolpan en mi cabeza hasta que se derraman transformadas en mocos y lágrimas.

Se me revuelve el estómago. Caigo hacia delante y me apoyo en las manos y las rodillas, incapaz de contener el vómito que me quema al subir garganta arriba. Salpica el suelo y el cadáver.

No fue él. Donnie estaba conmigo en la habitación cuando llegó el mensaje. Lo he matado, y no era él, y ahora mi adn está por todas partes, al igual que mi cara ha quedado registrada por todas las cámaras.

Alguien tiene a mi niña. Alguien tiene a Hollie. Si voy a la policía ahora, estoy acabada. Todo habrá terminado. Si supiera que la policía podría traer a Hollie a casa sana y salva, lo haría sin dudarlo, pero sé, de primera mano, lo inútiles que pueden llegar a ser.

Si quiero recuperar a mi hija, no puedo confiar en ellos. Tengo que encontrarla yo misma.

Pero también tengo que arreglar este desaguisado. No puedo hacerlo todo sola. Me mata admitirlo, pero voy a necesitar ayuda.

Y eso significa que tendré que romper una promesa que me hice a mí misma hace mucho tiempo. No me queda otra opción.

Tendré que hablar con mi hermana.

11

ELIZABETH

Intento llamar al número que envió la foto, pero salta directamente un mensaje que dice que el número no está disponible. No da tono de llamada. No hay buzón de voz. Según mi lista de llamadas, este ha sido mi octavo intento en los últimos diez minutos.

El teléfono debe de estar apagado, o quizá configurado para rechazar todas las llamadas entrantes. En cualquier caso, sería poco probable que me contestase.

Solo puedo escribir un mensaje.

Por favor, no le hagas daño. Haré lo que quieras.

Me fui del colegio en cuanto contacté con Sasha. Podría decirse que se sorprendió al saber de mí.

Ahora estoy de vuelta en India Street, pero he aparcado un poco más adelante, pues el sitio que había dejado libre antes lo ocupa el llamativo Mercedes plateado de uno de los vecinos.

Miro de nuevo hacia la ventana del dormitorio de Hollie. ¿De verdad solo hace unas pocas horas que estuvo allí? Es como si hubiera pasado toda una vida.

No sé muy bien por qué he vuelto a casa. Debería continuar su búsqueda, pero el mensaje con la foto me dejó claro que no voy a

encontrar a Hollie dando vueltas por las calles. No se ha escapado. No está enfadada, no intenta darme una lección.

Alguien la ha secuestrado.

Y no tengo la menor idea de lo que ocurre.

No he sacado nada de las cámaras, aunque no me he quedado el tiempo suficiente para averiguar cómo funcionan en realidad. Sasha se encargará de eso. Ella sabrá cómo manejarlas. Si encuentra algo allí, me lo dirá.

Mi hermana y yo nos parecemos en muchas cosas, pero en otras somos como la noche y el día. Ella siempre fue la rebelde, nuestros padres nunca confiaron por completo en ella, nunca se sintió bienvenida del todo. Solían decirme que era «problemática».

No se hacían una mínima idea.

No veo a Sasha ni hablo con ella desde que la aparté de mi vida. No tiene ningún motivo para querer ayudarme y, si fuera yo quien estuviera en apuros, ni siquiera se lo pediría.

Pero ella haría cualquier cosa por Hollie. Y, de ser necesario, yo me aliaría con el mismísimo diablo con tal de traer a mi pequeña a casa.

La ropa que utilicé como excusa para salir a buscarla sigue en el asiento del copiloto, con el señor Floppsity ahora posado sobre esta, con los ojos vidriosos y la mirada perdida, como si sufriera algún *flashback* debido al estrés postraumático.

El túper con galletas que me dio Clive también está ahí, aunque ya falta la mitad del contenido. Puedo notar el sabor de las pepitas de chocolate en la boca, así que debí de comerme las galletas por hacer algo con las manos mientras conducía de vuelta. Engullir debido al estrés siempre ha sido un problema.

Uno de ellos, en todo caso.

Meto la ropa y el conejo debajo del asiento y luego guardo el túper con las tres galletas que quedan en la guantera. Abulta bastante, así que me cuesta un poco cerrar la tapa. En otras circunstancias más normales, me preocuparía la posibilidad de causarle algún desperfecto al coche, pero nada podría importarme menos esta noche.

Son casi las once. Llevo fuera casi dos horas.

Clive me estará esperando con algunas preguntas.

Ensayo mis respuestas mientras camino junto a los leones de piedra, entro en el edificio y subo las escaleras. Me detengo, justo al entrar en el piso, y enseguida me llega la voz de Clive desde el salón.

Está más tranquilo de lo habitual. No se puede decir que susurre, pero tampoco llega a levantar la voz.

—No, todo bien. Está bien. Ella no...

Una pausa. Un suspiro de exasperación.

—No, lo sé, pero te digo que ella... No, ¿vale?

Intento cerrar la puerta con cuidado, pero el pestillo hace un ruido seco al encajar en su sitio.

Clive dice algo más, esta vez con un tono de voz más bajo, y luego oigo cómo se esfuerza por levantarse del sofá.

Me encuentra en el pasillo, es todo sonrisas y bravuconería.

—¡Ah, aquí estás! Me has tenido buscándote por todas partes. Empezaba a pensar que te habías perdido.

—¿Buscándome? ¿A quién has llamado? —pregunto, y echo un vistazo rápido hacia la puerta que hay detrás de él—. ¿A quién le hablabas?

—¿A quién?

Parpadeo. Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—*Con quién hablabas* —repite, y luego hace una mueca—. Creo. Nunca termino de estar seguro.

—Clive —recalco su nombre—. ¿Con quién hablabas?

Hay una pequeña vacilación, solo por un momento. Algo detrás de su mirada me hace pensar en el señor Floppsity, y luego su sonrisa se ensancha y da una palmada que retumba.

—No importa, ya estás aquí. Bien está lo que bien acaba.

Apoya una mano en horizontal sobre las yemas de los dedos de la otra, como un entrenador deportivo cuando pide tiempo muerto. Es su manera de preguntarme si quiero una taza de té, porque, por lo visto, decirlo en voz alta como una persona normal le resulta demasiado complicado.

—No, estoy bien —respondo, y lo dejo a un lado para entrar en la sala, como si la persona con la que hablaba estuviera sentada en mi sillón favorito.

No es así. Por supuesto que no.

Tampoco ha dejado el teléfono por ahí. Debe de llevarlo en el bolsillo.

Si no quiere decirme con quién estaba hablando, no hay mucho que pueda hacer para averiguarlo.

Al menos, por ahora.

—¿Le has dado sus cosas a Hollie?

Su voz suena ahora más lejana, debe de hablarme desde la cocina. No respondo, pero él continúa, imperturbable, después de verter el agua en la tetera.

—¿Le han gustado las galletas?

—Eh, sí —musito cuando entra en la habitación detrás de mí.

—¿A la madre de Suzie no le importa que coman azúcar a estas horas? —pregunta.

Se queda apoyado en la puerta, como si quisiera guardar distancias conmigo. ¿O solo es mi imaginación?

—No hay problema —respondo, con cierto desdén—. Estabas hablando con alguien cuando he entrado. ¿Quién era?

—Nadie.

Intenta restarle importancia.

Cualquier otra noche lo dejaría pasar. Cualquier otra noche haría la vista gorda por lo que quiera que hiciese, agradecida por tener un techo bajo el que resguardarnos y por que jamás me hubiera levantado la mano porque sí.

Cualquier otra noche, no me molestaría vivir feliz dentro de la negación.

Pero esta noche no.

Esta noche no puedo permitirle que me oculte nada.

—Entonces ¿estabas hablando solo? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—¿Qué? No. No digas tonterías.

Se ríe entre dientes. El agua de la tetera borbotea desde la cocina y se apresura a hervir.

—¿Con quién, entonces? —exijo—. ¿A quién llamaste?

Intenta reconocer mi gesto, como si yo fuera una extraña.

—Alan, ¿vale?

Se da media vuelta camino de la cocina, justo cuando la tetera se detiene por la ebullición. Salgo detrás de él, con la mente a mil por

hora, sin terminar de recordar quién es Alan.

—¿El tipo raro? ¿El que vive en la otra punta de la calle?

—No es raro —protesta Clive, pero sabe que sus argumentos no son convincentes—. Vale, sí, es un poco raro, eso está claro, pero es un tipo de lo más educado. Se pasa el día asomado a la ventana. Está metido en lo de la vigilancia vecinal. Pensé que quizá te había visto entrar o salir.

No me termino de creer lo que me dice. No tiene ningún sentido.

—Pues, si estabas tan preocupado, ¿por qué no me llamaste?... ¿Por qué no llamar y preguntarme?

Que nadie me malinterprete, me alegro de que no lo hiciera, pero creo que es una pregunta legítima.

Hay algo tonto en su sonrisa, como si estuviera avergonzado. Se detiene justo antes de decir «bah, para qué», y arrastrar los pies al decirlo.

—Porque no quería que supieras que estaba preocupado. Sé perfectamente que puedes cuidar de ti misma y no quería que pensaras que no lo creo. Así que, en lugar de llamarte, llamé a Alan.

Sigo sin creerlo. Lo que quiero es exigirle que me dé su teléfono para comprobarlo por mí misma. Sasha lo haría. Sasha le rompería los dedos para conseguirlo si fuera necesario.

Pero, para bien o para mal, yo no soy mi hermana.

Además, él tiene el sueño profundo y me sé su contraseña. Si me ha mentido, si oculta algo, lo descubriré.

Y, de ser así, voy a averiguar por qué.

12

SASHA

Vaya, esto sí que es un lío.

Entiendo por qué Elizabeth se ha asustado. Y es natural. Dejarse llevar por el pánico es lo que mejor se le da.

Un simple examen de lengua bastaba para que le entrase ansiedad. Una palabra inoportuna en la boca de un chico que le gustaba podía recluirla en casa durante días.

¿Matar de manera accidental a un tipo en un edificio en el que ha entrado a robar? Pues claro que le afectará durante años.

Así que no queda otra, Sasha al rescate, una vez más. Es curioso: te desprecian por ser la oveja negra de la familia hasta que, mira tú, pasa algo que hace necesaria una oveja negra.

Casi la mando a paseo cuando me llamó, pero, después de contarme lo de Hollie, ¿cómo iba a negarme a ayudarla? La relación que tenemos Elizabeth y yo es complicada. Mis sentimientos hacia mi sobrina, sin embargo, son sencillos. Por decirlo de un modo elegante.

Si te metes con ella, te metes conmigo.

El viejo que yace en el suelo tiene aspecto de abuelo. No un abuelo agradable, por así decirlo, no uno al que apetece visitar, pero un abuelo, al fin y al cabo.

Me quedo de pie junto a él, con las manos en las caderas, mientras elaboro en mi cabeza un protocolo de actuación:

Limpiar todo esto, lo que incluye, entre otras cosas, el montón de vómito, aún tibio, que hay en el suelo.

Deshacerme del cadáver. Una posibilidad es dejarlo al pie de la escalera y simular una caída, pero los arañazos que tiene en una mejilla podrían llevar a una investigación. No puedo arriesgarme a que haya otras pruebas forenses que relacionen a Elizabeth con su muerte, así que tendré que deshacerme de él. Como es debido.

Genial.

¿Qué más había por aquí?

Tarareo en voz baja mientras intento recordar las instrucciones de Elizabeth. ¿Qué era? ¿Qué dijo?

—¡Cámaras! —digo en voz alta, y vuelvo a tararear mientras entro en la oficina. Es el tema de Bob Esponja. No se me va de la cabeza desde que vi el cartel de «Centro Oakbridge», que encaja demasiado bien en la melodía.

Salva a los niños de terminar mal. ¡Cen-tro Oak-bridge!

En fin. ¿Por dónde iba?

Ah, sí.

Las cámaras.

No estoy familiarizada con este sistema en concreto, pero todos son muy parecidos. Mis dedos acarician las teclas, buscan entre las últimas horas de grabación.

Sigo los pasos de Elizabeth por la escuela en orden inverso, me detengo justo después de que ella arrastre una papelera con forma

de rana lejos de la puerta y luego salga de plano haciendo el *moonwalk*.

Borro todo lo que ha pasado desde entonces hasta ahora, basta con un par de clics, y apago las cámaras para que no vean lo que tengo que hacer a continuación.

Hecho esto, retrocedo aún más, voy más allá de los profesores que entran en el edificio caminando de espaldas y se deshacen de las chaquetas. Paso por la búsqueda frenética de mi hermana por los pasillos, todo su deambular por el salón de actos y el vestíbulo.

Antes de darme cuenta, las imágenes se llenan de niños disfrazados, que se apiñan inmersos en la oscuridad iluminada por los focos del salón.

Ralentizo el rebobinado hasta llegar al doble de la velocidad natural y tarareo en voz baja al mismo tiempo que exhalo vaho.

«Co-le Oak-bridge, co-le Oak-bridge, ¡coooo-leeee Oakbriiiidge!».

Maldita sea, qué cosa más pegadiza.

Pulso la barra espaciadora para detener el vídeo. Las cámaras no son de las mejores, ni siquiera las que cuentan con buena iluminación tienen buena definición, por lo que las imágenes del salón aparecen todas borrosas y pixeladas, pero hay algo en la pantalla que capta mi atención.

Avanzo muy lentamente, fotograma a fotograma.

Tic. Tic. Tic.

Y un momento después, me detengo.

—Bueno —le anuncio al mundo entero. Cruzo los dedos. Doy golpes con los pies—. Bueno, bueno, bueno.

Tras un rápido registro en todos los cajones de la habitación, concluyo que el muerto no tiene lo que busco. Paso por encima de

él, y del charco de vómito que no deja de enfriarse, y salgo en busca de la secretaría de la escuela: estoy segura de que pasé junto a la puerta al subir.

En efecto, solo tardo unos segundos en dar con ella, y menos de un minuto en encontrar lo que busco en el escritorio de la secretaria. Ella también tiene un KitKat allí. Uno entero con sus cuatro barras, nada menos.

Mira, un extra.

—¿Quieres un poco? —le pregunto al muerto mientras paso por encima de él, y le ofrezco una barrita de galleta recubierta de chocolate.

Si le apetece un trozo, se abstiene de comentarlo.

—¿No? Bueno. Como quieras.

Vuelvo a tararear de vuelta al control de las cámaras de seguridad, inserto la memoria usb que me he llevado prestada del escritorio de la secretaria y empiezo a copiar los archivos.

Me gustaría pensar que Elizabeth me estará agradecida por todo esto, pero sé que no debo hacerme ilusiones.

Nunca es capaz de agradecer mi ayuda. No importa hasta dónde tenga que llegar por ella.

El ordenador que controla el sistema de seguridad tiene ya unos años, y necesita una actualización. Solo le falta jadear por el esfuerzo de copiar los archivos de vídeo a la memoria usb. El proceso no va a ser lo que se dice rápido, pero eso tampoco es un problema.

Al fin y al cabo, tengo un cadáver del que deshacerme.

13

SASHA

Han pasado cinco años desde la última vez que me tocó sacarle las castañas del fuego a mi hermana. Cinco años desde aquella noche. Desde Kenny.

Y no figuraba entre las cosas que había esperado verme obligada a hacer de nuevo, pero con Lizzie nunca se sabe. Le cuesta mucho controlar sus emociones. Y, en ocasiones, también el contenido de su estómago.

Pero, eso sí, ya está todo limpio. He transferido las imágenes y limpiado todas las superficies. He hecho todo cuanto había que hacer.

Casi todo.

Para el viejo tengo en mente el canal Union. A las afueras de la ciudad hay unos cuantos senderos que conectan con él, bastante apartados, donde nadie lo verá. Lo envolveré, lo lastraré con algo de peso, lo arrojaré ahí y listo. Resuelto lo del cadáver. Muerto el perro, se acabó la rabia.

No me apetece mucho meterlo en mi coche, pero no he visto ninguno más cerca. Y, aunque le cuelga una tonelada de llaves del cinturón, ninguna parece ser la de un coche. Así que no parece que me queden muchas opciones.

Tendré que envolverlo bien para que no queden rastros de su adn por todo el maletero y los asientos traseros. Seguro que por aquí habrá algo que pueda usar.

Me lleva un rato encontrarlo todo, pero entre la conserjería y el armario de la limpieza de abajo, logro reunir mi propio kit para deshacerme de un cadáver. Consta de los siguientes elementos:

UN MARTILLO, para deshacerme de los dientes y desfigurar el rostro en líneas generales.

UNA SIERRA, para cortar dedos, extremidades o lo que sea necesario.

VEINTE BOLSAS DE BASURA (cálculo aproximado). Siempre hay que optar por las más robustas. No hay nada peor que esas bolsas endebles y semitransparentes que se rompen en cuanto metes algo. Y cuando se trata de envolver un cadáver, eso es lo más probable que suceda, en el sentido literal. O se opta por lo más robusto posible o puedes terminar en la cárcel.

UN ROLLO DE CINTA ADHESIVA. ¿O es cinta americana? Nunca me acuerdo del nombre correcto. Se llame como se llame, un exnovio mío solía decir que esta cinta es como la Fuerza en las películas de *La guerra de las galaxias*: tiene un lado luminoso y un lado oscuro, y mantiene unido a todo el universo.

Visto con perspectiva, no sé qué veía en él.

ALGO QUE SIRVA DE SUJECIÓN. La cuerda está bien, pero las cadenas son mejores, debido al peso. Hablando de lo cual...

PESAS, varias. El lastre solo es necesario si vas a tirar el cuerpo al agua. Sin embargo, saber cuándo colocarlas es todo un arte. Hay

que asegurarse de que el desgraciado se hunda hasta el fondo, pero sin que resulte imposible levantarlo y maniobrar por el camino. Hay que tenerlo todo calculado.

MATERIAL DE LIMPIEZA, porque por muy presente que lo tengas, y por muy cuidadosa que seas, al final todo va a quedar hecho un desastre.

MEDIO KITKAT ROBADO (opcional).

Primero le ato las piernas, le envuelvo las espinillas con la cinta adhesiva, para dejarlas juntas. La sierra que he encontrado es larga, así que colocarlas de este modo me permitirá cortarle ambos pies de una sola vez.

Deshacerse de los pies no es un requisito obligatorio. Salvo que encuentre alguna marca que resulte distintiva. Aun así, es un consejo que debe tenerse en cuenta para el futuro.

Todavía no me molesto en atarle las manos. Ya llegaremos a eso. En su lugar, le cubro la cara con una de las bolsas de basura, y luego me hago con el martillo. No es tanto que me impacte ver el resultado de los golpes (de hecho, en más de una ocasión tendré que comprobar que la cara queda irreconocible) como que las salpicaduras de sangre son un fastidio que prefiero evitar.

Me cuesta Dios y ayuda bajar la bolsa hasta dejársela por debajo de los hombros, busco a tientas el contorno de su cara para saber exactamente dónde golpear y luego levanto el martillo por encima de la cabeza.

Y entonces, antes de que le dé el golpe, grita. Todo su cuerpo empieza a sacudirse, y lanza puntapiés al despertarse. Comienza a

formarse una pequeña hendidura en la superficie de la bolsa, allí donde su boca intenta respirar, aunque solo encuentra el plástico.

Vaya.

Mira que soy idiota. Me creí sin más lo que me dijo Lizzie acerca de que estaba muerto y no me molesté en comprobarlo. En honor a la verdad, parecía bastante muerto, y llevaba mucho tiempo inconsciente.

Mantengo el martillo en alto y valoro mis opciones. Si golpeo, la situación será la misma que hace un momento, con un cadáver del que deshacerme. Es una solución bastante sencilla para un problema inesperado.

Pero Lizzie parecía pensar que a lo mejor él sabía algo sobre Hollie. ¿Algo sobre unas alas dentro de un cajón? La verdad es que nada de lo que decía tenía mucho sentido.

Bajo el martillo y le quito la bolsa con un tirón rápido y brusco. Tose y escupe, como si estuviera a punto de expulsar los pulmones. Tiene los ojos muy abiertos, los iris parecen pequeñas islas en medio de un mar blanco.

Bueno, blanco lleno de venas rojas, para ser más exacta.

—¿Estás bien? —le pregunto. Ni mi sonrisa, ni siquiera el tono alegre que le doy a mi voz, sirven para calmarlo. Más bien al contrario—. ¡Estás hecho todo un abuelo Joe!

Puede que la bolsa ya no esté, pero él no deja de toser y jadear, me mira como si su cerebro fuera por detrás de su cuerpo en todo este proceso de recobrar el sentido.

—¿Sabes a quién me refiero? Al abuelo Joe. El de *Charlie y la fábrica de chocolate* —digo, para intentar implicarlo en la conversación—. Se pasa años sin hacer nada y, de repente, ¡bum!,

huele un billete dorado y se pone en pie, no deja de reír y hacer bromas, baila y da volteretas.

Me inclino para que mi cara quede justo encima de la suya. Lo suficientemente cerca como para ver las cicatrices descoloridas de la varicela que tuvo de niño y la suciedad que le obstruye los poros. Tan cerca como para darle un beso, si quisiera hacerlo.

—Volteretas laterales —continúo, y siento cómo se me revuelve el estómago al pensarlo—. ¿Te lo puedes creer? Ahí están el señor y la señora Bucket, pobres de solemnidad, viven en una chabola, trabajan hasta caer rendidos para poder tener al menos un techo sobre su cabeza. El pobre Charlie, sin un centavo, se meten con él en el colegio por tener los zapatos rotos y apestar a humedad y sudor. Porque los niños sudan, ¿sabes? Es normal. Las niñas también.

El viejo cabrón aun tose en mi cara. No deja de jadear. Su aliento huele a leche agria, no puede tener los ojos más abiertos.

Lo odio. Lo desprecio. Por lo que le hizo a Charlie. Por todo lo que les ha hecho pasar a todos.

—Y ahí estás ahora, abuelo Joe, sano y salvo, pero bien guardado te lo tenías. Siempre mintiéndole a todo el mundo.

Se lo grito. Se lo grito a la cara:

—¡A tu propia familia! ¡Eres un monstruo! ¡Eres una vergüenza!

Intenta incorporarse. Pero le apoyo un dedo en la frente, y lo obligo a recostarse de nuevo. Está débil. O al menos finge estarlo.

Contemplo su rostro, espero ver allí algún signo de arrepentimiento. El remordimiento que quede debajo de aquella mirada. Pero lo único que encuentro es miedo y confusión. No tiene ni idea de lo que le digo.

Parpadeo. Una vez. Dos. Lentamente.

¿De qué estaba hablando?

Cierro los ojos. Controlo la respiración.

Charlie.

No, de Charlie no.

Alas de papel.

Un cajón.

—Hollie —musito, y su nombre hace que se me dibuje una sonrisa en los labios.

Abro los ojos. En cambio, el anciano no sonríe. Ni por asomo.

—Tú y yo vamos a tener una pequeña charla acerca de Hollie.

14

ELIZABETH

Estoy sentada en la cama, con un cuaderno en el regazo y el teléfono al lado, y trato de idear un plan para recuperar a mi hija.

La página del cuaderno sigue en blanco. No tengo ni idea de qué hacer.

La pantalla del teléfono está oscura, pero aún puedo ver la foto de Hollie sentada en ese sofá, como si estuviera grabada en el cristal. Cuando vi la imagen, juraría que pude sentir su miedo, como si fuera el mío. Esa sensación no me ha abandonado y se ha apoderado de mi pecho como un lastre. Como un cáncer, que no para de devorarme por dentro.

¿Y si le hacen algo? ¿Y si no vuelvo a verla más?

Tantas preguntas y tantos «y si» que por momentos me parece que la cabeza me va a estallar.

No ha habido más mensajes. Ninguna llamada. Nada. He intentado contactar con ellos una docena de veces más, pero todas las llamadas se cortan y todos los mensajes, cada vez más desesperados, siguen sin recibir ninguna respuesta.

Siento la inquietud bajo las sábanas en las piernas. Me instan a moverme, a levantarme, a ir a buscarla, pero no tengo ni idea de por dónde empezar, y correr sin tener un plan no le servirá de nada a Hollie.

Necesito pensar.

Y, sobre todo, necesito que Sasha me dé alguna pista.

Saco el bolígrafo de la espiral metálica que sujeta el cuaderno, pulso el botón de la parte inferior y acerco la punta a la página, con el único deseo de que surja algo inteligente.

La punta se posa sobre el papel, pero no se mueve.

—Vamos —susurro, le suplico a mi cerebro que me entregue algo. Cualquier cosa. Un punto de partida desde el que poder trabajar. Alguna pista que me indique la dirección correcta—. Vamos, por favor.

—¿Has dicho algo?

Clive aparece en la puerta, con aspecto de estar en plena crisis de rabia. Se lleva el cepillo de dientes a la boca y se los frota con fuerza, con lo que solo logra generar más espuma blanca incluso.

A pesar de que no hay nada escrito, cierro el cuaderno y me dejo llevar por el pánico. Sus ojos se concentran en él, pero no llega a decir nada, no deja de cepillarse los dientes en la puerta.

—Lo siento. Pensaba en voz alta. Tan solo repaso una lista de cosas que tengo que hacer mañana —le digo, con la misma facilidad para mentir de siempre—. Un día ajetreado.

Empieza a responder, pero su boca alberga ya demasiada espuma de la pasta de dientes. Levanta un dedo y regresa al cuarto de baño. Oigo cómo escupe y se enjuaga, y luego vuelve a aparecer, armado con una toalla de mano para secarse la cara.

—Perdona, pero ¿qué? ¿No vas a estar aquí mañana?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué?

Lanza la toalla hacia el cuarto de baño, levanta el puño como si hubiera conseguido una victoria impresionante y luego se dirige a la cama no sin antes conectar el móvil al cargador. Un pequeño sonido anuncia que ha empezado a cargarse.

—No, solo era porque pensé que podríamos haber planeado algo —dice, y se quita la parte superior del pijama y deja al descubierto su torso pálido y lleno de motas—. Desayunar. Comer. Lo que sea.

Hago una mueca, como si para mí fuera también una decepción.

—Lo siento —digo, aunque no me atrevo a dar ninguna explicación de por qué no puedo.

¿Qué podría decir? No tengo trabajo ni vida social. Clive tiene la misma limpiadora que viene dos veces por semana desde mucho antes de que nos conociéramos, una mujer polaca de sesenta años llamada Halina, que lo mima como si fuera su madre.

Cuando Hollie y yo nos mudamos, me ofrecí a encargarme de todas las tareas domésticas, pero Clive no se atrevió a decirle a Halina que ya no necesitaba sus servicios.

Así que me quedé con una sola tarea: ser madre. Proteger a mi hija.

Y ni siquiera he sabido hacer eso.

Se quita los pantalones del pijama y se queda allí de pie, desnudo, sin pudor alguno. Alargo la mano y apago la lámpara de la mesilla, lo que sume la habitación en una oscuridad misericordiosa.

—¿Cuándo vas a traer de vuelta a Hollie? —pregunta.

Quizá sea solo su voz en la oscuridad, o quizá sea algo en su tono, pero la pregunta me parece extraña. En cierto modo, incorrecta.

—No... Aún no lo sé —admito.

Probablemente eso sea lo único verdadero que le he dicho en toda la noche.

Quizá en toda nuestra relación.

Tiembla de modo casi imperceptible cuando se mete en la cama y se acurruca a mi lado para robarme un poco de calor. Su cercanía hace que se me erice el vello de la nuca y, aunque intento evitarlo, siento que mi cuerpo se pone rígido.

Esta noche no. Por favor, Dios, esta noche no.

La mayoría de las noches, siempre que tengo la certeza de que Hollie está dormida, puedo soportarlo. De hecho, puedo aparentar de forma convincente que participo de buen grado, mientras repaso en mi mente las tablas de multiplicar, o bien imagino todos esos sitios mucho peores que este donde podría estar.

Todas las cosas peores que podría estar haciendo.

Pero esta noche no hay forma de que pueda soportarlo, hoy no.

Está tan cerca que puedo notar el olor agrio de su sudor. Ha intentado enmascararlo por una vez con una de las muchas colonias que le he comprado durante el último año, con la esperanza de que capte la indirecta. Sin embargo, el aroma se mezcla con su olor corporal, en lugar de taparlo. La suma de ambos es nauseabunda y empalagosa, y me veo obligada a tragar saliva.

Bosteza. De modo ostentoso y exagerado, como si hubiera salido de una película de dibujos animados.

—Vaya, bueno, buenas noches, cariño —dice.

Me agarra uno de los pechos, e imita el ruido de una bocina, y luego me sonríe como si acabara de ganar un premio de comediante, antes de darse la vuelta para ponerse de cara al otro lado.

—Buenas noches —digo, y aunque a mi juicio es más que evidente, estoy bastante segura de que no llega a percibir el alivio en mi voz.

No tarda mucho en quedarse dormido. Lee un par de páginas de su tontería de *SAS Bravo Six*, o lo que quiera que esté leyendo en su Kindle esta semana, antes de que yo pueda oír el familiar ruido sordo del lector de libros electrónicos al resbalar de su mano y caer al suelo.

Espero unos pocos minutos hasta que empieza a roncar, luego salgo de debajo de las mantas y rodeo con el mayor sigilo su lado de la cama, con el cuaderno y el bolígrafo en la mano.

El brillante resplandor blanco en la parte superior de la pantalla, que indica que el teléfono aún está en medio de la recarga, me atrae como la luz de uno de esos feos peces que viven en los fondos abisales de los océanos.

Me agacho a su lado y dejo que el suelo y mi respiración se asienten. Clive tiene los ojos cerrados y el rostro relajado, con un lado aplastado contra su firme almohada de espuma viscoelástica.

Tiene la boca ligeramente abierta, respira por la nariz de modo entrecortado, antes de emitir un suave sonido que explota al llegar el aire a la parte posterior de la garganta.

Si hay algo que le remuerda la conciencia desde luego no es algo que llegue a quitarle el sueño.

Lentamente, con cuidado, desconecto el teléfono del cargador. Emite un pitido sordo que casi me hace soltarlo del susto. Me quedo paralizada y aprieto el móvil contra el pecho para ocultar el brillo de su pantalla, ahora completamente iluminada.

Los ronquidos de Clive se detienen. Estamos cara a cara, a menos de un palmo de distancia. Le tiemblan los párpados. Si los abriera, me tendría directamente frente a sus ojos. Me habrá descubierto con su teléfono entre las manos.

Contengo la respiración. La habitación está en silencio. Ni un solo ruido. Incluso el lejano rumor del tráfico nocturno en las calles empedradas se desvanece.

Y entonces, desde debajo de las sábanas, se oye el desagradable sonido de un pedo. Clive gruñe de modo ininteligible, luego resuena vívido el sonido raspado de sus ronquidos y, aliviada, casi sollozo.

Aún no me atrevo a moverme demasiado, por miedo a que me oiga, y no quiero llevarme el teléfono al salón por si se despierta y descubre que no está. Así que tecleo rápidamente el código pin que él no sabe que conozco, bajo un poco el brillo de la pantalla y accedo al historial de llamadas recientes.

Casi me decepciona ver el nombre que aparece en la parte superior.

Alan del número 32.

Ha sido una llamada bastante corta, poco menos de cuatro minutos. Una llamada saliente, así que ha sido Clive quien ha llamado.

Justo tal y como dijo. Decía la verdad.

Por si acaso lo necesitase, apunto el número de móvil de Alan, lo garabateo en mi libreta.

Acabo de anotar el último dígito cuando oigo un grito ahogado en la oscuridad. Vuelvo a apretar el teléfono contra el pecho, y mi mente se lanza ya a buscar excusas y explicaciones para lo que

hago, aunque me cuesta encontrar algo que resulte medio convincente.

Clive cambia de posición. Gruñe, y luego se da la vuelta, hasta quedar boca arriba, con un brazo fuera de la cama, la palma hacia arriba, tan cerca que sus dedos casi me tocan.

Al cabo de un par de segundos vuelve a roncar, más fuerte incluso que antes. Pero ha estado muy cerca. Bajo el volumen, para que el teléfono no haga el mismo ruido que antes, y lo vuelvo a conectar al cargador.

Luego, pegada a la pared para no rozarle la mano, me hago con mi teléfono, que sigue al otro lado de la cama, y, de puntillas, salgo del dormitorio. Todo ello, sin dejar de contener la respiración.

15

ELIZABETH

El mueble bar de Clive siempre está lleno, y esta noche no es una excepción. Hace años que no pruebo una gota, pero hoy casi me siento tentada a hacerlo. Me quedo de pie con la tapa que imita un globo terráqueo de anticuario abierta, bebo las botellas con la mirada. Él se considera un «hombre de whisky», aunque aquí hay muchas más botellas de ginebra y vodka aromatizado que whiskies puros de malta.

Cierro la tapa de mi tentación. Esta noche no. Quizá, cuando haya recuperado a Hollie, me tome una copa para celebrarlo. Pero, por ahora, ella me necesita sobria. Me necesita lúcida.

Me necesita, sin más.

Enciendo la lámpara que hay junto al sillón de Clive, me siento en su sitio, sobre mis pies descalzos que quedan así en contacto con el cuero suave y fresco. Hay un cable de carga enchufado en la pared, justo al lado del sillón, así que aprovecho para enchufar el teléfono y lo coloco en la mesita de nogal, entre el posavasos de Clive y el mando de la televisión.

La pantalla se ilumina. Hollie, con el hueco que tiene entre los dientes, me sonríe desde el fondo de pantalla. La foto es de hace unos años, nos la tomaron justo antes de conocer a Clive. Aún tiene

las mejillas un poco regordetas, pero esa sonrisa inconfundible es ya la suya.

La pantalla se apaga, y el rostro de Hollie se pierde de nuevo cuando el móvil vuelve al modo de espera.

No sé durante cuánto tiempo lloro, solo sé que para cuando he terminado me duelen los músculos del pecho y los costados de intentar contener el llanto. La primera página de mi cuaderno está salpicada de lágrimas, que han difuminado un poco el número que garabateé en el dormitorio.

Lo vuelvo a escribir, esta vez con más cuidado, antes de que la tinta se extienda más.

Lo subrayo. Una vez. Dos veces. Tres. Cada línea es más decidida que la anterior, como si estuviera reuniendo valor, preparándome para...

¿Para qué? Todavía no tengo ni idea de qué hacer.

Los pensamientos que tanto he luchado por mantener a raya empiezan a asomar por las barricadas.

Hollie llorando.

Hollie sufriendo.

Hollie gritando mi nombre.

—¡No! —digo en voz alta. Es una reprimenda severa, como si estuviera castigando a un cachorro que se ha portado mal—. No.

Me siento más erguida en el sillón, aprieto el bolígrafo hasta que los nudillos se me ponen blancos, y me concentro en el bloc de notas, porque así hago que esas imágenes mentales desaparezcan. No debo pensar en ellas. No lo haré. Si pienso en todo eso me convertiré en un manojo de nervios, comenzaré a balancearme de un lado a otro en un rincón como si tuviera el baile de san Vito.

¿Y a quién podría venirle bien que eso sucediera?

Paso la página de la libreta a la siguiente página en blanco, y trazo una línea en el centro, que la divide en dos mitades.

A la izquierda, en la parte superior, escribo la palabra «Preguntas». Al otro lado de la línea, escribo «Respuestas».

Solo plantearlo así me parece ya demasiado optimista, pero sigo adelante.

Dedico los siguientes minutos a escribir todas las preguntas que se me ocurren. ¿Quién se llevó a Hollie? ¿Por qué? ¿Dónde está ahora? ¿Quién podría tener algún motivo para hacerlo? ¿En quién puedo confiar?

El bolígrafo rasga el papel y mi letra, cuyos trazos por lo general son claros y legibles, se vuelve descuidada e incomprensible debido a las prisas.

Me detengo a mitad de la página, casi he terminado ya con las preguntas que se me habían ocurrido.

Pero hay una más, pese a todo. Es la pregunta que podría ayudar a responder todas las demás.

La pregunta que me dado vueltas en la cabeza una y otra vez desde que recibí esa foto de Hollie, con el mensaje de tres palabras apoyado a su lado en el sofá sucio.

Cincelo la pregunta en la página al presionar con fuerza para trazar los profundos trazos.

¿Qué saben?

Después de pensarlo por unos instantes, subrayo la última palabra.

Quienquiera que se haya llevado a Hollie cree que sabe algo sobre mí. Un secreto. Pero yo tengo bastantes secretos, así que ¿cuál han descubierto?

El borde de mi mano frota la página, hasta difuminar ligeramente la línea que la divide. Repaso la lista de preguntas, con el bolígrafo listo para escribir cualquier respuesta.

No se me ocurre nada para casi ninguna. Solo hay una para la que siento que tengo una respuesta válida. Junto a la que pregunta en quién puedo confiar escribo el nombre de mi hermana.

Luego, tras meditarlo durante unos segundos, tacho el nombre y escribo: «Nadie».

Reviso de nuevo la lista por segunda vez por si descubriera algo más que pueda responder, cuando lo oigo. El crujido que hace la puerta principal del edificio al abrirse. El fuerte golpe cuando se cierra de nuevo.

Miro el reloj. Son casi las dos. Es posible que se trate tan solo de uno de los vecinos que vuelve de pasar la noche del viernes por la ciudad, pero todos son mayores y no son lo que se dice aficionados a la vida nocturna de Edimburgo.

Me cuelo en el vestíbulo y me acerco hasta la puerta principal del piso, atenta a cualquier otro ruido. No oigo nada y no veo a nadie por la mirilla, así que abro las cerraduras y salgo al rellano.

Una parte de mí, una parte desesperada y patética que aún se aferra a la idea de que Hollie simplemente se ha escapado, espera ver a mi hija subir las escaleras muerta de frío y cansada, pero sana y salva. De vuelta en casa.

Sin embargo, no se oye ningún ruido en la escalera. Ni pasos amortiguados. Ni rastro alguno de movimiento. Nada.

El sensor de movimiento me detecta cuando me alejo de la puerta, y hace que se enciendan los apliques. Las viejas bombillas de bajo consumo tardan un poco en calentarse hasta que su tenue luz anaranjada consigue hacer retroceder a la oscuridad.

La barandilla metálica se nota fría al tacto cuando me inclino y miro por el hueco de la escalera. Las luces no se han encendido abajo, lo que significa que no han detectado ningún movimiento.

Sin embargo, alguien ha debido moverse. La puerta no se abre y cierra sola.

Mientras reflexiono todo esto la luz que hay detrás de mí se apaga con un fuerte clic mecánico. Parece que unos segundos de inmovilidad son suficientes para convencer al sensor de que ya no existes.

Agito un brazo. La luz regresa. La planta baja sigue envuelta en la sombra.

Una brisa sopla a través del hueco de la escalera y me envuelve, atraviesa la puerta abierta del piso.

Sin dejar de temblar bajo la fina tela de mi pijama, vuelvo al interior y cierro la puerta.

Un momento después, oigo de nuevo el ruido sordo de la luz al apagarse y la oscuridad se precipita para llenar el espacio que he dejado atrás.

SEGUNDA PARTE

SÁBADO

16

ELIZABETH

La luz me hace daño como si unos pulgares me presionaran los párpados y me arranca un gemido de dolor de los labios secos.

Estoy de nuevo en el sillón de Clive, con las piernas dobladas y una manta sobre el regazo. No sin esfuerzo, consigo abrir los ojos y fijarme en el reloj.

Cuando reparo en que son casi las nueve de la mañana se me escapa algo que bien podría ser una obscenidad, pero que tal vez no llegue ni a palabra.

Dios mío. Me he quedado dormida. La culpa me recorre todo el cuerpo. ¿Cómo he podido quedarme dormida?

La manta no era mía, ¿verdad? No lo recuerdo. La dejo caer a un lado y me pongo de pie, mientras llamo a Clive.

Las piernas me tiemblan demasiado como para sostenerme y grito, asustada, al caer de bruces al suelo. Entre el grito y el estruendo, Clive debería haber acudido enseguida, pero no se oye ningún ruido en todo el piso.

Sacudo las piernas lo justo para devolverles algo de vida, luego me levanto y cojeo hasta el dormitorio.

Vacío. Clive no está aquí.

Un rápido vistazo a las otras habitaciones revela que no está en el piso. Se ha ido. Es sábado por la mañana. ¿Dónde demonios podría

estar?

¿Se habrá enfadado conmigo por quedarme dormida en el salón? Pero, de ser así, ¿me habría tapado con la manta?

Poco a poco empieza a rondarme un pensamiento terrible.

El cuaderno. ¿Dónde está el cuaderno?

Si lo ha visto, si ha leído lo que he escrito, entonces lo sabe. Sabe que Hollie ha desaparecido. Sabe que alguien se la ha llevado.

Los músculos de las piernas me arden mientras corro por el pasillo hacia el salón. Mi teléfono sigue cargándose sobre la mesita, pero ¿el cuaderno? ¿Dónde está el cuaderno?

—Dios mío. ¡Dios mío, no! —grito, la histeria me atenaza el pecho y no deja espacio alguno para el aire.

Ha encontrado el cuaderno. Lo sabe. Lo sabe todo.

Agarro el móvil. Quizá aún pueda llamarlo. Quizá pueda explicárselo todo y evitar que cometa alguna estupidez como ir a la policía.

Estoy a punto de marcar su número cuando veo la espiral metálica y el bolígrafo metido en ella. El cuaderno se ha deslizado por el lateral del sillón y está encajado entre el asiento y el brazo. Las páginas se han arrugado con mi peso y la que tenía las preguntas se ha desprendido del resto por la parte inferior, pero eso ya no me importa.

Clive no lo ha visto. No lo sabe. Aún puedo arreglarlo todo.

Miro el teléfono por si hay más mensajes de quien se llevó a Hollie; en cambio, lo que encuentro es un correo electrónico en la parte superior de mi bandeja de entrada. Es de Sasha. No aparece indicado ningún asunto y lo único que ha escrito en el cuerpo del mensaje son las palabras «De nada».

Hay varios archivos adjuntos. Los primeros parecen ser archivos sacados al azar del servidor de la escuela. Hay registros de la oficina de empleo, currículos, horarios, evaluaciones del personal y estadillos financieros de los últimos diez años escolares.

Nada de eso, por lo que alcanzo a ver, me aclara nada.

Pero es entonces cuando lo encuentro. El último adjunto que aparece en el correo.

Un archivo de vídeo.

Me recuesto en el sillón de Clive y pulso el pequeño triángulo para que empiece a reproducirse.

No se oye nada, ni siquiera después de subir el volumen, y comprendo que el vídeo no tiene sonido. Son imágenes registradas por la cámara de seguridad del salón de actos la noche anterior. Un código de tiempo en la parte inferior me indica que se trata de los momentos finales del baile, justo antes de la hora de salida.

Unos niños corren de un lado a otro, se persiguen con armas de plástico y capas de disfraces que ondean a su espalda.

Las chicas se agrupan en varios grupos, o bien bailan todas juntas como si estuvieran actuando para un vídeo de TikTok, o bien charlan en pequeños corrillos.

El clip dura menos de veinte segundos. No tengo ni idea de qué se supone que debo descubrir.

Lo paso de nuevo y esta vez busco en la pantalla cualquier señal de Hollie. Me lleva unos segundos, pero al fin veo lo que creo que es ella al fondo del salón, iluminada por el óvalo de un foco de discoteca.

Hago zum en la imagen y amplío esa parte del vídeo. Todo se ve más grande, aunque también más borroso.

Para el dineral que nos ha costado el sistema, la calidad es pésima.

Subo el brillo y vuelvo a poner en marcha el vídeo en cuanto llego al final. Esta vez lo veo desde el principio.

Hollie y un chico de su clase están juntos, acurrucados. Están enfrascados en algo. Es difícil distinguirlo y tengo que ver de nuevo todo el clip antes de comprender de qué se trata.

Se están cambiando los disfraces.

Así que tenía razón. Ya desde anoche sabía que era imposible que Hollie hubiera pasado delante de mí vestida de mariposa gigante.

Y no lo hizo.

Porque ya no iba disfrazada de mariposa.

Iba disfrazada de Darth Vader.

Pero ¿por qué? ¿Y con quién se cambió el disfraz? Dos preguntas más que añadir a la lista. Tampoco sé la respuesta a ninguna de ellas.

Pero conozco a alguien que acaso sí las sepa.

17

ELIZABETH

Cuando llego a la puerta principal, casi no me queda aliento: la pequeña colina que sube hasta aquí me ha dejado sin fuerzas. Me duelen los músculos, como cuando has hecho ejercicio; sin duda, una mala postura por haber dormido de cualquier manera en el sillón.

Aunque no supiera cuál es el edificio exacto, los números romanos de la puerta lo delatarían. Todas las demás construcciones de la calle tienen números arábigos, pero esta casa no.

Ella no.

Y además es una casa unifamiliar. Es una de las pocas de la calle que no derribaron para levantar bloques de pisos. Un edificio georgiano de tres plantas en una de las zonas más elegantes del West End de Edimburgo, donde las calles son empedradas y el dinero viejo es la norma.

Supongo que, si tienes el dinero suficiente para tener una casa de este tamaño en Stockbridge, puedes poner lo que te dé la gana en la puerta principal.

Pulso el timbre y luego golpeo la ornamentada aldaba con forma de cabeza de pájaro. No llega ningún ruido desde el interior. De camino me fijé en que su Bentley tampoco se ve aparcado delante.

Por favor, que haya alguien dentro.

Vuelvo a intentarlo, hago golpear de nuevo la aldaba. El ruido resuena en la calle con forma de curva como una ráfaga de disparos.

Estaba a punto de gritar por la rendija del buzón cuando me llega una exclamación de «¡Dios mío!» desde dentro seguida de unos pasos que se acercan veloces.

Se abren varios cerrojos y, cuando por fin se abre la puerta, solo alcanzo a intuirla a través del hueco que deja una gruesa y pesada cadena de seguridad que se ha tensado entre la puerta y el marco.

Mabel Walker, la mayor de las brujas, me mira fijamente. No es algo inusual, pero por una vez no lo hace con desprecio. Está sorprendida de verme. Por otra parte, me he embutido en la misma ropa de ayer y no me he preocupado lo más mínimo por tener un aspecto presentable. Imagino que ambos conceptos deben de resultarle completamente inconcebibles.

—¿Elizabeth?

Le cuesta un rato poder pronunciar mi nombre, como si tuviera que rebuscar en algún tipo de agenda interna para dar con él. También tiene una agenda externa de organización para la que venden recambios, aunque yo creía que no las fabricaban desde hace años. ¿Quién demonios usa una agenda de piel con recambios anuales hoy en día?

Aun así, me alegro de que la tenga. Es la razón por la que estoy aquí. Por mucho que me duela acudir a ella en busca de ayuda.

Está envuelta en una bata de felpa verde oscura. Sus mejillas están ligeramente enrojecidas y la permanente de su cabello parece menos esculpida de lo habitual, lo que deja intuir que ha hecho ejercicio. Yoga, pilates o alguna tontería por el estilo, si tuviera que adivinar.

—¿Qué pasa? —pregunta. Hay un tono de cautela en su voz, como si mi aspecto sudoroso y con los ojos desorbitados la pusiera nerviosa—. ¿Qué quieres?

—Darth Vader —digo.

Me sale como un silbido. Me agarro el costado y lo presiono para detener el dolor que no deja de acumularse.

Ella parpadea.

—¿Perdón?

—Darth Vader —repito—. ¿Quién era Darth Vader?

Puede que haya fruncido el ceño, pero el bótox me impide distinguirlo.

—¿Qué es un Darth Vader? —pregunta, y, aunque aún no ha vuelto a su modo burlón, va camino de conseguirlo.

—¿En serio, Mabel? —digo entre respiraciones entrecortadas—. Darth Vader. De *La guerra de las galaxias*. Las películas.

Parece ofendida.

—¿Es eso del espacio exterior? ¿Cómo voy a saber quién es? ¿Es una broma? —Entrecierra los ojos y me mira con recelo—. ¿Estás drogada? ¿Es eso?

—Por los clavos de...

Saco el teléfono, abro el navegador y busco en Google Imágenes una foto del personaje. Aparece con la clásica pose de señalar a la cámara. Estoy segura de que mi difunto marido, Kenny, tenía la misma foto en su dormitorio cuando nos conocimos.

Giro el teléfono para que esa zorra pueda ver la imagen. Ella inclina la cabeza hacia atrás y lo contempla parapetada tras su nariz.

—¿Es William Shatner? —adivina.

—¿Qué?

—Salía en eso, ¿no? ¿O es el otro, con el tipo de las orejas puntiagudas y el chino que los acompaña?

Mabel tiene la suerte de haber dejado la cadena puesta. Aprieto el teléfono con tanta fuerza que parece que el cristal va a romperse.

—Anoche. En la fiesta —le explico, y fuerzo las palabras que se escapan entre mis dientes—. Había un chico disfrazado de Darth Vader.

—Ah. En efecto.

Mabel me mira sin entender nada, pero tengo la sensación de que algo comienza a activarse bajo la superficie. Si es así, se lo está guardando para sí misma.

—¿Y?

—Y necesito saber quién era.

Me mira con suma cautela.

—¿Por qué?

Me he preparado para esa pregunta.

—Creo que Hollie y él se cambiaron las chaquetas. Quiero que se las devuelvan.

—¿Eso no puede esperar hasta el lunes?

Me muerdo la lengua. Esbozo una sonrisa.

—Prefiero solucionarlo hoy. ¿Sabes quién era?

Suspira y tengo la impresión de que no va a decírmelo. Pero, en ese momento, sus ojos comienzan a moverse de izquierda a derecha, como si así rebobinase sus recuerdos de la noche anterior, cuando estaba sentada a la mesa del vestíbulo, encargada de comprobar las entradas.

—Daniella Taylor —anuncia al fin.

Niego con la cabeza.

—No, era un chico.

Mabel chasquea la lengua y pone los ojos en blanco.

—Su madre es Daniella Taylor. Él es Conrad. Seguro que tienes su número.

Me veo obligada a admitir que no lo tengo. Por algún motivo, ahora me mira como si yo fuera una especie de alimaña. Y parece más enfática incluso de lo habitual.

—Bueno, me temo que no puedo dártelo. Ley de protección de datos. Ese tipo de cosas. Te harás cargo.

Sonríe y, antes de que pueda decir nada más, me cierra la puerta en las narices.

Llevada tan solo por la fuerza de la costumbre, me doy la vuelta, sin querer enfrentarme a ella ni montar un numerito.

Al hacerlo, veo una figura que está en pie junto a una ventana al otro lado de la calle. Es Alan el Raro. Lleva la camisa abierta por completo en la parte delantera, lo que deja ver el vello canoso del pecho y la curvatura a la altura de su ombligo.

Me mira y, aunque es imposible leer su rostro desde tan lejos, me invade la repentina sensación de que me juzga como si fuera un dios que me contempla desde las alturas.

Lo miro fijamente y luego tomo una decisión. Me doy la vuelta y regreso a la puerta. Pulso el timbre y mantengo el dedo hasta que oigo a Mabel volver a la carrera por su pasillo palaciego.

—¿Qué demonios pasa ahora? —pregunta, antes de mirar atrás por encima del hombro—. Estoy ahora mismo ocupada con algo.

—Lo siento. Es que...

Esbozo una sonrisa. No es algo impresionante, pero lo hago lo mejor que puedo en estas circunstancias.

—Hollie quiere de veras recuperar su chaqueta.

Respiro hondo. No se me da bien enfrentarme a la gente. No soy yo la hermana a la que se le da bien eso. Pero, solo por esta vez, lo intento, para canalizar a mi Sasha interior.

—Y me temo que voy a necesitar que me des la dirección.

18

ELIZABETH

La casa de Daniella Taylor está en una calle lateral justo al lado de Stockbridge High Street, donde el olor de las panaderías artesanales y de las librerías de segunda mano impregna el aire.

Es uno de los pisos que han hecho después de reformar un antiguo almacén, o tal vez un edificio industrial, y aunque hay toques modernos que se aprecian desde el exterior, como las puertas azules y las elegantes barandillas de los balcones, todo da a entender que han respetado la arquitectura original.

Los pisos ocupan tres lados de un patio adoquinado que cuenta con una de las cosas menos frecuentes en el centro de Edimburgo: un número considerable de plazas de aparcamiento. Todas están señalizadas como «Solo para los titulares de las plazas», pero el tiempo juega en mi contra y estoy dispuesta a pagar la multa.

Aparco lo más cerca posible del número 33 y subo los escalones de dos en dos, sin prestar atención al modo en que mis piernas intentan ralentizarme y arrastrarme hacia atrás. No hay una aldaba con forma de pájaro en esta puerta, así que golpeo con los nudillos la brillante madera azul, lo que desata unos ladridos enfebrecidos de un perro en algún lugar del interior.

Uno grande, o al menos eso parece por el sonido.

Doy un paso atrás para esperar cuando alguien grita desde dentro.

—Un momento.

El perro no deja de ladrar, pero el ruido se atenúa, como si lo hubieran encerrado. Miro al cielo, y siento las leves trazas de calor que proporciona el sol de principios de noviembre, hasta que la puerta se abre y vuelvo a prestarle atención.

No reconocí a Daniella por el nombre, pero ya la había visto de la puerta del colegio. Es una de las madres más jóvenes. Tendrá unos veintitantos años, y un aspecto fresco y suave, como si acabara de salir del capullo. Su cabello es oscuro, un poco rizado, y le cae suelto sobre los hombros, como si no supiera muy bien qué hacer con él.

Hay un momento de confusión cuando me ve, pero lo disimula con una sonrisa. Es radiante. En otro momento, en otra vida, no querría hacer otra cosa que besarla.

—Oh. Hola. Eh... —No sabe mi nombre y yo no se lo digo—. Hola —concluye, en un intento de disimular su vergüenza.

Detrás de ella, en algún lugar, el perro no deja de ladrar. Oigo a un niño de la edad de Hollie que le grita que se calle, y luego el tableteo de unos disparos que salen de un altavoz de televisión.

—Daniella, hola. Siento molestarte —digo, como si la conociera de toda la vida—. Soy la madre de Hollie. De... —Echo un vistazo al interior de la casa, mientras trato de recordar el nombre de su hijo. Mabel lo mencionó hace menos de veinte minutos, pero no consigo recordarlo—. De quinto de primaria.

—De la clase de Conrad. Sí, claro —dice ella.

Conrad. Eso es.

—Sí. De la clase de Conrad. ¿Está aquí?

Su sonrisa se desvanece. Su lenguaje corporal la muestra a la defensiva, apoya la mano en el marco de la puerta, como si se preparase para bloquearme el paso.

—¿Por qué? —pregunta, muy seria—. ¿De qué se trata?

Reconozco sin problema el instinto protector de una madre. No habrá manera de que me deje acercarme a su hijo. No sin una buena razón.

Así que le doy una. No tengo otra opción.

—Es mi hija. Hollie —digo. Vacilo, solo por un instante, y me pregunto si es una decisión errónea, pero luego sigo adelante—. Ha desaparecido.

—¿Desaparecida? —Los ojos de Daniella se agrandan—. ¿Qué quieres decir? ¿Desaparecida... de... desaparecida?

—No la vemos desde el baile. Estamos muy preocupados. La policía la está buscando, pero no puedo quedarme parada y esperar a que la encuentren. Me estoy volviendo loca.

Ella asiente antes de que termine de hablar, se imagina ya en mi lugar y le horroriza lo que siente.

—Oh, Dios. Oh, no, eso es... Lo siento mucho. ¿Quieres...? —Baja el brazo y da un paso atrás, invitándome a entrar—. Entra, por favor. Dudo que Conrad sepa nada, pero podemos preguntarle.

—Gracias. Muchas gracias —digo entusiasmada.

Los ladridos se hacen más fuertes al entrar en el pequeño y desordenado apartamento de Daniella. Cierro la puerta detrás de mí.

19

ELIZABETH

El piso de Daniella no se parece en nada al de Clive, y está a años luz de la casa palaciega de Mabel. La puerta principal da directamente a una sala de estar mínima y abarrotada donde todo, por necesidad, parece tener una doble función.

Hay una pila de ropa doblada en un sillón. Un par de vestidos cuelgan de la barra de la cortina. La esquina de una sábana arrugada sobresale de la base del sofá como si fuese la punta de una lengua, lo que me permite suponer que es una cama plegable y suelen utilizarla.

Esto último tiene sentido, ya que solo veo tres puertas que dan a esta habitación. El perro no deja de ladrar detrás de una de ellas, y su silueta se adivina a través de la mitad inferior del cristal esmerilado del que está hecha.

Las otras puertas no tienen cristales, por lo que supongo que dan al cuarto de baño y al único dormitorio. El de Conrad, apostaría. Por supuesto, Daniella es la que se queda en el sofá cama. Yo haría lo mismo.

Parece simpática. Si las cosas fueran diferentes, si yo fuera diferente, podríamos haber sido amigas, creo. O algo más, quizá.

Entonces se me ocurre una idea. Una idea que brota lenta, arrastrándose, y tan horrible que me espanta.

—¿Alguien ha venido ya a preguntarte acerca de esto? —pregunto, e intento que mi voz parezca lo más calmada que me es posible.

Daniella niega con la cabeza, y frunce un poco el ceño.

—¿La policía?

—¿Alguien?

—No —responde—. No, solo tú.

Me relajo. De momento.

El chico está sentado, medio hundido en un puf, en un pequeño espacio que queda libre, a menos de medio metro de la televisión. Se balancea de izquierda a derecha, sin dejar de mover los pulgares con rapidez sobre el mando de la consola mientras, en la pantalla, dispara a un hombre vestido de osito de peluche.

—Oye, Con. ¿Puedes darle un momento a la pausa? —pregunta Daniella.

Hay un tono vacilante en la pregunta, como si le preocupara que él no se tomara bien la noticia.

—Es *Battle Royale* —dice él, sin siquiera mirarla.

Daniella me sonríe. Es pequeña y tímida, y se la ve avergonzada; casi me dan ganas de abrazarla. No lo hago, por supuesto.

—No, ya lo sé, cariño, pero esto importante.

—¡Estoy a punto de entrar en el Top 20!

Su respuesta es un ladrido de indignación, como si eso diera la discusión por zanjada. Desde la cocina, el perro aúlla para mostrar su acuerdo. Ojalá lo hiciera callar.

—Con, por favor —dice Daniella, y por primera vez se percibe un tono de autoridad en su voz—. Es muy importante, ¿vale? Podrás retomar la partida enseguida.

Él lanza un grito de amarga frustración, aprieta un botón con el pulgar hasta que aparece un menú en la pantalla y luego tira el mando al suelo. Cruza los brazos con fuerza sobre el pecho y me lanza una mirada que podría detener el tiempo.

Quizá yo no me quedaría con la cama nido, visto lo visto.

—Hola, Conrad —digo, y le regalo al horrible renacuajo mi sonrisa más cálida y agradecida—. Siento interrumpir tu partida. ¿Entre los veinte mejores? Eso es impresionante.

¿Lo es? No tengo ni idea. No parece disgustado por el comentario, aunque me queda un largo camino que recorrer para ganármelo.

Daniella recoge el montón de ropa de la silla, busca un lugar donde ponerlo y, a regañadientes, decide dejarlo en el suelo. Sonríe y me indica con un gesto que me siente, y solo entonces parece reparar en que el perro sigue cada vez más enloquecido en la cocina.

—Lo siento, solo será un segundo —dice, y se dirige a la cocina.

Un momento después, el animal se calla y ella regresa al sofá, y da unas palmaditas en el cojín de al lado para que Conrad se acerque y se una a ella.

—Le he dado un hueso para perros —explica, y con un movimiento de la cabeza apunta a la cocina—. Así estará tranquilo un rato.

Conrad sobreinterpreta el ímprobo esfuerzo que le supone levantarse del puf y sentarse en el sofá junto a su madre. Sigue enfadado por haber tenido que interrumpir la partida y se asegura de que las dos lo sepamos.

—Hola, Conrad —le digo de nuevo. Mi tono de voz suena suave y tranquilizador. Avanzo como si pisase huevos—. ¿Sabes quién soy?

Me mira, como si intentara ubicarme. El gesto de reconocerme aparece en su rostro. Entrelaza los dedos.

Asiente con la cabeza, pero yo estoy lanzada y se lo digo de todos modos.

—Soy la madre de Hollie. Hollie Jones. Estáis juntos en clase, ¿verdad?

Vuelve a asentir. Veo cómo se le tensa la garganta al tragar saliva. No lo conozco lo suficiente como para interpretar todo su lenguaje corporal, pero a cualquier observador externo le parecería que está nervioso.

—No te preocupes, no te has metido en ningún lío —le digo. No tengo ni idea de si había empezado a pensar que lo estaba, pero es bueno al menos darle a entender que podría estarlo—. Solo quiero hacerte un par de preguntas sobre Hollie. ¿Te parece bien?

Daniella lo mira. No es un chico alto, a ella le llega apenas al hombro.

—Puedes ayudarnos, ¿verdad, cariño? —le dice ella.

Por toda respuesta asiente con la cabeza. Lo hace despacio, vacilante. Si quiero sacarle algo, tendré que pasar por un calentamiento.

—Genial —digo, sin dejar que la sonrisa desaparezca de mi cara—. Es sobre anoche. En la fiesta. Yo estaba en la mesa de los dulces, ¿te acuerdas? Tú compraste... ¿zumo?

Otra vez asiente.

—Y unos gusanitos.

—Una bolsa de gusanitos. Sí. Eso era, sabía que había algo más —digo, y me doy un golpecito con aire juguetón en la cabeza—. ¿Te gustaron?

Se encoge de hombros, sin comprometerse. Puestos a decir la verdad, esa caja de gusanitos debía de llevar tres años en el almacén de la asociación. Probablemente estarían ya caducados.

—Bueno, me alegré de verte allí. Me gustó tu disfraz. Darth Vader. ¿Te gusta *La guerra de las galaxias*?

Vuelve a encogerse de hombros, como si no quisiera revelar demasiado. O tal vez es más sencillo e intuye lo que hago y sabe adónde quiero llegar. Su madre le da un codazo juguetón con el codo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Nos encanta *La guerra de las galaxias*, ¿no?

Baja la mirada hacia los dedos inquietos y vuelve a encogerse de hombros.

Ya he hecho todo lo que podía para relajar el ambiente, así que me inclino un poco hacia delante, entrelazo las manos y las coloco entre las rodillas, e intento captar su mirada.

—¿Ya sabes por qué estoy aquí, Conrad?

Esta vez no hay respuesta. Ni encogimiento de hombros. Ni asentimiento. Nada de nada.

—Hollie y tú os intercambiasteis los disfraces anoche, ¿verdad? En el vestíbulo. Le diste tu máscara y tu capa.

—¿Qué? —pregunta Daniella, sorprendida, y luego mira a su hijo —. Me dijiste que los habías dejado en clase.

Como él sigue sin responder, ella se inclina hacia él para mirarlo a la cara y no a la coronilla.

—¿Con?

—No pasa nada, Conrad. Nadie se ha enfadado contigo —le aseguro—. No me importa el disfraz. Solo quiero saber por qué lo

cambiaste con Hollie. Eso es todo.

—Díselo —le insta Daniella—. Es importante.

Él la mira, luego me mira a mí y al final vuelve a mirarse las manos.

Su respuesta, cuando al fin dice algo, suena tan baja que casi no la oigo.

—No sé.

—¿No lo sabes?

Solo consigo que se encoja de hombros otra vez y luego niegue con la cabeza.

—¿Fue idea tuya o de Hollie?

Hace una pausa.

—No me acuerdo —dice al fin.

—¡Pues piensa! —le espeto, y eso le hace dar un respingo, por lo que enseguida les dedico una sonrisa de disculpa tanto a él como a su madre—. Lo siento. Lo siento de veras, eso ha sido...

Respiro hondo, gano tiempo para recomponerme. Daniella rodea con un brazo los estrechos hombros de su hijo.

—¿Puedes intentar hacer algo de memoria por mí, Conrad? —le pregunto, y fuerzo cuanto puedo mi voz para que suene tranquila—. Es muy importante. ¿Fuiste tú quien sugirió cambiar los disfraces o fue Hollie?

Mueve la lengua dentro de la boca, como si luchase físicamente con su respuesta.

—Hollie —murmura al fin—. Fue idea de Hollie.

Aprieto las rodillas, y trato de evitar cualquier tipo de gesto en mi rostro. No es la noticia que esperaba oír. Quería que me dijera que

había sido idea suya, que todo había sido una broma estúpida que se había inventado para divertirse un rato.

Pero, si fue Hollie quien sugirió el intercambio, es posible que ella planease de modo deliberado escapar desapercibida sin que yo me diera cuenta. Y eso solo sirve para suscitar más preguntas.

—¿Por qué? —pregunto. Luego, como él no deja de mirarme con expresión ausente, elaboro un poco más la pregunta—. ¿Por qué quería cambiarse de disfraz? ¿Te lo dijo?

Ahora sus dedos se retuercen como lombrices. Mira, apenas un vistazo, a su madre y luego niega con la cabeza.

—¿No te dijo por qué quería cambiar el disfraz? ¿Y se lo cambiaste de todos modos? —insisto—. ¿Por qué cambiaste de disfraz si ella no te dijo por qué quería hacerlo?

Tiene la cabeza gacha. No puede mirarme. Se encoge de hombros otra vez.

—Solo por reírnos.

—¿Por reíros?

Casi me atraganto al decirlo. Mi tono de voz agudo le resulta insoportable al perro, que vuelve a ladrar desde la cocina. Está muy cerca y el ruido resulta ensordecedor.

—Discúlpame. —Daniella se levanta del sofá, con el rostro azotado por la vergüenza—. Voy a darle otra golosina.

Conrad la mira, la observa mientras se aleja. Espero a que se cierre la puerta detrás de mí y a que Daniella empiece a regañar al animal antes de inclinarme con brusquedad hacia delante y susurrar con voz aguda.

—Conrad, necesito que me escuches —le digo—. Necesito saber exactamente qué pasó anoche. Todo lo que dijo Hollie. Necesito que

me lo cuentes, porque ya sé dónde vives, Conrad, ¿lo entiendes? Sé dónde vives. Tengo una hermana, Conrad. Y ella... no es como yo. Y si yo sé dónde vives, ella también puede averiguarlo. Y estoy segura de que tú no quieres que ella sepa dónde vives, Conrad. Confía en mí, porque sé que es algo que no quieres que suceda.

Sus ojos se humedecen y se agrandan con cada palabra que digo. Mis palabras, y la urgencia con la que las pronuncio, le arrancan todo el color del rostro. Está asustado. Eso es bueno. Necesita estarlo. No me siento muy bien por hacer esto, pero, si está asustado, eso significa que escucha lo que le dicen. Y si escucha, tal vez pueda mantenerlo a salvo.

—Pero puedo decirle que no venga —continúo—. Puedo mantenerla alejada. Lejos de ti... Lejos de tu madre, Conrad. Puedo hacerlo, pero solo si me lo cuentas todo. Solo podré mantenerla alejada si no puede descubrir nada más. Entonces ¿me ayudarás, Conrad? ¿Me ayudarás a manteneros a salvo a ti y a tu madre?

Antes de que tenga oportunidad de responder, se abre la puerta de la cocina y Daniella entra a toda prisa. Oigo el ruido de los dientes del perro que comienzan a roer un hueso.

—Eso lo mantendrá ocupado un rato —anuncia, casi exangüe—. Lo siento, hace más ruido que otra cosa. Luego es un blandengue, ¿verdad, Con?

Conrad sigue con la mirada fija en mí, y los ojos abiertos como platos. Asiento lentamente y él imita mi movimiento.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —pregunta Daniella al tiempo que se sienta junto a su hijo. Le pone una mano en la pierna y él la agarra con fuerza.

—Hablábamos de lo importante que es que Conrad haga memoria por mí, ¿verdad?

Conrad asiente de nuevo. Su madre le aprieta la pierna.

—Bueno, Con —lo anima—. ¿Puedes decirle algo a la madre de Hollie?

Abre la boca. Traga saliva. Me preocupa haberlo dejado mudo.

Pero entonces suelta un graznido. Unas palabras.

No, ni siquiera eso.

Solo dos.

—DJ —dice.

Daniella parece confundida.

—¿DJ?

Conrad traga saliva de nuevo para aclararse la garganta. Esta vez, se esfuerza por decir una frase completa.

—El DJ le dijo que se cambiara el disfraz.

Se echa un poco para atrás, como si le preocupara que alguien pudiera gritarle.

—Y le dijo que no se lo contara a nadie.

20

ELIZABETH

—Siento que no hayamos servido de gran ayuda. —Daniella se queda en la puerta de su piso, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y la camisa holgada a cuadros que no deja de ondear debido a la brisa—. ¿Eso podría serle de ayuda a la policía? Lo del DJ.

Sonrío, con los labios muy apretados.

—Seguro que sí. ¿Me puedes hacer un favor?

—Por supuesto.

—La idea es llevar todo esto de la forma más discreta posible. La policía y yo no queremos que se haga público todavía.

Sus cejas, de una oscuridad gloriosa y que lleva sin depilar, se fruncen, como si eso le pareciera extraño, pero enseguida asiente.

—Por supuesto. No diré ni una palabra. —Se le ocurre algo—. ¡Oh! Pero espera un momento.

Se da la vuelta y entra de nuevo en el piso. Por el ruido que llega, parece que Conrad ya ha retomado la partida. Es más que evidente que no lo he traumatizado con mi tono de voz.

Solo hace unos segundos que Daniella se ha retirado al interior, pero ya noto la impaciencia, la desesperación por ponerme en marcha. Aprovecho la espera para abrir el navegador web del teléfono y buscar al DJ.

La mesa de los platos estaba encajada en una esquina, fuera del alcance de la cámara. Sea lo que sea lo que le haya dicho, no aparecerá en la grabación.

¿Cómo se llamaba? Cierro los ojos y trato de recordar. ¿Algo de «Cursis»? «Las canciones cursis de alguien». ¿Cómo se llamaba? ¿Duncan? ¿David?

Maldita sea.

Tecleo «DJ cursis» y aparecen varios cientos de miles de resultados. Demasiados.

«Cursis DJ Edimburgo» reduce la búsqueda, pero todavía son demasiados resultados en la lista. Me deslizo pantalla abajo entre los resultados cuando Daniella reaparece con algo en las manos.

Al verlo casi se me cae el teléfono.

—Conrad vino a casa con esto. Supongo que es parte del disfraz de Hollie, ¿no?

Las bolas plateadas no dejan de balancearse en los extremos de los muelles encajados en la suave curvatura de la diadema. Sus antenas de mariposa.

Anoche, antes de nuestra pelea, me las puse para hacerla reír y, aunque puso los ojos en blanco, empezó a reírse cuando agité la cabeza bruscamente, porque al hacerlo se balanceaban y chocaban entre sí.

Verlas otra vez ahora, cuando se han convertido en una conexión tangible con ella, es como una puñalada en el corazón.

—Estaban en la mochila de Conrad. Dijo que Hollie se las había prestado. Entonces yo no sabía que habían intercambiado los disfraces.

Extiendo el brazo para hacerme con ellas, los dedos no dejan de temblar. Una vez las tengo entre mis manos, juraría que aún puedo sentir el calor de mi hija en la diadema.

—Gracias —musito, la garganta se me ha cerrado.

Quiero dar media vuelta. Huir. Ocultar mi dolor y mi vergüenza.

Pero ella ha intentado ayudarme. Le debo la misma cortesía.

—Eh, escucha, es posible que venga alguien más —le digo—. No de la policía. Mi hermana. Ella también la está buscando. Le he dicho que no lo haga, pero, bueno, es difícil conseguir que escuche. Voy a contarle ahora lo que me dijo Conrad, así que no hay razón para que venga. Pero, en caso de que lo hiciera...

No puedo evitar las dudas, asustada por todas las posibilidades de lo que podría llegar a pasar.

—Solo dile lo que me has dicho. Dile la verdad. Hagas lo que hagas, limítate a decirle la verdad.

En el rostro de Daniella aflora una expresión que no logro identificar. Su boca esboza una media sonrisa, pero el resto del rostro denota una evidente preocupación.

Ha sido de gran ayuda, pero ahora me mira como si deseara no haber abierto la puerta.

—Como te he dicho, lo más probable es que no llegues a conocerla —añado, en un intento de tranquilizarla todo lo que me sea posible—. Pero, si te cruzas con ella, por favor, por el bien de todos, sé sincera.

Noto que Daniella no deja de observarme desde la ventana mientras me dirijo al coche. Me deslizo detrás del volante y coloco las antenas

en el asiento del copiloto, y luego retorno a los resultados de la búsqueda en el navegador del teléfono.

Encuentro el nombre al final de la lista. Las canciones cursis de Darren. La dirección que aparece está en un polígono industrial a las afueras de Leith, y tiene una valoración de 2,3 estrellas. Aparte de eso, no hay mucha más información, solo un par de fotos un poco borrosas donde se intuyen sus platos y los focos.

El eslogan de la empresa aparece en ambas fotos: «Fácil y ligero», en una tipografía Comic Sans, justo con el color menos adecuado para destacar sobre el fondo.

No es gran cosa, pero por algo se empieza. Arranco el motor, aunque, antes de ponerme en marcha, mis ojos se quedan fijos en las bolitas plateadas de la diadema de Hollie. Verla, pensar en ella, recordar cómo la llevaba puesta, me corta la respiración y me provoca mareos.

Debe de estar muy asustada. Pero que muy muy asustada.

Lo que me apetece es gritar, tener una rabieta, pero no puedo permitírmelo. Ahora no. No todavía. Abro la guantera para meter la diadema, pero el señor Floppsity, que está allí, completamente aplastado, me mira con aire acusador.

—Cállate —suelto entre dientes, y cierro la guantera de un golpe.

Abro la puerta de un empellón e intento salir del coche, pero el cinturón de seguridad se tensa y tira de mí hacia atrás. Me lleva un buen rato liberarme. Corro hacia la parte trasera del coche con las antenas en la mano, busco a tientas el botón que abre el maletero y tiro la diadema dentro, para que esté fuera de mi vista, antes de que el portón del maletero haya terminado de abrirse.

Lo cierro de un golpe, otro, y me quedo allí, con las manos apoyadas en el metal liso, sin poder controlar mi respiración entrecortada.

Poco a poco, a medida que consigo estabilizar mi ritmo cardíaco, noto una inquietud que crece dentro de mí. Un gusano en mi cerebro, que no para de retorcerse y excavar, como si quisiera alertarme de algo.

Deslizo una mano bajo el tirador del portón del maletero y muevo los dedos hacia delante y hacia atrás hasta encontrar el botón.

Lo acciono.

Se escucha un clic cuando el mecanismo desbloquea el cierre.

Dejo que la tapa del maletero se levante solo lo justo antes de detenerla con la mano para impedir que se levante del todo.

Lo justo para ver lo que hay dentro.

Apenas lo necesario para comprender.

Una forma yace dentro del maletero, envuelta en bolsas de basura casi cubiertas por completo de cinta adhesiva. La forma es grande. Ha debido requerir bastante esfuerzo meter eso ahí.

Hay una nota encima, pegada. Reconozco los trazos afilados e irregulares de la caligrafía.

Sasha.

Perdona. No he tenido tiempo de ocuparme de todo. Lo soluciono más tarde. Besos.

Leo la nota de nuevo, y luego una tercera vez, como si fuera a encontrar una explicación adecuada escondida en algún sitio. Algo que, por supuesto, no sucede. No hay suficientes líneas entre las que leer.

En lugar de eso, dejo de prestar atención a la nota y la desplazo hacia la forma envuelta en plástico donde la han pegado.

El cadáver que hay en el maletero de mi coche.

21

ELIZABETH

Apenas puedo recordar el trayecto en coche hasta el polígono industrial, en parte porque apenas dos metros por detrás de mí yace doblado el cadáver de un ser humano. No deja de resultar increíble cómo ese tipo de cosas pueden acaparar toda tu atención.

Me parece increíble que me haya hecho esto. Se suponía que debía ayudarme; en cambio, estoy transportando el cadáver de un hombre al que he...

No asesinado. Me detengo antes incluso de pensar la palabra. No lo he asesinado. Se cayó. Fue un accidente, eso es todo.

No como antes. Nada que ver con cómo fue antes.

Sigo aturdida cuando al fin llego a Tennant Street y me encuentro con una hilera de edificios de ladrillo de una sola planta con puertas enrollables del mismo tono cubiertos con grafitis de todos los colores.

En Stockbridge hay un precioso mural pintado en un paso subterráneo; han recurrido solo a tonos azules y verdes que complementan muy bien. Eso es arte, nada que ver con las obscenidades y los pintarrajos que cubren las paredes y las persianas de metal corrugado que tengo frente a mí.

Los rugidos del estómago me dicen que ya ha pasado la hora del almuerzo, y el reloj del salpicadero lo confirma.

Son las 14.27.

¿Cómo puede ser tan tarde? El tráfico del sábado estaba casi paralizado, como de costumbre, en dirección a la salida de la ciudad; aun así, siempre se avanza un poco. Aunque es demasiado lento. Estoy perdiendo un tiempo precioso.

Avanzo a la menor velocidad posible por la calle hasta dar con una puerta junto a la que está pegado el logotipo casero de Las canciones cursis de Darren en la pared y aparco el coche en la acera.

Busco el móvil e intento llamar otra vez al número desde donde me enviaron la foto de Hollie. Como en todas las ocasiones anteriores, solo oigo el tono grave y solemne de una llamada fallida.

Según mi historial, ya he intentado llamar cuarenta y siete veces. Redondeo hasta cincuenta antes de darme por vencida.

¿Por qué no contestan? ¿Por qué no se ponen en contacto conmigo?

¿Ya está muerta? ¿Es eso? ¿O están alargando esto solo para hacerme sufrir?

Siento las lágrimas que me inundan los ojos al pensar que podría llegar demasiado tarde para salvarla, pero me esfuerzo por contenerlas. Solo puedo seguir buscando.

Para tratarse de un polígono industrial un sábado por la tarde, Tennant Street parece bastante tranquila. Un rápido vistazo a los letreros sobre las puertas que flanquean la del tal Darren me confirma por qué: ambos locales están vacíos.

De hecho, aparte de un local de alquiler de castillos hinchables frente al que pasé al llegar y un estudio fotográfico de aspecto ruinoso con un cartel de ofertas: «¡Pague tres retratos y llévese otro

gratis!» que hay al otro lado de la calle, todo el polígono parece desierto.

La pintura de la puerta principal del edificio se ve llena de humedades y desconchones. La única cerradura es un pestillo de acero con un pesado candado que lo mantiene cerrado.

Hay un ventanal alargado a la altura de la cabeza, justo a la derecha de la puerta, pero el cristal está muy sucio, por dentro y por fuera, lo que solo acentúa más si cabe el aspecto lúgubre que parece envolver todo el lugar.

Unos pasos más adelante hay una puerta metálica enrollable. Hay una señal de un vado pintada de amarillo en la calzada para advertir de que no se aparque delante, pero el tiempo ha decolorado la pintura, y el contorno de un enorme pene y unos testículos pintados con espray oculta el resto.

Agarro el tirador para intentar levantar el cierre, pero la persiana no se mueve. La sacudo y golpeo el metal con los puños. El sonido retumba como un trueno en el interior y luego se desvanece, una vez más, hasta que reina el silencio.

Vacío. No está aquí.

¿Estará Hollie ahí dentro? ¿Y si está retenida? Golpeo de nuevo el cierre metálico y grito su nombre. Le digo que estoy aquí y que todo irá bien.

La única respuesta que recibo es un eco sordo que luego se desvanece hasta que vuelve el silencio.

El haz de la linterna del teléfono apenas sirve para ver en la penumbra cuando lo enfoco desde la ventana. Tengo que ponerme de puntillas y casi pegar la cara al cristal para ver algo del interior.

Por lo que alcanzo a ver, el espacio está casi vacío. No hay ningún sofá y las paredes no coinciden con las de la foto que me enviaron.

Dondequiera que esté, dondequiera que la hayan metido, desde luego no es aquí.

Vuelvo a la puerta principal y al cartel que hay encima. No hay ningún número de teléfono. Tampoco aparecía en Google. ¿Cómo se puede llevar un negocio así? ¿Cómo espera que la gente...?

Comprendo que tengo la respuesta justo delante de mis narices. Justo debajo de las palabras «Las canciones cursis de Darren» hay un logotipo familiar en el que al principio no reparé.

Facebook. Tiene que estar en Facebook.

He tenido mucho cuidado para mantenerme alejada de las redes sociales, así que carezco de cuenta. Aun así, encuentro la página de Facebook del DJ con bastante rapidez. Un vistazo rápido a su muro muestra algunas fotos del baile de anoche en el colegio.

Pero antes, en la parte superior, hay una foto suya, el pelo ralo, sonriente, mientras prepara su equipo bajo lo que parece una carpa de jardín. La subió hace unas pocas horas, pero nadie ha interactuado con la publicación. Nadie la ha compartido, nadie le ha dado al «me gusta», nadie ha hecho ningún comentario. Nada.

Sobre la foto ha escrito un breve mensaje. Está plagado de errores ortográficos y el único signo de puntuación que parece conocer es el de exclamación.

«¡Preparándome para el gran día de la gala de Musselburgh!», viene a decir. Ha conseguido escribir bien Musselburgh, al menos eso lo ha cuidado. «¡Venid todos a disfrutar de la fiesta con las mejores músicas cursis! ¡¡¡osencantará!!!».

Musselburgh está a tan solo unos kilómetros. Veinte minutos en coche, quizá menos si tengo suerte con la secuencia de los semáforos. Busco en internet y encuentro la dirección exacta. La gala se celebra en un campo deportivo al sur de la localidad. No he ido antes allí, pero lo encontraré.

Lo encontraré a él.

Y luego encontraré a mi hija.

22

ELIZABETH

Algo en mi interior muere cuando descubro la enorme cantidad de coches aparcados alrededor del campo de juego que provocan un atasco en el aparcamiento exterior.

Otras partes de mí se unen a esa voluntad de fallecer cuando un joven policía se planta ante mi coche, con una mano levantada para que me detenga.

De repente me abruma la toma de conciencia de la peste que se extiende en el coche. No sé si son imaginaciones mías, ya que solo lo noto en ese momento, pero juraría que puedo oler la descomposición del cadáver en el maletero.

Cuando detengo el coche, el policía se acerca al lado del conductor. Espera que baje la ventanilla, pero, si lo hago, olerá el cadáver. Estoy segura. Lo olerá, luego lo encontrará y todo habrá terminado.

Ya no volveré a ver a Hollie. Me la quitarán.

Se la llevarán de nuevo.

Mi único gesto es mover el dedo. No puedo hacer nada más que bajar un poco la ventanilla.

—Lo siento, señora, el aparcamiento está lleno —me dice, como si no pudiera darme cuenta por mí misma.

Tiene entre treinta y tantos, o cuarenta y pocos, supongo, y está de pie con la gorra puesta y los pulgares metidos en un chaleco antibalas que parece un complemento algo excesivo para un festival a la luz del día. Incluso en Musselburgh.

—Lo siento, sí. Ya lo he comprobado. Pero solo será un minuto —le digo.

—Ah, claro. Ya veo. Perdone que no me haya dado cuenta antes. Bien, voy a indicarle donde está uno de los muchos espacios disponibles para Solo Un Minuto. —Se echa un poco hacia atrás la gorra y vuelve a meter el pulgar en el chaleco—. Era broma, señora.

—Sí, ya lo he pillado —respondo.

—No hay ningún sitio.

—No.

Esbozo una sonrisa, y finjo que el chiste me ha hecho gracia.

Miro lo que hay detrás de él, el campo lleno de adultos que deambulan y niños que corren. Hay mucha actividad alrededor de lo que supongo que será una hoguera. Es una gran pila de leña, con una efigie en la parte superior que debe de ser la de Guy Fawkes.

Me preguntaba por qué demonios alguien celebraría una fiesta en Escocia en noviembre, pero ahora todo cobra sentido. La comunidad debe de combinarlo con su espectáculo anual de fuegos artificiales. Probablemente no hay suficiente dinero en las arcas para celebrar dos eventos separados.

Sea cual sea la razón, eso no importa. Veo la gran carpa y oigo los acordes familiares de «Never Gonna Give You Up», de Rick Astley, a todo volumen.

—Es solo que... tengo que encontrar a mi hija —le digo. No es toda la verdad, pero es casi toda.

La emoción genuina que late en esa media verdad debe de ayudarme a convencerlo, porque aparta la mirada un momento, suspira y luego señala hacia donde está aparcado su coche de policía, con las luces encendidas. Está justo frente a la carretera por la que acabo de llegar, ubicado para poder salir rápidamente si fuera necesario.

—Puede dejarlo delante del mío, pero no por mucho tiempo —accede después de hacer un claro hincapié en la segunda parte—. Tenga cuidado para no rozarse con los bolardos de hormigón que hay a los lados. Son muy molestos.

—Gracias, gracias —le digo efusiva, al mismo tiempo que meto primera.

Me señala con un dedo.

—Quince minutos —dice, y luego vuelve a meter los pulgares en el chaleco y se aleja para darme espacio para hacer el giro.

El espacio es mínimo y la maniobra es complicada. El hecho de que no deje de vigilarme no me facilita las cosas. Casi espero que me dé el alto y corra hacia el maletero porque ha descubierto un brazo o una pierna que se ha quedado colgando por accidente.

Pero en lugar de eso, cuando al fin me detengo con el morro de mi coche pegado al suyo, bloqueándolo, se da un golpecito en el reloj, resopla, se da la vuelta y se aleja con aire indiferente, en busca, si no de problemas, al menos de alguien más a quien molestar.

Espero a que se aleje lo suficiente como para no entablar otra conversación y salgo del coche, una vez me he asegurado de que se queda cerrado con llave. El policía me saluda con la cabeza mientras

corro hacia el vallado provisional que se ha levantado alrededor del campo, cientos de vallas metálicas sujetas en bloques de hormigón.

Al otro lado, unos niños chillones saltan en un castillo hinchable, se deslizan por toboganes resbaladizos y se dedican a meter sus manos en todo tipo de puestos y juegos. El olor a cebolla frita flota en el aire como una nube. Latas de refresco vacías y servilletas de papel manchadas de salsa alfombran el césped.

Mi idea es esperar a que el policía se dé la vuelta y saltar la valla. Sin embargo, se da cuenta de mis intenciones, señala la entrada y se queda de pie con los brazos cruzados, sin dejar de mirarme hasta que doy toda la vuelta.

La mujer sentada a la mesa junto a la puerta principal parece reacia a apartar la vista de la novela policíaca que la tiene atrapada, pero cuando al fin la deja a un lado, me dedica una amplia sonrisa a modo de compensación.

—Lo siento. Estaba en un momento interesante. A un detective casi lo arrolla un tren.

—Claro —digo—. ¿Cuánto es?

—Tres libras, cariño —me dice.

Le pregunto si aceptan tarjetas.

Me dice que no.

—No tengo el monedero aquí—contesto, y reparo en ello junto antes de decirlo—. Solo he venido a buscar a mi hija. No será más de un minuto. ¿Puedo entrar un momento?

Ella aspira aire entre los dientes y niega con la cabeza.

—Uf. Lo siento, cariño. No puedo. No te imaginas la bronca que me echarían. Me harían trizas en la ampa.

Odio a esta mujer y, al mismo tiempo, la comprendo perfectamente. Es probable que su ampa tenga su propia Mabel Walker. De hecho, no me sorprendería que fuera la misma, dado lo mucho que le gusta entrometerse a esa suripanta.

Meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y busco algo de cambio. Un billete de cinco arrugado, quizá, que haya sobrevivido a la lavadora.

Hay un bolígrafo, un par de envoltorios de caramelos y las llaves de mi coche. No hay dinero.

—Por favor, estoy preocupada por ella. Solo voy a entrar un momento. —Hago un gesto para evidenciar que a nuestro alrededor no entra ni sale nadie. No hay cola—. No se lo diré a nadie. Será nuestro secreto.

Gruñe y se remueve en su duro asiento de plástico, como si algún tipo de malestar en sus intestinos estuviera aconteciendo.

Luego, su mano se arrastra por la mesa como una araña y se hace de nuevo con el libro. Con un movimiento brusco de la cabeza al pasar una página me franquea el paso al recinto.

Mientras la versión de Kylie Minogue de «The Loco-Motion», la de los años ochenta, suena a todo volumen a través de los altavoces, me dirijo hacia la carpa y hacia lo que me espera allí dentro.

23

ELIZABETH

La carpa es un torbellino de colores y ruidos. Dejo a un lado al pequeño grupo de fumadores y vapeadores que se reúne en la puerta y entro.

Las únicas luces del lugar provienen de la cabina del DJ, la misma instalación de focos multicolores que anoche teñía las paredes del salón de actos del colegio. Su movimiento frenético por la tela y la estructura de la carpa las hace rebotar en ángulos imposibles y luego se disparan en otra dirección, sin parar.

Los altavoces están demasiado altos. Me zumban los oídos y siento en los pies cómo los graves retumban en el suelo. Seguro que las lombrices se retuercen entre la hierba, atraídas hacia arriba por las vibraciones. Unos chicos han recogido un puñado y se ríen como locos mientras persiguen a sus vociferantes hermanas.

Todo el lugar parece el interior de una migraña. De una pesadilla.

Y allí, en el fondo de la carpa, se encuentra el causante de todo.

Darren tiene unos cuarenta años, unas pronunciadas entradas en el pelo y una cintura que no deja de expandirse. En tiempos tal vez lo habrían descrito como alguien de cara aniñada, por su frente alta y la forma en que la mayoría de sus rasgos parecen haberse desplazado hacia abajo.

Ahora, sin embargo, las ojeras, los acusados restos de un acné que le ha dejado la cara picada y las arrugas profundas contradicen esa definición.

Me quedo en la entrada, lo observo mientras posa para una foto con dos niños pequeños, como si fuera una especie de celebridad. Se arrodilla en la hierba junto a ellos, los abraza y los acerca a él mientras su madre les hace una foto con el móvil.

Se me revuelve el estómago. Quiero vomitar. Pero en lugar de eso aprieto los puños, me recompongo y me abro paso entre la multitud de niños danzantes y padres borrachos.

Cuando llego hasta él lo encuentro solo, escondido detrás de su cabina. Empiezo a hablar, pero él levanta un dedo, sin siquiera mirarme.

—Un segundo, cariño —dice.

Tiene acento inglés. Londres. ¿Essex, tal vez?

Para mi vergüenza, me quedo allí de pie, lo observo en silencio mientras entrecierra los ojos para leer una nota que tiene pegada sobre la mesa de mezclas, luego mueve el control de fundido del micrófono y se inclina hacia delante.

—Muy bien, amigos, ¿estamos pasando un buen rato? —pregunta.

La respuesta es entusiasta, pero está claro que no lo suficiente.

—¡No os oigo! —grita, y mis tímpanos resuenan con el volumen de la respuesta. Levanta el puño en el aire, en señal de triunfo—. Eso es lo que quería. Seguiremos con música cursi durante la próxima media hora con Las canciones cursis de Darren, y luego será hora de regresar al exterior para...

Aprieta el botón de reproducción. Suena la palabra «¡Fuego!», seguida del riff de guitarra inicial de la canción homónima de The

Crazy World of Arthur Brown.

Darren parece muy satisfecho consigo mismo mientras baja el control del micrófono.

—No está mal haber enlazado con esta, ¿eh? —me pregunta cuando se vuelve hacia mí—. Ahora, ¿qué puedo hacer por ti, cariño? ¿Quieres pedir una canción? No sé si podré incluirla, tengo varias que poner y acabaré pronto.

Me evalúa con un vistazo de arriba abajo, sin molestarse siquiera en disimularlo.

—Pero esta noche tengo un bolo en un pub en North Queensferry, ¿te apetece venir? Si quieres, puedo colarte allí.

No me sale la voz. Estoy ahí, justo delante de él, y no me sale ningún sonido. Siento que se me han congelado las entrañas. Estoy bloqueada. Es como si estuviera atrapada dentro de mi propio cuerpo, incapaz de obligarlo a moverse.

—¿Estás bien? —pregunta. Me mira de arriba abajo otra vez, pero esta vez con menos lascivia—. ¿Te está dando un ataque?

Empieza a reírse, pero la risa se convierte en una tos. No se molesta en taparse la boca. Puedo oler el último cigarrillo en su aliento.

Un niño choca conmigo. Uno de los cazadores de lombrices. Es suficiente para sacarme de mi letargo.

—Hollie —susurro. Pero el sonido se pierde entre todo el jaleo.

Se da un golpecito en la oreja y se inclina hacia delante. El olor de su sudor me invade las fosas nasales.

—Lo siento, ¿puedes repetirlo?

Trago saliva y vuelvo a pronunciar su nombre. Más alto esta vez.

—Hollie.

Algo cambia en su mirada, pero desaparece antes de que pueda identificarlo.

—¿Holly? ¿Como Holly Valance te refieres? —Niega con la cabeza —. No tengo nada de ella. Pero puedo traer algo esta noche, si...

—Mi hija. Hollie. ¿Dónde está?

Él medita en torno a la pregunta y luego mira a la multitud de niños acelerados.

—No lo sé. ¿Cómo es? —Busca el micrófono—. ¿Quieres que la llame?

Niego con la cabeza. Esto no va como lo había imaginado. No esperaba una confesión inmediata ni nada por el estilo, pero él está demasiado tranquilo, demasiado sereno. Quizá, después de todo, no tenga nada que ver con la desaparición de Hollie.

O tal vez todo se reduce a que está preparado para esto.

—No. Aquí no. En el baile de anoche —le digo. No reacciona—. Llevaba..., llevaba un disfraz de mariposa.

—Ah, sí. En el colegio. Me acuerdo —dice—. Bonito disfraz. ¿Lo hiciste tú?

—¿Dónde está? —le reclamo—. ¿Qué le has hecho?

Él suelta una risita que solo es un diez por ciento de honesta diversión y el resto de confusión.

—¿Que qué?

—Hollie. Mi hija. ¿Qué le has hecho? ¿Dónde está?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —pregunta.

Sus ojos miran de un lado a otro, como si le preocupara que alguien nos escuchase.

—Cuidado con lo que dices. Yo no he hecho nada.

—Sí que lo has hecho —insisto.

Siento cómo las lágrimas resbalan por mis mejillas y casi me ahogo al pronunciar las siguientes palabras.

—Le has hecho algo. La tienes contigo. Por favor, ¡dime dónde está!

El esfuerzo por pronunciar las palabras hace que mi voz suene cada vez más alta. Algunos de los adultos que están cerca miran en nuestra dirección. Darren me agarra por los brazos para intentar apartarme de allí y llevarme detrás de la cabina del DJ, pero me zafo.

—Mire, señora, no sé de qué me habla —insiste, y se me acerca más—. Si su hija ha desaparecido, si puedo hacer algo al respecto, lo haré, pero no puede...

—Su disfraz —le interrumpo—. Le dijiste que se cambiara de disfraz. Querías que se cambiara para que no la reconociera.

Parpadea. No contaba con que lo supiera. Se queda boquiabierto, sus labios forman un pequeño círculo de sorpresa.

Entonces, justo cuando creo que lo he atrapado, hace algo inesperado.

Sonríe.

—Ah, ¿es eso? Siempre lo hago en los bailes de Halloween. Se lo digo a todos los niños que se acercan a hablar conmigo.

Me quedo de pie, aunque siento como si me hubieran dado una patada en las espinillas. Trato de articular palabras, pero al final solo acierto a musitar:

—¿Qué?

—Puede verlo en mi Facebook, si no me cree. A lo largo de la semana pasada, en todos los bolos de Halloween a los que fui lo

mencioné un montón de veces, hice que los niños se intercambiasen las máscaras y eso.

—Pero... pero ¿por qué?

Se encoge de hombros.

—Solo porque es divertido, ¿no? Un poco de diversión. Una broma, cariño, eso es todo. Pregunta a los otros niños del baile de anoche, se lo sugerí al menos a media docena.

—Mientes —le digo.

Quiero que sea mentira. Necesito que sea mentira. Tiene que ser él quien la tiene.

Si no es él, entonces no estoy más cerca de encontrar a mi hija.

Y el tiempo se acaba.

—Como te digo, cariño, ve a mirar Facebook. Y ya que estás, sígueme, me vendría bien un empujón.

Comprueba el temporizador de su equipo y vuelve a la cabina.

—Pero hazme un favor, ¿vale?

Me mira de arriba abajo por tercera vez. Esta vez no hay nada más que desprecio.

—No te molestes en venir a North Queensferry, ¿vale? Las zorras psicópatas no son lo mío.

24

SASHA

Tamborileo aceleradamente por la impaciencia mientras espero a que se abra la puerta. Hay un perro dentro, volviéndose loco. El fuerte golpeteo de unos pasos que se acercan sugiere que alguien va a abrir la puerta en breve.

Inclino la cabeza hacia atrás y miro las nubes que se ciernen encima de mí, cubren la ciudad como una manta. Puede que llueva. Eso me gustaría.

Se abre la puerta.

—Qué rápido.

Es una mujer. Hay un tono de impaciencia en su voz, como si ya estuviera harta de mí antes incluso de conocerme. Es algo que duele, pero intento pasarlo por alto.

—Lo siento —le digo, y le sonrío—. Estaba mirando hacia arriba. No miramos lo suficiente hacia arriba, ¿verdad? Me refiero a nosotros como especie. Deberíamos mirar hacia arriba más a menudo.

Parece desconcertada por la pregunta. Ya me ha decepcionado.

—¿Has olvidado algo? —pregunta.

Detrás de ella se ve a un niño que está sentado en un puf, encorvado, con la mirada fija en la pantalla y los pulgares frenéticos sobre los botones y palancas de un mando de videojuegos.

Parece que Elizabeth se me ha adelantado.

—No —le digo—. Supongo que te refieres a otra persona. —Señalo mi cara y giro el dedo—. Mi hermana. Se parece a mí, pero no es tan guapa. Es como un ratón.

Muestro los incisivos, como si fuera a mordisquear algo. Queso. Comen queso, ¿no? ¿O eso es solo en los dibujos animados?

—Probablemente estuviese llorando —continúo. La idea me divierte—. ¿Estaba llorando?

Apostaría a que estaba llorando.

—Pero ¿qué...?

Me mira a la cara, como si jugase a encontrar las diferencias. No debería ser algo difícil. Mi hermana y yo nos parecemos, pero no es necesario fijarse mucho para distinguirnos. Se nota en los ojos. En el modo de andar. En la postura.

Bajo la superficie, no podríamos ser más diferentes.

—No entiendo nada —concluye al fin.

Le aseguro que no pasa nada. No tiene por qué entenderlo. Basta con que me deje hablar con su hijo.

Se niega. Ese es su primer error.

Intentar cerrarme la puerta es el segundo.

El perro, encerrado en otra habitación, se vuelve más loco incluso cuando entro a la fuerza, con una mano en su garganta y la otra dedicada a cerrar la puerta y el cerrojo una vez hemos entrado.

—¿M... mamá?

El niño que estaba sentado en el puf estira el cuello todo lo que puede para ver mejor, y sus dedos ahora están congelados en el mando. Parece asustado y confundido mientras empujo a su madre, que se resiste, hacia el sofá y la sujeto allí, y la inmovilizo.

¿Cómo no iba a estarlo? ¿Cómo no iba a tener miedo de mí?

No quiero hacer esto. De verdad que no. Digan lo que digan, no soy un monstruo.

Pero Hollie está en peligro, y no puedo confiar en mi hermana para que la traiga de vuelta a casa.

Aunque haya estado aquí, aunque crea que le han contado todo, es más que probable que no haya sido así. Tal vez le hayan ocultado cosas. Tal vez le hayan mentido.

A mí no me mentirán.

Apunto al niño con el dedo, y luego al sitio del sofá junto a su madre. A ella le he tapado la boca con la mano abierta, para que no haga ruido. Se retuerce, me da manotazos, y también patadas, pero no tiene espacio para darse impulso, así que no me cuesta contenerla.

—Tú. Siéntate aquí. Ahora —le digo al niño.

El perro se lanza contra el otro lado de la puerta, su silueta aparece como una mancha grande y difusa más allá del cristal esmerilado.

El niño le lanza al perro una mirada desesperada, como si fuera su mejor baza para salvar a su madre. Para salvarse a sí mismo.

—Si se te ocurre hacerlo, le sacaré los ojos a tu madre y te los haré comer —le digo.

Sin embargo, para decirlo mantengo un tono de voz suave y sonrío. Después de todo, no quiero traumatizar al pequeño. A menos que no me deje otra opción.

No estoy segura de que el enfoque parezca muy eficaz. Ya ha comenzado a sollozar mientras deja el mando. Se lleva la mano a la entrepierna y el olor a orina fresca impregna el aire.

—Vaya, mira lo que has hecho ahora, bizcochito —le digo, y señalo la mancha oscura en la parte delantera de sus pantalones. Vuelvo a señalar el sofá—. Siéntate ahí. No tengas miedo. Esto terminará en un santiamén.

Lentamente, con lágrimas y orina goteando por su cuerpo, se levanta y deja el mando del videojuego. En la pantalla, su personaje muere de forma sangrienta y dolorosa bajo una lluvia de balas de ametralladora.

Acentúo más si cabe la sonrisa mientras contemplo cómo se sienta en el sofá junto a su madre. Esta se sumerge en sollozos y gemidos ahogados, como si tuviera demasiado miedo de lo que pudiera pasarle al niño como para seguir resistiéndose.

Buena chica. Chica lista.

—¿Hay alguien más en la casa? —pregunto.

Ella niega con la cabeza. Miro al chico de modo deliberado.

—¿Estás diciéndome la verdad?

Ella asiente con la cabeza, o al menos lo intenta en la medida en que mi agarre se lo permite. Le concedo el beneficio de la duda.

—Bien. Ahora voy a quitarte la mano de la boca. Si gritas, pides ayuda o haces algún ruido, le rebanaré el cuello a tu hijo. No me apetece hacerlo, pero lo haré si es necesario. ¿Entendido?

No discute. Solo extiende las manos hacia las de su hijo y asiente, con los ojos llenos de lágrimas que le resbalan por la cara y no dejan de hacerme cosquillas entre los dedos.

—Mírame —le digo, aunque ella no ha hecho otra cosa en todo este tiempo—. ¿Crees que lo haré si es necesario?

Ella asiente. Sin dudarlo.

—Bien —digo.

Luego le quito la mano de la cara, me la limpio en el muslo de sus vaqueros y me coloco inclinada hacia ellos, mirándolos.

—Bien. Comencemos. En primer lugar, me gustaría disculparme por todo esto. No es así como me gusta comportarme, pero a veces es necesario. Como hoy, por ejemplo. Como ahora mismo.

Están acurrucados el uno junto al otro, sin dejar de temblar, con los brazos de ella envueltos alrededor de él como gesto protector. De repente, se me ocurre lo bonita que quedaría esa imagen, y enmarco la escena con los dedos y los pulgares, y hago clic como si hubiera pulsado el obturador.

—Esta es de las que merecen que las conserven —les digo.

—¿Qué estás haciendo? —susurra ella—. ¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres?

Resoplo y vacío las mejillas. Una risita seca me hace cosquillas al brotar en la garganta.

—Vaya. Ahora sí que haces preguntas. Quiero muchas cosas, pero no te aburriré con una lista. Aunque ahora mismo, más que ninguna otra cosa, solo quiero recuperar a mi sobrina.

—¿Tu sobrina?

—Quiero que me cuentes todo lo que sabes sobre lo que pasó anoche.

Casi me escupe las palabras.

—Ya he contado...

—No lo que le dijiste a ella. No me importa lo que le hayas contado —la corto—. Quiero que tú me lo cuentes a mí. Y necesito que me lo cuentes todo. Sin ocultar nada. Sin mentiras. Todo.

Miro la pantalla del televisor. Una cuenta atrás indica que son los últimos segundos de vida del personaje moribundo.

Se me ocurre una idea. Una idea horrible, deleznable. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Pero, a veces, las necesidades obligan. Como hoy. Como ahora.

—Y para asegurarme de que me dices la verdad —digo, al mismo tiempo que me vuelvo hacia madre e hijo—, vamos a jugar un poco a un jueguecito.

25

ELIZABETH

Sasha le habría hecho hablar. No habría dejado que la despreciara así, ni habría aceptado volver al coche con las mejillas ardiendo y el rabo entre las piernas. Sasha encuentra la forma de conseguir lo que quiere de la gente.

Quizá aún lo consiga. Quizá aparezca allí en cualquier momento, irrumpa en el festival y saque a ese horrible cabronazo grasiento de la carpa agarrado por lo poco que le queda de pelo.

No obstante, espero que eso no suceda. Eso, como Sasha, sería demasiado ruidoso. Atraería la atención de un modo u otro.

Mejor ser inteligente. Mejor actuar con calma. Por ahora.

Me siento al volante, observo por el retrovisor cómo Darren carga su equipo de DJ en la parte trasera de una furgoneta Ford vieja y destartalada. Nadie lo ayuda, de modo que le toca dar tres viajes de ida y vuelta por el terreno, cargado con varias cajas y bolsas de plástico llenas de cables y enchufes, viajes en los que enciende los cigarrillos con las colillas de los anteriores.

No hace calor, pero suda tanto que se ve sin problema una mancha oscura en la espalda de su camiseta promocional de «Las canciones cursis de Darren». Juraría que puedo olerlo desde aquí.

Aunque puede que solo se trate del cadáver que hay en el maletero.

Por suerte, el policía ya se ha marchado a otra parte. De haber estado allí cuando regresé sin ningún niño podría haber sospechado, incluso haberme hecho preguntas incómodas.

Mejor no tener que lidiar con eso en este momento. Si todo va bien, me habré ido antes de que esté de vuelta.

—Vale, venga. Allá vamos. Tú puedes. Hazlo.

Me susurro unas palabras de ánimo, para estimularme a mí misma, y luego acciono el arranque del motor mientras Darren cierra de un portazo las puertas traseras de su furgoneta y avanza a pesados pasos hacia el lado del conductor.

Calculo el momento para que el arranque de mi motor coincida con el cierre de su puerta, y así lo enmascare. Si me oye o nota que pasa algo, no da muestras de ello. Observo, con la mano en la palanca de cambios, el pie en el embrague, mientras baja la ventanilla, tira una colilla al viento y arranca con parsimonia, con mucho cuidado de no golpear los coches aparcados a ambos lados de la carretera, que ha quedado convertida en un estrecho pasillo.

En voz baja, cuento hasta cinco, luego pongo el coche en marcha atrás y empiezo a seguirlo. Casi de inmediato me doy cuenta de mi error. Debería haber dado la vuelta en cuanto regresé. Eso habría aumentado las posibilidades de que me viera, pero podría haberlo solucionado con cierta discreción o haberme escondido en la parte de atrás.

Ahora tengo que dar la vuelta en el aparcamiento abarrotado, mientras los niños y sus padres cruzan delante y detrás de mí sin preocuparse por nada.

—Maldita sea —susurro.

La furgoneta de Darren ya está a mitad de camino de la carretera principal. Si llega allí antes de que pueda alcanzarlo se escapará entre el tráfico de la tarde del sábado.

No hay lugar para precauciones. No hay tiempo que perder. Rodeo con un brazo el asiento del copiloto, estiro el cuello para mirar atrás y piso el acelerador. El coche da un bandazo hacia atrás, el motor gime en señal de protesta y las ruedas muerden el suelo de piedra caliza del aparcamiento.

Ha puesto los intermitentes de la izquierda. Reduce la velocidad para girar. No voy a llegar a tiempo. Si no me doy prisa, escapará.

Estoy tan concentrada en él que apenas oigo el pitido del sensor de marcha atrás que avisa desde el salpicadero. Sí oigo, sin embargo, el crujido que precede a la parada repentina y brusca.

El impacto me lanza contra el asiento, me deja el hombro dislocado y me quita el aliento debido al fuerte y repentino golpe.

—¡No! ¡No, no, no, no!

No puedo verlo, pero sé lo que he golpeado. Uno de los bolardos que bordean el aparcamiento ha abollado la parte trasera del coche. Veo la abolladura en la tapa del maletero, donde se eleva el metal hasta formar una cresta justo en el centro, como si se estuviera doblando para intentar abrirse.

—¡Mierda!

La caja de cambios chirría cuando meto la primera. Estoy a punto de salir del aparcamiento a toda velocidad, pero piso el freno justo a tiempo para evitar atropellar al policía de antes. Está a solo unos metros delante de mí, y me hace señas para que apague el motor.

Más allá, a varios cientos de metros, la furgoneta de Darren se une a la interminable procesión de tráfico que se dirige hacia el

centro de Edimburgo.

Sin decir nada, el policía saca su libreta, anota mi matrícula y se dirige hacia el lateral del coche.

—¿Está bien, señora? —pregunta.

Hay un ligero tono sarcástico en su voz que provoca unas ganas irrefrenables de gritarle. Pero me trago el impulso. Apenas puedo controlar el temblor de la mano mientras busco el mecanismo para bajar la ventanilla.

—Hola. De nuevo. Lo siento, agente, es que... No he visto el bolardo.

—Eso es evidente —coincide.

Se inclina hacia delante y mira los otros asientos del coche, todos vacíos.

—¿No ha encontrado a su hija? —pregunta. Su mirada se cruza con la mía. Levanta una ceja—. ¿O está en el maletero?

El corazón me late a un ritmo irregular. Una ola de calor punzante me sube por el cuello y la cara.

—Ja. No. No hay nadie en el maletero —le digo.

Mi voz es demasiado débil. Las palabras salen demasiado rápido. Sus ojos recorren mi cara, como si buscaran algo. Se da cuenta de que algo va mal.

Dios mío. Lo sabe. ¿Lo sabe? ¿Cómo puede saberlo?

Al fin, inhala.

—Claro. Bueno, espero que no, por su bien.

Da un paso atrás y con un gesto de la mano me indica que salga del coche.

Ahora ya no está en medio del camino. La carretera delante de mí está despejada. Podría limitarme a pisar a fondo el acelerador. Tan

fácil como irme, conducir.

Pero él tiene la matrícula. Su coche está colocado en la dirección correcta y sigue intacto. ¿Hasta dónde podría llegar?

—Señora —dice—. ¿Puede salir del vehículo, por favor?

—Lo siento, estoy un poco alterada —digo mientras me desabrocho el cinturón de seguridad.

—Seguro que sí, señora. ¿Tiene ahí su carné de conducir?

Estoy bastante segura de que debe de estar en la guantera, debajo del señor Floppsity. Pero niego con la cabeza y murmuro una disculpa.

—Me he dejado el bolso en casa.

—En casa. Claro. ¿Y dónde está eso? —pregunta—. ¿Es usted de aquí?

Una voz interior, enterrada en lo más profundo, me insta a mentir. La burbuja de ansiedad que sube por mi garganta lo hace imposible.

—Edimburgo, sí. Stockbridge.

Silba entre dientes.

—Qué bonito. ¿Cómo se llama?

La voz me grita. Estoy demasiado aterrorizada para hacer lo que me dice, pero él repara en mi vacilación.

—¿Su nombre, señora? —dice, en un tono más oficial que antes.

—Elizabeth. Jones. Elizabeth Jones —murmuro.

Media docena de personas han ralentizado el paso hacia sus coches, y miran y escuchan. El policía escribe mi nombre en su libreta y luego señala a uno de los curiosos con la punta del bolígrafo.

—Circulen, señores. Aquí no hay nada que ver —les dice, y todos aceleran el paso, como si se hubiera pulsado un botón de avance

rápido para todo el cosmos.

Toma algunos datos más —la dirección completa y la fecha de nacimiento— y luego saca un alcoholímetro y me ordena que sople.

—¿Es realmente necesario? Solo he tenido un... choque.

Mira el maletero y el plástico destrozado del parachoques que yace hecho trizas por el suelo.

—Es algo más que un choque, señora. Y sí, lo es. Una respiración larga y profunda, no pare hasta que se lo indique.

Esa vocecita molesta se transforma en un silencio hosco y despectivo mientras yo obedezco. El esfuerzo de soplar me hace sentir mareada y tengo que apoyarme en el techo del coche un momento mientras él espera los resultados.

—Bien. Buenas noticias. Ha pasado la prueba con nota —dice, aunque no sé muy bien si está contento o decepcionado.

—Genial. Quiero decir, sí. Por supuesto —respondo—. Entonces ¿puedo irme?

—¿Irse?

Señala con el pulgar por encima del hombro.

—¿En esto? No lo creo.

Intento argumentar, cualquier excusa me sirve, pero se me atraganta cuando se da la vuelta y se dirige a la parte trasera del coche, por lo que me veo obligada a correr tras de él.

Los daños son graves. Más o menos un tercio del parachoques se ha astillado en el punto del impacto y la matrícula cuelga de un lado.

Pero lo peor, mucho peor, es el pliegue en el metal de la tapa del maletero. Empieza justo a la derecha del tirador y se extiende en vertical hacia arriba. Reproduce la forma del bolardo.

Sin embargo, el impacto debe de haber hecho rebotar el coche hacia delante, porque hay unos centímetros de espacio entre el hormigón y el metal.

Pasa la mano por los daños y, cuando sus dedos rozan el maletero, el pánico me recorre como lo haría un rayo. Veo el destello de un cuerpo, atado y encintado. También de una celda, y yo estoy dentro.

De Hollie y de todos los terribles futuros que podrían aguardarle.

Desde la parte delantera del coche, incluso por encima del ruido de los niños que gritan al otro lado de la valla, me llega el sonido del teléfono. Está apoyado en su soporte en el salpicadero. La pantalla está encendida, pero no puedo ver quién llama.

Doy un paso, pero una advertencia del policía me detiene.

—Eh, eh. Déjelo. Puede esperar —me dice.

Señala con la cabeza hacia el maletero. Siento que se me va toda la sangre de la cara. Vuelvo a sentirme mareada y me apoyo en el coche para mantenerme en pie. Sé lo que va a pasar. Sé lo que me va a pedir.

Y sé lo que eso significa.

—¿Le importaría hacerme un favor, señora? —dice el policía.

Da un paso atrás para dejarme espacio. El teléfono suena cada vez más fuerte, más insistente.

—¿Le importaría abrirme el maletero?

26

ELIZABETH

Ha pasado una eternidad desde que el policía habló. Ahora se limita a mirarme. Escrutarme. Analizarme. A la espera.

Tengo que hacer algo. Lo que sea. Cualquier cosa que no implique abrir el maletero y mostrarle al hombre muerto, retorcido y encogido en su interior.

El teléfono no deja de sonar. Él no deja de mirarme. De vigilarme. Mi mente ahora está en blanco, pero tengo la cabeza abarrotada, como si hubiera un huracán que la arrasara, destrozase mis pensamientos e impidiera ordenarlos.

—¿Perdón? —digo.

Es un patético intento de ganar tiempo.

El teléfono suena una vez más y luego se detiene. Mientras mi cerebro intenta a la desesperada encontrar una excusa para no abrir el maletero, una parte de él está atento al sonido de un nuevo mensaje de voz.

No llega. Quienquiera que llamara, no ha dejado ningún mensaje.

—El maletero, señora. Ábralo —dice.

Esta vez no es una petición educada. No me lo pide, me lo ordena. No me da opción.

Debería decírselo. Contarle lo de Hollie. Contárselo todo. Afrontar mi destino.

Pero ¿cómo puedo hacerlo cuando eso podría condenarla a un destino mucho peor?

Deslizo la mirada hacia la abolladura en el metal y hacia el tirador que hay justo al lado.

—Yo... no estoy segura de que sea buena idea —digo, y me trago las ganas de gritar y vomitar.

Mete los pulgares en su chaleco antibalas y se apoya en una cadera. Levanta tanto las cejas que desaparecen bajo la visera de la gorra.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Es solo que... ¿No podría ser peligroso?

—¿Peligroso?

Piensa en ello durante un rato. Me evalúa con la mirada.

—¿Hay algo en el maletero, Elizabeth?

Escuchar mi nombre de su boca me resulta chocante. Me recuerda, una vez más, quién tiene todas las cartas en la mano. Él tiene mi nombre, mi dirección, mi identidad.

Esa molesta voz de mi cabeza me susurra, y subraya que él aún no le ha pasado información alguna a nadie. Vuelvo a reprimir ese pensamiento, demasiado asustada incluso para contemplar sus posibles implicaciones.

—No —digo. Suena poco convincente, incluso para mí, pero persevero—. No hay nadie. Nada, quiero decir. No hay nada.

Esta vez, me mira durante cinco largos segundos. Luego, sin apartar la mirada de mí, lleva una mano a la porra extensible que cuelga del cinturón.

—Voy a pedirle de nuevo que abra el maletero, Elizabeth —dice.

—No hay nada ahí —insisto. Intento sonreír, pero los músculos de mi cara han olvidado cómo se hace—. Es solo que... Lo que me preocupa es que, si lo abro, se estropee más aún.

De pronto da un paso adelante. Retrocedo, como si fuera a pegarme, pero, en lugar de eso, agarra el tirador y no puedo hacer otra cosa que mirar cómo se abre la tapa del maletero y empieza a levantarse.

No puedo ver el interior, solo la expresión de sorpresa en su rostro.

—Puedo explicarlo —empiezo a decir, pero una mirada suya me silencia. Me llama con un gesto de la mano y mis pies se arrastran hacia él, incapaces de hacer otra cosa que obedecer dócilmente.

—Vaya, vaya, vaya —dice—. Está de suerte.

El enorme y vacío abismo del maletero del coche se abre justo debajo de mí. Un agujero profundo y oscuro en el que casi podría caer.

—Los daños parecen ser más que nada estéticos —dice. Deja de acariciar la porra con la mano y la pasa por el borde metálico del maletero—. El chasis parece intacto.

Sé que no deja de hablar, pero las palabras ahora son solo sonidos vacíos que zumban a mi alrededor como moscas.

Está vacío. El maletero está vacío. Lo único que hay dentro son las antenas del disfraz de mariposa de Hollie y un bidón de gasolina medio lleno.

¿Cómo es posible?

Que nadie me malinterprete, no me quejo, pero no lo entiendo.

Hago el gesto de tragar saliva, pero tengo la boca tan seca que casi me ahogo.

—Entonces ¿puedo irme? —lo interrumpo, sin escuchar lo que estaba diciendo.

—Oh, no creo, no —dice, y luego se inclina y levanta la pequeña bandeja que cubre el fondo del maletero.

Todo mi cuerpo se tensa. El espacio debajo de la repisa solo tiene unos centímetros de profundidad, por lo que la única forma de esconder un cadáver allí sería después de haberlo pasado por una licuadora industrial; aun así, sigo aterrorizada por lo que podría aparecer.

Hay un par de herramientas y un bote de aire comprimido que se puede usar para inflar un neumático pinchado en caso de emergencia.

El policía apenas presta atención a esos trastos y, en cambio, pasa la mano por el interior, acaricia con los dedos el metal que está a la vista.

—Pero ha tenido suerte. Podría haber sido mucho peor. Puedo llamar a una grúa para que remolque el coche.

No. No puedo permitir que eso suceda. Necesito el coche. Lo necesito para encontrar a Hollie.

Aprieto los dedos y al hacerlo me clavo las uñas en la palma de las manos, para que me obligue a concentrarme. A calmarme.

—Eso..., eso llevará mucho tiempo, ¿no?

Señalo la carretera de entrada, bloqueada por los coches aparcados a ambos lados.

—Tendrá que moverlos todos.

Mira hacia donde apunta mi dedo y veo que no le gusta lo que ve.

—Tendrá usted que pedirle a la gente que los mueva, y el DJ ya no está. Ni siquiera pueden anunciarlo por su micrófono.

Casi alcanzo a escuchar cómo todo esto da vueltas en su cabeza. Comienza a imaginar todo el esfuerzo que va a suponer esto.

—¿No hay ningún garaje cerca al que pueda llevar el coche? Así nos ahorraríamos todo ese lío. Seguro que hay alguno en Musselburgh, ¿no? Podría conducir hasta allí y luego volver a casa en un taxi. Usted mismo ha dicho que solo es superficial. La estructura no está dañada. Se puede conducir sin peligro de aquí a la vuelta de la esquina, como quien dice, ¿no? Podría hacer eso y nos ahorraríamos todos un montón de problemas.

Comienzo a hablar por los codos. Me esfuerzo demasiado. Aun así, él aparta la mirada de la carretera y se gira hacia mí, sin dejar de morderse con aire pensativo el labio inferior.

La voz molesta de mi cabeza se calla de una vez. Los músculos de la cara se acuerdan al fin de cómo sonreír.

—¿Y bien? —empiezo a decir, al tiempo que hago tintinear las llaves del coche—. ¿En qué quedamos?

27

ELIZABETH

Han pasado ya casi cuarenta minutos cuando aparco en la calle donde está el local del DJ. El policía me ha vigilado a lo lejos hasta el final de la calle, así que no he tenido más remedio que girar a la derecha, en dirección a Musselburgh, y luego tomar la carretera de la costa, más larga, para volver a Edimburgo.

Mientras conducía, miraba por el retrovisor y vi la silla infantil de Hollie en el asiento trasero. Verla vacía, su recuerdo, fue un puñetazo en el estómago. Sentí una mano helada en la garganta que me impedía tragar. No podía respirar.

Luché contra ello, parpadeé sin parar para contener las lágrimas, hasta que llegué aquí. Ahora.

No tenía ni idea de adónde podría haber ido Darren, y lo único que se me ocurrió fue volver aquí, al polígono industrial, con la esperanza de que Darren aún no hubiera arrancado camino de su trabajo nocturno al otro lado del puente, en North Queensferry.

Ya había buscado en Google una lista de pubs de la zona en las paradas de los semáforos, por si después de volver al polígono no lo encontraba.

Pero ha sido un esfuerzo fútil. Ahora mismo tengo enfrente su furgoneta aparcada en la carretera, justo delante del local con su letrero en la parte delantera.

Lo tengo.

Miro el teléfono y vuelvo a marcar el último número al que llamé. Es el número desde el que me enviaron la foto de Hollie.

El mismo número que intentó ponerse en contacto conmigo mientras hablaba con el policía fuera del coche. No dejaron ningún mensaje de voz, no enviaron más mensajes de texto y cada intento de devolver la llamada solo me lleva al mismo tono de llamada que antes.

He pasado la mayor parte del viaje hasta aquí evitando pensar en las consecuencias que acarrearía para Hollie no prestar atención a esa llamada.

Lo intento, pero no lo consigo. Ha muerto al menos de media docena de formas diferentes entre Musselburgh y aquí, cada una peor que la anterior.

La calle sigue prácticamente desierta. Apago el motor, echo el freno de mano y salgo a la acera. Son más de las cinco de la tarde en Escocia en noviembre, por lo que la noche ya ha caído casi por completo. Solo las farolas y algún que otro destello lejano de fuegos artificiales se alzan contra ella, y yo me escabullo entre charcos de luz y oscuridad mientras regreso al edificio del DJ.

Una franja de luz amarilla pinta la acera al pie del cierre metálico. Dudo ante ella, atenta a cualquier sombra que se mueva en el interior.

Nada.

La pequeña ventana panorámica junto a la puerta también deja ver luz, pero lo que creía que era suciedad en el interior resulta ser una lámina de plástico esmerilado pegada a la superficie del cristal. Es imposible distinguir ningún detalle, pero sí puedo ver el brillo de

una pantalla de ordenador y tengo la sensación de que hay alguien que se encuentra delante de ella.

Darren está ahí dentro. Es mi oportunidad.

Vuelvo rápidamente al coche, abro el maletero dañado y levanto la alfombrilla del fondo. La llave metálica está fría al tacto. Hay un ligero indicio de condensación en las microscópicas gotas de agua que la cubren, debe de haber un pliegue recién formado en el metal que, por lo visto, permite que se cuele la humedad.

Ya equipada, vuelvo a la oficina del DJ y me detengo en la puerta para ordenar mis ideas y trazar un plan. ¿Cómo debo actuar? ¿Debería llamar? ¿O sería mejor romper el cristal, abrir el pestillo desde dentro y entrar a la fuerza?

¿Qué le digo? ¿Qué estoy dispuesta a hacer si no me dice dónde está Hollie? ¿Hasta dónde me atreveré a llegar?

Mi corazón comienza a latir con fuerza al pensar en todo esto. Y, más incluso, si me da por pensar que tal vez me haya dicho la verdad. Podría no tener nada que ver con la desaparición de Hollie y no tener ni idea de dónde está.

Y entonces ¿qué?

Aparto ese pensamiento, levanto la mano para llamar, pero cambio de idea y me preparo para golpear el cristal con la llave de cruz.

Solo entonces recuerdo el pestillo y el candado de la puerta. El candado no está y el pestillo está abierto.

Con el arma preparada, giro el picaporte y la puerta se abre con un clic.

Abierta.

Y un momento después estoy dentro.

Pero ahí se acaba mi suerte. La puerta principal da a un pequeño vestíbulo del tamaño de una cabina telefónica, con una segunda puerta justo enfrente y un estrecho armario a la derecha.

Oigo que algo se mueve en la puerta frente a mí, pero hay una cerradura junto al pomo y no hay ventanas que romper. Si la ha cerrado con llave y decide no abrir, la única manera de entrar será derribando la puerta. Parece demasiado sólida para eso. Y yo soy demasiado débil.

Pero tengo que saber qué hay ahí dentro. Tengo que saber si tiene a mi hija.

Me agacho junto a la puerta, e intento ver algo a través de la cerradura. Pero está bloqueada, o bien con una llave, o bien con algún tipo de tapa. Al estar tan cerca puedo oírlo respirar en la habitación de al lado. Respira con dificultad, con un sonido áspero. Ese sonido hace que la piel de la nuca se me erice de forma nauseabunda.

Me tiemblan las manos mientras me levanto y alcanzo el picaporte. Una sensación de pavor se apodera de mí y me oprime las entrañas.

Acciono el picaporte. Despacio. Con cuidado. La respiración gutural y entrecortada continúa, ininterrumpida.

Está demasiado concentrado en lo que sea que esté haciendo como para oírme.

Aprieto los dedos con fuerza en torno a la llave de cruz mientras empujo la puerta con el hombro, ejerciendo una ligera presión.

Para mi alivio, cede unos centímetros.

Su siguiente respiración tiene un tono interrogativo, y el pánico que me invade cuando pienso en la perspectiva de que corra a

bloquear la puerta me impulsa a actuar. Empujo hacia dentro, grito como una bestia salvaje y blando el arma improvisada como si fuera una maza medieval.

Él grita asustado, me mira con ojos desorbitados mientras se levanta de la silla del ordenador con una mano todavía envuelta alrededor de su pene erecto y la otra que busca frenéticamente sus vaqueros.

Sin embargo, no son sus ojos los que me llaman la atención. Al contrario, centro la mirada en los de una niña rubia con hoyuelos en las mejillas. Aparenta la misma edad que Hollie, nueve años, quizá diez, pero con el pelo rubio brillante recogido en dos coletas a ambos lados de la cabeza.

Me sonríe radiante desde el otro lado de la habitación, con el rostro iluminado por la emoción.

A su lado, en la pantalla, está Darren, bajo el haz de las luces de discoteca que dejan la mitad de su rostro en sombra y tiñen la otra mitad de un tono rojo diabólico.

Reconozco la carpa que hay detrás de él y la hierba bajo los pies de la niña. La foto es reciente. Esa foto se ha tomado en el festival. Es de hoy mismo.

—No es lo que parece —balbucea, y se abrocha el cinturón sin demora.

El montón de papel higiénico y la botella de aceite para bebés que hay sobre la mesa, junto al teclado, me dicen lo contrario, lo condenan como el mentiroso que es.

Y como algo mucho mucho peor.

—Dios mío. Dios mío, pero ¿qué estás haciendo? —grito—. ¿Qué has hecho? ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está Hollie, monstruo

enfermo?

Se tambalea al avanzar hacia mí, sacude la cabeza con tanta fuerza que sus mejillas flácidas tiemblan como si estuvieran llenas de agua.

—Te lo he dicho ya: nada. ¡No he hecho nada! No tocaría a las niñas. No lo haría. No es lo que parece, lo juro.

Está a medio metro de mí y cada vez más cerca, con las manos crispadas y la cara roja. La sonrisa desdentada de la niña de la pantalla parece arrancarme todo el ánimo.

Muevo el brazo de la llave de cruz con fuerza y rapidez, hasta describir un amplio arco justo cuando su cabeza entra en mi campo de visión.

Él se agacha. No. ¡No!

Siento sus dedos en mi muñeca. Su peso se cierne sobre mí, me rodea, me presiona, me aplasta. El hedor a tabaco y sudor vuelve a invadir mis fosas nasales. Me ahoga.

Veo un puño. Demasiado tarde. ¡Demasiado tarde!

El dolor, como la onda expansiva de una explosión, estalla en mi mejilla, me llena la cabeza de ruido y en la boca todo adquiere el sabor metálico de la sangre. El suelo se convierte en arena movediza bajo mis pies, que me succiona, me arrastra hacia abajo.

Caigo al suelo, y luego lo atravieso.

Y sigo cayendo, abajo, más abajo, siempre abajo, hacia la oscuridad helada y asfixiante.

28

ELIZABETH

Oscuridad.

Frío.

Silencio.

Pero no dolor. En realidad, no. Todavía no.

De hecho, solo la nada.

Estoy muy por debajo de la superficie de un lago, vasto e infinito, aislada del mundo exterior. A demasiada profundidad. Demasiado lejos para que alguien pueda alcanzarme.

La luz, o al menos un atisbo de esta, parpadea y se mueve veloz por la superficie, me atrae hacia arriba, como una polilla hacia la llama.

Oigo un sonido, apagado pero apremiante. Un gemido. Un grito.

No soy yo. Eso creo, al menos, aunque el peso y la presión de la oscuridad que me rodea me impiden estar segura.

¿Hollie? ¿Es Hollie? ¿Me está llamando? Nado hacia arriba, a través de la oscuridad.

El sonido se hace más fuerte, más claro, se torna más agudo en un crescendo que me impulsa hacia arriba inmersa en una corriente ascendente de burbujas, de vuelta hacia la superficie, de regreso hacia la luz, el retorno hacia la conciencia y lo que pueda esperarme allí.

Al salir a la superficie todo mi cuerpo sufre una violenta sacudida, abro los ojos de golpe e intento defenderme a puñetazos.

Mis nudillos golpean un cristal. Es ahí cuando llega el dolor, más intenso y acuciante que el sordo latido en el lado de la cara.

Estoy en un coche.

No.

Estoy en *mi* coche. Tumbada en los asientos traseros, con las piernas dobladas de forma incómoda para que quepa entre las puertas traseras.

La sillita infantil de Hollie está en el suelo, encajada en posición vertical. Vacía. Ella no está aquí.

Hay un olor que, al principio, no reconozco, pero que mi cerebro confuso se apresura a identificar.

Humo.

De repente, los gritos son ensordecedores. Llenan el coche mientras un camión de bomberos pasa a toda velocidad a pocos metros, con las luces encendidas y la sirena a todo volumen para anunciar su llegada.

A unos treinta metros delante de mí, a través del parabrisas, puedo ver las llamas que flamean desde la pequeña ventana panorámica de una nave industrial.

El polígono industrial de Darren, el DJ.

—Dios mío.

Agarro el tirador de la puerta y me detengo. Me late la cabeza mientras las afectadas sinapsis de mi cerebro intentan recuperarse.

Lo último que recuerdo es el puño de Darren que atravesaba el aire hacia mí y el dolor que explota en mi mejilla.

Y ahora...

Y ahora...

¿Cómo he llegado al coche? A juzgar por cómo me han tirado sin miramientos en el asiento trasero, no ha sido por mi propio pie. No puede haber sido Darren, ¿verdad? No me habría dejado inconsciente para luego arrastrarme hasta un lugar seguro, ¿no?

No. No tendría sentido. Pero ya nada tiene sentido.

Casi nada.

Hay una posibilidad, pero la idea me aterra. Me palpo el cuerpo y luego examino alrededor el interior del coche, en busca de una nota, pero no encuentro nada. Solo mi teléfono, apoyado en su soporte en el salpicadero, con la pantalla apagada.

Más allá, en la calle, un grupo de bomberos sale de su camión, ya se han puesto el equipo de protección y conectan las mangueras. El humo que sale del interior es espeso y negro. Se filtra a través de la ventana destrozada y se eleva por los huecos rojos incandescentes del techo plano del almacén.

¿Ha hecho Darren esto? ¿Ha prendido fuego al local para borrar sus huellas antes de escapar?

Me doy cuenta de que su furgoneta sigue ahí. Aparcada delante. No se ha movido.

No puede decirse que haya escapado.

Uno de los bomberos regresa al camión y sale de él con un hacha que, incluso desde esta distancia, parece pesada. Apunta con ella a un punto cerca de la manilla de la puerta y la blande. Una vez. Otra.

Tengo que entrecerrar los ojos al ver cómo cae el trozo de metal.

Un candado, creo.

El candado de Darren.

Debe de haberse ido y lo ha cerrado con llave.

Tiene que ser eso.

Si no es así...

No sé muy bien por qué, pero siento que mi mirada se dirige hacia el teléfono que sigue en el salpicadero. Lo llevaba conmigo cuando fui a enfrentarme al DJ. Alguien lo ha sacado de mi bolsillo y lo ha colocado aquí a propósito para que lo encuentre.

Me estiro entre los asientos delanteros y alcanzo el teléfono. Una furgoneta de la policía pasa a toda velocidad, lo que sacude mi coche y hace que me vuelva a esconder.

Observo, mientras mi aliento empaña el cristal, cómo la furgoneta se detiene detrás del camión de bomberos. Dos agentes de policía, un hombre y una mujer, salen a la carrera para ayudar, pero uno de los bomberos los insta a mantenerse alejados.

Estoy demasiado lejos y ellos están demasiado ocupados para reparar en mi presencia. Con un movimiento rápido me estiro por el hueco, agarro el teléfono y vuelvo a dejarme caer fuera de la vista, con el móvil apretado contra el pecho como si fuese algo precioso y frágil.

Miro a través del espacio que hay entre el reposacabezas y el asiento para asegurarme de que nadie mira en mi dirección. Si se han fijado en el coche, no parece preocuparlos ni lo más mínimo.

Con un toque y un reconocimiento facial, mi teléfono se enciende y se desbloquea, y enseguida aparece una foto que no reconozco. Parece que la hubieran tomado por accidente, ya que no se ve nada más que una parte borrosa del suelo y algo que podrían ser un par de pies.

Estoy a punto de deslizar el dedo para ver la siguiente foto cuando reparo en mi error. No es una fotografía lo que hay en la pantalla. Es

un vídeo.

Desde que pulso el botón de reproducción, tardo cinco o seis segundos en comprender qué tengo ante mí. Y, al hacerlo, aparto la pantalla y busco a tientas con el pulgar el botón que la deje de nuevo bloqueada.

Una bilis caliente y amarga me quema la garganta. Dentro del coche el olor a humo se filtra por las rejillas de ventilación, y tiñe el aire de tenues tonos grises.

Fuera, un poco más adelante, el fuego se abre como una flor a través del techo derrumbado del almacén de Darren.

Miro en silencio, horrorizada e incrédula, el teléfono que tengo en la mano, esos pocos segundos de vídeo esculpidos en mi memoria con líneas profundas y dentadas.

—Dios mío —susurro.

Mi voz suena ronca, ya que el humo empieza a afectarla.

Pero no. Eso no está bien. No ha sido Dios quien ha hecho esto. Ni mucho menos.

—¡Oh, Sasha!

Una lágrima recorre el contorno de mi hinchada mejilla.

—¿Qué has hecho?

29

SASHA

—¡Y ya estoy de vuelta! —anuncio, al tiempo que hago girar las llaves del coche de mi hermana entre los dedos—. Ahora que ella se ha quitado de en medio, podemos volver al trabajo.

Es gracioso verlo ahí abajo, en el suelo. Se agarra el muslo, cerca de la herida, pero siente demasiado miedo como para tocarla.

No lo culpo. Las rodillas no están hechas para doblarse así.

—Siempre se me dieron fatal las matemáticas —le digo, con un sollozo—. Nunca presté mucha atención. Me aburría muchísimo.

Sonrío, mientras un recuerdo me embarga.

—Una vez hubo un examen importante. Creo que era en cuarto curso y, en lugar de responder a alguno de los problemas, le estaba haciendo una paja a Robbie Maitland en la parte de atrás. En la parte de atrás del aula, quiero decir, no en la espalda. Su polla no estaba pegada a la columna vertebral, ni... Da lo mismo. ¿Sabes cómo se llama ese ángulo que forma tu pierna? ¿Obtuso? ¿Es eso? ¿Esa palabra existe? ¿Equilátero? No, eso es para los triángulos.

Le sonrío y el brillo de mis ojos arranca un sollozo de sus labios hinchados y ensangrentados.

—¿Intentamos hacer un triángulo, DJ Darren? —le pregunto, y me agacho para recoger la llave de cruz de Elizabeth.

Ha tenido suerte de que llegara justo a tiempo. Aunque la suerte no tuvo mucho que ver. Llevaba un rato a la espera, vigilante.

—Va a costar un poco —le digo, y levanto la barra de metal con ambas manos—. Pero si tú estás dispuesto, yo también.

—P-por favor. Por favor, lo siento. Lo siento. No me hagas daño. No sé nada, lo juro. Lo juro por Dios.

Me pongo un dedo en los labios para pedirle que se calle.

—Dios no te está escuchando —susurro—. Es un hombre muy ocupado. O... un ser. O lo que sea que sea. Solo estamos tú y yo, DJ Darren.

Dejo que lo asimile y luego le enseño lo que recogí en el coche. El sonido del líquido que chapotea atrae su atención.

—¿Sabes lo que es esto?

Se le desencaja el rostro. Intenta retroceder, se retuerce por el suelo, pero su pierna no le deja.

Y, además, no tiene adónde ir.

—¡Por favor, no, por favor! ¡No lo hagas! ¡Por favor!

Suspiro. Una profunda exhalación. De agotamiento.

—Te he hecho una pregunta, DJ Darren.

Golpeo el recipiente de plástico al ritmo de cada palabra.

—¿Sabes-lo-que-es-esto?

Comienza a faltarle el aire. Apenas puede articular palabra. Estoy segura de que, si no lo ha hecho ya, está a punto de hacerse algo encima.

Dos en un día. No está mal. Al menos, el anterior tenía la excusa de ser un niño de nueve años.

—G-gasolina.

—¡Ding! Un fuerte aplauso para DJ Darren, damas y caballeros —declaro.

Me giro y disfruto por unos instantes de los aplausos del público del estudio. Exprimo el momento todo lo que me resulta posible.

—La respuesta correcta es gasolina.

Me agacho a su lado, y hago que desaparezca mi sonrisa de presentador de concurso.

—¿Qué sabes de la gasolina, DJ Darren?

Niega con la cabeza, con la mirada fija en el bidón.

—Nada. N-nada.

—Claro que sabes. Vamos. Piensa. Dime algo. La gasolina es...

Asiento con la cabeza, para animarlo.

—¿Qué?

Las lágrimas y los mocos amenazan con ahogarlo. Una mancha oscura se extiende por la entrepierna de sus vaqueros y le gotea por el culo.

Lo sabía.

—Sí. La gasolina es húmeda —declaro.

Luego señalo la sombra de orina que se expande rápidamente.

—Buena respuesta. Pero ¿qué más?

Su respuesta es un galimatías que resulta indescifrable entre los sollozos. Para ayudarlo, agito una mano delante de mi cara; eso disipará el olor agrio de su orina.

—La gasolina es... ¿Qué más? Huele mal. Huele mal, ¿verdad?

Como sigue sin responder me hace perder los nervios. Me abalanzo sobre él, agarro un puñado de su fino y ralo cabello y le echo la cabeza hacia atrás.

—¿A que sí? —le escupo, porque las palabras salen de mis dientes apretados entre espumarajos.

Grita, aterrorizado: está en estado de shock y dolorido. Sobre todo, dolorido. Su respuesta estalla como una burbuja en sus labios.

—¡S-sí!

—Bien, ya son dos aciertos. Está en racha, amigos.

Le suelto el pelo y hago un gesto al público del estudio para que lo anime.

En la mesa, junto a nosotros, una niña con hoyuelos y un top corto observa en silencio.

—¡Qué público más difícil, DJ Darren! —le digo—. ¿Qué más? Podemos mejorar esto. Húmedo. Apestoso. ¿Qué más?

Traga saliva. Lo observo mientras intenta recomponer todas sus piezas rotas, entre respiraciones entrecortadas.

—Por favor. —Su voz es un susurro. Un jadeo—. No hice nada. No toqué a nadie. No lo haría. No lo haría, lo juro. Lo juro por Dios.

Me siento frente a él, con las piernas cruzadas en el suelo, pero mantengo la distancia con el charco que sigue extendiéndose y forma un foso entre nosotros.

—Oh, DJ Darren —suspiro—. Ya te lo he dicho, Dios no nos escucha. Estamos nosotros solos. Solos tú, yo, este bidón de gasolina y la verdad.

De repente, algo brota en mi cabeza.

—En realidad, esta es una idea genial.

Su mirada sigue el movimiento de mi mano mientras la meto en el bolsillo y saco el teléfono de Elizabeth. Ella querrá ver esto.

Bueno, es más que probable que, en sentido estricto, no querrá, aunque debería. Necesita verlo.

Y sí, la idea de cómo le horrorizará cuando lo vea me resulta muy graciosa.

Tiene el desbloqueo con reconocimiento facial activado, pero, dado que, para un ojo inexperto, nos parecemos mucho, el teléfono se activa sin problema.

Tarareo en voz baja mientras busco la aplicación de la cámara, luego pulso el icono de grabar, hago una dramática toma panorámica para revelar al DJ cubierto de sangre y empapado de orina en el suelo, y luego encuentro un lugar donde apoyar el teléfono que ofrezca el mejor plano posible donde aparezca todo lo que va a suceder.

—Para la posteridad —le informo—. Se lo daré a mi hermana. ¿Tal vez alguno de los tuyos que también quiera una copia? ¿Tu esposa?

Lo miro de arriba abajo y luego me centro de manera indisimulada en la niña de la pantalla de su ordenador.

—No. Lo dudo. ¿Tu madre, quizá? ¿Vives aún con ella? ¿Le gustaría tener una copia?

—Por favor. Por favor —suplica—. Te diré todo lo que quieras.

—Oh, lo sé, lo sé —le aseguro—. No te preocupes, si ya sé que lo harás.

Le sonrío, de forma cálida y amistosa, y vuelvo a tararear mientras quito la tapa del bote y saco el embudo de plástico de su soporte.

—¿Qué más?

—Mira, quizá... Quizá pueda ayudar. No le hice nada, te lo juro, pero quizá pueda ayudarte a encontrar...

—A mi sobrina. Oh, lo harás. Relájate.

Enrosco el embudo en su sitio, la parte superior del bote, con lentos giros, poco a poco y sin detenerme.

—¿Qué más?

Tiene la boca seca. La siguiente palabra suena como un hueso que se arrastra por el cemento.

—¿Qué?

—Húmedo. Maloliente. ¿Qué más es la gasolina?

Mi sonrisa se desvanece y mi rostro se vuelve frío, con una mirada carente de toda vitalidad. Tengo que morderme el interior del labio para no reírme.

—Última oportunidad, DJ Darren. Se acabó el juego.

No quiere dar la respuesta, pero algo en mi expresión lo obliga a hacerlo.

—In-inflamable.

Se echa hacia atrás ante la energía que muestro en mi respuesta.

—Ding, ding, ding. Ya tenemos ganador.

Le doy un último giro al embudo y lo fijo en su sitio.

—La gasolina es inflamable. ¿O quizá combustible? ¿Significan lo mismo? No sé cuál es cuál. Eso es algo que tendrás que averiguar tú. Sea como fuere, hemos entendido lo esencial.

Retrocedo un poco, me alejo del charco de orina que no deja de extenderse.

—Por Dios, DJ Darren, ¿cuánto has bebido? —le pregunto—. En todo caso, también podrías haber dicho «tóxica», pero has optado por «inflamable». Buena elección. Más espectacular visualmente.

Señalo el teléfono, que está apoyado y nos observa.

—A la cámara le va a encantar.

—Por favor, no, por favor. Yo no he hecho nada. Solo... Solo pensé que sería divertido que se intercambiaran los disfraces. Es algo que hago siempre.

Echa la cabeza hacia atrás, y me sigue con la mirada mientras me levanto.

—Cada Halloween, o en las fiestas de disfraces. ¡Pregúntale a cualquiera! ¡Por favor! ¡Por favor!

Inclino su monitor para que la chica de los hoyuelos lo mire frente a frente.

—Lo siento mucho, DJ Darren, no he entendido absolutamente nada de lo que acabas de decir. En realidad, no te escuchaba —le digo.

Con un movimiento brusco del brazo derramo unos chorretones de gasolina sobre sus piernas.

—Pero ahora sí que te escucho. Todos estamos atentos.

Señalo a la chica, al teléfono, al público del estudio, que permanece en silencio en algún lugar entre las sombras que hay detrás de mí.

—Así que te sugiero que nos lo cuentes todo.

30

ELIZABETH

Tiro el teléfono al asiento de al lado y bajo la ventanilla para que entre un poco de aire en el coche.

Ahora estoy a un kilómetro del polígono industrial, pero el olor a humo no ha dejado de impregnar el aire, incluso aquí.

Mi saliva es tan espesa que tengo que masticarla antes de tragarla. No puedo seguir viendo eso. No lo haré.

Me niego a ver cómo queman vivo a un hombre.

Porque no tengo ninguna duda de que eso es lo que iba a pasar. Aunque no hubiera visto las llamas salir del tejado del edificio, sé de lo que es capaz Sasha. Sé hasta dónde puede llegar.

No puedo mirar.

No lo haré.

Y, sin embargo...

¿Y si hay algo ahí? ¿Y si hay información que me ayude a encontrar a Hollie? De no ser así, ¿por qué habría dejado el teléfono ahí, tan a la vista, en el salpicadero, para que lo encontrara?

Para torturarme. Es una posibilidad.

O quizá para decirme lo que tengo que hacer. Adónde tengo que ir. Cómo salvar a mi hija.

Quizá eso también está ahí.

No.

No puedo.

No lo haré.

Pero tengo que hacerlo.

Lo demoro unos instantes y vuelvo a llamar al número que me envió la foto de Hollie.

Los pitidos planos y apagados me indican que nadie va a responder.

Fuera, un destello ilumina la calle. Se oye un estruendo en el cielo y luego unas chispas crepitantes caen como copos de nieve ardientes.

Fuegos artificiales.

Me tiemblan las manos mientras retomo el móvil y abro de nuevo la galería de fotos. Aún no puedo mirar la fila superior de miniaturas. Mis ojos se niegan a hacerlo.

En cambio, se fijan en las fotos que le hice anoche a Hollie con su disfraz, antes de salir hacia ese maldito baile.

Toco una para abrirla y luego las paso lentamente.

Nadie diría al verlas que estaba enfadada conmigo ni que habíamos discutido. Parece tan contenta, tan orgullosa, con los brazos abiertos y dando giros sobre sí misma para mostrar todo el esplendor de sus alas.

Fue hace solo veinticuatro horas. Una eternidad.

Al deslizar accidentalmente más de lo que debía me desgarro el corazón y un grito de dolor se arranca desde lo más profundo de mis entrañas.

La foto de Hollie, atada y con los ojos vendados, ha quedado añadida de modo automático al álbum de fotos. El cambio de la

imagen de mi hija sonriente entre poses a esta imagen me golpea como un tren a toda velocidad. No puedo respirar. No puedo pensar.

Mis dedos golpean frenéticos la pantalla, para alejarme de esa imagen, para salvarme de ella.

Debería haber hablado con la policía desde el primer momento. Contárselo todo, sin que importasen las consecuencias. Podrían haber protegido a Hollie, incluso aunque yo ya no estuviera. Podrían haberla mantenido a salvo.

Pero ¿lo habrían hecho? ¿O la habrían condenado a un infierno aún peor que aquel en el que ahora está inmersa?

No puedo correr ese riesgo. No lo haré.

Obligo a mis ojos a mirar hacia arriba, a la fila superior de la galería, donde están las últimas miniaturas.

El vídeo que acabo de ver es el segundo por la izquierda. Estoy a punto de ponerlo en marcha cuando reparo en que hay uno más reciente. Al principio pienso que es mi cara, pero, incluso con ese tamaño tan pequeño, soy capaz de apreciar las sutiles diferencias.

Pulso la miniatura y me preparo mientras se amplía hasta llenar la pantalla.

Las pupilas de Sasha son dos oscuros pozos una vez sale a la calle y cierra la puerta del piso de Darren, gesto con el que encierra la nube de humo negro en el interior.

—¿Todo bien, Lizzie? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

Se detiene en la puerta el tiempo justo para echar el cerrojo y poner el candado. Y luego limpiarlo todo con la manga. Una vez que ha borrado sus huellas, empieza a caminar por la calle, en dirección a donde está aparcado mi coche.

Echo un vistazo al ventanuco que da al edificio de Darren. Lo ilumina una luz naranja parpadeante.

—Bueno, por si acaso no te has atrevido a ver la grabación, que sé que no lo habrás hecho, esto es lo que te has perdido —continúa, mientras se dirige a la cámara.

Respira hondo y abre la boca como si fuera a anunciar algo con solemnidad, pero luego sonríe.

—Nada. No sabía nada. Bueno, o eso, o es un cabrón estoico y resistente, y estoy bastante segura de que no es el caso.

No deja de caminar con paso lento y decidido. Detrás de ella el humo sale por los huecos del cierre metálico del local del DJ.

—Revisamos su ordenador. Había muchas cosas muy sospechosas, puedo asegurártelo. Niños. La mayoría descargadas de internet, pero algunas de sus favoritas las había tomado él mismo en bailes y fiestas.

Niega con la cabeza, casi como si intuyera la pregunta que se forma en mi mente.

—Ninguna de Hollie. Insistió en que no tenía ni idea de dónde estaba, y se mantuvo firme al respecto, incluso cuando hice todo lo posible por motivarlo.

Esboza una mueca y se encoge de hombros, como si todo esto fueran naderías, y vuelvo a ser consciente de lo poco que nos parecemos en realidad.

—En fin, esa es la historia. Un callejón sin salida, supongo.

Se ríe, como si acabara de hacer una broma, y luego se detiene.

Se oye un tintineo de llaves y luego el pitido familiar de mi coche al desbloquearse. El teléfono gira. Cuando se estabiliza, parece que una vez montado en el soporte, se ve el asiento del conductor vacío.

Sasha se inclina para mirar a la cámara, luego se gira y se asoma a los asientos traseros.

—No parece muy cómodo —dice, aunque su voz suena apagada.

Cuando vuelve a mirar a la cámara, una sonrisa ocupa su rostro. Ve algo en el asiento del copiloto, lo alcanza y reaparece con una de las galletas de Clive.

—Bueno, eso es todo —dice, y da un mordisco que esparce migas por todas partes.

Traga y, de repente, su rostro adopta un semblante serio. Terriblemente serio.

—Seguiré buscando. La encontraré.

La mirada inexpresiva se convierte en una sonrisa brillante, como si alguien hubiera accionado un interruptor. Lanza un beso a la cámara y luego acerca la mano al teléfono para detener la grabación, con un dedo que se extiende hasta casi llenar la pantalla.

Sin embargo, una fracción de segundo antes de pulsar el botón, se echa atrás.

—Oh. Quizá quieras averiguar adónde ha ido tu novio esta mañana —sugiere.

Luego, con un guiño y una sonrisa, detiene la grabación y el silencio vuelve al coche.

No fue él. No tengo que ver las imágenes para saber que Sasha dice la verdad. La creo. Si él hubiera mentido, ella le habría sacado la verdad. Si me ocultase algo, ella se habría deleitado con parsimonia y minuciosidad en descubrirlo.

Él no sabía nada. No tenía a Hollie.

Vuelvo al punto de partida; el tiempo se acaba.

Podría estar en cualquier parte. Con cualquiera. Ahora mismo podría pasar cualquier cosa.

El dolor me oprime el pecho y me deja sin aliento. Cientos de pensamientos e imágenes indeseados me llenan la cabeza. Las lágrimas se agolpan en mis ojos y resbalan por mis mejillas. Algo espeso, pesado y húmedo se me atasca en la garganta y me ahoga.

Podría estar en cualquier parte.

Con cualquiera.

Podría pasar cualquier cosa.

Sacudo la cabeza, para ahuyentar esos pensamientos. Esto no ayuda. Esto no me lleva a ninguna parte. Tengo que hacer planes. Pensar. Actuar.

Tengo que encontrar a mi pequeña.

Ahora solo hay una pista que seguir. Sasha me la dio, aunque no tendría que haberlo hecho. Me sentí tan aliviada al no tener que darle explicaciones a Clive esta mañana que no me pareció extraño que se hubiera ido sin decir nada.

¿Adónde iba tan temprano? ¿Qué tramaba?

Un fuego artificial estalla en el cielo. Arranco el coche.

Y bajo el estallido de coloridas explosiones que llueven desde el firmamento, me dirijo a casa.

31

ELIZABETH

Estoy a la vuelta de la esquina de casa cuando me suena el teléfono. Está conectado al sistema de sonido del coche, y el repentino zumbido a mi alrededor hace que el volante se me escape de las manos; como resultado, un coche que viene en sentido contrario debe tocar la bocina y luego dar un volantazo para evitarme.

El corazón se me encoge.

Es el mismo número que antes.

Son ellos.

Giro bruscamente el volante hacia un lado y me paro junto a una doble línea amarilla. Me tiemblan tanto las manos que no consigo pulsar el botón para responder a la llamada a la primera y tengo que volver a pulsarlo antes de que deje de sonar.

—¿Hola? Hola. ¿Quién es? —pregunto. Mi voz está quebrada, apenas se sostiene—. ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está Hollie? ¿Qué le habéis hecho?

—¿Mamá?

Es ella. Dios mío, es ella. Asustada. Con la voz entrecortada. Pero viva.

—¡Hollie! ¡Dios mío, Hollie! No pasa nada, cariño, no pasa nada, estoy aquí. ¿Me oyes? Háblame, cariño. Háblame.

Oigo un golpe. Un clic. Mi corazón late como un martillo neumático dentro de mi pecho.

—¿Hollie? Hollie, ¿me oyes? Háblame, cariño.

La siguiente voz que oigo no es la de mi hija. Creo que es la de un hombre, aunque el sonido electrónico de un modificador de voz me impide estar segura.

—Qué amable por tu parte contestar esta vez. Me preocupaba que pasaras de mí.

—No, no. Lo intenté, pero no pude —balbuceo—. Por favor, intenté devolver la llamada. ¿Quién eres? No le hagas daño a Hollie, por favor. Haré lo que quieras. ¿Quieres dinero? Puedo conseguirte dinero. Todo el que necesites, puedo conseguirlo.

Se ríe. Es una risa aguda y entrecortada, que suena algo robótica a través del modificador de voz, como si los daleks se burlasen de mí.

—No quiero tu dinero, Elizabeth —responde—. No se trata de dinero.

—Entonces ¿de qué se trata? Haré lo que quieras, pero no le hagas daño, por favor. No tienes por qué hacerle daño.

—La verdad.

Habla de modo tan suave y natural que casi lo interrumpo. Mi cerebro, cargado de adrenalina, tarda un par de segundos en procesar que ha hablado.

—¿Qué? —pregunto, y se ríe de nuevo.

Incluso disimulada, hay una mueca de desprecio en su risa.

—Deberías haberlo adivinado. Ni siquiera entiendes el concepto, ¿verdad, Elizabeth? Mentir no es solo tu segunda naturaleza, es tu

única naturaleza. Es lo único que sabes hacer. Mentiras, mentiras y más mentiras.

Tiene razón.

—No sé de qué me hablas —insisto—. Solo quiero que mi pequeña vuelva a casa. Quiero que vuelva a casa conmigo.

—Nunca va a estar en casa contigo —me dice la persona que llama.

—¡No! No le hagas daño. Por favor. Por favor, no le hagas daño.

—La pelota está en tu tejado, Elizabeth. Hay dos opciones. Una es que confieses lo que hiciste y yo dejaré marchar a Hollie. Así ella crecerá a salvo. Quizá vaya a visitarte. Quizá consigas que te comprenda.

Hace una pausa, dándome un momento para que asimile su mensaje.

—Nadie desea la segunda opción. Ni tú. Ni yo. Ni, desde luego, Hollie.

—Por favor...

—La verdad, Elizabeth. Es lo único que queremos.

—Sí, pero...

La línea se corta. El número desde el que han llamado desaparece y mi teléfono vuelve a la pantalla de inicio.

—¡No, no, no!

Devuelvo la llamada. Tan solo se escucha el silencio durante un momento; luego, el mismo tono plano y apagado de antes.

—No, no, no lo hagas. Necesito saberlo.

Le grito al móvil, dejo salpicado el cristal con mi saliva.

—Necesito que me lo digas. Necesito que me lo expliques.

Haré lo que me diga. Claro que lo haré. Si eso significa que Hollie esté a salvo, confesaré lo que sea. Lo que sea necesario.

Pero he hecho cosas terribles en mi vida. Tengo muchos secretos que ocultar.

Confesaré.

Lo que sea necesario.

Pero ¿qué se supone que debo confesar?

32

ELIZABETH

Clive no está en casa cuando llego, aunque su coche está aparcado delante. No paran de estallar fuegos artificiales por todo el cielo, así que es muy posible que haya salido a verlos.

Lo extraño es que no me haya invitado.

Es extraño que no haya llamado en todo el día.

Sigo conmocionada por la última llamada. No he dejado de temblar. Puedo escuchar su voz, oír todo el miedo y el terror que había en esa única palabra que ella dijo.

Mamá.

Me llamaba a gritos. La única persona en la que creía que podía confiar para que la mantuviera a salvo. El único ser humano en quien debería haber podido confiar. Y la he fallado. He permitido que esto sucediera.

No, peor aún. Algo de mi pasado, algo que hice, ha provocado esto. Es culpa mía. Pase lo que pase, le hagan lo que le hagan, es todo responsabilidad mía.

Su habitación está en silencio, como una cripta. Los colores vivos de los carteles y los dibujos que ha pegado en las paredes parecen más oscuros, más apagados, como si cada momento que pasaran sin ella les restara intensidad.

Su cama estaba desordenada la última vez que la vi, su silueta aún era visible en las arrugas de las sábanas. Ahora, sin embargo, incluso eso me lo han quitado. Las sábanas están estiradas, el edredón está bien colocado, con el dobladillo bajo el colchón.

Claro. Es sábado. Habrá venido la señora de la limpieza.

¿Había alguna prueba aquí? ¿Debería haber registrado la papelera de Hollie o haber echado un vistazo debajo de sus almohadas? ¿Me habría ayudado eso a encontrarla? ¿Habría servido para traerla de vuelta a casa?

Ahora ya es demasiado tarde. La habitación está limpia de arriba abajo, aspirada y sin una mota de polvo. Todo lo que pudiera haber aquí, probablemente ya no esté.

Me siento en su cama, sin relajarme, no me atrevo a apoyar todo mi peso. A pesar de que está todo ordenado, tengo miedo de alterar algo. Poder aplastar algún resto suyo, algún recuerdo.

Me mira desde la fotografía de una estantería. La foto se tomó el verano pasado, cuando subimos a la cima del Asiento de Arturo, el volcán extinto del parque Holyrood que se eleva sobre Edimburgo.

Fue una subida larga, y empinada, y además no llevábamos el calzado adecuado, pero ella no se quejó. Ni una sola vez.

La sonrisa de su rostro en la foto es otra herida más en mi corazón en este momento, y no soy capaz de sostenerle la mirada más de unos segundos.

Una confesión. Eso es lo que quieren de mí. ¿Puedo hacerlo? ¿Puedo revelar mis secretos después de todos estos años?

Si eso significa salvar a Hollie, entonces sí. Por supuesto. Lo admitiré todo, incluso aquellos secretos que no solo me pertenecen a mí.

Pero necesito saber más. Necesito saber exactamente qué «verdad» tratan de sacar a la luz. Una vez lo sepa, lo haré. Lo soltaré todo. Si eso significa salvar a mi hija, afrontaré las consecuencias que hayan de venir.

Pero necesito estar segura.

Desbloqueo el teléfono y vuelvo a ver el mensaje de vídeo de Sasha, hasta llegar al comentario final sobre Clive.

¿Adónde ha ido esta mañana?

¿Dónde está ahora?

Me levanto, aliso el lugar donde he estado sentada en la cama de Hollie y me dirijo al dormitorio que comparto con Clive.

Nada más entrar me quedo allí, junto a la puerta, y miro la habitación como si la contemplara por vez primera. Observo el cabecero de madera, con los travesaños a los que él siempre insinúa que quiere esposarme, cosa que hasta ahora he podido tomarme a broma.

Las sábanas están bien estiradas, y las almohadas, perfectamente colocadas.

Su Kindle está en la mesita de noche, junto a una lámpara con una pantalla de tartán que parecería más propia de un hotel turístico de lujo.

Primero reviso la mesita, abro el estrecho cajón y rebusco en su interior. Hay un frasco de «aceite para masajes íntimos» con un residuo pegajoso y viscoso en el exterior. Lo empujo con un dedo, para apartarlo, y debajo aparecen varios bolígrafos, pilas y viejos cables de carga.

El cajón tiembla, como si se resistiera, cuando tiro de él para sacarlo todo lo fuera que puedo y me inclino para ver bien qué hay

dentro.

Allí, escondido en el fondo, hay un pequeño cuaderno, del tamaño de un teléfono móvil, con un bolígrafo sujeto con un elástico.

Cuando lo abro, veo una fecha en la parte superior de la primera página. Es de hace siete años, tres años antes de mudarme con Clive. La entrada que hay debajo, escrita con letra desordenada, como si la hubieran garabateado con prisa, parece al principio una entrada de diario, hasta que se vuelve inconexa y carente de sentido.

Las siguientes entradas hablan de volar, de un monstruo y de estar congelado en la cama mientras unas formas oscuras y humanoides contemplan desde las sombras en las esquinas de la habitación.

La mayoría de las páginas parecen estar en blanco. Es un diario de sueños, empezado hace años y luego abandonado. Hojeo todas las páginas hasta el final para asegurarme de que no hay nada más y lo vuelvo a guardar en el cajón.

Hay un armarito debajo del cajón. Lo abro y rebusco. En su mayoría son libros de John Le Carré, también una vieja maquinilla de afeitar eléctrica en una caja de cartón estropeada y un juego de esposas cubiertas con felpa rosa que no sabía que tuviera.

Pero nada más. Nada incriminatorio. Ni siquiera cuando miro entre las páginas de los libros y paso la mano por la parte inferior del cajón de arriba.

Sea lo que sea lo que estoy buscando, o lo que espero encontrar, no está ahí.

Dirijo mi atención a la cama y al espacio desordenado que hay debajo. Es un cementerio de zapatillas viejas, botellas de agua que

ya está caliente y almohadas de repuesto, todo cubierto de polvo.

También hay algunas cajas de cartón. La mayoría son cajas de zapatos. Saco una y abro la tapa, lo que deja al descubierto recibos, garantías y manuales de todos los electrodomésticos de la casa, y de otros más que, por lo que deduzco, hace tiempo que acabaron en el vertedero.

Las demás cajas no muestran nada interesante. En una hay viejos resguardos y fotos de la juventud de Clive, el contenido de un hipotético álbum de recuerdos que nunca se ha molestado en rellenar.

En otra caja encuentro su pasaporte, su certificado de nacimiento y el recibo de un antiguo carné de conducir, junto con recordatorios de los funerales de su madre y de su padre, y copias de las fotos utilizadas para cada uno de ellos. Hay elogios fúnebres escritos a mano para ambos, doblados con cuidado, pero no tengo ni el tiempo ni las ganas de leerlos.

Lo vuelvo a guardar todo y levanto el colchón.

Nada.

Miro en el armario.

Nada.

Sigo sin saber qué estoy buscando. ¿Por qué estaría Clive detrás de todo esto? Quiere a Hollie como si fuera su hija y, a pesar de todos mis esfuerzos, ella también lo quiere. Aunque me guardara algún rencor, no le haría daño, ¿o sí?

A menos que...

¿Y si es a ella a quien quería en su vida, pero no a mí? Sabe que el padre de Hollie ya no está. Si yo desapareciera, la llevarían a un centro de acogida. Al menos, eso es lo que él cree. Es una figura

paterna estable. Ya tienen una relación establecida. Podría solicitar la custodia. Podría quitarme a mi hija.

Es una hipótesis descabellada. No hay garantía de que saliera adelante. Y Clive no ha dado jamás ninguna señal que sugiera que sabe algo de mi pasado que yo no le haya contado. Y he tenido mucho cuidado al respecto. He sido más que meticulosa. Todo lo que sabe de mí es lo que yo le he permitido saber.

A menos que no sea así.

Todo esto me parece... endeble. Me aferro a un clavo ardiendo, lo sé. Pero es lo único que me queda.

Abandono el dormitorio y me dirijo al salón, donde rebusco en los cajones y armarios. Solo encuentro los mismos trastos de siempre. Paquetes de pilas, barajas viejas, marcos de fotos, juegos de mesa, tazas de cumpleaños: los restos cotidianos de una vida anodina.

La voz de Hollie en la llamada se repite en mi cabeza, me ruega que no deje de buscar, que no me rinda. Profiero una obscenidad a la habitación que me rodea, luego me doy la vuelta a toda prisa, en busca de cualquier otro lugar donde no haya mirado.

No tengo ni idea de dónde buscar, ni de qué espero encontrar. Es como si corriera hacia un callejón sin salida, a toda velocidad, sin frenos y sin cinturón de seguridad. No tengo más pistas. No hay más indicios. Lo único que me queda es ir a la comisaría y contarlo todo.

Confesar. Finalmente, confesar.

Mi mirada se posa en el estante de periódicos que hay junto a la silla de Clive y vuelve a él un momento después. Está repleto de periódicos viejos, guías de televisión, revistas y publicidad que guarda por razones que solo él conoce. Nada es reciente. Hace

meses que no le veo comprar un periódico, y mucho menos leer alguno de los que hay apilados en el revistero.

Un recuerdo se cuela en mi mente, como una gota de sangre en un charco de agua. Fue al principio, cuando acabábamos de mudarnos, y yo seguía con culpa a la vieja limpiadora polaca, con el sentimiento de que debía hacer algo para ganarme el sustento.

Le pregunté si quería que vaciara el revistero en el cubo de reciclaje.

Ella negó con la cabeza de modo enfático y me dijo que Clive le tenía ordenado que no tocara el contenido del revistero.

—Son papeles importantes —dijo, y lo subrayó con un movimiento del índice. Todavía no estoy segura de si quería darme a entender algo o si imitaba a Clive cuando le hablaba: «No tocar».

Tengo que mover el sillón para sacar el revistero del rincón. Es pesado, las tres secciones están tan abarrotadas que sería difícil meter una sola hoja más en cualquiera de ellas.

A primera vista, nada parece importante. Los periódicos tienen varios años. Solo cuando veo las fechas puedo relacionarlos con las tarjetas funerarias que hay en la caja de debajo de la cama.

Apuesto a que, si hojeo las páginas, encontraré obituarios o esquelas de los padres de Clive.

Los dejo a un lado y echo un vistazo al resto de papeles. Hay muchas facturas antiguas, recibos del impuesto municipal y cartas del Servicio Nacional de Salud con resultados de pruebas y revisiones médicas. Sin embargo, junto a cada uno de ellos hay un extracto de la tarjeta Tesco Clubcard, un folleto de una pizzería local o una invitación para cambiar de operador de telefonía móvil dirigida únicamente «Al residente».

Hay una edición navideña de *Radio Times* de hace tres años, un desplegable a todo color con todos los caballos que participaron en el Grand National de 2022 y un mapa desplegable con las ubicaciones de «Días de diversión con el Patrimonio Nacional».

—Todo es basura. No vale nada —declaro a la sala en general, y lo esparzo por el suelo a mi alrededor, porque intento encontrar algo entre...

Un momento.

Una imagen, medio oculta por una tarjeta de recetas de Waitrose, hace que se me pare el corazón. Me deja sin aliento. Siento como si me hubieran sumergido en un baño helado y toda mi sangre se precipitase hacia el centro de mi cuerpo para proteger mis órganos vitales.

Siento que se me nubla la cabeza. Los dedos me hormiguean. Aparto la tarjeta de las recetas y descubro la imagen de un hombre de mediana edad que sostiene un pececillo diminuto y sonríe como si acabara de pescar al Leviatán.

La persona que ha tomado la fotografía se refleja en el espejo en que se han convertido sus gafas de sol. La reconozco al instante, la reconocería incluso aunque no estuviera en el reflejo.

Porque recuerdo ese momento.

Recuerdo haber tomado esa foto.

Y conozco el rostro del hombre que me sonríe. Todavía lo veo, casi todas las noches, cuando cierro los ojos.

Kenny. Mi difunto marido. Un hombre al que Clive no conoció.

¿O sí lo conoció?

Se oye el crujir del suelo detrás de mí. Me guardo la foto como si temiera que desapareciera si no la vigilo, y me giro para encontrar a

Clive en medio de la puerta.

—¿Elizabeth? —Habla con un tono cortante. Una dureza insólita—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

33

ELIZABETH

Está abrigado, con la chaqueta puesta. El acolchado lo hace parecer más fuerte, más imponente. Tiene las líneas de la frente fruncidas.

Por primera vez desde que nos conocimos me hace sentir de veras algo.

Miedo.

—Clive, yo...

—Esas son mis cosas. ¿Por qué hurgas en algo que es privado?

El sonido de la cremallera de la chaqueta al abrirse viene a subrayar la pregunta.

—Lo sé, lo siento, solo estaba buscando... algo.

—¿El qué? —pregunta.

Y se quita la chaqueta para dejar al descubierto un jersey de punto de varios colores. Es uno de los mejores que tiene. El tipo de prenda que él consideraría «de domingo» en el caso de que pensara en esas cosas.

Estoy a punto de decir: «Nada».

Casi le digo que no importa, que me he equivocado, que no debería haber mirado ahí.

Casi le ofrezco algún tipo de compensación como disculpa.

Pero el hombre muerto sonriente que tengo en la mano parece burlarse de mí.

Me trago el miedo y me pongo de pie.

—¿Qué...? ¿Qué es esto? —pregunto.

Y giro la foto para que él la vea.

Ahora que me he levantado, puede verme mejor. El ceño fruncido de su rostro se suaviza de repente debido a la preocupación.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Me rozo con los dedos el moratón de la mejilla. Noto la piel blanda bajo mis dedos.

—Un accidente de coche. Alguien me embistió por detrás en el aparcamiento de Sainsbury's —me invento—. No llevaba el cinturón de seguridad mientras maniobraba. No ha sido nada.

—Sí que pasa. Estás herida. ¿Qué hay del coche, está...?

—Está bien, Clive —insisto, y luego dirijo su atención hacia la foto que tengo en la mano.

Sus ojos parecen reacios a apartarse de los míos. Sin embargo, al final bajan la mirada hacia la fotografía.

—No lo sé. Parece un tipo. Parece estar de pesca. ¿Por qué?

—¿Por qué la tienes?

Vuelve a mirarme. Me clava la mirada. Huelo el tabaco. No es tabaco, sino el olor espeso y amaderado de una hoguera.

—No lo sé.

Aprieto los dedos sobre la fotografía como si fueran pinzas. Lo absurdo de su respuesta me envalentona.

—¿No lo sabes? ¿No sabes por qué tienes entre tus «cosas privadas» una fotografía de este hombre al que no has visto en la vida? ¿En serio?

Reparo en mi error nada más decirlo en voz alta. La confusión se apodera de su rostro con la lentitud de un glaciar que se derrite.

—¿Cómo sabes que no lo he visto en mi vida? ¿Sabes quién es?

Me maldigo en silencio. Idiota. ¡Idiota!

—¿Por qué la tienes? —insisto, haciendo caso omiso de su pregunta.

Mira a nuestro alrededor. O bien se le ha ocurrido algo, o bien busca a propósito una excusa para cambiar de tema.

—¿Dónde está Hollie?

—Sigue en casa de Sarah. Responde a la pregunta.

Parpadea. Frunce el ceño por completo.

—¿En la de Sarah? ¿Te refieres a la de Suzie?

No dudo. Dudar es debilidad. Dudar le ofrece una oportunidad.

—Sí. En casa de Suzie. Está allí.

Levanto la foto para que no tenga más remedio que mirarla.

—¿Por qué tienes esta foto? Necesito una explicación, Clive. Por favor.

Tira la chaqueta al sofá, suspira, luego me quita la foto y la mira con calma. Le da la vuelta para mirar el reverso y, al ver que está en blanco, se encoge de hombros.

—Creo que llegó con una carta equivocada. La aparté para ver si tú sabías qué era. Se me olvidó preguntártelo.

Pienso en los folletos y los correos publicitarios que había en el revistero junto a la foto.

Es una respuesta verosímil, pero no me la creo. Todavía no.

—¿Cuándo? —pregunto—. ¿Cuándo llegó?

Infla las mejillas.

—No sé. ¿Pudo ser la semana pasada? Estaba sobre el felpudo, junto a unos folletos de comida a domicilio. Pensé que quizá fuera algo de marketing viral.

—¿Para qué? ¿Para pescar? —pregunto.

—Pero yo qué narices sé —responde Clive con sarcasmo.

La agresividad de su tono me hace retroceder un paso. Respira hondo y mira para otro lado. Hoy tiene algo diferente de lo habitual. Algo que no consigo identificar.

—¿Has estado bebiendo? —le pregunto.

—Una o dos, sí —confirma sin pestañear—. Fui a la hoguera y a ver los fuegos artificiales. Esperaba que pudiéramos ir todos, pero no sabía dónde estabas.

—No te has molestado en averiguarlo —le señalo—. No me has llamado para preguntarme.

Se encoge de hombros. Su gesto tiene algo de petulante y hosco.

—Siempre te quejas si lo hago. Me acusas de controlarte.

Tiene razón. Lo hago.

—No es verdad —protesto, pero él se limita a reírse y negar con la cabeza.

—Lo que tú digas, Elizabeth.

Se tapa los ojos con la mano y luego se la pasa por la cara, como si intentara borrar su expresión. Me parece que está a punto de decirme algo, pero luego se muerde el labio, vuelve a negar con la cabeza y me da la foto para que la vea.

—Entonces ¿quién es? ¿Quién es el pescador?

—No lo sé.

—¡Mis cojones! —espeta—. Sí que lo sabes. Si no lo supieras, no estarías montando todo este numerito. Y has dicho que es alguien a quien no conozco. ¿Cómo vas a saberlo si no lo conoces?

Me planteo la posibilidad de decirle la verdad.

Pero lo hago apenas un momento, y ni siquiera en serio.

En lugar de eso, le cuento la historia oficial.

—Es el padre de Hollie.

—¿Tu ex? Ah.

Da la vuelta a la foto para volver a mirarla.

—Espera..., ¿cómo? Creía que estaba...

—Lo está. Es una foto antigua.

—Ah, vale.

Me echa un vistazo, pero vuelve a fijarse en la foto.

—Entonces... ¿qué pasa? ¿Por qué alguien dejaría una foto de tu marido en la puerta?

—De mi difunto marido. Y no lo sé —respondo.

Aunque tengo mis sospechas.

—¿Seguro que está muerto? —pregunta Clive.

Una pequeña sonrisa se le dibuja en la comisura de los labios, como si tratara de restarle importancia con una broma.

—¿No habrá venido a recuperarte?

—Está muerto —respondo.

Eso es definitivo: sin lugar a duda, indudablemente muerto.

—Bien. Entonces... ¿de qué va todo esto?

Da la vuelta a la foto con un dedo. El crujido me hace dar un respingo.

—Parece algo sospechoso. No me gusta. ¿No deberíamos hablar con la policía?

—¿La policía? ¿Y decirles qué?

Se rasca la nuca.

—Quiero decir... Es una cosa rara, ¿no? Deberíamos decirle algo a alguien.

Su enfado por haber husmado en el revistero parece haberse disipado por completo.

—No creo que sea algo que le interese a nadie —le digo, porque trato de quitarle de la cabeza cualquier idea relacionada con las autoridades—. Es solo que... ¿Recuerdas cuándo llegó? ¿Qué día exactamente?

No estoy segura de que ese detalle importe, pero a lo mejor sí. Si lo hubiera visto en ese momento, lo habría tomado como una advertencia. Me habría puesto en guardia.

—No estoy seguro —admite.

—Piénsalo, Clive —le insto—. Por favor.

Se muerde el labio inferior, como hace siempre cuando se concentra. Sus ojos se mueven veloces de izquierda a derecha, como si revisaran algún calendario o cronograma interno.

—El miércoles —declara con un gesto firme y seguro—. Fue el miércoles. Lo recuerdo porque había vuelto del banco y era miércoles por la mañana. Así que antes de las doce del miércoles.

El miércoles. Dos días antes de que secuestraran a Hollie.

Quiero agarrar a Clive por su estúpido jersey alegre y sacudirlo. Si me lo hubiera enseñado, si lo hubiera visto, Hollie no habría estado en ese baile. No habría estado en el colegio. Ni siquiera estaríamos en este país.

Si lo hubiera visto, podría haberla protegido, haberla mantenido a salvo.

Pero este idiota, este cretino...

Trago saliva para contener la bilis y la rabia que me invaden. No es culpa suya. Él no sabía nada.

A menos que lo supiera. A menos que me mienta.

—¿Adónde has ido esta mañana? —pregunto.

El interrogatorio lo pilla desprevenido. Se muerde el labio de nuevo y, en cuanto repara en ello, se esfuerza de modo consciente por dejar de hacerlo.

—¿Qué?

—Esta mañana. Saliste temprano.

—Estabas dormida en el sillón. No quería molestarte —dice Clive —. Te tapé con una manta por si tenías frío.

Nada de eso responde a mi pregunta. No dejo de mirarlo a los ojos hasta que se viene abajo.

—Está bien. Estaba en el gimnasio.

—¿En el gimnasio?

Lo miro de arriba abajo, para resaltar su estado físico.

—Tú no vas al gimnasio.

—Sí, bueno, pensé que ya era hora de empezar —dice.

—¿A qué gimnasio?

—Al grande, el que está cerca del hospital Western General.

Coge su chaqueta y la lleva al vestíbulo.

—Estaba abarrotado. Me sentí muy fuera de lugar. Todos estaban en forma, y yo allí sin parar de jadear.

Cuando regresa, sigo allí de pie, con los brazos cruzados.

—¿Todo el día? ¿Has estado todo el día en el gimnasio?

—No, claro que no. He vuelto aquí —dice, y entonces algo brilla en sus ojos. Pánico, tal vez—. He salido un rato. Me he dado una vuelta por casa de Alan.

—¿Alan el Raro? ¿Has ido a casa de Alan el rarito? ¿Por qué?

Arrastra los pies por la tarima del suelo. Se rasca la cabeza de nuevo, pero logra contenerse y no se muerde el labio.

—Warhammer —dice.

Hace una mueca, como si de ese modo se preparara para mi reacción. Sin embargo, esa palabra no me dice nada.

—Ya sabes, esas figuritas... Caballeros, duendes, dragones y cosas así. Un juego de mesa.

—¿Qué? ¿Como lo de... *Dungeons and Dragons*?

—Más o menos. Es la misma idea. Parecido —continúa Clive—. A Alan le encantan y le comenté que estaba pensando en probar, así que hemos hablado de ello. Me llevó a ver su ejército de muertos vivientes. Es una cosa impresionante... —su entusiasmo se desvanece bajo la intensidad de mi mirada—... si te gusta ese tipo de cosas.

—¿Un ejército de muertos vivientes? —Prácticamente le escupo las palabras—. ¿Estabas en casa del rarito de Alan jugando con su ejército de muertos vivientes?

Sonríe. Es una sonrisa débil, casi imperceptible, a punto de convertirse en una mueca de vergüenza.

—No, jugando no, solo..., solo echando un vistazo. Hay una tienda en el centro. En Castle Street. Dice que es el mejor sitio para empezar. Solía ir allí, antes de convertirse en, ya sabes...

—¿Un friki solitario que nunca sale de casa?

Entonces me doy cuenta de lo que pasa. Una nueva afición. Un interés repentino por el gimnasio. Su jersey de los domingos y un chorro de colonia.

De repente, lo veo todo tal y como es.

No es un secuestrador. No ha secuestrado a Hollie.

Es un hombre en plena crisis de la mediana edad.

Y eso lo convierte en un inútil para mí.

Nada de lo que diga me ayudará a encontrar a mi hija.
Pero he aprendido una cosa.
Ahora sé con certeza lo que debo confesar.

34

ELIZABETH

La comisaría de Fettes está a poca distancia de casa en coche. Me planteé la posibilidad de ir andando, dado que es tarde y las luces traseras de mi coche ya no funcionan, pero al final decidí conducir. Una multa o unos puntos en el carné ahora son lo que menos me preocupa.

La comisaría es un bloque de hormigón lúgubre, que debieron de construir en los años sesenta. La rodea una valla metálica con barrotes pintados de negro ya oxidados. La puerta automática del aparcamiento no se abre cuando me acerco y no hay ninguna manera evidente de avisar a alguien que esté dentro. Doy marcha atrás, aparco en la calle y camino hasta la puerta principal.

El viento me azota, se arremolina a mi alrededor y me envuelve en un olor a cordita, pólvora o lo que sea que se utilice hoy en día en los fuegos artificiales. Unas finas gotas de lluvia me salpican la frente. Es el preludio de la tormenta que se avecina, acompañada de estallidos y silbidos procedentes de las alturas.

Esto es lo correcto. Es lo único que puedo hacer. ¿Quieren que confiese? Pues eso haré. Les diré lo que hice.

Lo que hicimos.

Esto no le va a hacer gracia a Sasha, pero tal vez me las arregle para que lo entienda. No por mí, sino por Hollie.

Hollie.

Su nombre me oprime la garganta y hace que me escuezan los ojos.

¿Qué será de ella? ¿La dejarán quedarse con Clive? ¿Él querrá que se quede? Es un buen hombre. No pestañeó cuando le hablé de ella. La quiso casi desde el primer momento. Ella no lo llama papá, pero quizá algún día lo haga.

Si no es con él, será con el sistema de acogida. Una familia de acogida, tal vez. Una procesión de extraños y de trabajadores a tiempo parcial. Una lotería de buenos y malos.

Hay otra alternativa, por supuesto. Mucho, mucho peor que cualquiera de las dos. El mero hecho de pensarlo me hace detenerme a seis metros de la puerta principal de la comisaría.

No puedo dejar que se la lleven allí. No lo haré. Prefiero que muera antes de que vuelva allí.

Obligo a mis piernas a moverse. A avanzar lentamente. Un paso. Dos.

Ellos no saben nada de eso. Nadie lo sabe. Para todos los que nos conocen, somos una familia normal. Esos secretos están a salvo.

De todos modos, es algo irrelevante. Clive luchará por ella. Sé que lo hará. Él mismo me lo ha dicho, más de una vez, que ella es la hija que siempre le habría gustado tener. También se nota en sus ojos cuando la mira. En su sonrisa. En cómo se comporta con ella. Haría cualquier cosa por ella.

Cualquier cosa.

A pesar de todos sus defectos, sé que puedo confiar en él para mantenerla a salvo.

A salvo de cualquiera.

Estoy a tres metros de la puerta. Las piernas se me vuelven a bloquear.

¿Por qué no me enseñó la foto cuando llegó? ¿Por qué no la dejó a la vista, al menos, para no olvidarse? ¿Por qué la guardó entre los obituarios de sus padres en el revistero?

¿Por qué se enfadó tanto cuando me pilló husmeando?

Aunque había descartado que tuviera algo que ver con la desaparición de Hollie, mi mente retoma la teoría anterior y empieza a revisarla en función de lo que ahora sé.

¿Y si Clive supiera lo de Kenny? ¿Y si quien le dio la foto le contó lo que hice? Estaría asustado. Por su propia integridad, claro, pero quizá también por la de Hollie. No podía enfrentarse a mí por miedo a lo que pudiera pasar: yo podría desaparecer en medio de la noche con ella.

O podría hacer algo peor.

Puedo confiar en él para que la mantenga a salvo. De cualquiera.

¿Incluso de mí?

Si quería a Hollie, pero quería deshacerse de mí, esta sería la forma perfecta de hacerlo. No intentó detenerme cuando le dije que iba a llevar más ropa a casa de Suzie. Tampoco se ofreció a hacerlo.

¿Lo sabe? ¿Es plenamente consciente de que ella no está allí, de que no hay ninguna Suzie? ¿Sabe que me fui para venir aquí, para confesárselo todo a la policía?

¿Es todo esto parte de su plan?

La puerta de la comisaría está justo delante de mí. Hay luz dentro. Puedo ver el mostrador de recepción, aunque no hay nadie detrás. Estarán en algún lugar de la parte trasera. Si pulso el timbre del mostrador, aparecerán.

Y entonces podré contárselo.

Y mi vida, y la de Hollie, quedarán destrozadas.

Warhammer.

Ejército de muertos vivientes.

Una tienda en Castle Street.

Clive me dio demasiados detalles cuando me dijo dónde había estado. Demasiada información, incluso para él. Tendría que haberme dado cuenta en ese momento.

A fin de cuentas, sé reconocer una mentira cuando la oigo.

Saco el móvil, abro las notas y busco el número que copié del historial de llamadas de Clive la noche anterior. Si Clive dice la verdad sobre dónde estaba hoy, el raro de Alan debería poder confirmarlo.

Lo copio y lo pego en la aplicación del teléfono y pulso el botón para llamar.

Suena. Una vez. Dos veces. El zumbido repetitivo continúa sin parar. Diez segundos. Veinte.

—Vamos. Vamos.

Hay movimiento dentro de la comisaría. El estruendo de un petardo a pocas calles de distancia rebota en el hormigón y la explosión se refleja en el cristal como el fogonazo de una cámara.

El teléfono no deja de dar señal de llamada. Una y otra vez.

Estoy ya a punto de colgar cuando se oye un clic. Una voz responde.

—¿Hola?

Nunca había hablado con Alan el Raro, ni siquiera le había oído hablar, pero sé de inmediato que no es él.

Es una voz de mujer.

—¿Con quién hablo? —pregunto.

Una pausa. Una inspiración tan sutil que podría haberla imaginado.

Y entonces, la línea se corta.

Vuelvo a marcar el número. Esta vez no se oye nada, solo un silencio sepulcral que al fin da paso al saludo robótico del buzón de voz.

—Maldita sea.

Golpeo la pantalla con el pulgar y estoy a punto de soltar más palabrotas cuando veo a una mujer con uniforme de policía en la puerta de la comisaría.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta. Sonríe, pero sus ojos me estudian, me evalúan—. ¿Necesitas algo?

Miro el teléfono que tengo en la mano. Lo miro con ira, como si lo acusara de algún crimen terrible y atroz.

—¿Necesitas ayuda con algo, cariño?

Pienso en la voz del teléfono.

Pienso en las posibilidades.

Pienso en mi hija.

—No, todo bien —le respondo.

Guardo el móvil en el bolsillo.

—Creo que es mejor que me ocupe yo de todo.

TERCERA PARTE

DOMINGO

35

ELIZABETH

Clive estaba ya dormido cuando llegué a casa. Nada más entrar en el piso oí el sonido semejante a una sierra mecánica de sus ronquidos.

Tras irme de la comisaría conduje hasta casa y luego caminé por las calles de Stockbridge durante un rato, con la esperanza de que de repente me viniera la inspiración sobre el paradero de Hollie, o bien de que alguien respondiera a alguna de mis llamadas al teléfono de los secuestradores.

No ocurrió ninguna de las dos cosas.

Un par de veces, cuando vi pasar coches de policía, pensé en hacerles señas para que se detuvieran y ponerme a su disposición.

Confesar puede ser la mejor manera de recuperar a Hollie sana y salva, pero algo me dice que no será así. Un instinto, una corazonada, me dice que quienquiera que la tenga no la dejará marchar, no importa hasta dónde esté yo dispuesta a llegar. No pueden permitirse liberarla, porque podría identificar a quien la tiene.

Al menos, eso es lo que me digo a mí misma. Me ayuda a atenuar mi sensación de culpa.

Era más tarde de lo que esperaba cuando llegué a casa. Las dos y pico. No sé cómo se me pasó el tiempo. Todo mi cuerpo temblaba de frío cuando por fin regresé.

Una vez más, no había ninguna llamada ni mensaje de Clive para averiguar dónde estaba o si me encontraba bien. No es propio de él. Sin duda anda tramando algo.

No podía soportar la idea de meterme en la cama a su lado, y me dolía todo el cuerpo desde que me desperté la mañana anterior en el sillón, así que me metí en la habitación de Hollie y dormí sobre su cama, con uno de sus pijamas agarrado con una mano y uno de sus peluches bajo el brazo.

Me llevó varias horas, pero, después de llorar hasta quedarme seca, el cansancio me venció y me arrastró al sueño.

Pasé una noche intranquila, atormentada por sueños sobre Hollie. Pesadillas, sobre todo, que empapaban mi cuerpo de sudor y retorcían las sábanas.

Y ahora... voces. Graves. Masculinas. Clive, creo, y alguien más. Alguien a quien reconozco vagamente pero a quien todavía no logro ubicar.

Sigo vestida con la ropa de la noche anterior, de modo que saco las piernas de la cama en silencio y me acerco a la puerta del dormitorio de Hollie. Pego la oreja a la madera pintada de blanco, contengo la respiración y escucho.

Están en el salón. No consigo entender con claridad lo que dicen, pero capto alguna que otra palabra.

Preocupación.

Accidente.

Hollie.

Miro el reloj. Son casi las nueve. Por el recuerdo que tengo de la noche anterior cuando lo miré por última vez, he debido de dormir

tres horas, como mucho tres y media. A juzgar por el estado de las sábanas, han sido tres horas agitadas e inquietas.

La voz de Clive se hace un poco más fuerte. Al principio creo es que porque está enfadado, pero luego comprendo que se mueve por la habitación, y se ha acercado a la puerta del salón.

Suena mi teléfono. Está tan cerca y suena tan fuerte que me sobresalta, y me golpeo la cabeza con la puerta.

En la pantalla aparece el nombre de Clive. En cuanto lo leo, lo oigo llamarme desde la otra habitación.

—¿Elizabeth? ¿Estás aquí?

Los pasos se acercan. Me aliso el pelo y la ropa, y abro la puerta con una gran sonrisa tan falsa como el dinero del Monopoly.

—Buenos días. Sí, aquí estoy —respondo con voz alegre, y salgo al pasillo.

Clive detiene su camino hacia la habitación de Hollie, justo antes de chocar conmigo. Paso por alto su mirada de sorpresa y miro hacia la puerta del salón, pero no veo a nadie más allí.

—¿Dónde has estado? —pregunta.

Es una pregunta en parte acusadora y en parte una muestra de preocupación, pero es difícil cuantificar en qué proporciones.

—Estaba muy preocupado.

No lo suficiente como para intentar ponerte en contacto conmigo, estoy a punto de decir, pero no lo hago. En lugar de eso, inclino la cabeza hacia atrás para señalar la habitación que hay detrás de mí.

—Me quedé fuera viendo los fuegos artificiales —digo.

De este modo, su excusa se vuelve en su contra. Si es una excusa extraña para mí, entonces también plantea preguntas sobre el uso que él ha hecho de ella.

—Estabas dormido cuando volví. No quería molestarte.

Me mira a la cara mientras sopesa la explicación, y luego señala con parsimonia hacia el salón con el pulgar.

—Claro. Está bien. Bueno, hay alguien aquí que quiere verte.

Siento un nudo de miedo en el estómago. No tengo ni idea de quién está ahí, solo sé que es un hombre. Y no se me ocurre ningún hombre al que me alegre ver en este momento.

—¿Quién? —pregunto, pero la palabra se me atraganta. Aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. ¿Quién es?

Oigo el crujido de unos pasos sobre un tablón suelto del suelo. Una sombra se mueve al otro lado de la pared del salón.

El nudo se aprieta más, se torna más pesado, y una figura aparece en la puerta, tonificada y atractiva, embutida en una ajustada ropa deportiva. No es de extrañar que todas las madres lo adoren.

—Buenos días, Elizabeth.

Es el señor Wilkinson. El profesor.

—Solo quería pasar a saludar a Hollie.

36

ELIZABETH

Clive me hace un gesto para que entre en el salón y, de repente, vuelvo a tener diez años, a los tiempos en que me mandaban al despacho del director, con la cabeza gacha, los hombros caídos y los pies arrastrando por el suelo.

Cierra la puerta detrás de nosotros, lo que inmediatamente me pone nerviosa, me hace sentir atrapada. Clive nunca cierra la puerta del salón, y mucho menos se queda delante con los brazos cruzados, como un portero de discoteca.

El corazón comienza a latirme con fuerza. Un mapa subterráneo de mentiras y excusas comienza a trazar todas las posibles rutas de conversación dentro de mi cabeza.

—Se olvidó esto —dice el señor Wilkinson.

Vacila un poco al verme el ojo morado y el cardenal que puedo verme yo misma en la mejilla hinchada.

—Tuve un accidente con el coche —le explico antes de que tenga oportunidad de preguntar.

Me tiende una bolsa de plástico, con un asa en cada mano, y la inclina para que pueda ver el interior. Los zapatos de Hollie asoman en el fondo.

—Pensé que quizá los necesitara —dice al mismo tiempo que cierra la bolsa y la deja en el suelo, a sus pies.

—Tiene otros. No le habrían hecho falta —digo—. No tenía por qué venir hasta aquí solo por eso.

Hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—No pasa nada. De todos modos, me venía de paso. Iba de camino al gimnasio.

Claro que corre. Clive y él deben de tener más o menos la misma edad, pero el señor Wilkinson podría ser el hermano pequeño de Clive.

Su hermano mucho más joven.

—¿El gimnasio que hay cerca del hospital? Clive va también a ese —digo, en un intento de hacerme con las riendas de la conversación.

—Ah, ¿sí? —El señor Wilkinson lanza una mirada en dirección a Clive—. Creo que no lo he visto por allí. ¿O sí?

—Voy desde hace poco. Soy bastante nuevo —explica Clive, y luego se da una palmada en la barriga, como para respaldar su afirmación. Lo suelta tan deprisa que ahora estoy incluso más convencida de que todo ese asunto no es más que una mentira.

Sin embargo, antes de que pueda pensar más en el porqué de esa mentira, el profesor me da un golpe bajo que me pilla por sorpresa.

—Clive me ha dicho que Hollie ha pasado las dos últimas noches en casa de... ¿Suzie?

Oh, Dios. Oh, no.

—Así es —digo, porque ¿qué otra opción tengo?

—No conozco a ninguna Suzie —continúa el señor Wilkinson, y frunce el ceño como si realmente estuviera devanándose los sesos—. ¿Está en el colegio?

—Está en la clase de Hollie. Vive en Rose Street, ¿no? —interviene Clive.

¿Trata de echarme una mano o quiere tenderme una trampa?

—¿En Rose Street?

El profesor junta los labios y mueve la boca de un lado a otro, como si estuviera masticando esta nueva información.

—No me sé de memoria todas las direcciones.

Y, sin embargo, es evidente que conoce la nuestra.

—¿Se refiere a Sophie? —pregunta después de pensarlo un poco más, y yo me aferro desesperadamente al salvavidas que me han lanzado.

—Sí. Sí, esa es. ¡No es Suzie, es Sophie! —exclamo, y me doy un golpe en la frente con la palma de la mano—. Dios mío. La he estado llamando Suzie. Qué vergüenza. Voy a tener que pedirles disculpas a ella y a su madre por...

—Sophie no está este fin de semana —dice el señor Wilkinson—. De hecho, han estado fuera toda la semana. De vacaciones. En Florida, si no me equivoco. No volverán hasta el miércoles.

El mapa del metro que hay en mi cabeza me lleva por otra vía.

—En realidad... ¿Era Sophie? —balbuceo, entrecierro los ojos y miro fijamente al vacío—. Quizá no sea Sophie. ¿Seguro que no hay ninguna Suzie? ¿Suzanne? Quizá sea un apodo...

El profesor y Clive se miran. De repente, intuyo lo que viene ahora, y eso me hace sentir que un precipicio se abre vertiginoso bajo mis pies. Al menos, eso es lo que me parece, pero sin las posibilidades de escape que ofrecería un agujero real.

—El viernes nos dijo que su pareja había ido a recoger a Hollie al baile y la había llevado a casa —dice el señor Wilkinson—. Pero él me dice que no es así.

—No es así. Yo no la recogí. Estuve todo el rato en casa —insiste Clive.

Se vuelve hacia mí. Se vuelve contra mí.

—¿Qué demonios está pasando, Elizabeth? ¿Dónde está Hollie?

—Hollie está bien —digo.

Intento soltar una risa, pero suena como el postrer aullido de una hiena moribunda.

—Claro que lo está. Está bien. Todo esto es una tontería.

—Estoy seguro de que entiendes, Elizabeth, que, como director en funciones, tengo la responsabilidad de velar por el bienestar de Hollie. Nos preocupamos por Hollie. Yo me preocupo por ella. Queremos asegurarnos de que está a salvo.

—Es fin de semana.

—Eso es irrelevante.

Le clavo un dedo en el pecho, furiosa por lo que parece estar insinuando.

Incluso si es cierto.

—Soy su madre. Su bienestar es mi responsabilidad.

El profesor levanta las manos.

—Por supuesto. Por supuesto. No podría estar más de acuerdo. Pero...

Le lanza otra mirada a Clive. No veo si él se la devuelve o no.

—Por favor, intente verlo desde mi perspectiva. El viernes estaba usted muy asustada porque le había pasado algo a Hollie, y luego nos aseguró que la habían recogido y llevado a casa. Pero parece que no ha sido así.

—Me mentiste sobre dónde está —añade Clive.

Me giro por completo, para tenerlo de frente.

—No es asunto tuyo dónde está mi hija.

Parpadea agitado, como si le hubiera lanzado un puñetazo y me hubiera detenido justo antes de golpearlo. Cuanto más abre los ojos, más dolor veo en ellos.

—Pero sí que es asunto mío —dice el señor Wilkinson—. Guste o no, tengo el deber, la responsabilidad, hacia Hollie, de investigar cualquier problema que pueda afectar a su bienestar. Y, bueno, no voy a mentir, Elizabeth, estoy preocupado. De veras muy preocupado. En este momento me estoy planteando muy en serio la posibilidad de denunciar el asunto a la policía, a menos que pueda darme una buena explicación de...

—Mi hermana.

Oigo las palabras salir de mi boca al mismo tiempo que lo hacen los dos hombres. Me sorprenden a mí tanto como a ellos.

—¿Tu hermana? —pregunta Clive.

—¿Es la tía de Hollie de la que ella ha hablado? ¿La que mencionó a la señorita Goodall el viernes? Era Sarah, ¿no?

Niego con la cabeza. Con parsimonia. Atónita.

—Sasha.

—Un momento. ¿No me dijiste que tu hermana era una psicópata? —me recuerda Clive.

Intento ocultar mi mueca de dolor con una risita.

—Estaba exagerando. Obviamente, no es una psicópata.

—Me dijiste exactamente esas palabras. «Es una psicópata». Por eso ya no forma parte de tu vida, eso dijiste.

—Por Dios, Clive. Ya te lo he dicho, era una exageración.

Intento reírme para quitarle importancia. Pero es una risa muy débil, transparente, completamente falsa.

—Tranquilo.

—Pero a ver si me entero de lo que quiere decir —interviene el profesor—, ¿la tía de Hollie la recogió el viernes por la noche? ¿Y ahora está en casa con ella?

—Sí. Exactamente. Yo solo...

Suspiro, intento que se crean la mentira.

—Sí, le he hablado mal de mi hermana a Clive algunas veces, pero ha mejorado. Cada vez está mejor. A Hollie le encanta estar con ella, así que accedí a que se quedara el fin de semana. No quería que Clive se preocupara, después de lo que pasó. Yo dije aquello, así que... mentí. Lo siento. No debí haberlo hecho. Fue una estupidez.

Sonrío a ambos hombres, pero ninguno me devuelve la sonrisa.

Por la cara del profesor, sé que no me cree. Claro que no lo hace. ¿Por qué habría de creerme? Aunque pensara que era una razón plausible para no decirle la verdad a Clive, eso no explica que le mintiera a él y a la señorita Goodall, ni el pánico total que contemplaron cuando descubrí que Hollie había desaparecido.

No hay manera de arreglar esto. No me quedan mentiras a las que recurrir para explicarlo todo.

Por suerte, no hace falta. El señor Wilkinson se pasa una mano por la cara y suspira, como si estuviera inmerso en una lucha interna para negar lo que le dicta el sentido común.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer —indica—. Mañana por la mañana veré a Hollie cuando entre en el colegio. A las nueve en punto, si no antes. Ni un minuto más tarde. Como se retrase un solo minuto, no tendré más remedio que ponerme en contacto con las autoridades para contarles todo. Ya no estará en mis manos. ¿Queda claro, Elizabeth?

—Por supuesto. Sí. No hay problema. Estará allí —digo—. No será un problema.

—Bien. Porque, repito, si no está, yo ya no podré hacer nada al respecto.

Se agacha, recoge la bolsa con los zapatos de Hollie y me la entrega.

—Mañana por la mañana. A las nueve en punto. Eso es... —mira su reloj— poco menos de veinticuatro horas. Haga lo que tenga que hacer para asegurarse de que está allí, sea lo que sea, se lo recomiendo encarecidamente. De lo contrario, no me dejará otra alternativa que llamar a la policía.

37

ELIZABETH

Estoy en el salón, escucho, espero, mientras Clive acompaña al señor Wilkinson a la puerta. Es una conversación breve, entre susurros. Creo oír al profesor insistir en la importancia de que Hollie vuelva mañana, y a Clive asegurándole que así lo hará.

Ojalá estuviera en mi mano cumplir esa promesa.

Se masca la tensión cuando regresa. Esta vez no cierra la puerta detrás de él, sino que permanece de pie delante de ella. La única salida posible es atravesarlo.

Si tiene que ser así, que así sea.

—¿Y bien?

Es poco más de una palabra. Apenas una pregunta. Y, sin embargo, lo dice todo, lo pregunta todo.

—Y bien, ¿qué?

—Liz, vamos.

Hay un tono de incredulidad en su voz.

—¿Qué has hecho? ¿Qué demonios está pasando?

—No pasa nada, Clive. Hollie está en casa de mi hermana.

—¿Dónde está eso exactamente?

Suspiro y pongo los ojos en blanco, como si él fuera el malo de esta historia. Como si él fuera quien está equivocado.

—Vamos a por ella. Yo conduzco. Quiero conocer a Sasha.

Resoplo al oír eso.

—No, no quieres.

—¿Por qué no?

—Porque te despreciaría, Clive. Pensaría que eres un payaso.

Veo cómo el dolor se refleja en su rostro. Se echa hacia atrás, como si lo hubiera golpeado físicamente.

—Así que soy un payaso, ¿es eso?

—¿Qué? No. Yo no pienso eso, digo que ella lo pensaría, porque es...

—¿Una psicópata?

Por un momento casi le digo la verdad. Me planteo contarle hasta el último detalle acerca de cómo es Sasha y las cosas que ha hecho.

Las cosas que me ha obligado a hacer.

De hecho, estoy a punto de hacerlo cuando él se interpone.

—¿Todo esto tiene que ver con la foto?

Me vuelve a la cabeza la imagen de Hollie, atada y con los ojos vendados. La idea casi me hace caer de rodillas, pero decido seguir adelante.

—¿Qué foto?

Él chasquea la lengua, exasperado.

—Ya sabes qué foto, Liz. La de tu marido muerto.

—Oh. No. No, claro que no.

Aparto la mirada, pero puedo sentir cómo me observa. Me escruta. Lo oigo respirar hondo mientras reúne el valor para hacer la siguiente pregunta.

—¿Cómo murió?

No estoy preparada para esa pregunta. Tengo la respuesta grabada en la memoria, palabra por palabra; aun así, me pilla

desprevenida.

—¿Qué?

—Tu marido. Kenny. Nunca me dijiste qué le pasó.

—Sí que te lo dije.

Niega con la cabeza.

—Dijiste que fue «un accidente». Eso es todo. Nunca me diste más detalles.

—Es... doloroso. No me gusta hablar de ello —le digo, pero él no deja de mirar fijamente, impasible.

No me va a dejar que cambie de tema.

—Perdió el control del coche. En las Highlands. Dio varias vueltas de campana y luego el coche se incendió. Él... no pudo salir.

Se le abren un poco los ojos. Sus labios secos sueltan un ligero chasquido al separarse.

—Dios mío —susurra—. ¿Iba con alguien más?

Niego con la cabeza, pongo en el rostro la máscara de dolor que he ensayado.

—No. Solo Kenny. No había nadie más.

Espero que eso sea todo, pero él es como un perro con un hueso: se niega a soltarlo.

—¿Nadie? Pero ¿cómo pudo pasar aquello? ¿Un coche vuelca así sin más?

—No lo sé.

—Bueno, ¿qué dijo la policía?

—No mucho.

—¿No lo investigaron? Alguna investigación habría.

—Sí, claro. Los resultados fueron «no concluyentes».

Suspiro, para dejar claro que no quiero seguir con esta conversación.

Obviamente, no ha debido quedar demasiado claro.

—Un tipo da vueltas de campana con el coche y muere quemado, ¿y no encuentran ninguna razón?

—Quizá todo fue un descuido, Clive —aúllo, y pierdo la paciencia hasta tal punto que juraría haber oído el chasquido—. Quizá estaba demasiado concentrado en algo que no era asunto suyo y perdió el control.

Lo único que se oye en la habitación es el jadeo entrecortado de mi respiración y el rugido soterrado de mis entrañas, que se contraen.

¿Qué he dicho? Demasiado. Mucho más que demasiado.

—¿Qué demonios significa eso? —masculla.

—Nada. No significa nada —insisto.

Me dispongo a marcharme, pero él no deja de bloquear la puerta.

—¿Puedes apartarte, por favor? Quiero irme. Quiero marcharme.

Se queda de pie frente a mí, con los brazos cruzados, sin dejar de mirarme desde arriba. Creo que va a negarse a hacerlo, pero entonces se limita a mover la cabeza como si dijese que no y se hace a un lado, y yo acelero hacia la habitación de Hollie para recuperar mi teléfono y ponerme los zapatos.

Apenas he metido el pie en el segundo cuando oigo que se cierra de golpe la puerta principal. La ventana del dormitorio de Hollie da a la calle, así que me escondo detrás de la cortina y espero allí hasta que veo a Clive salir del edificio. No lleva chaqueta, y espero que se meta directamente en el coche.

En cambio, se detiene a unos pasos y mira hacia el apartamento. Retrocedo para esconderme en la penumbra y dejo que la cortina haga el resto del trabajo. Sus ojos se mueven rápidamente de una ventana a otra, y luego sale apresurado hacia la esquina, en dirección a la calle principal.

Es noviembre. En Escocia. Una fina llovizna otoñal asperja de charcos el suelo. Sea o no un arranque de mal humor, ¿adónde diablos va sin chaqueta?

No es a casa de Alan el Raro. Eso está al final de la calle, en la dirección opuesta a la que él ha tomado.

Entonces ¿adónde?

¿Para hacer qué?

Mi pie se desliza dentro del zapato. Desenchufo el teléfono del cargador de Hollie y lo guardo en el bolsillo. Me pongo la chaqueta.

Y luego bajo corriendo las escaleras, salgo a India Street y, con las heladas gotas de lluvia que me aguijonean la piel, agacho la cabeza y lo sigo.

38

ELIZABETH

India Street sobresale como un apéndice de una calle circular llamada Royal Circus, que parece dividida en dos por Circus Lane. Vista desde arriba, India Street se da un aire al mango de una lupa, aunque solo si le echas un poco de imaginación.

Espero que Clive gire a la izquierda en el cruce con Circus Lane. A la izquierda hay una cuesta que baja hasta Stockbridge, donde se encuentran las panaderías artesanales y esas cafeterías que parecen pensadas para Instagram.

Sin embargo, en lugar de eso, gira a la derecha y sube la cuesta, sin un rumbo claro. Ahí no hay librerías, ni tampoco cervecerías artesanales multipremiadas, ni siquiera el gimnasio al que dice estar apuntado.

Nada más que calles residenciales durante más de un kilómetro, salpicadas con un par de hoteles boutique.

¿Qué trama?

Mira hacia atrás al llegar a la esquina, pero estoy preparada y bien escondida detrás de uno de los Range Rover aparcados en las plazas para residentes. De todos modos, mira hacia el apartamento, para asegurarse de que desde la ventana no lo veo desaparecer por la esquina.

Salgo de mi escondite y me apresuro a seguirlo; solo aflojo el paso al llegar a la esquina de la primera casa de India Street. Avanzo con sigilo, rozo con la mano la piedra gris desgastada, y solo al llegar al final echo un vistazo a la vuelta de la esquina.

Clive sube por la colina, encogido de hombros por el viento y la lluvia. Tiene la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Da la impresión de ser un hombre que se esfuerza por hacerse invisible.

El tráfico circula lento en ambas direcciones, y los semáforos de Edimburgo ya han comenzado a orquestar su habitual baile de frenazos y arranques.

Solo hay un par de vehículos aparcados junto a la acera. No hay muchos lugares donde esconderse. Si lo sigo ahora y se da la vuelta, me va a ver porque no hay ningún obstáculo de por medio.

No me queda otra que dejarlo avanzar. Cuento hasta diez, luego hasta veinte, y al final decido esperar treinta segundos antes de arriesgarme a seguir sus pasos.

Sin embargo, he subestimado su ritmo y tengo que apretar el paso para evitar que la distancia que nos separa aumente demasiado.

En apenas unos segundos siento que las piernas y los pulmones comienzan a arderme. Todo el estrés y los esfuerzos de los últimos días ya me habían dejado dolorida, así que me siento aliviada cuando la calle se nivela un poco y ya no me parece que las piernas arrastran mi culo cuesta arriba.

A mi izquierda una bocina suena cerca, y me hace dar un respingo. Me giro a tiempo para ver una serie de gestos groseros entre dos conductores, y luego el que se había entretenido en el

semáforo en verde pisa a fondo el acelerador justo cuando se pone en ámbar.

El conductor del coche que queda bloqueado por el cambio a rojo grita un sonoro y claro «¡Mamón!» por la ventanilla, pero el destinatario de su ira está ya demasiado lejos para escucharlo.

Vuelvo a mirar hacia delante, y doy por sentado que me toparé con Clive parado allí, tras haberme descubierto, atraído por el claxon o los gritos.

Pero no está. No está allí. Tampoco lo veo caminar.

Miro a la otra acera, una y otra vez.

No lo veo. No está allí. ¿Cómo es posible que no esté allí?

Aunque es inútil, miro detrás de mí, por si hubiera decidido seguir en la dirección contraria. Una joven pareja camina de la mano cuesta arriba, bastante lejos, pero, por supuesto, no hay rastro alguno de Clive.

Me apresuro, acelero el paso, entre tambaleos, y mi rápido caminar se convierte en una carrera. Pese a ello, mientras corro por la acera, mi cerebro encuentra la única solución posible.

Ha doblado a la derecha hacia Royal Circle. Ha vuelto a entrar en la rotonda. Es la única explicación.

Y tiene todo el sentido del mundo. Se marchó enfadado, sin ningún plan y sin chaqueta. Una vuelta rápida a la manzana para luego estar de vuelta en casa. Quizá me estaba dando la oportunidad de marcharme sin tener más enfrentamientos.

O, tal vez, no podía soportar quedarse allí conmigo ni un momento más.

En cualquier caso, ahora debe de estar de vuelta a casa, y se acercará al piso desde el otro extremo de la calle, sin duda con la

esperanza de que me haya ido. Y habrá hecho bien, por descontado.

Freno un poco al llegar a la esquina y luego avanzo por la curva hasta que distingo de nuevo la fachada del piso.

Sigo sin verlo. No hay movimiento en la calle. Al menos, nada que yo alcance a ver. Pero oigo un ruido cerca. El eco de una voz de mujer. El cierre de una puerta.

Una puerta con una hilera de números romanos de latón.

La de Mabel Walker.

La Zorra Mayor.

39

ELIZABETH

Como todas las puertas de India Street, la de Mabel es gruesa, pesada y al parecer impenetrable para el sonido. No oigo nada de lo que sucede dentro, ni siquiera cuando abro la trampilla del buzón y pego la oreja.

El Bentley de su marido no está aparcado delante, lo que permite suponer que no está en casa.

Repaso todas las explicaciones posibles de por qué Clive podría haber ido a casa de Mabel. Cualquier otro día, solo habría una. Hoy, sin embargo, existe otra posibilidad más. Algo más que podría explicarlo.

Algo peor.

Intento recordar los detalles de la voz de la mujer que respondió a mi llamada cuando creía llamar a Alan el Raro. ¿Podría haber sido Mabel? No tenía su habitual tono altivo, pero solo lo usa cuando habla conmigo o con los recién incorporados al ampa.

Si estaba usando otro teléfono y no tenía mi número en la agenda de contactos, no tendría ni idea de quién la llamaba.

Por tanto, quizá, tal vez. No es imposible.

Me planteo la posibilidad de llamar a la puerta, pero ¿y si no responden? Sabrán que estoy aquí y no habré avanzado nada.

En lugar de eso, rodeo el lateral de la casa agachada, hasta donde una alta verja de madera bloquea el acceso al jardín trasero. Pruebo el picaporte, pero está cerrado con llave desde dentro.

Escalar no es ni elegante ni bonito, pero si utilizo el contenedor de reciclaje como escalón puedo pasar por encima de la valla.

El aterrizaje es menos elegante aún, y es un milagro que haya logrado entrar con solo unos rasguños y ningún hueso roto. El moratón en torno al ojo y la hinchazón de la mejilla donde me golpeó ayer el DJ ya son lo suficientemente preocupantes. Siento que el dolor crece al ritmo de mis latidos una vez vuelvo a estar erguida.

El jardín trasero de Mabel Walker parece sacado de una revista de decoración. Tras una enorme mampara montada sobre una extensión de metal, se abre a una terraza con el suelo de listones de madera colocados en espiga, y muebles de mimbre gris y una pagoda que tiene el techo de listones. O pérgola. O como se llame esta cosa.

A un lado hay una amplia barbacoa, situada sobre un damero de losetas de piedra negra y gris, construida con ladrillos y que cuenta con un brasero de metal bruñido. Detrás, un poco elevados sobre el suelo, hay una larga hilera de cajones de madera de donde brotan verduras de invierno que comienzan a asomar de la tierra regada y cuidada.

Una valla de dos metros y medio de altura rodea el conjunto, y lo protege de las miradas indiscretas de los vecinos. Sin embargo, los dos pisos superiores del edificio contiguo tienen vistas de todo el recinto, y solo puedo imaginar la rabia que debe de sentir Mabel cada vez que piensa en ello.

No veo ningún movimiento a través del cristal de la ampliación. Es una mezcla de comedor y salón, con un arco rectangular que da a una cocina de mármol negro que, desde aquí, parece más grande que la mitad del piso entero de Clive.

Al girar el picaporte, compruebo que las puertas dobles que dan a la terraza no están cerradas con llave. A pesar de su peso se deslizan sin esfuerzo y sin hacer ningún ruido, lo que me franquea el paso.

Entro en la madriguera de la Zorra Mayor.

No sé si es el edificio en sí mismo, o bien mi experiencia con Mabel, pero el lugar me parece frío y desapacible. Me invade una sensación de pavor cuando cruzo de puntillas la ampliación y entro en una cocina en la que a un miembro de la realeza no le importaría prepararse un sándwich de faisán.

Aún no se oye ningún ruido del resto de la casa. Contengo la respiración y me acerco con todo el sigilo posible a la puerta, con la esperanza de que me llegue el murmullo de voces procedente de alguna de las habitaciones contiguas.

Pero no.

Nada.

Todo el lugar parece desierto y, de no haber oído la voz de Mabel y el portazo desde fuera, habría jurado que la casa estaba vacía.

El salón, con sus sofás de cuero rojo, la estufa de leña y las estanterías abarrotadas, está vacío. La habitación de enfrente, un segundo salón, o incluso un tercero si se tiene en cuenta la ampliación, también lo está. En esta habitación hay un enorme televisor montado en la pared y una consola de videojuegos, y tengo

la impresión de que este podría ser el lugar donde Jessica pasa el rato, lejos de la vista de sus padres.

No puedo culparlos.

Sin embargo, ella no está aquí ahora. No hay nadie.

Una escalera parte desde el pasillo que está junto a la puerta principal. Ocupa la misma posición que la del bloque de pisos de Clive, pero mientras que a aquella la han despojado hasta dejar la piedra a la vista, esta conserva todos sus azulejos originales, restaurados con esmero para recuperar su antiguo esplendor.

La débil luz de noviembre, filtrada a través de las pequeñas ventanas con los visillos, no ayuda mucho a disipar la oscuridad. Subo lenta y cautelosamente, y me adentro en la penumbra, con los oídos atentos a cualquier signo de vida.

La casa tiene tres plantas. Hay cuatro puertas en este piso. ¿Y si Hollie está detrás de una de ellas? Pienso en la suciedad y en la miseria del lugar donde la retenían, traslucidas en la foto que me envió su secuestrador, y no puedo imaginar ni por un momento que alguna parte de la casa de Mabel Walker se parezca a aquello.

Escucho en algunas de las puertas del primer piso y echo un vistazo hacia ellas.

Nada.

La segunda escalera no tiene los mismos azulejos que la primera. Es más moderna, de madera pulida y curvada, con remates de bronce en la barandilla. Asciendo por ella hasta el tercer piso, con cuidado para mantener mi peso lo más cerca posible de la pared y así evitar cualquier crujido que delate mi presencia.

Reduzco el paso a medida que llego al final de la escalera. Estoy en lo más alto de la casa. Deben de estar aquí. No pueden estar en

ningún otro sitio, a menos que Mabel tenga una habitación secreta en algún lugar.

Dios. ¿Y si la tiene?

Echo un vistazo a las escaleras que acabo de subir. ¿Y si hay una habitación oculta donde tienen escondida a Hollie?

Si me parara a pensarlo, me daría cuenta de que no hay una sola razón válida por la que Mabel se hubiera implicado en el secuestro de Hollie, pero el odio que le tengo alimenta mis sospechas. ¿Está mi hija maniatada en algún lugar de este edificio? ¿Podría estar justo al otro lado de una de estas puertas?

Esta vez, ni siquiera me molesto en escuchar. En su lugar, irrumpo sin más en dos dormitorios, un pequeño estudio y un cuarto de baño con una bañera exenta.

Todo vacío.

Todo despejado.

Entonces ¿dónde demonios están?

Estoy a punto de bajar de nuevo y revisar los pisos inferiores cuando lo oigo. Un suave y grave gemido teñido de miedo. Dolor, tal vez. Suena cerca. A muy pocos metros de distancia.

Pero ¿cómo?

Vuelve a oírse. Un gemido. Un sollozo, ahogado y estrangulado.

Y entonces me doy cuenta. El sonido no viene de nada que esté a mi alrededor.

Viene de arriba.

Y lenta, muy lentamente, dirijo la mirada hacia el techo.

40

ELIZABETH

Después de buscar un poco, encuentro la escalera detrás de unas puertas dobles de uno de los dormitorios. Hay ocho peldaños, todos empinados, es casi una escalera de mano, que conducen a un ático apenas iluminado.

Aquí, tan cerca, no me cabe ya duda de que se trata de un gemido. Sigo sin saber si es de miedo o de dolor, pero sospecho que debe ser una mezcla de ambos.

Pongo el pie en el primer peldaño, y hago la prueba de mi peso sobre él. No hace ningún ruido que pueda delatarme.

Paso al siguiente peldaño. Y al siguiente. Subo con paso firme, me agarro a los peldaños superiores para apoyarme.

El sonido seco de una bofetada me detiene. Los sollozos entrecortados se interrumpen, ahogados en silencio.

—Cierra la boca, putita llorona.

La voz de Mabel sisea, cargada de desprecio.

—Deja de llorar por tu mamá.

La ira me impulsa. El odio me empuja hacia arriba. Irrumpo en el altillo con ambos puños en ristre, lista para golpear.

Me detengo al ver las ataduras. Al ver las esposas. Al ver la mordaza.

Al ver el cuerpo desnudo y tembloroso de Clive, tumbado boca arriba en el suelo, con la cabeza echada hacia atrás en éxtasis mientras Mabel cabalga sobre él. Sus costosos pechos desnudos se agitan debido a la excitación mientras lo azota con una corta fusta de cuero que empuña con una mano.

Los ojos grandes y llorosos de Clive se encuentran con los míos. Intenta hablar, pero la mordaza que tiene en la boca convierte sus sonidos en una serie de gruñidos guturales, jadeantes y ahogados.

Mabel, libre de armatostes como ese, grita mi nombre como si fuera una terrible maldición. Se pone de pie a una velocidad impresionante y apunta hacia mí con la fusta como si fuera una espada.

De algún modo, a pesar de mi conmoción, tengo la presencia de ánimo suficiente para sacar el teléfono y empezar a hacer fotos.

Mabel no sabe qué parte de su cuerpo desnudo ocultar primero, así que se echa hacia atrás, para buscar a tientas la ropa que aguarda, doblada con todo el cuidado, en una silla que hay justo al lado de donde ha tenido lugar toda la acción.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves? —grita, como si yo fuera la que tuviera algo que ver con todo esto.

A Clive, por su parte, parece que le cuesta respirar mientras forcejea frenéticamente con la correa de la mordaza. Tiene la cara cubierta de lágrimas y mocos. Su cuerpo pálido y peludo retiembla como unas natillas.

En cuanto oí cerrar la puerta principal, empecé a sospechar que había una aventura. No puede decirse que entrar y pillarlos con las manos en la masa sea una sorpresa.

Pero ¿esto? Esto, desde luego, no me lo esperaba.

—¿Qué demonios es todo esto? —pregunto, aunque la lista de cosas que podría ser es sorprendentemente corta.

La mordaza de Clive golpea el suelo con un ruido sordo.

—¡Liz! Liz, escucha —suplica.

Intenta ponerse de pie, pero hace una mueca de dolor y vuelve a caer de rodillas, lo que provoca nuevas ondulaciones en su pálida y pastosa grasa.

—¿A esto te dedicabas? —pregunto.

No hay emoción en mi voz. Ni rastro de lo que se espera de una pareja histérica y agraviada.

La verdad es que no me importa lo que Clive ha hecho. Solo necesito saber lo que no ha hecho.

—Era aquí adonde venías, ¿verdad? Desde luego, no al gimnasio. Ni a la casa de Alan el Raro. Venías aquí, ¿verdad? ¿Con ella?

—Lo siento. Lo siento. Liz, escucha, por favor, lo siento mucho. Nada de esto es real. No significa nada.

Hay una mirada de dolor en el rostro de Mabel que, en cualquier otro momento, me habría deleitado. Ahora mismo, sin embargo, no siento nada. Ella ya no es una molestia. Ha pasado a ser irrelevante.

—¡Respóndeme!

La dureza de mi tono los sobresalta a ambos. Clive se encoge. Mabel mira hacia la pequeña claraboya pivotante como si se plantease la posibilidad de arriesgarse a una fuga por ahí.

—Está bien. Está bien, sí. Lo siento. Sí. Dios. Estuve aquí. Pero no significa nada, Liz. Ella no significa nada. Solo era... curiosidad. Quería experimentar, y cuando vi que a ti no te interesaba, pensé...

Lo interrumpo solo con la mirada, no estoy dispuesta a dejar que me eche la culpa de nada de esto.

En realidad, me importan un comino sus explicaciones o sus disculpas. Solo me importa una cosa.

—Ella no está aquí. No la tenéis —susurro con voz entrecortada.

No quiero decírselo a ellos. No quiero decírselo a nadie. Es tan solo una constatación de los hechos que le lanzo al mundo.

En todo caso, Clive responde.

—¿Que no tenemos a quién? ¿Qué estás...? ¿Hollie? ¿Te refieres a Hollie? Dijiste que estaba con tu hermana.

Hay un tono acusador en su voz, como si me reprendiese, dibuja el retrato de una madre horrible.

No se equivoca, pero no estoy de humor para aguantar eso. No si viene de él.

—¿De verdad intentas darme lecciones morales en estas circunstancias, Clive? —le pregunto.

No se me dan bien las confrontaciones, así que mi voz suena como un chirrido de enfado, un ratón que se cree más de lo que es. Apunto a su flacidez desnuda y el collar de cuero con tachuelas que lleva alrededor del cuello.

—¿En serio? ¿Cuando estás así?

—¿Qué demonios haces en mi casa? —exige Mabel.

Ya está completamente vestida, se ha despojado de sus accesorios, y vuelve a ser ella misma.

—Has entrado por la fuerza. Eso es un delito. Voy a llamar a la policía. Dame mi teléfono.

Me está pidiendo que le dé su móvil. No, no me lo pide, me lo ordena. Cree de veras que tiene derecho a darme órdenes, incluso ahora. Y cree que voy a hacerle caso.

Y, para mi vergüenza, estoy a punto de hacerlo. Mi instintiva necesidad de complacer a los demás casi me hace salir a la carrera a buscárselo.

Pero no lo hago. En lugar de eso, trago saliva, aprieto los puños y, al fin, al fin, le planto cara.

—Te diré lo que haremos. Te traeré el móvil, Mabel. Luego llamaremos a tu marido. Podemos hacerle una videollamada. Quizá le enviemos algunas de las fotos que he hecho —le digo.

Se me acelera el corazón, dobla el ritmo como si tuviera una taquicardia. Los nervios me hacen soltar balbuceos frenéticos antes de que cambie de opinión.

—¿Y entonces qué crees que pasará? ¿Crees que seguirás viviendo en esta casa tan lujosa, gastándote su dinero a espuertas, cuando se haya enterado de lo que haces?

Hace unos instantes tenía la cara roja como un tomate por la vergüenza y, supongo, por el esfuerzo de haberle dado una paliza al tipo con el que vivo amancebada. Ahora, sin embargo, todo ese color se desvanece.

—De hecho, quizá se las enviemos a todo el mundo —sugiero, envalentonada al ver cómo le ha cambiado la cara—. Al colegio. A la ampa. A todos esos exclusivos clubs de campo a los que pertenecéis Malcolm y tú, porque seguro que a alguno les interesará. ¿Qué te parece? Podríamos imprimirlas y pegarlas por toda la ciudad con tu nombre y tu número de teléfono debajo.

Me muerdo la lengua, tengo la sensación de que he ido demasiado lejos.

Me mira a los ojos. Por primera vez desde que la conozco se ha quedado sin palabras.

Por supuesto, eso no dura mucho.

—No te atreverás.

El hecho de que lo grite indignada hace que algo dentro de mí se rompa. La miro a los ojos y le sostengo la mirada.

Y pensar que durante todo este tiempo me había intimidado...

—¿Atreverme? Oh, claro que me atreveré. Venderé esas fotos en camisetas y en bolsas de tela. Empapelaré toda la Royal Mile con ellas —le digo—. Crees que me conoces, pero no tienes ni la menor idea del tipo de cosas que soy capaz de hacer.

La advertencia va dirigida a la Zorra Mayor, pero luego miro a Clive para dejarle claro que también va por él.

—Así que, en beneficio de todos, no te metas en mis asuntos y quítate de mi camino.

Hago una pausa antes de empezar a bajar los empinados escalones.

—O no me haré responsable de mis actos.

41

ELIZABETH

Estoy en medio del último tramo de escaleras cuando me suena el teléfono. Con las prisas por sacarlo del bolsillo, lo dejo caer y solo puedo gritar y mirar horrorizada cómo rebota dos veces en los peldaños de baldosas y aterriza, con la pantalla hacia abajo, en el felpudo de la puerta principal.

—No, no, no, no, no.

Bajo los últimos escalones a la carrera y me hago con el móvil, que no deja de sonar. La esquina superior derecha de la pantalla tiene un patrón de finas grietas en forma de telaraña, pero apenas reparo en ello, porque es él. Es el secuestrador. Es el hombre que se llevó a mi hija.

Que llame justo ahora parece sospechoso, pero alcanzo a oír los gritos de Clive y Mabel en la buhardilla, así que dudo que sea ninguno de ellos.

Deslizo el botón para responder a la llamada, pero no pasa nada. La pantalla no registra mi toque.

Oh, Dios. No, por favor.

El timbre del teléfono insiste, pero ya ha sonado durante veinte segundos, quizá más. De un momento a otro saltará el buzón de voz y no hay garantía de que vuelva a saber nada de él.

Lo intento de nuevo, presionando más fuerte. Esta vez, se ve cómo se mueve el icono. Ya estoy respondiendo antes de que pueda llevarme el teléfono al oído.

—¡Hola! Sí. Estoy aquí. ¡Estoy aquí!

—Mamá, por favor. Por favor. Quiero irme a casa.

No reparo en que me estoy derrumbando en el suelo hasta que golpeo las frías baldosas. El sonido amortiguado de la discusión entre Mabel y Clive ahora se ve ahogado por un zumbido en mis oídos.

—¿H-Hollie? Cariño, ¿dónde estás? Mamá está aquí, cariño. Dime dónde estás y yo...

—Teníamos un trato, Elizabeth.

Es la misma voz de antes. Fría. Antinatural. Electrónica.

—Por favor, solo... suéltala. Por favor. Yo ocuparé su lugar. Podemos intercambiarnos. Puedes quedarte conmigo. Iré sin oponer resistencia, lo prometo.

—¿Por qué te querría a ti, Elizabeth? Las personas que te rodean terminan sufriendo.

Incluso a través del modificador de voz, puedo oír su sonrisa burlona.

—Además, Hollie es mucho más divertida.

—¡No le hagas daño! —siseo—. ¡No le pongas un dedo encima!

—¿O qué? ¿Me matarás, como hiciste con tu marido?

Enmudezco, igual que Mabel hace unos minutos. Así que yo tenía razón sobre la fotografía. Sobre el motivo de todo esto.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —pregunta, y balbuceo una respuesta que apenas tiene sentido.

—Él estaba... Fue... Todo aquel asunto... Fue un accidente. La policía lo investigó. Nosotros no... Yo no...

Respiro hondo para recomponerme.

—No le hice nada. No hice nada malo, fue un accidente, la policía lo confirmó.

—¡Error!

Su voz cruje cuando grita al otro lado de la línea.

—«No concluyente», Elizabeth. Eso fue lo que dijeron. No que hubiera sido un accidente. Porque no fue un accidente, ¿verdad?

—¡Sí lo fue! Claro que lo fue, lo juro. Por favor, déjala ir.

—Sabías lo que tenías que hacer. Ya te lo dijimos. Y te advertimos de las consecuencias.

—Un momento, ¿«nosotros»? ¿Quiénes?

Miro de nuevo arriba, hacia las escaleras. Mabel aún grita. La voz de Clive suena más apagada, como si intentara calmar la situación.

Sea cual sea la sórdida tontería que esos dos se traen entre manos, ahora no hay duda de que no tienen nada que ver con la desaparición de Hollie.

Duda antes de responder a mi pregunta. Hay una pausa durante la que reina el silencio en la línea, como si hubiera pulsado el botón para silenciar su micrófono.

—No importa quiénes somos. Lo único que importa es que hagas lo que se te ha dicho. Te dijeron que confesaras.

—Fui a la comisaría —le digo—. Anoche. A Fettes. Fui hasta allí.

—Pero no les dijiste lo que habías hecho, ¿verdad? Claro que no lo hiciste.

La aclaración me pilla desprevenida. ¿Cómo lo saben? ¿Me vigilan? ¿Alguien me está rastreando? ¿De qué modo lo hace?

—Porque no estaba segura de qué se suponía que debía confesar —insisto—. No he hecho nada.

Un suspiro. El modificador de voz lo convierte en un sonido grave, monótono y zumbante.

—Oh, Elizabeth. ¿Qué vamos a tener que hacer contigo? Oh. Espera. Ya lo sé.

Se oye un ruido crepitante, como si el teléfono estuviera en movimiento. Oigo los gritos de mi hija, cada vez más fuertes, cada vez más histéricos.

—¡No, no, no lo hagas! ¡Mamá, mamá! ¡Por favor, mamá!

—¿Hollie? ¿Hollie?

Mis gritos son tan fuertes que acallan la discusión al final de las escaleras.

—¡Para, por favor, por favor, para! ¡Lo haré! ¡Lo haré! ¡Haré lo que quieras!

Hollie se queda en silencio. Lo que regresa es su voz.

—Así está mejor. Solo necesitas la motivación adecuada, ¿verdad, Elizabeth?

Vuelve a sonreír. Puedo oírlo.

—Quiero verte aparecer en las noticias mañana a esta hora. Si no, empezarás a recibir por correo los trozos de tu hija. Primero, los dedos de los pies; luego, los de las manos; a continuación, las orejas; y, para finalizar, cualquier otra parte que pueda cortarle.

Se queda en silencio durante unos segundos, y así deja que esa imagen se me meta dentro.

—¿Nos entendemos?

—Sí. Sí, nos entendemos. Claro que sí —digo.

Incluso a mí misma me parece que mi propia voz llega desde algún lugar lejano.

—Lo haré. Lo confesaré todo. Les diré lo que quieras.

—Buena chica —me dice—. Veinticuatro horas. O le haremos daño de verdad.

Y entonces, con un simple clic, la llamada se corta.

42

ELIZABETH

Abro de un empellón la puerta principal y avanzo a trompicones. El escalón de la entrada me pilla por sorpresa y caigo, entre sacudidas, hasta estrellarme de rodillas contra el pavimento. No tengo fuerzas para levantarme y el mundo gira demasiado rápido como para intentarlo siquiera.

Así que me quedo allí, a cuatro patas, ahogada por las lágrimas y estrangulada por oleadas de náuseas calientes y ácidas.

No hay nadie en India Street. Nadie que me vea.

Excepto...

Maldita sea.

Miro hacia la casa de enfrente, y espero ver a Alan el Raro allí de nuevo, vigilante desde su ventana, como siempre.

Pero hoy no.

La gran ventana del primer piso está vacía. Las cortinas están abiertas, pero no hay ni rastro de Alan el Raro. Ni rastro de nadie.

Siento alivio. Lo último que necesito es que me mire con los ojos entrecerrados, que me juzgue en silencio.

Enjuiciada.

Así me siento cada vez que lo veo. Cada vez que paso por delante de su casa, con Hollie o sola, y veo cómo mira hacia abajo, siento que me juzga y que es capaz de encontrar todos mis errores.

Como si pudiera ver directamente dentro de mi alma y ver todos sus matices.

O tal vez sea tan sencillo como que sabe algo.

Siempre está ahí. Siempre.

Pero hoy no.

No sé si es la adrenalina, pero corro como una velocista impulsada por los tacos de salida.

Tardo apenas unos segundos en cruzar la calle y subir los tres escalones que llevan a su puerta principal. Pruebo a girar el picaporte. Cerrado. Encuentro el botón del interfono del primer piso y lo aprieto con el pulgar.

Por encima de mí puedo oír el agudo zumbido que resuena en el piso de Alan el Raro.

Mantengo el pulgar ahí hasta que no tengo ninguna duda de que lo ha oído, luego lo suelto y espero.

Espero.

Espero.

No se oye ningún crujido en el interfono. No hay respuesta desde arriba.

—¡Vamos!

Vuelvo a pulsar el timbre, esta vez durante más tiempo.

Espero.

Pasan los minutos. Las horas.

Nada

—Que te den, Alan el Rarito —casi gruño, y luego pulso los botones de los pisos de la planta baja y del segundo piso.

Solo unos segundos después, una voz masculina sale del interfono. Es la voz de alguien mayor. Setenta años tal vez. Habla

como lo haría un viejo subteniente del ejército.

—¿Sí? ¿Qué?

Pierdo un segundo para recuperar la compostura antes de responder.

—Sí. Hola. Hola. Siento molestarle. Soy una amiga de Alan. El del primer piso. Intento localizarlo, pero no contesta. ¿Podría quizá...?

—Por Dios. ¿Otra vez?

—¿Perdón? No...

La puerta emite un zumbido mecánico y la cerradura se abre. Empujo antes de que vuelva a cerrarse y grito un «gracias» al tiempo que comienzo a correr hacia arriba por la escalera de piedra pulida.

Cuando llego al primer piso noto un olor agrio en el aire. La fuente de la peste resulta evidente. Hay media docena de bolsas negras de basura apiladas en la esquina junto a la puerta principal de Alan el Raro.

Al verlas recuerdo el cadáver que apareció, solo por un instante, en el maletero de mi coche, envuelto en plástico y atado con cinta adhesiva. Todavía no sé exactamente cómo llegó allí, ni adónde fue.

Creo que no quiero saberlo.

Llamo a la puerta de Alan con los nudillos, unos golpes tan fuertes que deberían resonar en todo el piso. En cambio, solo se oye un chirrido débil cuando la puerta se abre unos centímetros.

Apoyo la palma de la mano contra ella y la empujo hasta abrirla del todo. El suelo del pasillo está cubierto de periódicos viejos. Las paredes muestran el yeso desnudo, quedan algunos restos aquí y allá de lo que fue la pintura, como si hubiera intentado decidirse por un color, pero nunca lo hubiera conseguido.

Y luego está el olor.

Fuera ya era bastante malo, pero aquí dentro el olor a basura en descomposición parece haber sido destilado y está concentrado en su forma más pura. Siento náuseas y tengo que retroceder un par de pasos hacia la escalera para respirar aire más fresco. Después, con la cara interior del codo sobre la boca y tapándome la nariz, me aventuro otra vez al interior.

Todo mi cuerpo se agita en cada latido. Se acelera. Mis pasos son lentos y firmes, pero el mundo se mueve demasiado rápido, demasiado deprisa.

Paso por delante de la puerta abierta de la cocina y la visión me da náuseas. Es como un anuncio en tecnicolor de la miseria. La comida se pudre en envases de comida para llevar, en las que el moho comienza a salir por los bordes. El fregadero está lleno de platos sucios, pero una barricada de bolsas de basura abultadas impide el acceso a los grifos.

Un líquido claro y viscoso se ha filtrado por el fondo de una de las bolsas y comienza a acumularse a su alrededor sobre el linóleo sucio y lleno de rayajos.

Manchas de grasa de color marrón anaranjado se adhieren a la parte superior de las paredes y salpican el alto techo, que está al menos a tres metros de altura. Cierro la puerta para intentar contener el hedor, pero ya ha impregnado el piso al completo y se filtra por cada uno de sus rincones.

Alan el Raro.

Ni que lo digas.

Casi me da miedo abrir las demás puertas, pero tengo que hacerlo. Debo hacerlo.

La siguiente da a un dormitorio.

Su cama no es más que un colchón desnudo en el suelo, lleno de manchas de orina y migas de bollería. No veo sábanas, solo un par de almohadas y una manta de lana áspera.

Hay docenas de pañuelos de papel secos esparcidos por el suelo a su alrededor. Vuelvo a tener náuseas, pero me obligo a entrar y echar un vistazo al resto de la habitación.

El único «mueble» que hay en el lugar está hecho con cajas de cartón reutilizadas. De ellas sobresalen prendas raídas y mugrientas, como si fueran premios de la peor tómbola del mundo.

Vuelvo al pasillo, cierro esta puerta también y cruzo a la que está enfrente. Este piso no es exactamente como el de Clive; para empezar, es más pequeño, pero por lo demás casi no hay diferencias. Según la distribución de aquel, la habitación al otro lado del pasillo debería ser el salón, donde tantas veces he visto a Alan el Raro, de pie, mirarnos por la ventana al resto del mundo y a mí.

Pego la oreja a la puerta, pero no oigo nada. Todo el lugar parece vacío, aunque espero encontrar un sofá verde sucio que aguarda por mí cuando entre en el salón.

No es así. Y el dolor que me desgarra el pecho hace que comprenda cuántas ganas tenía de encontrarme con él.

Hay un sofá viejo, gris y hundido, con un mosaico de parches en los apoyabrazos y una pila de libros donde debería estar una pata. En su día debió de ser un mueble de calidad, pero el paso del tiempo, el abandono y los años de manchas de comida lo han convertido en un trasto inservible. Dudo que pudiera tocarlo sin unos guantes de goma, y mucho menos sentarme en él.

En una esquina hay un televisor, una cosa antigua y cuadrada con una espiral metálica en la parte superior por antena. Aunque estuviera enchufado, que no lo está, no creo que funcionara. La pantalla está cubierta por una gruesa capa de polvo. Alguien ha dibujado con el dedo un par de puntos y la curva descendente de una cara triste.

Aquí también el suelo está cubierto de periódicos. Al mirar uno de cerca, encuentro la fecha: 15 de octubre de 2011. Para ser justos, algunas alfombras no me han durado tanto.

Hay varias pilas de periódicos en la otra punta de la sala, donde ocupan más o menos una quinta parte del espacio de la habitación. Parece como si en algún momento hubieran estado ordenados, pero llegó un momento en el que las pilas se vinieron abajo y hay varias docenas de ediciones desparramadas por el suelo.

Si lo pintara todo de verde, casi pasaría por una colina ondulada de las Tierras Altas o del Distrito de los Lagos.

En algún lugar lejano, muy lejos de aquí.

Pero yo no estoy allí. Estoy aquí, y enseguida llego a la conclusión de que Hollie no está aquí tampoco. Y no parece haber rastro alguno de Alan.

Su ausencia resulta incluso más llamativa por ser un tipo raro, solitario y que vive enclaustrado.

No hay rastro de pequeños duendes pintados, caballeros o ejércitos de muertos vivientes, lo que disipa cualquier duda de que Clive me hubiera dicho la verdad acerca de sus visitas aquí. No es que las tuviera a estas alturas. Él mismo admitió dónde había estado en realidad, y un hombre tan delicado y maniático del orden como Clive no pondría un pie en un lugar como este.

Y Alan, por lo que yo sé, nunca saldría de aquí.

Entonces ¿dónde demonios está?

Solo queda una habitación. A diferencia de la casa de Clive, el cuarto de baño está al fondo del pasillo. La puerta está entreabierta, pero por el estrecho hueco solo se ve una franja de oscuridad.

No hay ningún interruptor en la pared de este lado de la puerta, solo un cable en el interior que cuelga del techo. Lo alcanzo y tiro de él sin llegar a entrar. Una luz fluorescente parpadea, se atenúa y luego se enciende con fuerza.

Aquí no hay periódicos en el suelo, solo el mismo linóleo podrido que en la cocina. El retrete está asqueroso, la porcelana amarillenta se ve salpicada de manchas marrones y negras que me queman las fosas nasales, incluso si me tapo con el brazo para amortiguar la mayor parte del olor.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me entran arcadas, pero empujo la puerta con el pie y la abro del todo.

Veo un pantalón de pijama enredado en el suelo.

Veo una cuchilla de afeitar, cuya esquina se ha clavado en el linóleo sobre el que ha caído.

Veo un codo desnudo que sobresale del borde de la bañera.

Y entonces, solo entonces, veo la sangre.

No hay grandes salpicaduras carmesíes en las baldosas sucias ni en la pintura manchada de moho. En cambio, Alan yace en un charco rojo difuso, como si se hubiera cortado las muñecas bajo el agua para evitar que la sangre salpicara toda la habitación.

Diría que lo ha hecho por consideración hacia quien tenga que entrar a limpiar, pero, si tenemos en cuenta en qué estado se halla resto de la habitación, lo dudo.

Se ha hundido, por lo que la mitad inferior del rostro queda oculta bajo la superficie. Tiene los ojos abiertos, y miran fijos a sus rodillas nudosas, que sobresalen como las jorobas del monstruo del lago Ness. No hay brillo en sus ojos. Cualquier atisbo de vida que quedaba en él se ha apagado hace tiempo.

La humedad le ha pegado el pelo, por lo general revuelto y despeinado, a la cabeza. No se parece en nada al hombre que me miraba desde la ventana.

Pero es él. No hay duda.

Estoy a punto de salir al pasillo a trompicones, fuera del piso, fuera de este edificio, cuando veo la nota. Está sobre la cisterna del retrete, una página arrancada de un cuaderno A5.

Con mucho cuidado de dónde piso, me acerco poco a poco hasta que estoy lo suficientemente cerca como para leer lo que hay escrito.

Dos cosas me llaman la atención casi de inmediato.

Es una nota de suicidio. Habla de su dolor y su sufrimiento, y de su deseo de dejar de existir. Eso es lo primero que noto.

Lo segundo en lo que reparo es que Alan no la ha escrito. No es su letra. No he visto nunca su letra, pero sé que no es la suya.

Porque la reconozco nada más ver las líneas afiladas y dentadas.

No es la letra de Alan.

Es la de Sasha.

43

ELIZABETH

Leo la nota a la carrera, en busca de algo que me diga si ella es la responsable o si lo encontró así.

Esas son las dos únicas alternativas, porque mi hermana ha estado aquí. No tengo ninguna duda al respecto.

No hay nada obvio en mi primera lectura en diagonal. Parece una nota de suicidio.

Hola.
Esta vida mía ha sido solitaria y llena de dolor.
Realmente no sabéis lo terrible que ha sido.
Mis más sinceras disculpas
a quien me haya encontrado así.
No sabía qué más hacer.
Así que he acabado con mi vida.

Eso es todo lo que consigo leer antes de reparar en el patrón. Es la misma técnica que utilizábamos cuando compartíamos notas secretas de niñas: la primera letra de cada línea forma nuevas palabras.

En este caso: «HERMANA».

Echo un vistazo al resto de la página, pero esta vez desdeño la mayor parte de lo que escribió Sasha y me limito a leer en vertical hacia abajo por el lado izquierdo, leyendo solo la primera letra de cada línea.

HEY, HERMANA, NO TE ASUSTES, LO ARREGLARÉ.

¿Que no me asuste?

¿*Que no me asuste*?

¿Cómo demonios espera que no me asuste? Este es el segundo cadáver con el que me encuentro en poco más de treinta y seis horas. ¿Que no me asuste? Con esto, aparte de todo lo demás que ha pasado ya, es un milagro que no haya tenido un ataque de nervios.

Cientos de preguntas se agolpan en mi mente, y todas luchan por ser las primeras en salir.

¿Cuánto tiempo ha estado aquí? ¿Qué la ha traído a este piso? ¿Lo ha matado ella? ¿Lo ha incitado a suicidarse? ¿O lo ha encontrado así, con el trabajo ya hecho?

Lo último no, ¿verdad? Se habría escapado sin molestarse en dejar una nota. Ella ha tenido algo que ver. De alguna manera, está implicada.

Dios mío, Sasha. ¿En qué nos has metido esta vez?

Arrugo la nota y la guardo en mi bolsillo. No puedo dejarla ahí. Si yo he descifrado el código, la policía también podrá hacerlo. No es que se lo haya currado mucho. Pero claro, Sasha nunca fue el cerebro del grupo. Nunca estuvo en ningún grupo, a decir verdad.

El músculo, sí. La rabia pura y desinhibida. Pero nunca el cerebro.

De repente, la voz del interfono cobra sentido. «Por Dios. ¿Otra vez?». Eso es lo que ha dicho. Sasha debe de haber usado el mismo

truco que yo para entrar.

Eso no es bueno. Significa que el vecino de arriba puede situar a dos mujeres en casa de Alan el Raro durante el día en que murió. Peor aún: si nos vio, aunque fuera un instante, a través de la ventana o la barandilla de la escalera, podría pensar que yo estuve allí dos veces.

Dios mío.

¿Y ahora qué hago?

—Cálmate, Elizabeth —me reprendo a mí misma en voz alta.

Respiro hondo, lo cual se revela como un error. Una oleada de vómito sube por mi garganta, pero se encuentra con una oleada de presión que quiere reprimirlo en sentido contrario mientras me obligo a tragarlo de nuevo a la desesperada.

Alan el Raro no es mi problema. O, al menos, no el principal. Hollie. Debo centrarme en recuperar a Hollie sana y salva. Todo lo demás son distracciones.

Además, por lo que sabía de él, no parece del todo inverosímil que el rarito de Alan se quitara la vida. Si alguien mira a su alrededor, y además sabe de su estilo de vida recluido, es casi un milagro que haya aguantado tanto tiempo.

Quizá la policía no llegue a investigarlo. Quizá ni siquiera se molesten en hablar con los vecinos.

Quizá. Pero es poco probable.

Ya quemaré esa nave cuando llegue a ella. Pero, por ahora, tengo que salir de aquí. La visión de la sangre y el olor de..., bueno, de todo..., hace que la cabeza me dé vueltas. Llevo así desde el viernes por la noche, claro, pero en la última media hora ha ido claramente a más.

Siento que el peso de todo se abate sobre mí. La presión que no deja de ejercer.

—Cálmate —me digo a mí misma—. Cálmate. Puedes con esto. Tú puedes.

Pero no sé si puedo. Una parte de mí quiere tumbarse en el suelo, incluso en este suelo, acurrucarse en posición fetal y esperar a que todo termine.

Es la parte que está asustada. La parte egoísta.

Pero el resto de mí se impone. El resto de mí va a recuperar a mi hija.

Salgo del baño y recorro el pasillo hacia la puerta principal.

Solo cuando llego al picaporte para abrirla, un pensamiento terrible comienza a carcomerme.

Las huellas dactilares.

He tocado al menos tres puertas y tal vez me haya apoyado en la pared del salón mientras me asomaba para mirar.

¿Buscaría la policía huellas si pensara que se trata de un suicidio? Probablemente no.

Pero ¿y si pensara que no lo es? ¿Si tuviera motivos para creer que alguien más ha estado con Alan en su piso?

Quizá.

Seguramente.

Maldita sea.

Ni loca voy a volver a la cocina a buscar nada, así que tiro de la manga hasta que me cubre el puño y vuelvo a cada una de las puertas que he tocado. Limpio los pomos y entro con rapidez en el salón.

No recuerdo exactamente qué parte de la pared toqué, así que hago una suposición y limpio una zona amplia a su alrededor. El polvo se acumula en pequeños rollitos entre mi manga y el yeso desnudo, antes de caer sobre el borde superior del zócalo.

Solo entonces, cuando veo la mancha limpia entre la suciedad, empiezo a preguntarme si he cometido un error.

¿El hecho de que no haya huellas en los tiradores de las puertas hará que la policía sospeche aún más? ¿Es eso lo que desencadenará una investigación completa que podría relacionarnos a Sasha y a mí con la muerte de Alan el Raro?

—No —digo en voz alta—. No, no, no, no.

Ya no puedo hacer nada al respecto. Aunque, durante un breve momento de locura, me pregunto si puedo arrastrar el cuerpo de Alan por el pasillo, y dejar sus huellas en todos los pomos.

Por suerte, descarto la idea casi de inmediato. Aunque tuviera la fuerza para hacerlo, que no la tengo, causaría muchos más problemas de los que resolvería.

Además, teniendo en cuenta cómo va hasta ahora este fin de semana, ¿qué más da un muerto más en mi lista de problemas?

Vuelvo a la puerta principal, recuerdo el tirador de plástico del cable del interruptor de la luz del baño y también lo limpio.

Luego, cuando tengo la certeza, siempre en la medida de lo posible, de que no queda ningún rastro de mí en el piso, salgo al aire relativamente fresco del rellano y cierro la puerta a mis espaldas.

44

ELIZABETH

No tengo ni idea de si alguien me vio salir del edificio de Alan, o si me observó mientras corría a toda prisa, con la cabeza gacha, de vuelta al piso de Clive, pero esa es la menor de mis preocupaciones.

Cuando llego a casa, Clive aún no está. Coloco la cadena de seguridad y giro el pestillo para que no pueda abrir desde fuera. Es su piso y yo no tengo ningún derecho sobre él, pero ni loca voy a dejarle entrar ahora mismo.

Pierdo un minuto entero dando vueltas por el pasillo, me agarro la cabeza con ambas manos y suelto improperios al azar a cada uno de los muebles y accesorios del piso, antes de llegar a la conclusión de que eso no me lleva a ninguna parte.

Sin embargo, cuando me detengo, el piso parece demasiado silencioso. Demasiado vacío. Como si todo el lugar contuviera la respiración, a la espera de ver qué haré ahora.

Ojalá pudiera decírselo.

Encender la televisión ayuda un poco. El murmullo del ruido de fondo hace que el silencio deje de ser tan denso y abrumador.

Pero sigo sin tener ni idea de qué voy a hacer.

Debería ponerme en contacto con Sasha, pero la idea me da miedo. Se está comportando de forma más errática incluso de lo

habitual con tal de tomar las riendas del asunto. Parece que está empeñada en encontrar a Hollie, y si lo consigue...

Bueno, si lo hace, quizá las cosas cambien entre nosotras. Quizá pueda perdonarla por los pecados de nuestro pasado. Quizá pueda volver a formar parte de nuestras vidas.

Quizá.

Pero no puedo confiar en ella. No puedo confiar en nadie más que en mí misma.

Se produce un rugido de emoción en el televisor. Poso la mirada en la pantalla justo a tiempo para ver a un futbolista que se desliza sobre sus rodillas ante una multitud de aficionados que lo vitorean en las gradas.

Nunca he entendido por qué, con todo lo que pasa en el mundo, dediquen casi todas las noticias a hablar de gente que le da patadas a un balón en un campo. Ya es bastante malo en el mejor de los casos. Hoy, sin embargo, me parece tan trivial que resulta ofensivo.

Pienso en cambiar de canal, pero entonces aparece el presentador, que sonríe a la cámara, y da paso a «Las noticias allí donde usted está».

No dejo de dar vueltas. No estoy segura de que me ayude a pensar, pero estoy demasiado nerviosa para quedarme sentada.

Necesito aclarar las ideas. Averiguar lo que sé e intentar hacerme una idea del panorama completo.

Hay dos plazos, con un par de horas de diferencia. El primero es mañana por la mañana, justo antes de las nueve, cuando el señor Wilkinson y el personal del colegio esperen a que Hollie llegue. Si no lo hace, no me cabe la menor duda de que llamarán a la policía, con todas las implicaciones que eso conllevará.

Vuelvo a pensar en la información que Sasha me envió ayer por correo electrónico. Junto con el vídeo, había un montón de información sobre el personal del colegio. Nada me llamó la atención, pero quizá haya algo que pueda utilizar contra el señor Wilkinson. Algo con lo que chantajearlo.

Aunque ¿de qué me servirá eso cuando el plazo del secuestrador vence solo un par de horas más tarde? Si hay que creerlo, él, o ellos, no harán daño a Hollie hasta mañana a eso de las once de la mañana.

¿Y después de esa hora?

Bueno, mejor no pensar en eso.

El último plazo es, con mucho, el más importante, pero si no cumplo el primero, la intervención de la policía podría arruinar mis posibilidades de cumplir el segundo.

Si es que tengo alguna posibilidad.

No tengo ni idea de qué hacer.

¿Voy y le digo a la policía que la muerte de Kenny no fue un accidente, como quiere el secuestrador de Hollie? ¿O intento averiguar dónde se esconde? ¿Y si lo encuentro? ¿Podré traerla a casa sin que intervenga la policía?

¿Hay alguna forma de salvarla de su pesadilla actual sin sumirla de cabeza en otra que podría ser peor?

Tomo una decisión. Me daré el día de hoy para encontrarla. Si no he rescatado a Hollie mañana por la mañana, confesaré. Quieren que lo haga público. Quieren que salga en las noticias.

Les daré eso. Haré que todo el mundo lo vea.

Pero si no quiero llegar hasta ahí, tengo que usar la cabeza. Necesito un plan. Como ya he dicho, Sasha nunca fue el cerebro del

grupo. Soy yo. Pensar es lo que se me da bien. Es cierto que tiendo a darle vueltas a todo, pero quizá es justo eso lo que Hollie necesita ahora mismo. Alguien que se obsesione con los detalles. Alguien meticuloso.

Y seamos sinceros, cuando se trata de cosas por las que preocuparse, tengo un buen abanico de posibilidades entre las que elegir.

—Un plan —digo en voz alta—. Pensar.

No es una gran charla motivacional, pero funciona. Abro mi cuaderno y me siento en el borde del sofá, lista para escribir.

El reportero de la televisión habla de algunos cambios que se avecinan en los alquileres vacacionales a corto plazo. La trivialidad del tema es casi relajante.

¿Qué es lo que sé?

Secuestraron a Hollie el viernes por la noche en el colegio, después de pasar desapercibida delante de mis narices por ir disfrazada de Darth Vader. Es muy posible que el disfraz y el hecho de pasar desapercibida fueran solo parte de una broma, y Sasha no encontrase motivos para pensar lo contrario después de hablar con Darren, el DJ.

Hablar. Me obligo a pensar que fue solo eso. Así parece todo más limpio.

El secuestro, por supuesto, no fue una broma. Conozco a mi hija y sé cómo suena su voz cuando tiene miedo. Miedo de verdad, sincero, en lo más profundo de su ser.

Y su voz en esa llamada revelaba que nunca había estado más asustada.

Así que alguien la secuestró en el colegio. Pero no fue Donnie, el conserje. No hay nada que indique que él estuviera implicado. Hollie ya se había quitado las alas antes de irse, así que su historia sobre que las encontró seguramente sea cierta.

Y, por supuesto, lleva muerto dos días, lo que significa que no es quien llama por teléfono.

Ese pobre hombre no hizo nada. Murió por nada.

Dejo el bloc de notas y el bolígrafo, sin haber escrito ni una sola palabra. A pesar de la época del año, y del frío que hace fuera, la temperatura de la habitación se vuelve sofocante de modo repentino. Me esfuerzo por abrir unos centímetros la vieja ventana de guillotina, hasta que el marco se atasca.

La muerte de Donnie fue un accidente. No fue culpa mía. Él..., él venía hacia mí. Estoy segura de que sí. Todo sucedió muy rápido. No quería hacerle daño.

Estaba en mi coche. Encerrado en el maletero.

¿Cómo llegó hasta mi coche?

¿Y dónde demonios ha ido a parar?

—No es mi problema —afirmo antes de volver a coger el cuaderno.

Por supuesto que es mi problema. Es uno de los primeros de una larga lista.

Pero no es el más urgente.

Kenny es la clave de todo esto. Mi exmarido. Mi difunto marido, quiero decir.

¿Podría ser él? ¿Y si, de algún modo, ha esperado todos estos años, al acecho del momento oportuno, dedicado a trazar un plan para destruir mi vida?

Técnicamente, no llegué a ver el cadáver. Lo identificaron por los registros dentales, después de que la policía decidiera que el fuego lo había dejado «irreconocible». Nadie me preguntó si quería verlo, y yo no insistí.

¿Y si hubo un error? ¿Y si no era él?

¿Y si ha estado ahí fuera todo este tiempo y sabe lo que hicimos?

Lo que hizo Sasha, me recuerdo a mí misma. Yo no modifiqué su coche. Yo no arreglé las cosas para que perdiera el control en el momento menos oportuno. Fue mi hermana, no yo.

Es un pensamiento reconfortante, pero no es la verdad. En realidad, no. Tal vez Sasha hiciera el trabajo sucio, pero la idea fue mía. Ella solo fue el arma, yo fui quien apuntó y apretó el gatillo.

Pero tenía que hacerlo. No me dejó otra opción. Se enteró de lo de Hollie. De todo. Amenazó con utilizarlo en mi contra. Habría destrozado toda mi vida y condenado a Hollie a sufrir sin mí.

No me arrepiento. Me atormenta, sí, todas las noches, a veces durante semanas, pero no me arrepiento de haber hecho lo que debía hacer para proteger a mi hija.

¿Y Sasha? Bueno, dudo que Sasha se arrepienta de nada ni le remuerda la conciencia, creo que no le preocupa en absoluto.

Sin embargo, ese fue el final de nuestra relación. El día en que Kenny murió fue el día en que le dije que ya no podía formar parte de mi vida ni de la de Hollie. No se lo tomó bien, pero, a fin de cuentas, no le dejé otra elección.

Escribo el nombre de Kenny en la parte superior de la lista y añado un signo de interrogación tras él.

Luego, añado otro signo de interrogación y lo subrayo todo.

¿Qué posibilidades hay de que sobreviviera, esperase unos años y luego apareciera de la nada?

Escasas. Muy escasas. Inexistentes, o digamos que insignificantes.

No tacho el nombre de la lista, porque todavía no puedo descartarlo por completo, al menos hasta que tenga mejores opciones, pero escribo una gran X al lado y continúo.

Si no se trata de Kenny, ¿quién puede ser? No tenía hermanos. Sus padres habían fallecido. Tenía algunos amigos, pero la mayoría eran antiguos compañeros de la universidad a los que veía una o dos veces al año, menos incluso.

¿Compañeros de trabajo? Era un directivo de nivel medio en Lidl, con pocas perspectivas de ascenso y un equipo de empleados que probablemente ni se acordaban de él en cuanto salían del edificio.

En su última evaluación antes de morir, calificaron su rendimiento como «adecuado», algo que le hizo sentir satisfecho y aliviado a la vez.

No era precisamente el tipo de compañero que inspiraba una lealtad o devoción fanáticas. Ni siquiera estoy segura de que nadie de su trabajo acudiera a su funeral, porque ese día coincidió con el lanzamiento de unas promociones especiales del supermercado y todo el mundo estaba ocupado.

Ellos no, por consiguiente.

Entonces ¿quién? ¿Quién se preocupaba lo suficiente por Kenny como para recurrir al secuestro para vengar su muerte?

Nadie. Estoy segura. Ni un alma viviente.

Entonces, si no buscan justicia para Kenny, ¿se trata de mí? ¿Es alguien lleno de rencor que de alguna manera descubrió, o incluso solo sospecha la verdad detrás del accidente?

Es posible. Es incluso lo más probable.

Nunca he tenido la intención de hacer daño a nadie, pero he tenido mis secretos que proteger durante la última década, y he dejado un reguero de víctimas en el camino. Sin embargo, he sabido salir airosa de la mayoría de las situaciones y, cuando no... Bueno, Sasha a veces ha tenido que intervenir.

Y durante los últimos años, desde lo de Kenny, he mantenido la cabeza gacha y la boca cerrada. Todos mis secretos se han mantenido en secreto.

O eso creía.

El bolígrafo se cierne sobre el papel. ¿Quién de mi pasado podría haber hecho esto? ¿Quién estaría dispuesto a llegar tan lejos para hacerme daño?

¿Quién no tendría reparos en hacer daño a una niña para conseguirlo?

¿Quién estaría dispuesto a hacer daño precisamente a Hollie?

La temperatura de la habitación sube unos grados más. Echo un vistazo a la televisión y la pantalla es un muro de llamas que me hace saltar de un salto, presa del pánico, antes de que la imagen se desplace hacia un camión de bomberos y varios coches de policía.

Reconozco el edificio, o lo que queda de él. El letrero de Darren cuelga de un tornillo sobre la puerta, con marcas de quemaduras que ocultan la mayor parte del texto.

De repente, la habitación no solo se ha calentado, sino que se mueve a mi alrededor, el suelo retumba bajo mis pies y las paredes se ciernen sobre mí.

Llego hasta la televisión, deslizo las manos por el marco para intentar encontrar el interruptor, y, al no dar con él, tiro del cable

que sale por la parte trasera.

La habitación se oscurece. Se hace el silencio.

Pero la temperatura no deja de subir.

Hay alguien. Dos personas, de hecho, que encajan con la descripción.

Dos personas que me odian lo suficiente como para hacer esto.

Dos personas que no dudarían en hacerle daño a Hollie.

Ellos son la razón por la que no he acudido a la policía. Son la encarnación del infierno al que nunca, jamás, dejaré que mi hija vuelva.

Sus padres.

45

ELIZABETH

Por un lado, hace años que no pienso en los padres biológicos de Hollie. El espacio de mi cerebro es limitado, y hace mucho tiempo decidí que no merecían que les dedicara ni una sola neurona.

Y, sin embargo, en cierto modo siempre han estado ahí. Su espectro ha seguido al acecho en las sombras de mi subconsciente y no han dejado de merodear por los confines de mis pensamientos.

Apenas recuerdo sus rostros, pero a veces puedo sentir su forma, justo en el rabillo del ojo, como figuras de una pesadilla, que se asoman más allá de los límites de mi mirada, donde la realidad y las pesadillas se mezclan.

A menudo me he preguntado si alguna vez la buscaron. Si llegaron a darse cuenta de que se había ido.

Si recordaban siquiera que había existido.

No tengo muy claro que hayan sido ellos. Pero si lo han hecho, si nos han buscado, nos han encontrado y han sido capaces de rebuscar en mi pasado, ¿podrían haber hecho esto?

¿Secuestrarían a Hollie para recuperarla?

La voz de la llamada era de un hombre.

Nosotros. Había dicho «nosotros».

¿Podrían ser ellos? ¿Es posible?

Doy más vueltas por la habitación, sin escribir nada todavía. Hay lagunas en todo esto. Muchas.

Si nos han encontrado, ¿por qué no acudieron a la policía? ¿Por qué pasar por todo esto, cuando una simple prueba de adn podría respaldar su historia? ¿Por qué intentar manipularme para que hiciera una confesión que no tiene nada que ver con ellos?

¿Y si no quieren a Hollie? Quizá solo buscan castigarme. Quizá quieren que conozca el dolor de que me quiten a mi hija y de ser incapaz de impedirlo.

Me río por lo bajo solo de pensarlo. Les importaba un comino. Solo era un inconveniente que se interponía en su camino hacia su próxima dosis.

Yo no la robé. Nunca robaría a una niña.

La salvé.

Pero eso fue hace prácticamente una vida. ¿Cómo han podido encontrarnos? No me vieron cuando me la llevé. Le cambié el nombre y me esmeré al máximo para que todo el papeleo fuera lo más legítimo posible.

Hollie Jones, mi hija, existe. Está en el sistema. Es real y es mía.

Su hija, quienquiera que fuera, desapareció hace tiempo.

No recuerdo sus caras, pero sí sus nombres. Los tengo grabados en la memoria, archivados, por si fuera necesario.

Sally Ferguson.

Hughie Green.

Voy a por el portátil al dormitorio y lo primero que hago es entrar en Facebook. Ambos nombres aparecen varias veces en los resultados de la búsqueda, pero ninguno se parece ni remotamente

a las personas que yo busco. Todos son demasiado extranjeros, demasiado jóvenes, demasiado viejos.

Encuentro un perfil que podría coincidir con Sally: tiene la edad adecuada y, al menos, vive en el Reino Unido, aunque no en la zona correcta.

Sin embargo, al curiosear en su perfil, veo fotos donde aparece como una alegre y desenfadada adolescente, como mucho veintipocos años, no la basura devastada por la heroína que descuidaba a sus hijos, aquella que habría sido en aquella época la persona a quien busco ahora.

Pruebo en otras redes sociales, pero no encuentro nada, así que hago una búsqueda más amplia en Google.

Me desplazo por docenas de resultados hasta que uno me frena en seco.

Una esquela funeraria.

Hace cinco años.

Hughie Green.

De forma repentina e inesperada, nuestro querido hijo, hermano y compañero, Hughie, falleció a los veintidós años, en su casa familiar de Aberdeen, el 12 de agosto de 2019.

Aunque no vivió alejado de los problemas, todos los que conocieron a Hughie echarán de menos su espíritu vibrante, su humor y su compasión.

A Hughie le sobreviven sus devotos padres, Moira y Duncan Green; su hermana, Donna Green; y su querida novia, Skye MacPherson, junto a una familia de amigos y seres queridos que lloran su pérdida.

Se celebrará un funeral privado para la familia en una fecha posterior. En lugar de flores, la familia ruega que se hagan donaciones en memoria de Hughie a la Asociación para la Rehabilitación de Aberdeen, una organización benéfica dedicada a ayudar a las personas de nuestra comunidad afectadas por la adicción.

Descansa en paz, Hughie. Tu luz nunca se apagará.

Vuelvo a leer el obituario, e intento conciliar la descripción de ese hombre con el que yo conocí. ¿Humor? ¿Compasión?

Me río en voz alta al leer la descripción que hacen de él. El sonido suena agudo y espontáneo, así que me toma por sorpresa. El eco resuena en el silencio y no puedo evitar notar lo cruel que suena.

Sin embargo, es él. Tiene que serlo. La edad coincide. El lugar, también. La mención a «sus problemas» y la organización benéfica contra las drogas son la guinda del pastel.

No se menciona a ninguna hija. Por supuesto que no.

Tampoco hay ninguna referencia a Sally Ferguson. Está claro que Hughie había pasado página. Pero no lo suficientemente rápido ni con la distancia necesaria para liberarse de la vida en la que se había atrapado él mismo.

Por tanto, está claro que el padre biológico de Hollie no era la voz del teléfono.

Aunque él queda descartado, Sally no. Centro la atención en ella y me desplazo por una pantalla detrás de otra de resultados de búsqueda hasta encontrar algo interesante.

Un artículo del *Edinburgh Evening Times*. Hago clic en el titular —«Grupo de niños recauda fondos para ir al teatro»— y no dejo de golpear la pantalla con los dedos, hecha un manojo de nervios, mientras espero a que se abra la página.

Tengo que luchar contra docenas de molestos anuncios emergentes que se cargan en diferentes momentos, y que al hacerlo desplazan los breves bloques de texto cada vez más abajo en la pantalla.

Sin embargo, al final consigo leer lo suficiente de la noticia como para entender lo esencial. Un grupo de niños de tres años y sus

padres de una guardería de Muirhouse hicieron una marcha patrocinada el año pasado con el objetivo de comprar entradas para un espectáculo navideño.

No se menciona el nombre de Sally en el artículo, así que pulso las teclas Control y F y busco en la página.

Lo encuentro escondido en un pie de foto debajo de una imagen. En cuanto veo el texto resaltado, mis ojos van derechos a la foto.

Y allí, como si saliera de las sombras de un recuerdo reprimido, está la madre biológica de Hollie.

Parece mayor. Más que yo. Mucho más mayor de lo que debería. La ropa le cuelga de su cuerpo frágil y su sonrisa tiene más huecos que dientes.

Pero es ella. Después de todos estos años, es ella.

Aunque pueda parecer que Muirhouse está a un millón de kilómetros de la frondosa calle de clase media-alta que es India Street, no lo está en absoluto.

Tres kilómetros. Cinco como mucho. Eso es todo lo que nos ha separado. De haberlo sabido, me habría llevado a Hollie y nos habríamos mudado. La habría llevado lo más lejos posible de aquí.

Pero no tenía ni idea. ¿Cómo pude ser tan descuidada?

La madre biológica de Hollie ha estado viviendo a menos de diez minutos en coche durante al menos un año, y yo no tenía ni idea.

Grabo su rostro en mi memoria.

Cierro la tapa del portátil.

Y voy a buscar un cuchillo al taco de la cocina.

46

ELIZABETH

Empiezo por la guardería. Según el artículo, está ubicada en el Muirhouse Millennium Centre, un edificio bajo y achaparrado, no mucho más grande que el piso de Clive. El centro comunitario está en medio de una urbanización, frente a una hilera de viviendas unifamiliares adosadas y bajo un par de bloques de pisos.

También está cerrado.

Parte de la valla metálica que rodea el edificio está muy abollada, como si alguien hubiera intentado estrellar su coche contra el lateral del edificio y lo hubieran impedido en el último momento.

Recorro el corto sendero, compruebo en la lista de horarios de la puerta que el lugar está cerrado todo el día y luego pongo las manos en forma de cuenco contra el cristal y miro dentro.

No estoy segura de lo que espero encontrar. Sea lo que sea, no lo encuentro.

El sonido de unas risas cercanas me hace volverme y apretar el bolso que llevo conmigo. No hay mucho que valga la pena robar: unas pocas libras en monedas sueltas, varios bolígrafos, un pequeño cuaderno y media bolsa de caramelos de menta cubierta de pelusas.

Y un cuchillo de cocina con una hoja de veinticinco centímetros.

Me quedo junto a la puerta, observo cómo pasa un grupo de cinco adolescentes que se pavonean, llevan los pantalones del chándal

metidos en unos calcetines blancos sucios y los ojos escudriñan la zona como depredadores en busca de una presa.

—He oído que lo hiciste. He oído que te la follaste.

—Cállate. ¿Has visto cómo lo tiene? Se me habría perdido toda la mano ahí dentro.

—Solo digo lo que he oído.

Su lenguaje corporal y el tono burlón de sus voces me asustan tanto que me quedo clavada en el suelo. Tengo que hacer acopio de todo mi valor para dar un par de pasos hacia atrás, hacia la puerta, donde intento con todas mis fuerzas hacerme invisible.

—Sí, bueno, he oído que tu madre le mete los dedos a tu padre y a él le encanta.

No parecen haber reparado en mi presencia. O, si lo han hecho, no soy digna de su atención.

Me viene bien.

Solo cuando desaparecen por un callejón entre dos bloques de casas me atrevo a relajarme.

¿Qué demonios me ha pasado? He vivido en barrios como este. He tratado con chicos como esos. En teoría, debería sentirme más cómoda aquí que en India Street.

¿De verdad el estilo de vida de clase media en el que he terminado me ha vuelto tan blanda?

Sasha, por supuesto, diría que siempre he sido así. Que siempre me he creído mejor que la gente que me rodea.

Y quizá tenga razón. Al fin y al cabo, siempre he podido contar con ella para que me haga el trabajo sucio.

Hay media docena de carteles en las ventanas del centro comunitario que anuncian reuniones de Alcohólicos Anónimos;

también asesoran sobre prestaciones sociales, atienden cuestiones sobre rehabilitación y cuentan con un banco de alimentos en el centro. Es una lectura deprimente. Y, sin embargo, también me resulta demasiado familiar.

En la última ventana a la derecha encuentro el anuncio de la guardería. Es tres días a la semana, martes, miércoles y viernes, durante dos horas. Aunque tuviera la certeza de que Sally va a estar en la próxima reunión, ya sería demasiado tarde. Tengo que encontrarla hoy. Ahora.

En la parte inferior del cartel hay un número de teléfono escrito a mano. Lo introduzco en mi teléfono y llamo de vuelta al coche.

Me contestan nada más abrir la puerta. La voz apagada me toma por sorpresa.

—Está bien, sí, maldita sea. ¡Vale, haz lo que quieras!

Creo que es una mujer. Suena ronca. Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir cuando oigo el llanto desconsolado de un niño de fondo y me doy cuenta de que no me estaba hablando a mí.

—¿Hola? —dice ella—. ¿Sí?

—Eh, hola —empiezo, y entonces me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que voy a decir.

Cuando me decidí a llamar di por hecho que contestaría Sally, supongo, pero esta mujer parece mucho mayor. Quizá tenga cincuenta o sesenta años. El acento tampoco encaja.

Por supuesto, aunque hubiera sido Sally quien contestara, tampoco habría sabido qué decir. Ahora, sin embargo, sin tener que ver con la situación, no sé qué hacer.

—¿Eres tú, Billy? —pregunta la mujer—. Te lo he dicho, si no dejas de llamar, Gary irá a tu casa y te sacará los dientes, ¡cabronazo

asqueroso!

Como intuyo que está a punto de colgar, hablo rápido.

—¡Hola! —Eso la detiene.

—¿Quién es? —pregunta.

—Eh... Hola. Hola —digo, en lo que parece un evidente intento de ganar tiempo—. ¿Es..., eh..., es el teléfono de la guardería?

Se oye un ruido en la línea, y luego solo un leve indicio de una palabrota. Me imagino que la mujer que hay al otro lado de la línea tapa el teléfono con la mano para evitar que se oiga el insulto, y luego se lo acerca otra vez a la oreja.

—Sí, soy yo —dice con una voz que no se parece en nada a la que acababa de usar—. Quiero decir, sí. ¿Desea inscribir a su hijo con nosotros?

Mi mente se adelanta, pasa por todas las posibles vías de conversación que se ramifican si digo que sí, y trato de averiguar si alguna de ellas me lleva a Sally Ferguson.

Si es así, no soy capaz de vislumbrarla.

Intento un enfoque diferente.

—Eh, no. Soy del *Edinburgh Evening Express*. El año pasado hicimos un reportaje sobre su campaña de recaudación de fondos para el teatro infantil.

—Ah, sí —responde, y su voz deja de ser melodiosa para retomar el tono que tenía antes.

Hay un deje de desprecio, más incluso que cuando pensaba que era una persona sospechosa que llamaba para quedarse en silencio.

—¿Qué quiere?

—Solo queríamos hacer un reportaje de seguimiento.

—¿Un reportaje de seguimiento?

—Así es.

—¿En noviembre? ¿Once meses después del primero?

Hago una mueca, pero me inclino por la mentira.

—Así es. Habíamos pensado publicarlo en unas semanas, ahora que va a ser de nuevo la temporada de teatro. Nos pareció un buen momento para volver a contactar.

Me deslizo en el asiento del conductor del coche y paso a la acción.

—¿Supongo que no tendrá un par de horas para charlar hoy?

—¿Un par de horas? —balbucea ella—. No. No las tengo. ¿Para qué necesita un par de horas? La última vez solo apareció alguien con una cámara y tomó unas fotos. Vino y se fue en cinco minutos. Trabajo hecho. ¿Un par de malditas horas?

Mis mentiras no se detienen, y sigo adelante sin inmutarme.

—Pensé que estaría bien hacer algo más en profundidad. Ver el impacto real que la guardería ha obtenido en la comunidad local. Dada la difícil situación actual, creo que a nuestros lectores les resultará inspirador ver a un grupo de base como el suyo que ayuda a transformar...

—Vale, Madre Teresa, cálmate.

Suspira. Es un suspiro pesado, cansado, como si el aire que sale de sus pulmones fuera una carga que le pesa.

—No puedo quedarme un par de horas. ¡Tengo prisa! Tengo a los niños aquí.

Como si fuera una señal, un niño corre al lado del teléfono y grita a pleno pulmón.

—¿Quieres callarte? —le grita su madre—. Estoy al teléfono.

Cierro la puerta del coche y dejo el bolso en el asiento del copiloto.

—Parece que he llamado en mal momento, ¿no? —le digo, y esbozo una sonrisa comprensiva con la esperanza de que sea capaz de oírla—. ¿Hay alguien más con quien pueda hablar?

Respiro hondo, y así me preparo para la pregunta que podría cambiarlo todo.

—Creo que en el artículo se mencionaba a una tal Sally Ferguson. ¿Está disponible?

—¿Cómo voy a saberlo? No soy su niñera.

Mantengo la sonrisa.

—Ja. No, claro. ¿Tiene su número de contacto?

Se queda callada. Puede que sea mi imaginación, mi paranoia, pero juraría que en su silencio late una sospecha.

Antes de que ninguna de los dos pueda decir nada, oigo el murmullo de una niña pequeña. De cuatro años, diría yo. Quizá cinco. No oigo lo que dice, pero su madre me lo resume amablemente en voz mucho más alta.

—¿En las paredes? ¿Qué paredes? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué ha puesto esa mierda en las paredes?

—Está usted, eh, está usted muy ocupada... —empiezo a decir, pero ella me interrumpe antes de que pueda añadir nada más.

—¿Conoce Birnies Court? ¿Los pisos?

Mis ojos se dirigen al parabrisas y a los bloques de pisos que se alzan a medio kilómetro delante de mí, los que proyectan sus sombras sobre los edificios de abajo.

—Lo encontraré —le digo.

—Sally vive allí.

—De acuerdo. Gracias. ¿Qué número?

—¡Mamá! —chilla la niña en segundo plano—. Lo está tirando sobre la alfombra.

—Ay, por... —Su voz se convierte en un gruñido gutural—. Eres periodista, ¿verdad, cariño? Pregunta por ahí.

La línea se corta.

Abro la aplicación de mapas, introduzco el nombre de los pisos y confirmo que es uno de los que se encuentran justo delante.

Pulso el botón del salpicadero y arranco el motor.

Y el cuchillo permanece allí, oculto, a la espera, dentro de mi bolsa.

47

ELIZABETH

Birnies Court es uno de los seis bloques de pisos de un complejo construido en los años sesenta que, en conjunto, forman una urbanización llamada Mirador de Muirhouse.

Por qué alguien pensó que aquel era un buen nombre es un misterio. No es precisamente un reclamo, ya que Muirhouse es el tipo de lugar que la gente suele evitar cuando quiere buscar unas vistas hermosas.

Birnies Court es uno de los dos bloques más altos, con quince plantas. También es uno de los más feos, con un revestimiento gris desgastado y balcones metálicos oxidados de donde cuelgan tendederos con la ropa al sol.

Una bandera del Reino Unido cuelga de uno de los balcones más altos, lo que parecería una osadía incluso en las zonas más gentrificadas de la ciudad.

En efecto, en el piso de arriba, alguien ha garabateado con pintura roja las palabras «¡Facha de mierda!» en una sábana, con una flecha que apunta hacia abajo.

Lo normal es que haya un sentido de comunidad en edificios como estos, aunque sospecho que las relaciones entre esos dos vecinos en particular son, en el mejor de los casos, frías.

La entrada principal es una puerta de seguridad, pero hay cables que salen del marco donde debería estar el mecanismo de cierre electrónico a distancia. Empujo hacia dentro y me asalta el olor.

No es un olor concreto, son docenas, cientos, todos se mezclan para combinarse hasta formar algo realmente indescriptible. Me inunda la garganta e impregna todas las fibras de mi ropa, y siento que tengo que inclinarme ligeramente hacia delante para atravesarlo, como si caminara contra un viento fuerte.

Está hecho de curry, grasa de patatas fritas, basura y orina. Es todo eso y otras cien cosas más.

Me lloran los ojos y trago saliva mientras me acerco a la puerta más cercana y golpeo la madera con los nudillos.

—Dios mío —jadeo, y oigo que una puerta se abre varios pisos más arriba y exhala más olor a través de los huecos de la escalera.

Perro mojado. Calcetines sucios. Platos podridos en el fregadero.

El piso de Alan el Raro ya era algo desagradable, pero ¿esto? Esto es otra cosa.

Hago todo lo posible por no vomitar cuando se abre la puerta y aparece un hombre de unos cuarenta años con tripa cervecera y unos incipientes pechos.

Solo lleva encima unos calzoncillos sucios y unos calcetines que no hacen juego, pero no parece en absoluto perturbado por estar allí de pie y hablar conmigo con ese aspecto.

—¿Qué tal? —pregunta.

Se rasca la barriga mientras me mira de arriba abajo. Sus fosas nasales se dilatan. No sé si es por mi aspecto o porque ha notado el olor.

—¿Qué quieres?

—Eh, hola. Sí. Hola. Espero que pueda ayudarme —digo.

Sonrío, para poner en acción mis encantos. Parece inmune a ellos.

—Estoy buscando a Sally Ferguson. ¿Sabe en qué piso vive?

Mastica algo y entrecierra los ojos. Tardo unos segundos en darme cuenta de que lo que mastica es su lengua.

—¿Quién lo quiere saber? ¿Eres de la policía?

Me vuelve a mirar de arriba abajo, luego niega con la cabeza y saca sus propias conclusiones.

—No. No eres de la policía. ¿Del ayuntamiento?

Se endereza un poco, como si fuera a enfrentarse a mí.

—¿Los servicios sociales? ¿Eres de los servicios sociales? No sé de quién me hablas, cariño.

—No, no soy nada de eso —digo.

Suelto esas palabras para evitar que me cierre la puerta en las narices.

—Soy del *Evening Express*. Estamos haciendo un reportaje sobre la guardería de Sally. Sobre lo beneficiosa que es para la comunidad y... Bueno, la mujer con la que hablé por teléfono me dijo que viniera aquí.

—¿Qué mujer?

—Yo... no entendí su nombre —admito.

Incluso a mí me parece una historia inventada.

El hombre que está en la puerta deja de rascarse la barriga: ahora se rasca los testículos. Mis ojos siguen su movimiento de modo instintivo y luego se apartan rápidamente.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no te dijo en qué piso estaba?

—Tenía prisa. Uno de sus hijos estaba... haciendo travesuras.

Resopla. Está claro que no me cree.

—Sí, bueno, no puedo ayudarte, cariño. Lo siento.

La puerta empieza a cerrarse. Mi pie se lanza, por sí solo, y la bloquea.

—Espere, por favor. Es muy importante que hable con ella.

No es que haya estado precisamente amable, pero su actitud se vuelve más sombría. Más siniestra. Sus ojos son dos pequeñas rendijas, su voz sisea como si lanzara algo sanguinario y venenoso.

—Quita el pie, cariño, o te lo quitaré yo.

—Por favor, solo necesito...

Abre la puerta de un tirón, con el rostro desencajado por la rabia. Siento el azote del viento, como si pretendiera empujarme al interior del piso.

Y entonces la puerta se balancea hacia mí, a toda velocidad, con toda su fuerza detrás. Apenas tengo tiempo de retirar la pierna y apartarme antes de que se cierre de golpe a pocos centímetros de mi cara con un estruendo que seguro que ha resonado hasta el último piso.

Puedo oírlo alejarse, furioso, cómo murmura para sí mismo. Está claro que no voy a conseguir nada de él. Sasha quizá pudiera convencerlo, de una forma u otra, pero lo mejor que puedo hacer yo es ir a otro piso y ver si la persona que esté allí puede ayudarme. Si tengo que recorrer los quince pisos para encontrarla, que así sea.

Me dirijo a la puerta al otro lado del pasillo cuando una niña de unos tres años aparece a la carrera desde la puerta principal, es toda sonrisas y debe tener los dedos pegajosos. Se detiene en seco al verme y retrocede un par de pasos, solo para que la empuje una mujer con un bebé colgado al pecho y que arrastra dos grandes bolsas de la compra detrás de ella.

Sonrío a la niña, para darle a entender que no hay nada que temer, y luego le abro la puerta para que ella y su madre entren.

—Gracias —dice la mujer.

Me mira y me dedica una sonrisa.

Más huecos que dientes.

Las ojeras indican falta de sueño, pero sus ojos, dos pozos profundos y oscuros, revelan mucho más. Mucho peor.

Siento una opresión en el pecho que me impide respirar.

Lo recuerdo.

Recuerdo su rostro. No solo por la foto del periódico, sino también de aquella época. De hace años.

Recuerdo quién era y qué era.

Recuerdo lo que hice.

Recuerdo el cuchillo, escondido en mi bolso.

—Eh, ¿Sally? —pregunto.

Su nombre suena amargo en mi lengua. Ácido en mi garganta.

No se detiene ni un momento.

—No, lo siento —dice, y empuja a la niña hacia las escaleras, evita con mucho cuidado mi mirada.

Es ella. Lo sé. Está mintiendo.

Y voy a averiguar por qué.

48

ELIZABETH

—Sé que eres tú, Sally —le digo, y la sigo hacia las escaleras.

La niña se vuelve hacia mí y luego mira a su madre, con los ojos muy abiertos y llenos de preocupación. Lleva el fino cabello rubio recogido en dos coletas, sujetas con dos gomas verdes brillantes.

Sally sube a duras penas los primeros escalones, con el bebé dormido contra el pecho y el peso de las bolsas cargadas que le lastran los hombros.

—No, lo siento. Creo que no está. No estoy segura.

Su voz suena como si tuviera la garganta llena de arena. También tiene un tono nasal, como si la mitad de las palabras no le salieran por la boca sino por la nariz.

—Yo no... No te quiero buscar problemas, Sally —le digo—. Soy del periódico. Es sobre la guardería. Solo quiero hacer un seguimiento de la historia del teatro infantil.

Llega a la mitad de la escalera, antes de girar en dirección contraria y continuar hasta el piso de arriba. Vacila, aunque no sé si lo hace por mí o para redistribuir el peso de las bolsas. En cualquier caso, aprovecho la oportunidad.

—He llamado al número que teníamos, pero la mujer con la que he hablado tenía algunos..., eh..., problemas con sus hijos. Creo que uno de ellos había untado..., eh..., caca en la pared.

Los ojos de la hija de Sally se abren aún más y tiene que contener una risita. Sally me mira, de pie en el segundo escalón.

—Ella..., eh..., parecía un poco estresada —digo, y esbozo una sonrisa—. Así que me ha dicho que viniera a hablar contigo.

Noto que aún no está convencida, pero algo se debate dentro de ella.

—¿Ange?

Decido seguirle la corriente.

—Eh, sí. Puede ser. Solo había un número en las notas. Pero me suena.

Le sonrío, y también a la niña que permanece a su lado, con la esperanza de cautivarlas o, al menos, desarmarlas.

—¿Te importa si entro a charlar un momento? Solo serán unos minutos.

Todo mi cuerpo se envara, pero intento que no se me note en la cara. Lo que ella diga a partir de ahora lo decidirá todo. Pase lo que pase a continuación, sea lo que sea lo que me vea obligada a hacer, dependerá de la próxima decisión que ella tome.

Al final, suspira.

—Está bien. Solo unos minutos —dice.

Deja una de las bolsas en el suelo.

—Pero puedes hacer algo útil y ayudarme con eso.

—No hay problema —respondo.

Me coloco el bolso en el hombro. Recojo la bolsa de la compra.

Y sigo a Sally y a sus hijas por las escaleras.

49

ELIZABETH

El piso de Sally está en el tercer piso. Deja la otra bolsa en el suelo para abrir la puerta. La hija sigue sin quitarme ojo, con un dedo en la boca, el mismo que tira del labio hacia abajo.

No quiero hacerlo, al menos es lo que intento, pero veo a Hollie en ella. No son iguales. No del todo. Pero hay un parecido indudable.

La puerta se abre. Sally deja escapar un pequeño gemido al doblar las rodillas para levantar la bolsa. Apenas se tiene en pie. Me sorprende que sus extremidades delgadas como palos hayan conseguido subir las escaleras, y más aún con el peso añadido de un bebé y una bolsa de la compra.

La niña sale a la carrera para entrar y Sally la sigue con dificultad. Yo voy tras ella, aunque no sé por qué.

¿Qué hago aquí? Sally no mostró ningún signo de reconocimiento al verme. Ni sorpresa, ni conmoción.

Mintió sobre su identidad, sí, pero tal vez porque creyó que yo venía del ayuntamiento, de los servicios sociales o tal vez un agente judicial que venía a cobrar una deuda atrasada. Solo cuando creyó la historia de la periodista se mostró dispuesta a dejarme entrar en su casa.

Seguro que no lo habría hecho si Hollie estuviera escondida allí.

El piso no está en muy buenas condiciones, pero es mejor que el de Alan el Raro. Y está a años luz del lugar en el que estaba Sally la última vez que la vi.

El papel de pared que imita a la madera está parcialmente arrancado en el vestíbulo, y varias capas de pintura aplicadas de forma poco profesional dificultan mucho el proceso de eliminación.

La moqueta del pasillo largo y estrecho es fina y está muy desgastada, pero está limpia. Sally llama a su hija mientras avanza como una apisonadora por el pasillo, y susurra cuando habla para no despertar al bebé que duerme.

—Katie. Los zapatos.

La niña consigue quitarse los zapatos de un puntapié sin detenerse y desaparece por una puerta abierta a la derecha.

Un momento después, la sintonía de Peppa Pig suena desde la televisión.

Sally pone los ojos en blanco y me sonríe.

—Niños —dice.

Luego me entrega la otra bolsa de la compra y señala con la cabeza una puerta que tengo a mi izquierda.

—La cocina está ahí. Déjala en la encimera y yo lo ordenaré. Voy a acostar al pequeño.

Recojo la bolsa sin decir nada. El peso me pilla desprevenida, pero consigo mantener el equilibrio mientras Sally se da la vuelta y se dirige hacia una puerta pintada de blanco, que tiene algunas ralladuras y desconchones.

La cocina es pequeña, una estrecha galería con armarios a ambos lados. Hay un fregadero brillante, por su aspecto de material

plástico, con un escurridor a un lado, y una cocina antigua de cuatro fogones en el otro.

Todas las superficies están repletas de cartones de leche para bebés, botellas, cajas de patatas fritas, paquetes de zumos infantiles y un par de cajas de cereales.

Todo ordenado en la medida de lo posible, dada la falta de espacio. Las superficies están muy rayadas y los accesorios están desgastados, pero, aparte de un par de migas cerca del microondas y dos platos que se secan en el escurridor, todo está impecable.

Nada de esto es lo que esperaba.

Dejo las bolsas en el único espacio libre de la encimera y echo un vistazo rápido a su interior. Si esperaba encontrar algo incriminatorio, me llevo una decepción. En su mayoría son cosas para los niños, además de un par de paquetes de carne picada y algunas verduras, todas marcadas con etiquetas amarillas de descuento.

El sonido de sus pasos detrás de mí me hace dar un salto y alejarme de las bolsas, y vuelvo a sonreír cuando entra en la cocina y se quita el portabebés que, hasta hace unos momentos, contenía a un niño.

Sigo con mi bolso colgado del hombro. Su peso me reconforta.

—Así está mejor —dice Sally.

Cuelga el portabebés en el pomo de la puerta y se estira con las manos apoyadas en la zona lumbar. Estoy segura de que puedo oír el crujido de sus huesos bajo la piel pálida y seca.

Se quita la fina chaqueta impermeable y la cuelga también en la puerta. Mis ojos se fijan en sus brazos desnudos, buscan marcas de pinchazos y moratones en los pliegues de los codos.

No encuentro ninguna, pero mi mirada se detiene en las cicatrices descoloridas del interior de sus muñecas.

Ella se da cuenta de que la estoy mirando y gira los brazos hacia dentro, luego se abre paso para poder llegar a la compra.

—La mitad de esto está a punto de caducar. Hay que meterlo en el congelador —me dice, y yo me aparto para dejarla pasar mientras ella desempaca.

Me quedo de pie entre ella y la puerta. Se gira y me lanza una mirada inquisitiva mientras la cierro.

—¿Está bien? —le pregunto—. No sabía si hablando despertaríamos al bebé.

Mira detrás de mí, hacia la puerta cerrada, y luego vuelve a mirarme a los ojos. Al final, se encoge de hombros.

—Hace falta más que hablar para despertarlo. Ha estado despierto toda la noche. El pequeño granuja dormirá durante horas. Habrá recuperado todas sus fuerzas para cuando me toque acostar a Katie.

Sonríe, pero es una sonrisa triste. Está cansada. Tengo la impresión de que está harta de todo esto, harta de los dos.

«¿Qué clase de madre es esa?», me pregunto.

—Sí, pueden ser muy traviesos —digo, con una sonrisa forzada.

—¿Tienes hijos?

Dudo. ¿Lo sabe? ¿Es todo esto una interpretación?

—Uno —le digo.

Sally no reacciona, se limita a sacar la compra de las bolsas y busca sitio para ella en la encimera abarrotada.

—¿Niño o niña?

—Niña.

—Qué bien. ¿Cuántos años tiene?

Trago saliva. Parpadeo.

—Nueve.

La mano que se adentra en la bolsa se detiene. Se queda allí un momento y luego saca una lata de espaguetis y la coloca sobre la encimera con un sonido solemne.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo se llama?

—Hollie.

La palabra se quiebra en mi boca, por lo que es indescifrable. Aclaro la garganta y lo intento de nuevo.

—Hollie. Se llama Hollie.

—Es un nombre precioso —me dice Sally.

Termina de sacar lo que hay en las bolsas y las dobla para guardarlas en un cajón. La observo mientras abre una nevera bajo la encimera y mete la carne picada rebajada en el pequeño congelador de la parte superior.

—¿Y tú? —le pregunto.

Mi mirada se fija en la nuca. Me sorprende que no lo note.

—¿Solo dos?

—Sí, solo dos —responde.

Se endereza, cierra la nevera y se apoya en la encimera, con las manos agarradas en el borde. Sally mira al frente, como si mirase por una ventana. Sin embargo, no hay ventanas en la cocina, solo paredes de madera astillada manchadas de nicotina y grasa.

—Tuve otra. Tendría más o menos la misma edad que la tuya.

Siento un peso en el estómago, como una bola de plomo. Me quito el bolso del hombro y lo dejo junto a mí, en el escurridor.

—Ah, ¿no está contigo?

Sally abre la boca, como si fuera a decir algo, pero luego niega con la cabeza.

—No.

Abre un armario y empieza a meter unas latas dentro.

—¿Dónde está? —insisto—. Si no te importa que te lo pregunte.

—Pues sí me importa que me lo preguntes, la verdad —me espeta, y en ese instante se convierte en el monstruo que recuerdo, con el ceño fruncido y salvaje.

Agarro mi bolso con la mano. Desde el salón, amortiguado por la puerta, llega el sonido del siguiente episodio de Peppa Pig.

—Perdona.

Sally baja los hombros.

Se frota los ojos con el pulgar y el índice, como si intentara quitarse el sueño.

Respira hondo, despacio y con dificultad.

—Murió —dice.

La afirmación es tajante, pero hay un atisbo de incertidumbre en sus ojos.

—Cuando era un bebé. Murió.

—Oh. Lo siento mucho.

Sally sorbe por la nariz y luego se pasa el dorso de la mano por ella. Su lenguaje corporal y su complexión la hacen parecer poco más que una niña.

Pero su rostro, sus ojos, son más viejos. Mucho más viejos. Demasiado.

—¿Qué pasó?

No espero realmente una respuesta, así que me sorprende cuando me la da.

—Yo estaba... en una mala situación.

Vuelve a mirar por la ventana inexistente.

—Ella..., eh..., ella... No debería haberla tenido. Era demasiado joven.

Solo puedo asentir y sonreír, aterrorizada ante la perspectiva de decir algo que revele que conozco parte de la historia. Era joven, por supuesto. Diecisiete o dieciocho años. Pero su edad no era el problema: lo eran las drogas y el abandono.

—Tenía quince años cuando nació —dice Sally, lo que me deja sin palabras.

—¿Quince? Dios mío. No me di cuenta.

Se vuelve y me mira con curiosidad. Repito la última frase en mi cabeza e intento no hacer una mueca de dolor.

Idiota.

—¿Cuántos años tenías cuando te quedaste embarazada? —le pregunto, con la intención de pasar por alto mi error—. Si no te importa que te lo pregunte.

—Catorce.

Me mira a los ojos, como si me retara a juzgarla por ello.

—Debió de ser duro. —Es lo único que se me ocurre decir.

Sally resopla y niega con la cabeza.

—¿Qué sabrás tú lo que es duro?

—Oh, te sorprenderías —le digo, pero no parece convencida.

Hago unos cálculos rápidos basándome en la esquela que leí hace unas horas. Hughie Green tenía veintidós años cuando murió en 2019, lo que significa que tenía diecinueve cuando nació Hollie.

No había reparado en que la diferencia de edad era tan grande.

—No tenía ni idea —le digo.

—¿Por qué ibas a saberlo?

Sonrío, pero me parece una sonrisa muy débil.

—Su padre... ¿es...?

Inclino la cabeza vagamente hacia la puerta. Ya sé la respuesta, pero tengo curiosidad por saber qué dirá ella.

—¿Qué? No. No, son de otra persona. Él no está en mi vida. Ninguno de los dos.

—Lo siento mucho.

Debería parar ahora. No necesito saber más. Pero su dolor es una costra que no puedo dejar de rascar.

—Debió de ser muy duro para los dos.

Me mira como si le hubiera hablado en otro idioma.

—¿Los dos?

—El padre de tu hija y tú. Tu primera hija, quiero decir. Algo así debe de ser muy duro —digo.

Estoy tentando a la suerte y no sé por qué.

—¿Eso fue lo que os separó?

—No estábamos juntos —responde, y abre otro armario y tira dentro un paquete de pasta.

No puedo ocultar mi ceño fruncido por la confusión. Por suerte, no me mira, así que no se da cuenta.

Hughie y ella estaban juntos. Eran pareja. Una pareja desastrosa y disfuncional, pero pareja, al fin y al cabo.

—¿No? Ah.

No sé cómo hacer más preguntas sin delatarme, pero no hace falta. Sally me da la información por propia voluntad mientras abre y cierra los armarios y guarda la compra.

—Era mayor que yo.

Asiento con la cabeza, pero necesito comprobar mis cálculos.

—¿Cuántos años más?

—No lo sé. Nunca se lo pregunté —responde.

Deja caer un bote de fideos instantáneos sobre la encimera. Me aparto para dejarla llenar la tetera con el grifo que hay detrás de mí.

—¿Quince años, quizá?

Siento que se me frunce el ceño.

—Espera, ¿qué?

Siento un picor en el cerebro, demasiado profundo para rascarlo.

—¿Qué quieres decir? —insisto—. Entonces ¿qué edad tenía? ¿Treinta? ¿Cómo es posible? Pensaba...

—¿Qué pensabas? —pregunta Sally.

Niego con la cabeza, haciéndome la tonta.

—Bueno, supuse que sería alguien de tu edad.

—No —responde ella, y cruza los brazos mientras espera a que hierva el agua.

Son delgados como palillos. El ángulo de una muñeca deja ver la esquina de una de sus cicatrices.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Ya no es solo curiosidad. Necesito saberlo. La obligaré a contármelo si es necesario.

Gracias a Dios, no tengo que hacerlo.

—Estaba en un centro de acogida —dice.

Con otro sollozo, vuelve a mirar al lugar donde no hay ventana, pero de alguna manera fija la mirada en la lejanía.

—Él trabajaba allí. Se llamaba Greig algo. Hacía de orientador. Te ayudaba con los siguientes pasos. La universidad, el trabajo, lo que fuera.

—Dios mío.

Oigo las palabras salir de mi boca como si las dijera otra persona.

—Parecía majo. Pero..., ya sabes —sus ojos se encuentran con los míos durante un instante—, no lo era.

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás diciendo que te violó?

No responde, y no la culpo, menos si se tiene en cuenta que prácticamente le he gritado la pregunta.

—Le dije que no. De veras que lo hice —explica.

Baja la voz como si no quisiera que su hija la oyese. Como si no quisiera que *nadie* la oyera.

—Pero él me dijo que nadie me creería. Que lo creerían a él antes que a mí, porque todos sabían que yo era una mentirosa y una putita.

Sus ojos se encuentran con los míos de nuevo. Hay lágrimas en ellos. No tengo ni idea de por qué me cuenta todo esto, pero parece imposible hacerla parar ahora. Tengo la sensación de que ha abierto un grifo y no puede cerrarlo hasta que se haya vaciado por completo.

—Pero yo no lo era. No había hecho eso. Nunca. Con nadie —continúa, y yo solo puedo asentir, haciéndole saber que la creo.

A pesar de todo, la creo.

—¿Y él te...?

Trago saliva.

—¿Te dejó embarazada?

La tetera empieza a hervir detrás de ella, suelta vapor hacia arriba hasta que llega a la parte inferior de uno de los armarios de la pared y se desliza por la parte delantera, hasta cubrir la madera con una capa de condensación.

—¿Se lo dijiste? —pregunto—. ¿Lo sabía?

—¿Importa? —pregunta, y aprieta los brazos contra su pecho plano y huesudo.

Sí, importa. Puede que sea lo más importante del mundo.

—Sí. Tienes que hablar de esto, Sally. Tienes que sacarlo todo.

Me mira y sus ojos se abren un poco. Se me hace un nudo en el estómago. ¿Me ha reconocido? ¿Sabe quién soy?

—Yo... no debería haberte contado todo eso —dice, y se vuelve para ocuparse de la compra.

Tiene las mejillas enrojecidas, como si le avergonzara haberle contado la historia de su vida a una completa desconocida.

Pero de nuevo me embarga la impresión de que no es del tipo de persona que guarda secretos. No me sorprendería que ya se lo hubiera contado a todo el mundo en el bloque.

—Por favor, continúa. Cuéntame más —la animo.

Se gira lo justo para mirarme con desdén.

—¿Para qué? ¿Para publicarlo en el periódico? ¿Para inventarte una historia?

—No soy periodista —le digo.

Veo la preocupación en su rostro y la tensión que hace que su cuerpo se tense.

—Quiero decir que ahora mismo no soy periodista. Solo soy una madre. Solo soy..., solo soy alguien con quien hablar.

Se relaja, pero solo un poco.

—¿No vas a escribir sobre esto?

—No, si no quieres que lo haga —le digo.

Ella niega con la cabeza, con expresión firme.

—No. Ya está hecho. No quiero volver a pasar por todo eso.

—Por supuesto. Lo entiendo —le aseguro.

No se muestra muy comunicativa, así que le vuelvo a hacer la pregunta.

—¿Llegó a conocerla? A Holl...

Respiro hondo, con pánico, antes de corregirme.

—A tu hija. ¿Llegó a saber de su existencia?

Al principio no responde. Estoy a punto de volver a hacerle la pregunta cuando asiente con la cabeza, solo una vez.

—Quería llevársela.

Una oleada de calor me recorre el cuello y la cara. Me agarro a la encimera para mantener el equilibrio.

—¿Quería llevarse a tu hija?

—Sí. Y... y quizá debería haberle dejado que lo hiciera —dice, mientras se traga un sollozo—. Quizá entonces todavía estaría aquí. Pero yo sabía cómo era él. Las cosas que había hecho. Pensé que podría mantenerla a salvo, pero no pude. ¡No pude!

Por primera vez desde la noche en que vi a Hollie, experimento algo inesperado.

Culpa.

Pero me olvido de eso. Tengo que hacerlo.

—Lo siento muchísimo, Sally. Y gracias por compartirlo conmigo.

Ella sorbe por la nariz y se la limpia en la manga otra vez.

—No sé por qué te lo he contado.

—Quizá la verdad tenía que salir —le digo.

Se da la vuelta para verter agua caliente en los fideos instantáneos. Cuando me da la espalda, meto la mano en el bolso y rebusco rápidamente hasta encontrar lo que busco.

Cuando se vuelve, se detiene y me mira, momentáneamente desconcertada por lo que tengo en la mano.

Con un clic, extiendo la punta del bolígrafo y lo acerco al cuaderno.

—Dijiste que se llamaba Greig —le recuerdo—. ¿No sabrás por casualidad dónde está ahora?

Sally niega con la cabeza. Es un movimiento rápido, como el de un ratón. No sé si no lo sabe o si simplemente no quiere hablar de ello.

—¿Recuerdas su apellido?

Entonces se vuelve hacia mí, sus ojos oscuros se estrechan hasta convertirse en dos rendijas.

—¿Qué tiene eso que ver con la guardería? ¿Qué estás...?

Parpadea, como si despertara de algún tipo de trance. Hace un momento parecía relajada en mi compañía. Apenas le había preguntado nada cuando empezó a abrirse y a hablarme de su pasado.

Pero ahora todo ha cambiado. Se ha puesto a la defensiva.

—¿Qué demonios pasa aquí? —pregunta.

Puede que sea pequeña y frágil, pero se planta delante de mí.

—¿Quién eres tú?

—Ya te lo he dicho, soy...

—Vete —me dice.

—Sally, escucha, es importante que hablemos de esto. Puedo ayudarte. Puedo ayudarte a que se haga justicia.

—No me importa. No quiero hablar de eso. Vete.

—Solo dame el nombre de la casa de acogida. Puedo encontrarlo por...

—¡Vete!

Esta vez lo grita, y me empuja en el pecho con fuerza, lo que me hace retroceder un paso hacia la puerta.

Agarro mi bolso. Siento el peso del cuchillo dentro.

Sasha lo haría. Sasha la haría hablar.

Sasha lo hará.

—Sally, no puedo explicarte por qué, pero es importante que me lo digas. Si descubre que sabes algo que puede ayudar, ella vendrá aquí. No sé lo que hará. No podré detenerla.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién?

—Mi hermana. Mi hermana gemela. Vendrá y te obligará a hablar, Sally. No sé cómo, no sé qué hará exactamente, pero lo hará...

—¿Mamá?

La hija de Sally aparece de repente, justo detrás de mí, con sus ojos muy abiertos que no paran de mirar con ansiedad a través de la rendija de la puerta.

A Sasha no le importaría.

Sasha obligaría a esta mujer a contárselo todo.

Pero yo no soy mi hermana.

—No pasa nada, cariño. Todo va bien —dice Sally, y sonríe a la niña para tranquilizarla.

He odiado a esta mujer durante mucho tiempo. He vivido con miedo a ella todo este tiempo. La he convertido en un monstruo.

¿Me he equivocado?

La niña no me quita ojo. Sigue preocupada por su madre.

—Siento mucho molestarte, Sally —le digo, y me hago con mi bolso por la parte superior para cerrarlo—. Lo siento muchísimo.

—Vete —me ordena, ahora con voz más tranquila.

Abro la puerta y la niña corre para agarrarse a la pierna de su madre.

A través de las finas paredes divisorias oigo los gruñidos del bebé.

Sasha vendrá aquí.

Pero no les haría daño.

No lo haría.

¿Verdad?

No puedo correr ese riesgo. No lo haré.

—¿Hay algún sitio adonde puedas ir? —le pregunto mientras me acompaña por el pasillo—. ¿Alguien con quien puedas quedarte, solo por esta noche?

Se detiene y me mira, me mira de verdad, como si hubiera visto algo en mis ojos que intentara comprender.

—¿Qué es esto? —pregunta, mientras con una mano se aferra al pomo de la puerta y con la otra alisa el pelo de la niña que se aferra a ella con largos y lentos movimientos—. ¿De qué se trata en realidad?

—No puedo decírtelo. Lo siento. Pero, por favor, por si acaso, si hay algún sitio...

Abre la puerta de un tirón.

—Vete, por favor —espeta—. Antes de que llame a la policía.

Quiero decir algo más. Pese a ser quién es, o precisamente por ser quién es, quiero asegurarme de que esté a salvo.

Pero por su expresión sé que nada de lo que yo le diga hará que confíe en mí. ¿Y por qué debería hacerlo?

—Lo siento mucho, Sally —le digo.

Con una última sonrisa a la niña, salgo del piso, y el portazo de la puerta principal resuena en la escalera cuando Sally la cierra de un

golpe a mis espaldas.

50

ELIZABETH

Al volver al coche veo que me observa. Está de pie en el balcón, mira hacia abajo; las manos aferran la barandilla oxidada.

Me detengo con una mano en la manija de la puerta y vuelvo a mirar hacia arriba. Quizá haya cambiado de opinión. Acaso me grite un nombre o una dirección. Cualquier cosa que pueda ayudarme a encontrar a mi hija.

Su hija, me indica una vocecita tóxica en la cabeza.

Pero no lo hace. Lo único que hace Sally es observarme un rato, luego se da la vuelta y entra en su casa.

De vuelta en el coche, arranco el motor y salgo del aparcamiento. No hay tiempo que perder.

Encuentro un Costa, entro sin pensarlo, y pido el café más fuerte y negro que tienen. Tardan una eternidad en prepararlo, pero luego me instalo en una mesa de la esquina, alejada del puñado de clientes que hay en el local, con el teléfono abierto delante de mí.

Conocí a Sally Ferguson en Dyce, en el extrarradio de Aberdeen, en el nordeste. Es un pueblo pequeño, a las afueras de una ciudad bastante pequeña. No puede haber muchos hogares de acogida.

Si consigo encontrar el adecuado, y averiguar quién es ese Greig, quizá sea suficiente. Quizá eso le dé a Sasha algo de dónde tirar hasta deshacer la madeja.

Quizá eso mantenga a salvo a Sally y a sus hijos.

Una búsqueda rápida me da los nombres de tres hogares infantiles de las autoridades locales en Aberdeen, y tras indagar un poco más encuentro los datos de contacto.

Intento buscar en Google los nombres de cada hogar, junto con el nombre «Greig». No aparece nada útil. Cambio «Greig» por «Sally».

De nuevo, nada.

—Maldita sea —susurro.

Lo digo demasiado alto y un par de mujeres mayores de la mesa más cercana me lanzan miradas de desaprobación.

Les dedico una sonrisa a modo de disculpa y luego doy un gran sorbo a mi café. Me calcina la lengua, asquerosamente fuerte, y las ancianas aún me tienen vigilada cuando lo escupo de vuelta en la taza.

Ambas niegan con la cabeza y vuelven a su conversación.

Hago varias búsquedas nuevas en rápida sucesión.

«Greig hogar de acogida Aberdeen».

«Sally Ferguson servicios sociales».

«Aberdeen trabajador hogar acogida Greig».

Todas ellas arrojan unas cuantas páginas de resultados, pero un rápido vistazo no me da ninguna pista.

Saco el cuaderno de mi bolso y apunto los nombres y números de teléfono de las tres residencias. Llamar por teléfono es el último recurso, ya que las posibilidades de averiguar algo de ese modo son ínfimas.

Las leyes de protección de datos dificultan, en el mejor de los casos, obtener información sobre un empleado de cualquier

empresa. Si a eso le sumamos que se trata de un sector tan delicado como el trabajo social, se vuelve una tarea casi imposible.

Aun así, si llega el caso, tendré que intentarlo.

Pruebo suerte con otra búsqueda.

«Greig hogar de acogida Dyce».

El teléfono tarda unos segundos en cargar los resultados. Me obligo a dar un pequeño sorbo al café mientras espero.

Lo escupo otra vez, aunque ahora no tiene nada que ver con la temperatura ni el sabor.

El primer resultado me da la dirección de un hogar de acogida en el mismo Dyce. No aparece ningún Greig cuando rebusco por la página, pero tampoco esperaba encontrarlo. Anoto todos los detalles, vuelvo al cuadro de búsqueda e intento varias combinaciones con el nombre de este nuevo hogar de acogida.

Cada página de resultados mina poco a poco la momentánea esperanza a la que me había abrazado.

No aparece nada sobre Greig.

No aparece nada sobre Sally.

—Maldita sea —musito de nuevo, esta vez aún más alto que antes.

Las ancianas se vuelven hacia mí, pero ya me he puesto en pie, he empujado la silla hacia atrás y he dejado abandonado, casi intacto, el horrible café.

—¡Que os den, viejas cabronas metomentodo! —les espeto al pasar junto a ellas.

Ellas protestan, pero no me quedo a escucharlas. Empujo la puerta y cruzo el aparcamiento a zancadas, con un plan ya formado en mi cabeza.

No es un plan brillante. Y casi seguro que fracasará. Pero es lo único que me queda.

Ya en el coche desactivo el Bluetooth del teléfono. No quiero que esta conversación se transmita por los altavoces.

Me tiembla tanto el pulgar que necesito varios intentos para marcar el número. Cuando lo consigo, dudo, respiro hondo y pulso el botón para llamar.

Suena media docena de veces antes de que contesten. Es un hombre. Mayor, diría.

—¿Greig? —pregunto.

—Eh, no. Lo siento, creo que se ha equivocado de número —me dice.

Suelto el nombre del hogar de acogida antes de que pueda colgar. Vacila y luego confirma que es el lugar correcto.

—Estoy... estoy buscando a Greig —digo.

—Me temo que aquí no hay ningún Greig.

—¿Había alguno? Estoy tratando de localizarlo.

—Me temo que no puedo darle esa información. Lo siento.

—¡Espere! —grito, porque intuyo de nuevo que está a punto de colgar—. Yo..., yo viví allí. En el hogar. Yo... Greig fue muy amable conmigo. Nunca tuve la oportunidad de darle las gracias.

—Ya le he dicho que no conozco a ningún Greig. Tendrá que solicitarlo por los canales oficiales y quizá...

Suspira. Lo oigo rebuscar, quizá mientras encuentra un bolígrafo.

—Escuche, soy bastante nuevo aquí. Deme su nombre y su número y le diré a uno de los más veteranos que la llame. Si ha estado aquí, seguro que lo recordarán.

No es el «no» rotundo para el que estaba preparada. Por supuesto, aún podría llegar, pero por ahora todavía hay esperanza.

—De acuerdo. Claro. Gracias —respondo—. Apunte: Sally. Mi nombre es Sally Ferguson.

51

ELIZABETH

De camino a casa de Clive, pruebo suerte en los tres hogares de acogida de Aberdeen, y para hacerlo recurro a ligeras variaciones del mismo enfoque en cada una de ellas. En una de las conversaciones se deshacen en disculpas por no poder darme ninguna información. En las otras dos parecen indignadas por mi atrevimiento.

Nadie me da ninguna pista sobre quién pueda ser Greig. Tampoco reaccionan de manera significativa cuando me identifico como Sally Ferguson.

En el primero de los hogares, donde son más amables, me indican los canales oficiales a los que puedo acudir para obtener información, pero me advierten de que tal vez tampoco puedan decirme nada y, en el caso de que puedan, tardarán semanas.

Doy las gracias, pero no me molesto en anotar la información. No dispongo de semanas. Apenas tengo horas. Ya ha pasado la hora de cenar. Dentro de quince o dieciséis horas tendré que demostrar al colegio que Hollie está sana y salva, o tendré que hacer una confesión pública sobre la muerte de mi difunto marido. Tendré que asumir la responsabilidad, aunque no fue culpa mía.

Lo haré. Si eso significa que Hollie está a salvo, diré lo que sea.

Pero aún no. Todavía tengo tiempo. Todavía puedo salvarla. Las cosas aún pueden volver a ser como antes.

Del hogar de Dyce todavía no me han devuelto la llamada cuando llego a India Street. Hay luz en la ventana del salón del piso de Clive. Genial. Otro problema más con el que lidiar.

Echo un vistazo a la calle, y luego miro hacia el piso de Alan el Raro. No sé si espero verlo a él de pie en la ventana o a un grupo de policías uniformados en la entrada, pero no veo ninguna de las dos cosas.

Alan debe de seguir allí, sumergido en el agua fría y sucia de la bañera.

Pobre cabrón.

Sentada en el coche pruebo a hacer algunas búsquedas más que se me han ocurrido de camino a casa. Son en su mayoría variaciones de «Greig», «Aberdeen» y «servicios sociales», pero también intento encontrar alguna noticia sobre algún Greig acusado de delitos sexuales en Escocia, dada su historia con Sally, y siempre partiendo de la base de que ella decía la verdad.

Hay algunos resultados, pero ninguno parece coincidir con el hombre que busco.

Siento que empiezo a obsesionarme con todo esto. Sé por qué. Es la única pista que me queda. Si Sally era sincera, entonces este tal Greig es el padre biológico de Hollie. Por lo que ella me contó, él ya expresó su deseo de obtener la custodia de la niña que había engendrado. La hija de Sally.

Mi hija.

Es una suposición, pero si él sabe quién es Hollie, y lo que hice, no podría ir a la policía sin más. Contarles que le robé a su hija significaría admitir que violó a una adolescente que estaba a su cargo.

Así que necesitaría encontrar otra forma de sacarme de escena. Un poco de investigación sobre mi pasado pronto debería sacar a relucir la muerte de Kenny y las circunstancias que la rodearon. Y aun cuando no supiera toda la verdad de lo que pasó, sí sabría que tenía margen para presionarme y obligarme a confesar.

Es una teoría. Estoy demasiado implicada como para saber si tiene algún sentido, pero no se me ocurre nada más y se me acaba el tiempo, así que es mi principal apuesta. Es mi única esperanza.

Suena el teléfono. El corazón se me encoge por si son los secuestradores con algún cambio en el plan o las condiciones del trato, pero es el mismo número al que llamé antes. El hogar de acogida de Dyce.

El corazón me late con fuerza en la garganta cuando pulso el botón para contestar. Se conecta automáticamente al Bluetooth y la voz que responde a mi tímido «¿Hola?» resuena en el equipo de música.

—Hola. ¿Hablo con Sally?

Es una mujer. Mayor. Quizá de unos sesenta y tantos años. No suena antipática, solo un poco impaciente, como si tuviera una lista de cosas por hacer y esta llamada fuera un imprevisto.

—Oh, sí. Soy yo. Hola —digo—. ¿Con quién hablo?

Espero que me diga su nombre, pero no lo hace.

—Mi compañero dice que vivió aquí con nosotros —relata—. ¿Me puede decir cuándo?

Hago un rápido cálculo mental.

—En 2014 —digo, y añado—: *más o menos*. —Por si acaso.

—Hummm.

No es la más comunicativa de las respuestas, y desde luego no es la que esperaba.

Me arriesgo y decido insistir.

—Trato de localizar a Greig, que...

—Lo siento, no puedo recordarla —me dice la mujer—. Llevo aquí desde 2009. Recuerdo a casi todos los niños que han pasado por aquí, pero no la recuerdo, Sally. ¿Seguro que fue aquí?

—¿Y Greig? ¿Recuerda a Greig? Trabajaba ahí.

—Tampoco conozco a ningún Greig. Creo que debe tratarse de un error. Lo siento. Si quiere, puedo indicarle dónde informarse, quizá allí puedan ayudar. Pero le advierto que podría tardar varias semanas...

Sigue hablando, pero ya no la escucho.

Otro callejón sin salida. Otro fracaso. Otro paso que me aleja de encontrar a Hollie.

¿Me ha mentido Sally? No lo creo.

Pero el hecho de que la haya conocido cerca de Aberdeen no significa que fuera allí donde la tenían en acogida. El hogar en el que estaba podría estar en cualquier parte. ¿Cuántos hogares de acogida para niños puede haber en Escocia? ¿Docenas? ¿Cientos?

Tengo que reducir las posibilidades. Necesito que me ayude, quiera o no hacerlo. Si yo no la convenzo, lo hará Sasha, y sus métodos serán mucho más extremos que los míos.

—Siento haberlas molestado —interrumpo a la mujer al otro lado de la línea. Cuelgo antes de que me responda.

Con una última mirada a la luz que ilumina la ventana del salón del piso, meto la marcha atrás, acelero y me alejo del bordillo, para dirigirme de nuevo hacia los bloques de pisos de Muirhouse.

52

ELIZABETH

—Se ha ido.

La mujer que está en la puerta al otro lado del rellano debe tener unos setenta años, viste un chándal de terciopelo rosa y sostiene una pequeña mancuerna de plástico en cada mano. El color del pelo y las cejas es tan oscuro que solo puede ser producto de un tinte, y ha procurado rellenar las arrugas y los surcos del rostro con una base de maquillaje espesa y polvorienta.

—¿Perdón?

—He dicho que se ha ido, querida —responde la mujer, y esta vez ralentiza el ritmo de sus palabras y alza la voz, como si hablase con un extranjero, o con un imbécil. Su acento no es local. De algún lugar de Glasgow, creo. Quizá de Ayrshire.

—¿Se ha ido?

Miro la puerta a la que he llamado durante los últimos minutos y luego me vuelvo para mirar a la mujer.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Se ha ido? ¿Se ha ido adónde?

—Oh, se lo está preguntando a la persona equivocada, querida —responde ella.

Mientras habla, comienza a hacer una serie de flexiones lentas con las pesas.

—No me gusta entrometerme. No soy de los que meten las narices donde no los llaman. Pero ella y los niños se marcharon de aquí a toda prisa hace unos veinte minutos. Los tenía abrigados, arrastraba una maleta y todo. Y el cochecito. La bolsa de pañales. Todo. Parecían tener prisa, diría yo. Se subieron a un taxi. Uno negro. No es asunto mío, claro. No me pregunte más, no sé nada.

Luego asiente y sonríe. Casi puedo oír cómo le crujen los huesos mientras continúa el ejercicio con las mancuernas, primero con un brazo y luego con el otro. Una fina capa de sudor ya amenaza con arruinar su maquillaje.

—¿No sabe adónde iba? —le pregunto.

—Oh, no. Como digo, soy muy reservada —insiste la mujer—. Pero salieron del aparcamiento por la izquierda. No vi la matrícula, ya no tengo tan buena vista, pero, como te digo, era un taxi negro. De los que tienen licencia municipal.

Pasa de flexionar los bíceps a hacer *press* de hombros, lleva cada mancuerna por encima de la cabeza y luego la baja de nuevo hasta quedar junto a la oreja.

—Espero que esté bien. Es una chica estupenda. Siempre dispuesta a echar una mano. Y los nenes son encantadores. Los adora, así se lo digo.

Siento una punzada. ¿Culpa, tal vez? Pero no hay tiempo para pensar en ello.

—¿Es amiga suya? —pregunta la mujer.

Parpadeo, sorprendida por la pregunta.

—Eh..., no. No exactamente —admito—. Solo... necesitaba que me echase una mano con algo. ¿Tiene su número?

—¿Su número? No. ¿Para qué demonios lo necesitaría? Vive a cinco metros. Si la necesito, llamo a la puerta.

Me siento mal. De repente, el hedor acre de la escalera me resulta insoportable. Se me pega a las fosas nasales y se me acumula en la garganta.

Necesito salir. Necesito aire fresco.

Trago saliva como buenamente puedo.

—¿No sabe cómo contactar con ella? —pregunto.

—Me temo que no, cariño. Pero seguro que volverá pronto.

Deja de levantar el hierro, o quizá el plástico, y me lanza una mirada preocupada.

—¿Está bien, cariño? Tiene mala cara. ¿Necesita sentarse un momento?

—Estoy bien —acierto a decir.

—¿Seguro? Parece como si la cabeza se le fuera a caer por el culo.

—¡He dicho que estoy bien!

Grito las palabras. Se las ladro. El sonido retumba en el edificio y la hace retroceder un paso. La amabilidad y la preocupación de sus ojos se desvanecen ante el miedo repentino que la invade.

La escalera da vueltas. Me oprime, el pasillo se estrecha y el hedor se condensa.

Ella era mi oportunidad. Sally era mi mejor baza para encontrar a Hollie, y la he echado a perder. La he dejado escapar.

La mujer me mira como si yo fuera un monstruo. Y no le falta razón.

—Lo... lo siento —consigo balbucear, y luego bajo a la carrera los escalones de piedra, salgo por la puerta principal y un borbotón de vómito caliente salpica el aparcamiento lleno de basura.

53

ELIZABETH

Cuando llego a India Street ya es tarde y no hay sitio donde aparcar.

Al final, abandono el coche detrás de los vehículos de un par de vecinos. Si se quejan, o si me ponen una multa, pues que lo hagan. No tengo fuerzas para preocuparme por eso.

Intento llamar de nuevo al número de la guardería, pero cada vez que lo hago la llamada se corta antes de que llegue a completarse un tono. Creo que ha bloqueado mi número. Supongo que Sally se puso en contacto con Ange para advertirle acerca de mí. No puedo culparla, creo.

Ojalá se hubiera quedado, pero me alegro de que se haya ido. Así está más segura. Sus hijos están a salvo.

Ojalá pudiera decir lo mismo.

Intento llamar de nuevo al número del secuestrador, pero me encuentro con los mismos tonos que antes. Probablemente también tengan bloqueado mi número, así que ellos sí pueden llamarme, pero yo no puedo llamarlos.

Otro callejón sin salida.

Salgo del coche, cierro la puerta de un portazo y regreso al piso arrastrando los pies. Me duelen las piernas. Todo el cuerpo, de hecho. No sé si es por el estrés, pero los últimos días me han

pasado realmente factura a nivel físico. Todos los músculos me duelen como si hubiera corrido una maratón.

Y también estoy exhausta. Física, mental y emocionalmente... A cualquier nivel.

La adrenalina que me invadió cuando corrí de vuelta al piso de Sally hace rato que se ha disipado. Apenas puedo concentrarme mientras introduzco la llave en la cerradura de la puerta principal.

Pueden llamarme, pero yo no puedo llamarlos.

Hay algo en esa idea que me incomoda todo el rato que me lleva entrar en el portal y subir las escaleras, pero mi cerebro está demasiado confuso como para prestarle atención. Y, cuando entro en el apartamento, la visión de Clive que me espera en pie hace que todos los demás pensamientos se desvanezcan.

—¿Dónde demonios te habías metido? —me reclama, con los brazos cruzados y dando golpecitos con el pie.

—He dejado que Mabel Walker me azotara y montase como si yo fuera un caballo —digo, y cierro la puerta—. Espera. No. Eso es lo que has hecho tú.

El comentario destroza de inmediato su aire de superioridad y deja caer los brazos a los lados.

—Elizabeth, vamos, puedo explicártelo.

—Clive —digo mientras levanto una mano—. Ahora no puedo ocuparme de eso. Ni siquiera me importa.

—No, pero si me escuchas, puedo...

—¡Clive!

Siseo su nombre. Es un gruñido. Y eso hace que se calle.

—No me refiero a que no me importe la explicación. Quiero decir que no me importa que haya pasado.

Frunce el ceño, claramente confundido.

—¿Qué?

Se lo aclaro, del modo más brutal y honesto que encuentro.

—No me afecta en absoluto que te dediques a colarte en la casa de Mabel Walker por la puerta de atrás. Ni lo más mínimo. No me importa lo que hagas con ella. No voy a perder ni un minuto de sueño por eso. Tienes mi bendición para hacer con ella todas las memeces extrañas y sórdidas que quieras. Literalmente, no tengo nada que decir al respecto porque no siento nada por ti, Clive.

Se hace a un lado cuando me acerco a él, porque intuye que no le conviene bloquearme el paso. Me inclino hacia la pared al pasar a su lado. Estoy tan agotada que me siento borracha.

—No lo dices en serio —me dice.

Me río. Una carcajada aguda y entrecortada que muere rápidamente en mi garganta.

—No. No, está bien. Tienes razón. Sí que siento algo por ti —admito.

La mirada de alivio en sus ojos dura poco.

—Repulsión, más que nada. Me repugnas físicamente. Eres débil y dependiente. Cada vez que me toca hacerlo contigo tengo que imaginarme que estoy con otra persona. Con cualquier otra persona.

—¿Qué? No. Pero... Eso...

Escupo una serie de sonidos entrecortados, imitándolo. Es infantil, el recurso más bajo de todos.

Pero es a lo más bajo a lo que he llegado.

—Nunca fue nada personal, Clive. Al principio pensé que quizá algún día me enamoraría de ti, pero no ha sido así.

Veo cómo se le desencaja el rostro y siento que algo dentro de él empieza a desmoronarse. Me invade la culpa. No es un mal hombre. En realidad, no. Nos dio un hogar y quiso a Hollie como si fuera suya.

—Lo siento, de verdad. Sé que es un cliché, pero no eres tú, soy yo. Te he utilizado, eso es todo —le digo—. Como utilizo a todo el mundo.

Le doy la espalda y levanto una mano para despedirme por encima del hombro.

—Ahora tengo que ir a cargar el móvil.

Mi móvil.

Pueden llamarme, pero yo no puedo llamarlos.

El pensamiento vuelve a mi mente, pero se queda a un lado enseguida al escuchar lo que sale de la boca de Clive.

—He llamado a la policía.

Me detengo.

Me giro.

Muy lentamente, me doy la vuelta.

—¿Qué has dicho?

Él traga saliva, se diría que me tiene miedo.

—Estaba preocupado. Por ti. Por Hollie. Así que..., eh..., yo...

—¿Has llamado a la policía?

Acorto la distancia entre nosotros con dos grandes pasos.

—¿Y les has dicho qué, Clive? ¿Qué les has dicho a ellos? ¿Qué has dicho?

Tiene los ojos muy abiertos. Niega con la cabeza. Ve algo en mí que nunca había visto antes. Algo que no estoy segura de haber sentido jamás.

Y tiene miedo.

—No, solo... Solo marqué el 101, no el 999. Solo dije que estaba preocupado.

—¿Preocupado por qué?

—Por Hollie, ya sabes. Y por ti. Porque no había sabido nada de ti.

Siento cómo mis dedos se estiran, luego se flexionan y se convierten en un puño.

—¿Qué dijiste exactamente?

Él sonríe, como si intentara reírse. No le sigo el juego.

—No, solo... Les dije que habías dicho que estaba en casa de tu hermana, pero que no estaba seguro de si era... No sabía si era de veras así, o...

Levanta las manos, como si se rindiera.

—Pero no me hicieron mucho caso. Dijeron que pasarían una nota para tenerlo presente, pero como no parecía que nadie estuviese en peligro inmediato... Alguien... Que alguien vendría a hablar con nosotros.

—¿Cuándo?

—No lo sé... No lo dijeron. Quizá esta noche, pero podría ser mañana. Solo... estaba preocupado, eso es todo. Solo quería asegurarme de que...

Mi gesto de darme la vuelta lo silencia. Aunque es apenas audible, oigo su leve suspiro de alivio cuando me dirijo al dormitorio de Hollie y arranco mi cargador de teléfono de la pared.

Es lo único que necesito. Todo lo demás se puede reemplazar cuando nos vayamos. Siempre se puede.

No deja de acechar desde la puerta del salón cuando vuelvo al vestíbulo. Extiende una mano y abre la boca para detenerme cuando

paso junto a él, pero le lanzo una mirada que lo frena en seco.

Ni siquiera me detengo en la puerta lo suficiente para murmurar un adiós. En lugar de eso, salgo, le tiro las llaves, cierro la puerta de un portazo, bajo las escaleras y abandono el piso para siempre.

El pitido del coche al abrirse es demasiado alegre. Entro y cierro la puerta de un portazo, como si lo castigara por sonar tan risueño.

No tengo ni idea de a dónde iré cuando arranco el motor, ni tampoco al girar el volante para ponerme en marcha, y aún menos al llegar a la esquina del final de India Street.

Un coche de policía pasa a toda velocidad por la calle principal, con las luces azules encendidas. Lo miro durante unos segundos, hasta que estoy segura de que no va a girar en el siguiente cruce.

Luego, cuando le he visto seguir colina abajo, giro a la derecha y conduzco sin rumbo fijo hacia el centro.

CUARTA PARTE

LUNES

54

ELIZABETH

Una luz solar débil, y húmeda, junto al estruendo de una bocina conspiran para despertarme.

Me enderezo para sentarme, con las manos instintivamente agarradas al volante para mantener el coche en la carretera.

Pero no me muevo. Estoy aparcada, a caballo entre dos plazas, en medio de un aparcamiento. El sonido estridente no proviene de un conductor enfadado, sino de un barco que pasa por el estuario del Forth, justo delante de mí.

Estoy en los muelles. Leith. El aparcamiento del centro comercial Ocean Terminal.

Y solo tengo un vago recuerdo de cómo he llegado hasta aquí.

Recuerdo que conduje por la ciudad, los faros me cegaban y los coches de detrás tocaban el claxon para avisarme de que mis luces traseras no funcionaban.

Recuerdo haber llamado por teléfono... a todo el mundo. Al secuestrador. A la guardería. A los hogares de acogida con los que había hablado ese mismo día.

Incluso llamé al colegio. No había nadie, por supuesto, pero el contestador me invitaba a dejar un mensaje para informarles en el caso de que mi hijo fuera a faltar aquel día.

Me quedé sentada en silencio, repasé mis opciones, y luego colgué.

También llamé a la policía, al número que no es de emergencia, pero colgué antes de que nadie llegase a responder.

¿Estaba aquí cuando hice eso? Estoy tan agotada que apenas puedo pensar con claridad, y mucho menos recordar los detalles más nimios.

Un dolor agudo y punzante en la mandíbula me despierta por completo. Bajo la visera y miro mi reflejo en el espejo. La hinchazón del gancho de derecha del DJ ha empeorado, el arcoíris de morados y azules se aprecia con toda claridad. También hay una marca roja que lo atraviesa. Un arañazo o una hendidura.

Lo froto, como si pudiera borrarlo, pero el dolor se torna enseguida insoportable.

¿He sido yo? ¿Perdí el control y me hice daño?

No lo recuerdo. Toda la noche es una nebulosa.

Miro el teléfono. Acaban de dar las ocho. Se me acaba el tiempo.

La batería está al siete por ciento, el pequeño icono de la esquina me lo advierte con su color rojo.

No puedo hacer nada al respecto. El cargador que me llevé de casa no sirve para el coche. El teléfono se va a quedar sin batería.

Y, si no hago algo, Hollie también.

Una parte de mí aún piensa que el teléfono podría ser la respuesta a todo esto, o al menos una pista. Pueden llamarme, pero yo no puedo llamarlos. Pensé que eso era importante, pero en algún momento de la noche me di cuenta de que eso no era lo que mi cerebro intentaba decirme. Esa no era la pregunta que debía hacerme.

La pregunta que debía hacerme era: ¿cómo consiguieron mi número?

Hollie no tenía su teléfono, de modo que no pudieron sacarlo de ahí. Ella no se lo sabe de memoria, de modo que no pudo decírselo.

Entonces ¿cómo lo consiguieron?

Ahora ya da igual. Es demasiado tarde para indagar al respecto. No hay tiempo para seguir pistas o intuiciones.

Lo único que puedo hacer es luchar contra el tráfico de la hora punta de Edimburgo, cruzar la ciudad de un extremo a otro y presentarme en la escuela, lista para mi confesión.

El secuestrador quiere que sea público. Televisado. No tengo ningún contacto en los medios de comunicación. No hay nadie con quien pueda ponerme en contacto para salir en antena.

Pero tengo una escuela llena de profesores y niños.

Y, que Dios me ayude, tengo un plan.

55

ELIZABETH

Nadie saldrá herido. Eso es lo prioritario. Estarán asustados, sí. Es inevitable. Pero no voy a hacerles daño. Solo necesito montar un escándalo que sea lo suficientemente grande como para llamar la atención de todo el mundo.

La atención de todo el país.

Entonces, cuando tenga todos los ojos de los medios de comunicación puestos en mí, confesaré. Les diré todo lo que quieran oír sobre la muerte de Kenny. Asumiré toda la culpa.

Y luego, cuando haya terminado, saldré y afrontaré las consecuencias.

Quizá, si explico por qué lo hice, sean indulgentes conmigo. Soy solo una madre desesperada, al fin y al cabo, que únicamente trata de recuperar a su hija. Solo sigo las órdenes de los secuestradores que se llevaron a mi niña.

Ya veremos.

Ya ha sonado el timbre de entrada cuando llego al colegio, por lo que consigo aparcar en la misma puerta. Es una zona de parada prohibida, pero decir que una infracción de tráfico me es ahora completamente indiferente sería una afirmación demasiado tímida.

A pesar de que la adrenalina empieza a hacer de nuevo su efecto, estoy tan cansada que casi se me olvida llevarme el bolso cuando

salgo hacia el colegio, así que tengo que volver a por él.

Qué tonta. Un error estúpido.

La puerta principal sigue abierta. Suele ser Donnie quien la cierra una vez que los padres han dejado a sus hijos, pero supongo que hoy no lo hará.

Me pregunto dónde habrá acabado y cómo habrá conseguido Sasha meterlo en el coche y luego sacarlo delante de mis narices.

Quizá, si vuelve a aparecer, me lo cuente.

No voy a contener la respiración por ello.

La puerta principal está cerrada, pero al llamar al timbre me responde Claire, la secretaria.

—Buenos días —dice con voz alegre.

Es su tono habitual de alegría, pero hoy se vislumbra algo un poco tenso en él.

—Eh, hola. Soy Elizabeth. La madre de Hollie. P6.

Me preparo para un interrogatorio sobre si Hollie está conmigo, pero, si el señor Wilkinson le ha contado su ultimátum, ella no lo menciona. En cambio, el timbre suena para anunciar que la puerta está abierta, así que entro en la escuela.

El bolso que llevo en el brazo me pesa, como si me lastrara, como si tratase de impedirme que siguiera adelante.

Lo aprieto contra mí.

Claire está sentada tras de su escritorio, cerca de la puerta principal, protegida por un cubículo de cristal y cartón yeso. Suena su teléfono y lo descuelga justo cuando llego a la ventana corredera.

Levanta el dedo índice para indicarme que solo tardará un minuto y luego contesta en voz baja. No dice gran cosa, solo asiente con la

cabeza y confirma que entiende a la persona que llama con unos «sí» y «claro».

Claire es la secretaria de la escuela desde antes de que Hollie se matriculase. Tiene unos treinta y cinco años, pero exhibe el entusiasmo burbujeante de alguien diez años más joven. Se considera la imagen pública de la escuela y siempre va bien vestida, con un maquillaje sutil e impecable.

Si no fuera tan simpática, la odiaría.

Mientras habla por teléfono, aprovecho para perfeccionar el plan. Tendré que alejarla del botón que abre las puertas. No puedo permitir que la policía entre antes de que lleguen las cámaras de televisión.

Dudo que me dejen hablar ante las cámaras, por supuesto, pero no importa. Cuando llegue ese momento, ya estaré en el centro de un torbellino mediático. Tengo un correo electrónico preparado para enviar a las cadenas de mayor audiencia, y en él adjunto una confesión completa del asesinato de Kenny.

Solo tengo que pulsar el botón para enviarlo. Pero antes debo asegurarme de que me van a tomar en serio.

No me puedo creer que hayamos llegado a esto. Pero ¿qué otra opción tengo? Lo único que importa ahora es Hollie y mantenerla a salvo.

—Perdón por la espera.

La ventana se abre del todo y Claire me dedica una sonrisa que parece un poco forzada.

—Una mañana de locos. Faltan varios empleados. El conserje tampoco ha aparecido, así que nos ha tocado buscar las llaves de casi todas las puertas.

Se pasa una mano por la cara, se alisa el pelo castaño y vuelve a esbozar una sonrisa más resolutiva.

—Bueno, da lo mismo. Lo siento.

Desvía la mirada hacia mí, en busca de Hollie. El espacio vacío que hay a mi lado la desconcierta, pero se recupera rápidamente.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Yo... necesito hablar con el señor Wilkinson —respondo.

—¡Ja! Ponte a la cola —replica.

Su risa no es desagradable, pero lo brusco de su tono me desconcierta.

—¿Está ocupado esta mañana? —pregunto.

Quizá esté demasiado distraído para pensar en Hollie.

O quizá ya esté hablando con la policía.

—No lo sé —dice Claire, con un tono de ligero reproche—. No está aquí.

Ajusto el asa de mi bolso.

—¿No está aquí?

—No ha venido. Ni mensaje, ni llamada. Nada.

No está aquí. El señor Wilkinson no está aquí. ¿Cambia eso las cosas?

La siguiente palabra que sale de la boca de la secretaria comienza con fuerza, pero luego se desvanece en silencio. Tengo la impresión de que quiere decirme algo más, pero se contiene.

—Maldita sea —digo, y pierdo la mirada en el pasillo y bajo la voz —. ¿Un escándalo?

—Bueno...

Imita mi lenguaje corporal y se inclina hacia mí.

—Yo no te lo he dicho, pero Ann tampoco está aquí.

—¿Ann?

—La señorita Goodall.

Arquea las cejas, depiladas a la perfección, y frunce los labios.

—Dios. Claro. Y, por supuesto, están...

—Están —confirma—. No sé qué pensar. ¿Se habrán fugado? Kathryn está convencida de que se han fugado. La señora Ross, quiero decir.

—Vaya. Eso es... Vaya.

La noticia me deja aturdida. No por la posibilidad de que unos profesores se hayan fugado juntos, sino por el hecho de que uno de mis plazos límite parece haberse desvanecido.

¿Me ayuda eso? ¿Tengo ahora más tiempo? ¿Una oportunidad para encontrar a Hollie?

¿Existe alguna posibilidad de salvar las cosas?

—Eh..., pues vale. Bien. Bueno, yo...

Miro a mi alrededor, sin saber muy bien qué hago allí ni adónde voy.

—Me voy. Yo... me voy.

Claire me dedica otra de sus sonrisas ensayadas y luego alcanza el tirador que cierra su pequeña ventana.

—Muy bien. Y, si aparece Greig, le diré que lo buscabas.

—Gracias —digo.

Doy tres pasos. El hecho de que me lleve tanto tiempo procesar lo que ha dicho es una prueba de lo agotada que estoy.

—Espera —digo, volviéndome hacia la recepción—. ¿Qué has dicho?

—Que, si aparece el señor Wilkinson, le diré que lo buscabas.

No soy consciente de haberme movido, pero estoy de vuelta junto a la ventanilla. Claire todavía tiene una mano en la manija, y la mantiene medio cerrada.

—Greig. Has dicho Greig.

Ella asiente. Su sonrisa sigue ahí, pero se ha visto empañada por el ceño fruncido y la confusión.

—Sí. El señor Wilkinson. Greig. Si viene, yo...

—¿Dónde vive?

Ella se queda pasmada durante un segundo. Solo uno.

—¿Perdón?

—El señor Wilkinson. Greig. ¿Dónde vive?

—Lo siento, no puedo dar ese tipo de información.

Dejo mi bolso sobre el mostrador con un golpe, lo que la sobresalta. Meto la mano y agarro con los dedos el mango del cuchillo que tengo escondido allí.

No quiero hacerlo. No quiero.

Pero tengo que hacerlo.

A menos que...

Espera.

Quizá no tenga que hacerlo.

Quizá ya tengo todo lo que necesitaba.

—Gracias por tu ayuda —digo.

Y, mientras me doy la vuelta y salgo a la carrera hacia la puerta, oigo a Claire cerrar con fuerza la ventanilla detrás de mí.

56

ELIZABETH

Mi teléfono está casi sin batería cuando abro la aplicación de correo electrónico y encuentro el mensaje de Sasha. El sábado por la mañana, lo único que me importaba era el vídeo en el que aparecía Hollie en el vestíbulo.

Ahora, sin embargo, abro el primer archivo adjunto, que contiene página tras página toda la información confidencial sobre la escuela y su personal.

Como es el director en funciones, tengo la esperanza de que el señor Wilkinson sea el primero de la lista. No lo es. La recorro rápidamente con movimientos del pulgar, y mi corazón no deja de hundirse cada vez más al no ser capaz de encontrar sus datos.

Solo cuando vuelvo a subir, más despacio, lo encuentro.

Greig Milton Wilkinson. Nacido el 17 de diciembre de 1979.

Tengo su nombre, su fecha de nacimiento, su número de la Seguridad Social y los datos bancarios de su salario.

Pero no hay ninguna dirección.

Recuerdo que uno de los archivos adjuntos era un paquete de currículos. El teléfono emite un pitido de batería baja cuando los abro y los reviso a toda velocidad.

Detrás de mí, el conductor de una furgoneta toca el claxon para animarme a que me quite de en medio y así poder pasar. No le hago

ni caso.

Ahí está.

Paso de largo por su nombre sin darme cuenta, pero vuelvo a toda prisa cuando mi cerebro lo procesa.

Lo primero que veo es su experiencia laboral. Un puesto me llama la atención. Oficial de apoyo al aprendizaje en un hogar de acogida en Dundee.

Es él.

Tiene que ser él.

Su dirección está en la otra punta de la ciudad, lo que significa que es imposible que pasara por la puerta de casa mientras hacía ejercicio ayer por la mañana.

Es un mentiroso.

Es un violador.

Es el hombre que tiene a mi hija.

Anoto la dirección justo antes de que se me apague el teléfono, y luego acelero para alejarme de la escuela, lo que me vale otro largo bocinazo de la furgoneta que ahora intentaba adelantarme.

Tardo un cuarto de hora en llegar a la casa de Old Kirk Road, a un paso del zoológico de Edimburgo. Es un *bungalow* independiente bastante coqueto, en una hilera de edificios similares, que cuenta con un pequeño jardín y una buhardilla bajo el techo a dos aguas.

Aparco el coche justo delante de la casa, salto de él y me apresuro por el sendero, con el bolso aferrado con fuerza por las correas.

La puerta está entreabierta. La brisa la mece hacia dentro y hacia fuera, lo que la abre ligeramente y luego la cierra con un golpe

contra el marco cada pocos segundos. Dentro, fuera. Pum, pum, pum, el ritmo de un latido lento y constante.

Me preparo, y empujo la puerta con cuidado, lo que deja al descubierto un corto pasillo que está hecho un desastre. Una consola antigua sobre la que había un teléfono ha sido volcada, y se ha roto una de sus patas curvas y delgadas. El teléfono está hecho añicos, como si lo hubieran tirado al suelo y pisoteado. Una y otra vez.

Han arrancado un espejo de la pared y luego lo han destrozado. Los fragmentos irregulares de su superficie reflectante aparecen esparcidos por la alfombra de color marrón y blanco. Crujen bajo mis pies y, cuando miro al suelo, una versión fragmentada de mí misma me devuelve la mirada.

Desde una puerta abierta al final del pasillo llega el ruido de música. Me resulta familiar, pero solo lo reconozco cuando entro en la habitación y empieza el estribillo: es la sintonía de Bob Esponja.

En silencio, con la respiración contenida, saco el cuchillo del bolso y entro en la habitación con todo el sigilo del que soy capaz.

La serie de Bob Esponja está en la televisión, pero no es la animación de colores vivos lo que me llama la atención.

Es la sangre en la pantalla.

Y en la mesa de centro.

Y en el sofá de cuero blanco.

Su olor metálico me golpea la garganta, me provoca otra oleada de náuseas que me veo obligada a tragar.

Me aparto de la salpicadura carmesí y entonces lo veo.

Entonces veo el cadáver.

La señorita Goodall, Ann, está sentada con la espalda apoyada en la pared, desplomada hacia un lado, con la columna vertebral curvada en un ángulo imposible, y la cabeza le cuelga como una fruta madura que podría caerse de sus hombros en cualquier momento.

La han apuñalado. El cuchillo que sobresale de su pecho es la prueba más evidente, y las heridas del cuello y los brazos solo pueden haber sido infligidas por una hoja afilada.

Lleva una camiseta holgada que le llega casi hasta las rodillas, con una imagen de Campanilla, la de las películas de Disney, estampada en la parte delantera.

Al menos, creo que es Campanilla. Los desgarros y las manchas de sangre en la tela hacen difícil afirmarlo con completa certeza.

Lo que sí es seguro, sin embargo, es que la señorita Goodall está muerta. Nadie podría perder tanta sangre y seguir con vida.

Y ninguna persona viva ha tenido nunca un aspecto semejante.

Siento que las piernas van a fallarme, pero bloqueo las rodillas y las obligo a obedecer. No puedo permitirme derrumbarme. Aquí no. No ahora.

El salón, al igual que el pasillo, ha sido revuelto. Todo lo que no está cubierto de sangre está volcado o roto. Los cojines del sofá están abiertos y el relleno blanco se desparrama por el suelo.

Las cortinas están echadas, pero un extremo de la barra se ha salido de su fijación, por lo que cuelga en un ángulo de treinta grados.

Y todos los papeles.

La habitación al completo está cubierta de papeles impresos, recibos, cartas y facturas, como si un tornado hubiera arrasado un

archivador repleto y luego esparcido su contenido en todas direcciones.

La visión de todos esos papeles me hace volverme hacia el cuerpo de la señorita Goodall, y me alerta de un detalle que se me había pasado por alto.

Tiene un trozo de papel en cada mano. Sus dedos cubiertos de sangre han manchado de rojo las hojas, pero aún puedo distinguir la mayor parte del texto.

La primera es de Vodafone, agradece al destinatario su reciente pedido de una tarjeta sim de prepago. El número está impreso en la parte superior. Si mi teléfono aún tuviera batería, podría confirmarlo para estar segura, pero albergo la sospecha y casi la completa seguridad de que es el mismo número desde donde se me envió la foto de Hollie y me llamaron al día siguiente.

La otra carta es más difícil de leer. Hay mucho más texto, está impreso de modo más denso, y la sangre de Ann lo oscurece en gran parte.

Tengo que arrancársela de las manos para leerla bien. Sus dedos sujetan el papel con fuerza, negándose a soltarlo, hasta que lo arranco con un tirón seco y rápido.

Es del Ayuntamiento, y confirma la recalificación de una propiedad en East Lothian, de residencial a alquiler vacacional.

La dirección está marcada con un círculo en rotulador negro. Debajo hay un mensaje garabateado con la letra angulosa y afilada de mi hermana.

Te veo aquí.

Está en Tranent. A media hora si voy por la ronda de circunvalación. Menos incluso si piso a fondo el acelerador.

Doblo la carta y la guardo en mi bolso.

Echo otro vistazo a la habitación, veo un cable para cargar el móvil que debería servir para mi coche y lo guardo.

Y entonces, tras dejar atrás a un malvado plancton de dibujos animados que no deja de reírse a carcajadas en la televisión que hay detrás de mí, salgo para encontrarme con mi hermana.

57

ELIZABETH

Mi móvil sigue sin batería cuando lo enchufo y no vuelve a encenderse hasta que he llegado a la ronda de circunvalación y giro a la izquierda.

La carretera está muy transitada, ambos carriles apenas avanzan por los desvíos hacia el aeropuerto. Tecleo la dirección en Google Maps y apoyo el teléfono en el salpicadero justo cuando los vehículos de delante empiezan a circular con mayor fluidez.

Se oye un chirrido de frenos detrás de mí cuando me desvío al carril derecho y adelanto a los coches más lentos de la izquierda. El joven conductor de un utilitario que tengo a mis espaldas me hace señales furiosas con los faros, pero ya he adelantado, y me alejo, tras recortar la distancia con el coche de delante.

Conduzco justo detrás de él, sin dejar de tocar el claxon y hacer señales con los faros hasta que se aparta al carril izquierdo.

Entonces acelero, piso a fondo, con las manos agarradas al volante hasta que los neumáticos chirrían y se me ponen blancos los nudillos.

Veinte minutos. Quizá menos.

Veinte minutos para dar esto por acabado. Para tener de nuevo a Hollie en mis brazos.

La idea de que ella me abrace, me sostenga y me solloce en el hombro hace que mi pie pise aún más fuerte el acelerador.

Veinte minutos.

Quizá menos.

Las gotas de lluvia salpican el parabrisas. En cuestión de segundos golpean el techo y resbalan por el cristal, lo que me obliga a poner los limpiaparabrisas lo más rápido posible. Pero no reduzco la velocidad. No puedo.

Cuando llego a la dirección, a las afueras de Tranent, una tormenta en toda regla se desata sobre mi cabeza.

La granja tiene forma de L y parece estar formada por varios edificios separados que han unido con el paso del tiempo. Es un monstruo de Frankenstein de estilos arquitectónicos, que van desde una pintoresca cabaña encalada del siglo xviii hasta el metal y el cristal modernos.

Un camino de entrada semicircular traza una curva para salir de la carretera antes de volver a unirse a ella cuarenta metros más adelante. Me recuerda a la disposición de India Street, y más o menos donde estaría la casa de Clive hay un arco con un par de portones correderos.

No hay coches aparcados aquí. No hay señales de vida en ninguna de las ventanas.

Me detengo cerca de la entrada, salto del coche y corro hacia la puerta, impulsada por la tormenta. Todos los pensamientos de sigilo o precaución se esfuman al pensar que Hollie podría estar allí, herida y asustada. Desesperada por volver a estar con su madre.

Tengo tanta prisa por llegar hasta ella que solo tras abrir la puerta de un empujón me doy cuenta de que me he dejado el bolso con el

cuchillo dentro del coche.

Pero ya no hay vuelta atrás. Ninguna fuerza en la tierra puede detenerme.

—¿Hollie? Hollie, ¿estás aquí? —grito.

Mi voz suena aguda y débil en la penumbra. Rebota estridente en el suelo desnudo y luego se pierde en algún lugar cerca del alto techo.

Sigo adelante por el vestíbulo, luego abro puertas y enciendo luces, sin dejar de gritar el nombre de Hollie, de prometerle que ya estoy aquí, que la he encontrado, que ya está a salvo.

El interior del edificio evidencia que está aún en construcción. Hay listones de madera y paneles de cartón yeso apilados en habitaciones vacías. Algunas de las paredes están abiertas, y dejan al descubierto un enredo de cables y viejas tuberías de plomo, todo ello unido por telarañas.

Se han levantado las tarimas del suelo y los muebles se apiñan en las esquinas como ovejas asustadas, cubiertos con lonas para protegerlos de los arañazos y el serrín.

En uno de los tres salones veo el sofá verde. Saco la foto que me envió el secuestrador y las comparo. Son iguales. Este es el sofá de la foto.

Pero mi hija no está en él.

—¿Hollie?

El grito resuena en la habitación antes de que esta lo absorba. Las ventanas traquetean en sus marcos al ser golpeadas por la tormenta, empapadas por la lluvia y con el silbido del viento que se cuela a través de las rendijas de los antiguos marcos.

Este es el lugar. La dirección es correcta. El sofá es el correcto.

Entonces ¿dónde está?

Oigo un gemido cuando entro a la carrera en la habitación contigua. Pero no es ella. No es mi Hollie.

Cuando miro en dirección al sonido, mi mirada se posa en el señor Wilkinson.

Estamos en lo que supongo que era o iba a ser un pequeño comedor. Está atado a un viejo taburete de bar, con las manos ligadas por las muñecas debajo del asiento y los tobillos sujetos a media altura de las patas del taburete.

Al estar atado así se le curva la columna y se le encorvan los hombros, como si tirasen de él hacia abajo. Encogido.

Le han embutido un trozo de tela en la boca. Una sola tira de cinta adhesiva plateada, envuelta alrededor de su cabeza, mantiene la mordaza en su sitio.

Son sus ojos, sin embargo, lo que más me impacta. Uno de ellos está inyectado en sangre, con un moratón que se extiende por toda la cuenca ocular. Pero eso no es lo que atrapa mi atención.

Es el miedo.

Sus iris son dos islas rodeadas por un mar de blanco. Están fijos en mí cuando entro, cubiertos de lágrimas, y se mueven de mis manos a mi cara y viceversa, una y otra vez.

Doy un paso para acercarme. Trata de retroceder, pero las ataduras no se lo permiten. Solo es capaz de ahogarse, sollozar y sacudir la cabeza frenéticamente. Suplicarme. Rogarme que no me acerque más.

Que no le haga daño.

Parece muy bien sujeto. Si pudiera moverse, ya lo habría hecho. Me acerco sin prisa, con cuidado, las manos levantadas delante de

mí como quien calma a una bestia salvaje.

Los mocos y las lágrimas han empapado la parte delantera de la cinta. Se superpone en la región occipital y sus ojos se hinchan en las órbitas, fijos en mi rostro, mientras le alcanzo el cogote y despego la tira.

Tiene la tela tan metida en la boca que no puede sacarla. Me veo obligada a tirar de ella con el índice y el pulgar, lo que lo hace toser y atragantarse, con todo el cuerpo convulsionando mientras se sobrepone a las arcadas.

—¿Dónde está? —le pregunto.

Hablo en un susurro. No sé por qué.

—P-por favor. Por favor, lo siento.

Balbucea, los labios no dejan de temblarle y la voz suena ronca y áspera.

—Lo siento, lo siento.

—¿Dónde está Hollie? ¿Qué le has hecho?

Sus ojos siguen fuera de las órbitas, como dispuestas a saltar de ellas en cualquier momento. Miran a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo, buscan mi rostro a medida que se encuentra a solo unos centímetros del suyo.

Casi tengo miedo de hacer la siguiente pregunta, aunque sé cuál será la respuesta.

—¿Quién te ha hecho esto?

Su respiración es rápida, entrecortada, errática, como si hiperventilase y se asfixiara al mismo tiempo. El pecho y los hombros le tiemblan por el aire que entra y sale con dificultad. Vuelve a buscar mi rostro.

—¿Q-Qué? —chilla.

—Esto. ¿Quién te ha hecho esto?

No dejo de susurrar. Aún no sé por qué.

—No... n-no lo entiendo —gime.

Y luego su rostro se arruga como un pañuelo lleno de mocos y se ahoga en una serie de sollozos profundos y desesperados.

Debería odiarlo. Lo odio, de hecho.

Y, sin embargo, está tan tan asustado...

A pesar de todo, una parte de mí casi siente la necesidad de ayudarlo. Sea lo que sea, es un ser humano. Y puede que sea la única persona que pueda decirme dónde está Hollie.

—No pasa nada, no pasa nada —le aseguro.

Pero cuando le tiendo la mano se echa hacia atrás, cierra los ojos con fuerza y se encoge.

El brusco movimiento hace que el taburete se venza sobre sus patas. Vuelve a abrir los ojos, más aún que antes. Oigo su grito de terror, y contemplo cómo se cae hacia atrás, siempre atado al taburete.

Se oye un golpe sordo. Un crujido. No sabría decir si ha sido el taburete o el sonido de su cabeza al golpear en el suelo desnudo de madera. En cualquier caso, los gritos se detienen, como si el impacto los hubiera arrancado de cuajo.

Y el silencio inunda la casa.

Me arrodillo a su lado. Lo sacudo. Le doy una bofetada en la cara.

—Despierta. Despierta —susurro—. ¿Dónde está? ¡Dime dónde está!

No responde. No se mueve.

No está muerto, pero está inconsciente.

Ahora no puede ayudarme. Nadie puede. Estoy sola.

Lo dejo en el suelo, me pongo de pie y me dispongo a buscar a mi hija.

58

ELIZABETH

La puerta contigua me lleva a lo que podríamos considerar el esqueleto de una cocina. Los armarios están en su sitio, pero las puertas y los estantes han sido apilados contra la pared. Aquí no hay ningún lugar donde Hollie pueda esconderse, así que sigo adelante por un estrecho pasillo con las paredes empapeladas y un techo de madera oscura de aspecto antiguo.

—¿Hollie?

Ahora susurro su nombre, sin llegar a gritarlo. El sonido apenas llega al final del pasillo.

—Hollie, soy yo. Soy mamá.

La siguiente puerta solo da a un armario vacío, donde hay una moderna caldera de gas fijada a la pared y unos cuantos botes de pintura alineados en el suelo.

Pero ni rastro de Hollie.

Las tablas del suelo crujen y chirrían mientras avanzo sigilosa por el pasillo, con la cabeza agachada y los puños apretados, preparada para cualquier cosa.

Casi cualquier cosa.

La encuentro en la habitación contigua. Ella me mira desde el otro lado del lavabo del baño, me sonríe como si me esperase.

No es Hollie.

No es mi hija.

Es Sasha.

—Hola, hermanita —dice—. Cuánto tiempo sin verte.

Me quedo paralizada.

¿Qué es esto?

¿Cómo es posible?

—¿Qué pasa? —pregunta, y frunce el ceño de forma exagerada—. ¿Te sorprende verme?

—Esto no es... No lo entiendo —digo.

Tengo tantas preguntas en la cabeza, que no dejan de dar vueltas y chocan entre sí. Solo puedo expresar la más vaga.

—¿Cómo?

La sonrisa de Sasha reaparece. Es una sonrisa amplia y retorcida que muestra demasiados dientes. No como mi sonrisa. Ni remotamente.

—¿Cómo el qué? —pregunta—. Vamos, hermana, suéltalo.

—¿Cómo es que estás aquí?

Se encoge de hombros. Nos acercamos.

—Porque, a pesar de lo mucho que insistes en que eres la lista, yo lo descubrí primero —me dice—. Lo averigüé anoche. Mientras dormías. Y lo solucioné, como lo soluciono todo.

Niego con la cabeza.

Ella me imita.

—No. Quiero decir... ¿Cómo es que estás aquí? ¿Así? ¿Cómo estamos..., cómo estamos hablando así?

—¡Ah! Ya lo pillo. —Se encoge de hombros—. Hollie.

Nos acercamos de nuevo.

—¿Hollie? ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está?

—Está a salvo —me dice Sasha.

—¿Dónde?

Su sonrisa se hace más amplia. Más cruel.

—Ya llegaremos a eso —dice—. Ahora mismo tenemos problemas más importantes.

—¿Te refieres a toda la gente a la que has matado?

—Nadie que no se lo mereciera —me aclara—. Tu vecino el raro se suicidó, ni siquiera hay que lamentar lo del DJ, y el pobre Donnie, el conserje... Bueno, en este caso la responsable eres tú, ¿no?

—Fue un accidente —suelto.

Se le sale el labio inferior e imita el movimiento de frotarse los ojos, como si fuera una niña que llora.

Se parece mucho a mí.

Y no se parece en nada a mí.

—Pobre Lizzie. Ha vuelto a meter la pata y ha tenido que llamar a su hermana para que lo solucione todo. Exactamente igual que lo que sucedió con Kenny.

—Yo no... Yo no te dije que hicieras nada. Fue decisión tuya. Lo hiciste tú sola.

Ella eleva la voz, pero su respuesta tiene un tono cantarín, como si fuera una matona de patio de colegio burlándose de mí.

—Porque tú fuiste y se lo contaste. Le tuviste que contar toda la verdad. Sobre Hollie. ¿No es así?

—Pensé... Pensé que podía...

—¿Confiar en él?

Se ríe. Su risa sale de lo más profundo y sacude los hombros.

—¿Cuántas veces te lo he dicho, Lizzie? Solo puedes confiar en mí. Iba a decírselo a la policía. Lo sabes. Quizá no de inmediato, pero sí

algún día. Una palabra de más, una discusión, y nos habríamos metido en un buen lío. Se habría descubierto la verdad sobre lo que le hicimos a Kenny. A sus frenos. No podía permitirlo. No podíamos. ¿O sí lo habríamos permitido?

—Yo... yo no quería...

—¿Lo habríamos permitido?

Me lo grita. Un chorro de saliva espumosa salpica el cristal que nos separa.

—N-no —admito—. No.

—Exacto. Así que tú la fastidiaste y yo lo arreglé. Como este fin de semana. Como siempre.

Ella mira más allá de mí, hacia la puerta abierta del baño.

—¿Sabes quién es?

Asiento con la cabeza. Ella también.

—El padre de Hollie.

—Dejaste que te encontrara. Dejaste que encontrara a Hollie —dice—. Dejaste que hurgara en nuestro pasado hasta que encontró algo que pudiera usar contra ti.

—No lo sabía. Ni siquiera sabía que existía.

Ella me suelta un gruñido. Su aliento empaña el cristal.

—Era parte de tu trabajo saberlo. Es lo único que tenías que hacer. Lo único para lo que confié en ti. Mantener a Hollie a salvo. Pero ni siquiera puedes hacer eso, Lizzie.

—¡Sí que puedo! —insisto—. ¡Puedo!

Observo, sin aliento, cómo la sonrisa vuelve a aparecer en su rostro.

—Entonces ¿dónde está, Lizzie?

Nos acercamos un paso más. Me aferro con las manos al borde del viejo lavabo.

—¿Qué le has hecho? ¿Dónde está mi hija?

—Como ya te he dicho, está a salvo —me asegura Sasha.

Nos inclinamos hacia delante, hasta que nuestras narices casi se tocan.

—¡Nunca la encontrarás sin mí!

—¡Entonces dímelo! —grito—. Dime dónde está.

Ella me mira. Me mira fijamente, como si al hacerlo enumerase todas las similitudes y diferencias entre nosotras.

—No.

Mis manos se aferran con más fuerza al lavabo. El corazón me late con fuerza.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—No puedo confiarte su cuidado, Lizzie. No puedes mantenerla a salvo. Ya has demostrado que no puedes.

—¡Claro que puedo!

Niega con la cabeza. Tiene las mejillas llenas de lágrimas, pero no son suyas, sino mías.

Cada parte de ella es yo. Cada parte de mí es ella.

—No. No puedes —me dice desde el espejo—. Cuando corriste bañada en lágrimas a pedir ayuda a esos profesores el viernes por la noche, Hollie estaba en el maletero de su coche y tú no tenías ni la menor idea. Tú no puedes protegerla, pero yo sí. Yo puedo mantenerla a salvo. Soy yo quien puede asegurarse de que siempre esté a salvo.

—¿Qué?

La sola idea es como una bofetada en la cara. Un cuchillo en el pecho.

—No. No, no puedes. No lo haré. No eres su madre.

—Soy tan madre suya como tú.

—¡No eres su madre! —le grito. Ella me grita también.

—¡Tú tampoco!

Parece sorprendida por ese arrebato. O quizá se trate de mí. Tan cerca, es difícil saberlo.

Sin embargo, se recupera con rapidez. Mucho más rápido que yo.

—Este es el trato, Lizzie. Ahora es mi turno.

Me zumban los oídos. En la cabeza.

—¿Qué?

—No la encontrarás. Yo sé dónde está. ¿Quieres que esté a salvo? ¿Quieres que esté protegida? Entonces es el momento de intercambiarnos.

—¿Intercambiarnos?

—Yo ocupo tu lugar y tú el mío —dice—. Yo subo allí y tú te quedas aquí abajo. En la oscuridad.

Negamos con la cabeza.

—No. No. No puedo. No lo haré.

—Tienes que hacerlo. No te queda otra opción. Quieres salvar a Hollie, ¿no? Así es como hay que hacerlo, Lizzie. Es la única manera que tienes de hacerlo. Tuviste tu oportunidad, pero ahora es mi turno. ¡Es mi turno! Es...

Se detiene. Inclina la cabeza. Abre mucho los ojos.

—Espera.

Veo el movimiento detrás de ella. Lo oigo abalanzarse hacia mí.

Su mano me agarra del pelo, y me empuja. Mi cabeza choca con la de Sasha, rompe el espejo y nos divide en una docena de pedazos que caen, uno a uno, en el lavabo.

La sangre me corre por la frente y me cubre los ojos. La mano que me sujeta del pelo tira de mí hacia atrás, me hace girar en el cuarto de baño y me saca al pasillo.

Tropiezo. Caigo. Golpeo contra la pared.

Lo último que veo antes de que la sangre me nuble la vista es al director de Hollie, el padre de Hollie, que corre por el cuarto de baño hacia mí.

Con mirada asesina.

59

ELIZABETH

Me muevo. Doy patadas y araño, no dejo de moverme.

La sangre me escuece en los ojos a medida que tropiezo por el pasillo, sin dejar de tantear la pared, en busca de una salida o un lugar donde esconderme.

Oigo cómo Greig Wilkinson arrastra los pies detrás de mí, gime de dolor como si le estallaran burbujas en los labios.

No sé qué le ha hecho Sasha, pero está herido. Va lento. Aún tengo posibilidades.

La puerta principal aparece a mi derecha. Pruebo el picaporte. Cerrada con llave. Veo de pasada a Sasha por la ventana, pero avanzo entre tambaleos, a toda prisa, con el único objetivo de alejarme de él.

Y de ella.

El final del pasillo da a otra habitación casi vacía, con agujeros en las paredes y madera desnuda en el suelo. Una gran fachada acristalada da al patio.

Mi coche está allí. Justo ahí. Fuera.

Busco algo con lo que romper la ventana, pero no hay nada aquí. Y él se acerca. Está aquí, justo detrás de mí, lo oigo acercarse entre gemidos y murmullos.

Sin dejar de parpadear ni de limpiarme la sangre de la cara, sigo adelante, y me muevo justo cuando sus manos golpean el aire donde yo estaba un segundo antes. Siento el roce de sus dedos, el gruñido de sus esfuerzos, y luego vuelvo a correr, para dejarlo atrás, y atravieso una lona que cuelga sobre una puerta abierta y accedo a...

Un callejón sin salida.

Es un dormitorio, creo, o lo será. El armario empotrado está ya en su sitio, y dos puertas con espejos que van del suelo al techo se apoyan contra la pared junto a él.

Sasha me mira desde ambos espejos cuando me detengo. No dice nada. No hace falta. Se limita a esperar. Observa.

Y entonces, desde la esquina, se oye un ruido.

Un susurro.

El crujido de una de las tablas del suelo.

Y todo mi mundo se derrumba.

Me giro y allí está ella. Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los brazos alrededor de las rodillas. Ya no tiene los ojos vendados. No está atada.

Asustada.

Pero viva.

Debería permanecer en silencio, lo sé. Debería esconderme. Pero su nombre sale de mis labios antes de que pueda evitarlo.

—¿Hollie?

Suena como una pregunta. Como si no pudiera creer que realmente esté aquí.

Pero lo está. La he encontrado. Me arrodillo y ella se pone de pie, corre hacia mí, ahogada por las lágrimas, con los brazos abiertos.

—¿Mamá? ¿Mamá?

Su voz es un susurro. Casi un graznido. Pero es la suya. Está viva, está aquí y está a salvo.

La lona que cubre la puerta se rasga y el resto del mundo regresa rodeado de un estrépito.

Greig Wilkinson irrumpe, cubierto de sangre y furia.

Hollie grita y retrocede. Me giro hacia su secuestrador, con los puños en alto, pero él me da un empujón en el estómago con el hombro, sin dejar de gemir y rugir, y nos tira a ambos al suelo.

El impacto, unido a su peso, me deja sin aire. Mis pulmones se tensan, se encogen. Intento respirar, pero el aire no circula.

Tiene la cara y la camisa manchadas de rojo. Me agarra del pelo y me levanta al tirar de mi cabeza hacia él. Alcanzo a ver su otra mano, con vendajes cubiertos de sangre atados a los muñones donde debería haber tres dedos.

Grita mientras me golpea la cabeza contra el suelo, con una espuma blanca que le sale de los labios y los ojos muy abiertos y salvajes, como los de un animal.

—¡Puta loca! —balbucea mientras me golpea la cabeza contra el suelo.

Otra vez.

Otra vez.

—¡Puta loca de mierda!

Hollie grita. El dolor y la conmoción hacen que mis pensamientos se enreden. Oigo la voz de Sasha, pero no sé si habla en voz alta o si la oigo dentro de mi cabeza.

Te va a matar, Lizzie.

Intento volverme, intento agarrarlo, intento apartarle la mano, pero es demasiado fuerte, está demasiado enfadado y no puedo hacer nada.

Te va a matar y luego se llevará a Hollie.

—¡N-no! —jadeo.

Vuelve a golpearme la cabeza contra la madera. El sabor de la sangre me inunda la boca. La habitación se convierte en un remolino a mi alrededor, que me arrastra hacia el suelo.

Hacia la oscuridad.

¿Qué crees que va a hacer, Lizzie? ¿Será un buen padre? Ya sabes lo que le hizo a Sally. Le gustan jóvenes, ¿no?

—¡Para! ¡P-por favor!

Gruñe algo, pero no puedo oírlo, no oigo nada más que los gritos desesperados de Hollie, y el flujo de la sangre en mis venas, en los oídos. Su mano, la buena, me rodea la garganta. Su peso me inmoviliza, me deja clavada al suelo, me ahoga hasta que logra sacarme todo el aire de los pulmones.

Por el rabillo del ojo veo a mi hermana en uno de los espejos. Me devuelve la mirada. Me observa.

Esperando a que diga algo.

—¡Zorra de mierda!

Greig solloza al decirlo. Me salpica la cara con su saliva caliente. Siento la cabeza demasiado grande, como si la tuviera demasiado llena. No puedo respirar. No puedo moverme. No puedo pensar.

Y, aun así, Sasha espera. No viene en mi ayuda. No todavía. No hasta que le dé lo que quiere.

A mi hija. Mi vida. Todo.

No puedo. No puedo hacerlo.

Pero debo hacerlo.

Pienso en este hombre y en las cosas que podría hacer.

Pienso en mi hermana y en las cosas que ha hecho.

Para protegerme. Para protegernos. A todas nosotras.

Veo a Hollie, allí de pie, paralizada por el terror. Tan pequeña, tan indefensa. Tan asustada.

Pienso en su futuro. En todos los futuros posibles que se derivan de este momento. De esta elección.

Pienso en mi hija.

Haría cualquier cosa por ella. Lo entregaría todo por ella.

Pienso en mi hija.

A partir de ahí, el resto es fácil.

60

HOLLIE

¿Qué hago?

¡No sé qué hacer!

Le está haciendo daño a mamá. El señor Wilkinson le está haciendo daño. ¡Va a matarla! ¡Va a matar a mi madre y no sé qué hacer!

Grito muy fuerte, pero no viene nadie. Nadie puede oírme, pero grito y grito y grito, porque no puedo parar. No puedo evitarlo.

Le está haciendo daño. Va a matarla.

No sé cómo he llegado aquí, a esta habitación. Estaba en otro sitio, atada y con los ojos vendados. Y luego estaba aquí, sola, desatada pero demasiado asustada para moverme por si él me oía. Por si me encontraba y me hacía algo terrible; daño, por ejemplo. ¡O incluso matarme!

No quiero acercarme a él. Está muy enfadado. Furioso. Pero corro hacia él, le grito que la suelte, que la deje en paz, ¡que deje de hacerle daño a mi madre!

Le quita la mano del cuello. Creo que la va a soltar, pero entonces me empuja. Con fuerza. Caigo hacia atrás, tropiezo con los pies, y caigo el suelo.

No sé por qué, pero el señor Wilkinson ruge como un animal herido. Oigo que algo se mueve y, cuando me incorporo, mamá se

está levantando. Lentamente, como Godzilla en las películas cuando sale del agua. Grande. Gigantesca. Hasta llegar al cielo.

Y el señor Wilkinson está en el suelo, boca arriba, se frota con una mano en el ojo como si le hubiera entrado arena. O quizá una pestaña.

—Hollie.

Mamá habla con su voz seria. Más seria de lo que jamás la he oído hablarme. Señala la puerta, cubierta por el plástico que cuelga sobre ella.

—Ve y espera ahí fuera —me dice.

Sonríe. Es una sonrisa grande y cálida que no concuerda con su voz.

—Salgo enseguida —añade.

Miro al señor Wilkinson, pero solo un segundo, porque no me gusta ver sangre, y ahora veo un poco en su mejilla.

Corro a la otra habitación, atravesando el plástico, temblando por el frío.

Me balanceo de un lado a otro, de un pie a otro, tratando de contener las lágrimas, pero es como si alguien hubiera abierto un grifo y yo no pudiera cerrarlo.

Sin embargo, no grito. Ni siquiera cuando oigo el estruendo en la habitación que acabo de dejar y el sonido de cristales rotos al caer al suelo.

Ni siquiera cuando oigo al señor Wilkinson gritar: «¡No, por favor, no!», o el sonido húmedo y desgarrador que viene a continuación. Se repite una y otra vez, y luego otra, y una vez más.

Y luego no se oye nada más.

Ni un solo ruido.

Ningún movimiento.

Nada de nada.

—¿Mamá?

No estoy segura de si llego a decir la palabra en voz alta o si solo está en mi cabeza. Nadie responde. Nadie me contesta.

Respiro hondo, como mamá y Clive siempre me enseñaron a hacer cuando tenía una pesadilla. Eso es lo que esto parece: la peor pesadilla de mi vida, solo que es real, estoy despierta y nadie responde desde la habitación de al lado.

Ni siquiera el plástico se mueve. Está ahí colgado, quieto, como la capa de Darth Vader.

Me acerco sigilosamente. Sé que me ha dicho que espere, pero necesito asegurarme. Necesito verla.

—¿Mamá?

El plástico está justo delante de mí. Sigo sin ver nada. Sigo sin oír nada.

No quiero estar aquí. Quiero irme a casa.

Pero mi mano se acerca al plástico. No puedo dejar de temblar.

—¿Mamá?

De repente hay un movimiento brusco. El plástico se hincha como si quisiera agarrarme. Grito y salto hacia atrás.

¡No, no, no, no!

Y entonces, ella está ahí. Justo ahí. Mirándome, llorando y sonriendo.

Corro hacia ella. Ella se arrodilla y abre los brazos, y yo corro hacia ella, y doy un pequeño salto para que me abrace. Me atrapa, me sostiene y me aprieta contra ella.

Lloro tanto que apenas veo la silueta del señor Wilkinson en el suelo, al lado, antes de que el plástico vuelva a caer sobre él y lo oculte de mi vista.

Entierro la cara en el hombro de mamá. Me acurruco contra su cuello. Es cálido, como ella. Y eso me abriga.

—Oh, Hollie. Oh, cariño.

Llora. Las dos lo hacemos. Sus brazos me rodean con fuerza. Más fuerte, creo, de lo que lo han hecho nunca.

—Aquí me tienes —me dice—. Aquí me tienes. Eres mía. Y nunca dejaré que nadie te separe de mí.

QUINTA PARTE

UN AÑO DESPUÉS

61

LA MADRE DE HOLLIE

Mabel Walker no parece feliz. El Hombre Lobo ya se ha levantado media docena de veces de la mesa de los aperitivos, y queda muy claro que ella está harta de él. No se queja, por supuesto. No se atreve. No conmigo.

Le hago un pequeño gesto con la mano y le sonrío, solo para recordarle que la tengo vigilada. Ella me devuelve el gesto, pero sin entusiasmo.

Eso lo hace más dulce incluso.

Han pasado seis meses desde que su marido la abandonó. A pesar de sus numerosas indiscreciones, Malcolm accedió a la custodia compartida de Jessica, lo que significa que, una semana de cada dos, Mabel vuelve a su casa, mientras que Malcolm se va a una casa de vacaciones que compró en East Lothian.

Luego, el domingo por la noche, ella recoge sus cosas y regresa al Premier Inn más barato que encuentra esa semana.

Debe de ser duro para ella.

Espero de veras, pero de veras, que así sea.

Ya no ve a Clive, por lo que sé. Él intentó ponerse en contacto conmigo después de que me fuera del piso, pero le dejé muy claro lo que sentía, y no he sabido nada de él desde entonces.

Un año. ¿De verdad ha pasado tanto tiempo?

Una de las otras madres sonríe y pone los ojos en blanco cuando empieza a sonar «Monster Mash» por los altavoces. Le devuelvo el gesto y nos reímos.

Es simpática. La mayoría lo son, si les das una oportunidad.

La señora Ferris, la nueva directora, se encarga de la música este año. Ha sido una bendición para la escuela, todo el mundo lo dice. Los niños la adoran. Los profesores también. Después de todo lo que pasó, la verdad es que ha logrado unirnos a todos.

Ayuda que su marido pudiera ocupar el puesto de conserje. Es un antiguo profesor de instituto, que impartía carpintería y ebanistería, que estaba aburrido como una ostra debido a la jubilación anticipada. Ahora mismo está envuelto de pies a cabeza en papel higiénico y anda a fuertes pasos por el pasillo como parte del desfile de disfraces, con una escoba levantada sobre la cabeza como si fuera la varita de un mago.

El disfraz es una mezcla un tanto variopinta, pero no se puede negar que está muy metido en el papel.

Me apoyo en el muro y les sonrío a él y a los niños mientras pasan. Darth Vader va en cabeza, con el tenue resplandor rojo de su espada láser de plástico como guía para el resto.

Intentamos convencerlo de que se disfrazara de otra cosa este año, pero no hubo manera. Se puede decir lo que se quiera de Conrad, pero sin duda es un hombre de costumbres.

No reparo en que Daniella se acerca hasta que siento su mano en la parte baja de mi espalda y luego, muy brevemente, cómo acaricia la curva de mi trasero.

Me costó bastante convencerla de que no era una psicópata, y aún más ganarme su confianza.

En cuanto a nuestra relación, aún es pronto. Todo puede terminar mal. Pero... no me resulta odiosa. Aunque gran parte de todo eso quede fuera de mi control, no es una idea que me quite el sueño.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento esperanzada.

El desfile continúa hasta que aparece la última participante, con sus cuernos curvados que apuntan hacia el cielo y su larga capa negra que, como se arrastra por el suelo, recoge las bolsas de Haribo y patatas fritas que están esparcidas.

No es una sorpresa que la nueva encargada de la limpieza parezca tan feliz.

Daniella y yo mostramos los pulgares en alto en un gran gesto de aprobación a Maléfica cuando desfila ante nosotras. Ha pasado horas practicando su sonrisa malvada frente al espejo, pero no puede evitar sonreír ni dejar de saludarnos con la mano mientras sigue su camino.

Mi niña. Mi hija.

La mía.

Es bonito verla sonreír de nuevo. Hace unos meses no estaba segura de si lograríamos llegar a este punto.

Pero todo ha salido bien. La policía aún tiene unas cuantas preguntas pendientes de responder, por supuesto, sobre todo acerca de por qué tres miembros del personal de la escuela desaparecieron sin dejar rastro en el transcurso de un fin de semana.

Pero yo no estoy en su radar. Fui muy cuidadosa. Toda la escuela sospechaba ya que habían huido juntos, lo que fue de gran ayuda.

Y, además, tampoco es que vayan a encontrar los cuerpos.

Tendré que mantener los oídos alerta y andarme con los ojos bien abiertos, por supuesto. No se puede descartar que la policía venga

algún día a hacer preguntas. Pero estaré preparada si eso pasa, igual que estaré lista para recibir a Sally Ferguson, si en algún momento ata cabos.

Estaré preparada para cualquiera que intente interponerse entre mi hija y yo.

A fin de cuentas, todo ha salido bastante bien. Solo falta una cosa para que todo sea absolutamente perfecto...

—Damas y caballeros, niñas y niños, ha llegado el momento —dice la señora Ferris por el micrófono, y veo cómo se encienden los ojos de Hollie—. ¡Es hora de ponerse en fila para el concurso del mejor disfraz!

—Vaya, qué mala suerte, Jessica. Ojalá tengas más suerte la próxima vez —le digo.

Jessica Walker me mira con el ceño fruncido desde detrás de su máscara de maquillaje.

—No habrá próxima vez. Estamos en séptimo —escupe.

Sonrío. Algo en mi sonrisa la hace retroceder.

—Sí —le digo—. Ya lo sé.

Pongo una mano en el hombro de Hollie y dirijo mi atención a Mabel. Estoy a punto de preguntarle si tiene algo que decirle a mi hija. Estoy a punto de mostrar mi menosprecio delante de su hija.

Pero no lo hago. Tengo un poco más de dignidad que ella. Soy mejor.

—Me alegro de verte, Mabel —le digo—. Gracias por todo lo que te has esforzado esta noche.

Y luego aparto a Hollie antes de que la mirada de odio de Mabel haga reaparecer el trastorno de estrés postraumático que estamos tratando desde hace doce meses.

El trofeo es de plástico barato. No tiene ningún valor. Pero Hollie lo lleva en brazos como si fuera un bebé recién nacido.

Después de seis años de intentarlo una y otra vez, al fin se lo ha ganado.

Las dos nos lo hemos ganado.

Volvemos a su clase y recogemos su chaqueta y sus zapatos. Le envío un mensaje a Daniella para decirle que sigue en pie lo de tomar un café mañana por la mañana. Luego, mientras nos dirigimos a la puerta, escucho el relato detallado y entrecortado que me cuenta Hollie sobre su triunfo.

Habla tan rápido que su emoción hace que las palabras salgan disparadas como una ametralladora. Está feliz. Después de todo lo sucedido, es feliz.

La puerta está cerrada cuando llegamos. Pongo la mano en el panel metálico para abrirla, pero me detengo al ver mi reflejo en la pequeña ventana cuadrada.

Mi hermana me mira a los ojos desde la oscuridad. Me observa. Mi imagen reflejada, a la espera de su oportunidad para rebelarse y tomar el control.

Le queda mucho tiempo de espera.

Le dedico un gesto de asentimiento con la cabeza, y le doy las gracias con una sonrisa.

Y entonces la mano de mi hija se desliza entre las mías, y las dos juntas salimos al aire fresco y vigorizante de la noche de Halloween.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com